



Viajes y viajeros: un itinerario bibliográfico



EDICIONES
BIBLIOTECA
NACIONAL

Viajes y viajeros: un itinerario bibliográfico



In Circa regione ad litora S. Juliani Magellani tentis et
peris Peris hoc peribram. nuncius aperiret p. lora
supradine in peris tot. Qui demitit abique nauis fign.
vultu sequat per quae ad stomachi uisus fundum
Philippis an. 1588 ad inuendum Peris hoc Magellani
an ad Hispania conspice ad Angli vero P. Fama dicit
in quod ibi eos Hispania. cum peremptas inuenerunt

Viajes y viajeros: un itinerario bibliográfico



*In Cuius regione ad litora S. Juliani Magelliano contra
quendam fretum hoc perlustrans, homines asperius proceros
corpulentos in parvis castris. Qui demersis abique navibus frigus
vultus sagittas per quos ad stomachi usque fundum*

*Philippus in 1520 ad inveniendum Fretum hoc Magellano
cum ab Hispania exiret ad Aquas vero P. Thomae dicto
in quodam loco perlustrans invenit*



BIBLIOTECA
NACIONAL

BUENOS AIRES

2013

Biblioteca Nacional (Argentina)

Viajes y viajeros : un itinerario bibliográfico / Biblioteca Nacional Argentina.
Prólogo de Horacio González; introducción a cargo del Equipo Coordinador Proyecto Viajeros. -1ª. ed. - Buenos Aires : Biblioteca Nacional, 2013.

xxii - 326 p.; il; 28 x 20 cm. (Viajeros; 1)

ISBN: 978-987-1741-73-1

1. HISTORIA ARGENTINA; II. VIAJES Y VIAJEROS. 1. González, Horacio, pról.
2. Biblioteca Nacional (Argentina). 3. Equipo Coordinador Proyecto Viajeros.
CDD 982



Diseño de edición, arte y diagramación: Alejandro Vidal

Fotografía: Clara Guareschi (Biblioteca Nacional)

María Clara Pardeilhan (Centro de Documentación e Información del
Ministerio de Economía y Finanzas Públicas)

Área de Publicaciones de la Biblioteca Nacional

© 2013, Biblioteca Nacional
Agüero 2502 (C1425EID)
Buenos Aires
www.bn.gov.ar

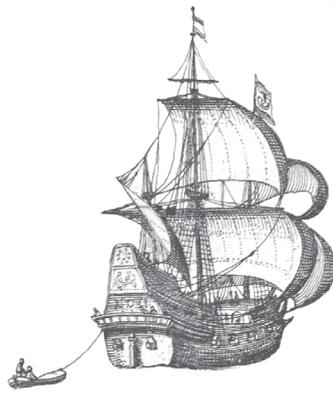
ISBN: 978-987-1741-73-1

Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio de impresión o digital en forma idéntica, extractada o modificada, en castellano o en cualquier otro idioma, sin autorización expresa de los editores.

IMPRESO EN ARGENTINA - PRINTED IN ARGENTINA

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Tabla de contenidos



Escritura, naturaleza e historia

HORACIO GONZÁLEZ

IX

Introducción

EQUIPO COORDINADOR DEL PROYECTO VIAJEROS

XV

VIAJES Y VIAJEROS: UN ITINERARIO BIBLIOGRÁFICO

Atravesado por la ley. Cabeza de Vaca y su relato sobre el Río de la Plata

LORELEY EL JABER

3

Población y paisaje en el siglo XVII. Impresiones contemporáneas SUSANA FRÍAS	21
Bernardo Havestadt, un viajero poco conocido CARLOS ALFREDO DE JORGE	41
Las mujeres argentinas en la mirada de “los otros” MIGUEL ÁNGEL DE MARCO	59
Textos e imágenes del marino inglés Emeric Essex Vidal en <i>Picturesque Illustrations of Buenos Ayres and Monte Video</i> ANA MARÍA TELESKA	73
Correr para contarla. Los apuntes sudamericanos de Francis Bond Head CLAUDIA ROMÁN Y PATRICIO FONTANA	91
Cox ANA MARÍA ROCHIETTI	111
Jorge Claraz y la gastronomía indígena del norte de la Patagonia GRACIELA JÁUREGUI Y SUSANA CURTO	137
Comentarios sobre la mirada de Luis Brackebusch en su obra: <i>Por los caminos del norte</i> MARÍA AZUCENA COLATARCI	155
La Argentina del Centenario en la mirada de los viajeros Jules Huret y Pierre Denis NOEMÍ GIRBAL-BLACHA	173
Roberto J. Payró y el reporterismo viajero MARTÍN SERVELLI	195
Mujeres de viaje: Lina Beck Bernard, Jennie Howard y Ada Elflein CLAUDIA TORRE	211

En el puerto se aprende a soñar. Viajando con Roberto Arlt por el litoral argentino en 1933	
SYLVIA SAÍTTA	229
El malentendido <i>En la Patagonia</i> , de Bruce Chatwin, leído en la Argentina	
MARÍA SONIA CRISTOFF	247
Acerca de de los viajeros	265
Acerca de los autores	285
Recorrido iconográfico	293



Escritura, naturaleza e historia



No puedo confesar sino una ligera inquietud al leer este libro, pues parece sobrar justamente el motivo que hace a su característica o a su fuerza. Es la misma idea de viaje. Siempre estamos leyendo libros de viajeros y quizá ningún libro deje de tener ese impulso hacia lo extraño, lo desconocido, aun si lo que guía al viajero narrador es un impulso científico. En la lectura no se ausenta nunca el delicado vértigo que exige proclamar lo ignoto, tan vasta es la idea de viaje y tan plástica a prestarse a todo juego metafórico. No obstante, hay libros de viajeros que leemos como si ese fuera su género específico, siempre con lejanos roces con la antropología, los proyectos comerciales o de dominación política, las aventuras de la propagación de la fe o el mero impulso de una de las variaciones más débiles de la saga del viajero: el previsible oficio del turista.

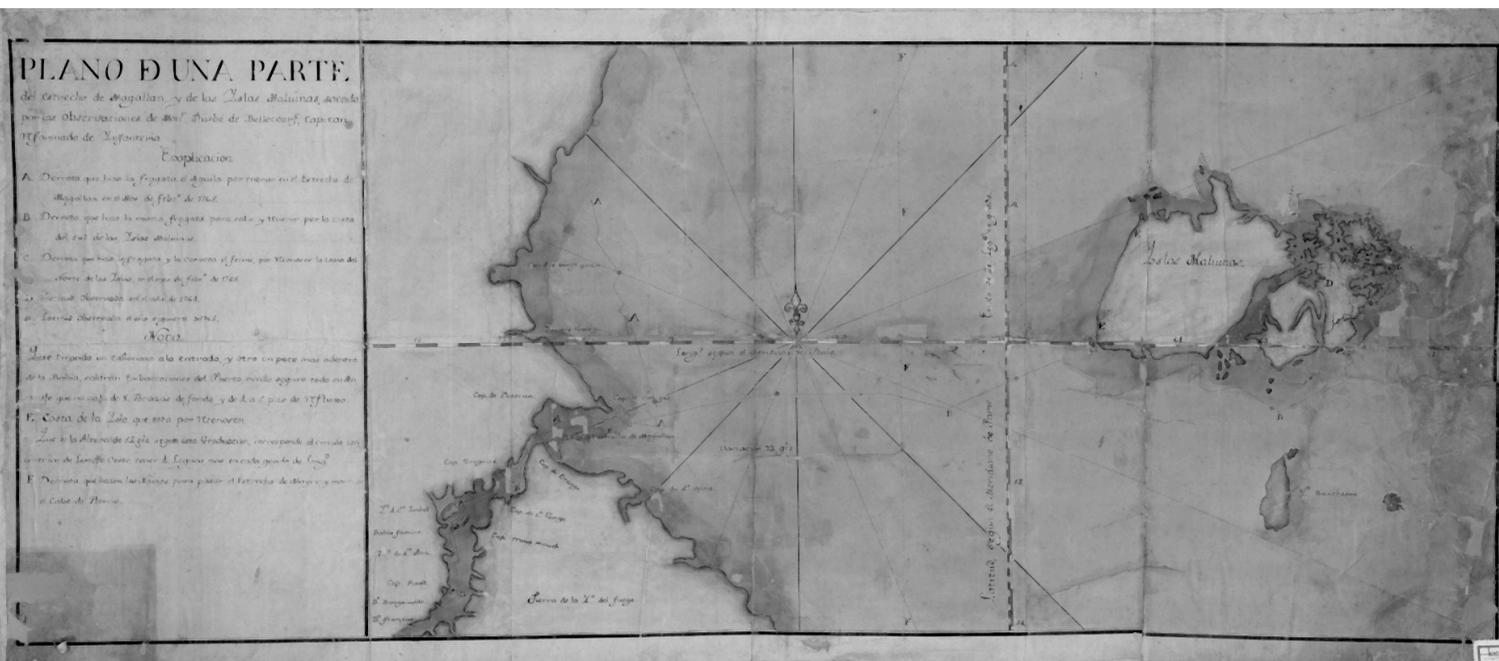
Los libros de viajes son tales, porque los viajes implican la diferencia, la irrealidad y una aristocrática extranjería. Es cierto que una buena parte de los “viajes” que han quedado rememorados en generosas urdimbres de escritura –el de Matteo Ricci a la China, que es un modelo de conquistador científico vestido bajo los hábitos de un predicador–, tuvieron la misma suerte que el viaje de Goethe a Roma. Los resultados confesos de estos viajes eran el de buscar una sorprendente fusión cultural, en un caso, y en el otro, una inspiración literaria menos basada en el propio espíritu cuando se inflama, que en la emoción que provocan las criaturas populares de un país extraño, de sencillez milenaria.

Si consideramos los efectos de una diferencia –una enajenación que aunque sea producto de un escriba de administraciones dinásticas y cortesanas, o de expediciones marítimas ávidas de anexión–, no se puede dejar de atender los resultados de una literatura oficial que provoca su propio asombro al describir

realidades desconocidas con comparaciones torpes pero placenteramente inquietantes, dando origen a un sentimiento literario paradójicamente más profundo que el rústico utensilio narrativo que tiene a su disposición. Así es la crónica de Ulrico Schmidel, cuya delicia mitológica sobre el paisaje aun perdura en Cabeza de Vaca, pero en éste, ya con las complicaciones políticas que son las que naturalmente pertenecen al territorio. Nunca hay un territorio que no posea voz propia pues es, desde ya, una *persona literaria* también, aunque el cronista pueda ofrecerle el ramillete de nombres nuevos que en muchos casos hasta hoy perduran. Estos obstáculos se agregan siempre a las cuestiones territoriales, pues devienen del control político, jurisdiccional o de las legitimidades del viajero, que bajo el candoroso nombre de “adelantado”, se halla inmerso en una poderosa e irresoluble trama de órdenes y certificados reales. El viajero relata, en estos casos, un enjambre espiritual irresoluble en su propia conciencia, sin dejar de anotar las maravillas del entorno, como ocurre con la conocida descripción de las Cataratas del Iguazú que hace Cabeza de Vaca. Pero –y nos atenemos aquí en todo lo que decimos a lo que leemos en los sólidos y fundados artículos de este libro–, en este caso es como si estuviésemos ante una experiencia parecida a la que quiso exponer Cortázar en uno de sus últimos libros, *Los aeronautas de la cosmopista*: se viaja para hacer inhabitual lo rutinario de siempre.

X

Sin embargo, en el viajero con conciencia escritural hay una notable capacidad de apoderamiento espacial y simbólico, a través de infinitos músculos visuales y de representaciones cartográficas. Como lo demuestra el propio *Diario de Colón*, sometido a esos efectos al conocido estudio de Tzvetan Todorov. Dar nombres, en el navegante, el explorador o el poeta, es no hacer de un volcán la misma cosa que era antes, cuando podía contar su propia historia con la mudez infinita de la naturaleza, que siempre está a la espera de nombres. Muchos de los artículos de este libro citan a las consideraciones oportunas que Benedict Anderson hizo a comienzos de los años 80 del siglo pasado, a propósito del modo en que se configuran autoconciencias territoriales: con una espoleta imaginaria en donde intervienen mapas, periódicos, museos, etc. No conviene, desde luego, abusar de este punto de vista proveniente de las academias anglosajonas –ellos viajaron más que nosotros, sin que nada se parezca al viaje borgeano a Ginebra, que abre y cierra un ciclo vital–, pero de algún modo es cierto que el símbolo y la letra



sobre pergaminos reales o papeles de diarios, instituye acontecimientos comunitarios que reviven así su mueca histórica.

Pero se dejan de lado en estas especulaciones –que en manos de la investigadora Mary Louise Pratt han dado tan altos frutos en cuanto al análisis de la mirada imperial, como lo testimonian muchos artículos de este libro– otro tipo de viajes que son precisamente no-imperiales, anti-anexionistas. Son viajes donde alguien convertido en la incómoda y frágil figura del otro, viene a dialogar con las comunidades preexistentes de un modo escéptico, a veces lírico, a veces procurando el misterio que una distancia imaginaria introduce entre lo que vemos con mirada de extrañeza y nuestra experiencia anterior. Así es el caso de Witold Gombrowicz y la mirada implacable pero de exacta ternura que arroja en su *Diario argentino*, capaz de ver lo que otros no ven, y verlo con una dolorida ironía, o el de Bruce Chatwin –estudiado en este libro– donde al fijarse en la guía telefónica de Buenos Aires y ver tantos apellidos provenientes de orígenes itálicos, hispánicos, rumanos, ucranianos, lituanos y aun más “exóticos”, declara casi imposible imaginar el tejido profundo de esa ciudad; y por supuesto, también la visión de Arlt sobre el norte de nuestro país, siempre regido por un melancólico descripticismo donde en el

Plano de una parte del Estrecho de Magallanes y de las Islas Malvinas trazado de acuerdo a las observaciones de Mons. Thisbé de Bellecourf. Colección Pedro de Angelis. Biblioteca Nacional

fondo lo que parece adusta crítica, es un disfraz gozoso por ver un mundo desconocido en anomalía o doliente fracaso.

El inglés Chatwin y Roberto Arlt son también los viajeros de este libro. Es que no es fácil decir lo que es un viajero. Desplazarse en un territorio, no basta. Tampoco alcanza hacerlo guiado por un propósito eminentemente político. Pero no dejan de ser libros de viaje, si extremamos un poco las cosas, el abrasadoramente cándido tratamiento de imágenes de Emeric Essex Vidal, como los cuadernos de anotaciones selváticas de Ernesto Guevara en Bolivia. La floresta, allí, es también protagonista. No lo es tanto como en los volúmenes de Humboldt; pero en ningún caso el viajero deja de ser un fundador de literaturas y un principiante naturalista, aunque en el caso humboldtiano, de una manera mayúscula, pues su nombre está presente en ejemplares de fauna y flora de toda América, y no de un modo conquistador ni sacrosanto. Es un científico, pero literato y observador social más profundo que muchos antropólogos profesionales.

Humboldt es varias veces mencionado en este libro, y sería bueno cotejar sus descripciones volcánicas y del tejido social americano con las de Vázquez de Espinoza –tratadas en este libro–, que son anteriores, o con las de Bernardo Havestadt o Francis Bond Head, para percibir las siempre sigilosas relaciones que estos textos establecen con circunstancias históricas que nunca aparecen plenamente, pero pueden deducirse no sólo del afán iluminista de la cartografía, sino de la tipografía y el trazo incierto de los propios mapas, hoy joyas deliciosas ante nuestros ojos. Pero Humboldt, de algún modo, es Bolívar. El naturalista alemán es contemporáneo de este jefe militar y tiene una idea emancipadora en sus recorridos por los accidentes geográficos y las plenitudes montañosas sudamericanas que bien puede asemejárselo a un viajero de propósitos emancipadores, lo que no ocurre del mismo modo con Bonpland o Pedro de Ángelis, éste último más archivista que viajero, aunque ningún viaje deja de ser una forma de archivo de los tesoros de la humanidad, sea cual sea su propósito.

Los artículos de este libro recorren asimismo el modo en que el mundo femenino es visto, en las anotaciones que surgen de la alteridad no sólo viajera sino masculina, y asimismo las observaciones sobre las culinarias provenientes de culturas a la vista del antropólogo-gastrónomo, culturas que son antiguas y a la vez de rara actualidad. Los nombres de Brackebusch, cuya mirada es científica pero

conteniendo interesantes observaciones sobre los usos y costumbres lugareños, el periodismo de intención territorial y política de Payró, la condición femenina en viaje, los “centenaristas” Huret y Dennis –son los tópicos de este libro–, todo ello traza un enjambre vigoroso que por momentos se unifica en un mágico realismo positivo del poeta descriptivista y repentinamente se ramifica en las áreas de la antropología, la melancolía o el distanciamiento escéptico. Así son las virtudes de este trabajo que contiene numerosas investigaciones y que puede reclamar legítimamente un lugar de privilegio en los estudios sobre el tema. Viejo afán de los historiadores, lo es también de los bibliotecarios y bibliotecarias.

Hace muchos años, un formidable viajero europeo al Amazonas proclamó que odiaba los viajes y las exploraciones, y allí se encontraba, protagonizando una de ellas. Se trataba de Claude Lévi-Strauss, que en sus *Tristes trópicos* escribe uno de los máximos libros brasileños de viajeros latinoamericanos. Pero a la vez que allí se hallan las etnias extinguidas hablando a través de sus signos exánimes, también encontramos el secreto de los viajes: la voluntad recóndita de encontrar una teoría de lo humano y los distintos modos del pensar al hombre y la naturaleza, que llevan a este viajero que no quiso serlo al centro teórico y existencial de la condición libre de las culturas y de su fragilidad inconsolable, incluso en aquellos testimonios que no tienen su mera causa en el afán dominador del fabricante de planisferios colonialistas. Incluso ellos nos ofrecen hoy una nota de frescura ante los tiempos ya transcurridos, que vibran en este libro excepcional, no sólo por la calidad de sus artículos. Este libro es fruto del esfuerzo mancomunado de muchas instituciones bibliotecarias estatales y públicas del país, que han coordinado una labor vasta y relevante, que los viajeros de los nuevos tiempos que sobrevengan –aunque pasen siglos quizás– podrán considerar con igual melancolía e interés. Como la que tenemos nosotros al mirar las inspiradas ilustraciones que también acompañan este libro.

XIII

Horacio González
Director de la Biblioteca Nacional “Mariano Moreno”

Introducción



Viajes y viajeros: un itinerario bibliográfico constituye el inicio de un recorrido que se enmarca en los festejos de los Bicentenarios de la Patria: 2010-2016. La obra se gesta como un emprendimiento colectivo de entidades argentinas de carácter gubernamental y privado, cuyo objetivo primordial consiste en reconocer y valorizar la pluralidad de voces recobradas de las entrañas de los escritos de viajeros.

La elección del género obedece a una razón: nos permite esclarecer la historia social, política, cultural, religiosa y económica de la región explorada, cuyos testimonios componen un hito clave, sobre todo a partir del Renacimiento, período en el cual, como consecuencia del descubrimiento de América, la literatura de viajes adquiere una extraordinaria expansión. Desde entonces hubo tantos y tan diversos relatos sobre el *Nuevo Mundo* como lo han sido la cantidad de miradas e interpretaciones de sus cronistas.

Más allá de su presentación, pretendemos que a nuestra *opera prima* le sigan muchas más, con la permanente contribución de investigadores de distintas disciplinas, para así concebir una serie: *Viajeros*. Tenemos, pues, la intención de reunir en un *corpus* bibliográfico la literatura resultante de las narraciones de aquellos que visitaron, recorrieron y exploraron el territorio argentino desde el siglo xvi hasta la actualidad. A través de esos relatos recibimos las primeras noticias de nuestro ámbito: flora, fauna, accidentes geográficos y pueblos originarios. De una u otra manera, ya sea por la sed de oro o de conocimiento, los que transitaron y estudiaron estos lugares ayudaron a construir nuestra identidad cultural. Por cierto, incluimos las miradas argentinas dentro del territorio nacional o fuera de él, es decir, en tierras extranjeras, como las de Alberdi, Sarmiento, Arlt y tantos otros aventureros e intelectuales nuestros.

La idea de plasmar un proyecto que recogiera las vivencias y experiencias, los escritos y la documentación legada por quienes tomaron la determinación de cruzar océanos, remontar ríos o transitar llanos se hallaba hace tiempo en gestación, y contaba con antecedentes de recopilaciones bibliográficas y ensayos. En 2009 las autoridades de la Biblioteca Nacional convienen en auspiciar y liderar el *Proyecto Viajeros* con la creación de un Equipo Coordinador, a través del cual se concreta ese sueño, semejante al de los viajeros: compartir una nave de trabajo interdisciplinario con profesionales de la historia, la antropología, la geografía, la literatura y la bibliotecología, y personal de apoyo, todos pertenecientes a las instituciones y bibliotecas que, sumadas a una misma gestión embrionaria, alcanzaron el destino final: *Biblioteca Nacional; Biblioteca del Congreso de la Nación; Ministerio de Ciencia y Tecnología. Conicet: Instituto Multidisciplinario de Historia y Ciencias Humanas; Ministerio de Economía y Finanzas Públicas: Centro de Documentación e Información; Ministerio de Educación de la Nación: Biblioteca Nacional de Maestros; Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto: Instituto del Servicio Exterior de la Nación; y Academia Nacional de la Historia.*

En una próxima etapa el proyecto aspira a transformarse en un hacer colectivo. La idea es dar la bienvenida a otras instituciones, bibliotecas y unidades de información de nuestro país que posean fondos bibliográficos sobre dicha temática. De este modo podrán colaborar con su documentación y acrecentar el *corpus* mencionado que consistirá en un catálogo biblio-hemerográfico de viajes y viajeros.

Desde las primeras reuniones de trabajo se acordó celebrar un *Convenio Marco de Cooperación y Asistencia Técnica Recíproca* y delinear ejes de acción que guiarán la tarea. Se realizó un estudio de antecedentes sobre el tema, cuyas fuentes ineludibles para este proyecto fueron las obras: *Bibliografía de viajeros a la Argentina* de Susana Santos Gómez, *Bibliografía patagónica* de Nicolás Matijevic, y *Bibliografía geográfica* de Rey Balmaceda. También se analizaron los registros contenidos en las bases de datos de las bibliotecas participantes, en especial del catálogo en *microfilm* de la Biblioteca del Congreso, y aquellos recuperados de los proyectos cooperativos como unired (Red de Redes de Información Económica y Social), Siu (Sistema de Información Universitaria), así como también del catálogo de la Cámara Argentina del Libro, entre otros.

En octubre de 2011 se organizó una Reunión Nacional bajo el lema *Jornada Viajes y Viajeros: un itinerario bibliográfico*, que tuvo lugar en la Sala Jorge Luis Borges de la Biblioteca Nacional. El objetivo principal fue sensibilizar a la audiencia sobre el proyecto y su temática, y brindar un panorama de los estudios sobre los libros de viajeros de la mano de algunos de los más destacados investigadores en el área. Además, se facilitó el intercambio y el conocimiento de la comunidad académica y bibliotecaria, con un panel de cierre ofrecido por los miembros de la Asociación de Libreros Anticuarios de la Argentina (Alada).

Tras la jornada se propuso la edición de un libro presentador del proyecto que, junto a algunas de las ponencias presentadas, contaría con las colaboraciones de especialistas. Es este libro, el que ahora le brindamos al lector. Los artículos aquí incluidos se ocupan de algunas de las piezas elegidas en la recopilación bibliográfica, y han sido redactados por distinguidos investigadores que, con generosidad, se sumaron al proyecto. Mantienen un criterio cronológico y abarcan todas las regiones del país. La edición, engalanada por un recorrido iconográfico, presenta un anexo con fotografías e ilustraciones provenientes de piezas bibliográficas seleccionadas y combinadas minuciosamente. Incluye, además, las reseñas biográficas de los viajeros presentados en los artículos.

A la presente obra se suman diversas acciones en progreso que oficiarán de escenario virtual para socializar este conocimiento organizado con los expertos, los actores de la comunidad educativa y la ciudadanía interesada: una compilación bibliográfica propiamente dicha cuya base de datos se diseñará para identificar y registrar la mayor cantidad posible de títulos existentes en cada una de las unidades de información que, a futuro, colaboren en el proyecto; la redacción de los asientos bibliográficos según los registros recuperados y su ordenamiento cronológico; la publicación de la bibliografía en formatos electrónicos; la digitalización de las obras más importantes que, por su valor histórico, de encuadernación, ilustraciones y diversos aspectos se tornen imprescindibles para la consulta.

La oportuna intervención de las autoridades de la Biblioteca Nacional y la participación entusiasta de cada uno de los integrantes del equipo coordinador, bibliotecarios y colaboradores de las distintas instituciones fueron elementos claves

para que este proyecto se iniciara con los mejores auspicios. Esperamos continuarlo y llevarlo a buen puerto ya que de *viajes* estamos hablando.

Equipo Coordinador del Proyecto Viajeros

Bibl. Mirta Alvarado, Biblioteca Nacional

Mg. Elsa Barber, Biblioteca Nacional

Lic. Graciela G. Barcala, Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia

Lic. María Susana Barrau, Biblioteca del Congreso de la Nación

Lic. Araceli García Acosta, Centro de Documentación e Información del Ministerio de Economía y Finanzas Públicas de la Nación

Mg. Claudia Silvina Hojman Conde, Biblioteca del Congreso de la Nación

Lic. Martín Paz, Biblioteca Nacional de Maestros. Ministerio de Educación de la Nación

Lic. Marcelo Peláez, Centro de Documentación e Información del Ministerio de Economía y Finanzas Públicas de la Nación

Lic. Graciela Teresa Perrone, Biblioteca Nacional de Maestros. Ministerio de Educación de la Nación

Lic. Luis Pestarini, Biblioteca Nacional

Mg. Elsa Rapetti, Biblioteca Nacional

Dr. Ricardo Rodríguez Pereyra, Biblioteca del Instituto Multidisciplinario de Historia y Ciencias Humanas del CONICET

Bibl. Analía Trouvé, Biblioteca del Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto

Viajes y viajeros: un itinerario bibliográfico



In Chia regione ad litora S. Juliani Magelliani (an' 17) ex
quibus Terris hoc portulacum, homines apparere proceros
supradictis in parte 1641. Qui demulso abique haurio frigis
virescunt sequas per gustu ad stomachi usque fundum

Philippis an' 1588 ad inuendum Terram hoc Magelliani
ten ad Hispanis conuerso ad Angli vero P. Tomi dicit
in quod ibi eos Hispanis, cum peremptas inuenerunt

19745



La relacion y comentarios del gouernador Aluar nuñez cabeça de vaca, de lo acaescido en las dos jornadas que hizo a las Indias.

Con priuilegio.

¶ Esta tassada por los señores del conseyo en ocheta y cinco mrs.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

Portada del libro de Álar Núñez Cabeza de Vaca. *La relacion y comentarios del gouernador Aluar nuñez cabeça de vaca, de lo acaescido....* (Valladollid): (Por Francisco Fernan- dez de Cordova), 1555. Biblioteca Nacional de Maestros

Con los grillos puestos

Un sábado en la noche, pasando el quarto de la prima, siete días del mes de marzo de este año de mil é quiniento y quarenta y cinco años, Alonso Cabrera y Garcia Benegas entraron donde me tenían preso é dixeron que me querían embarcar y traer a éste rreyno, y luego me tomaron dos hombres en los brazos y me sacaron con los grillos á los pies, y ansí como salí bí toda la gente de los comuneros con las mechas de los arcabuzes encendidas, desviados, puestos á las bocas de las calles por donde me abían de pasar, é dixé en boz alta que todos lo oyeron: *señores, sedme testigos como yo dexo por mi teniente gobernador y capitán general de esta provincia, en nombre de Su Majestad, al capitán Juan de Salazar*; é como dixé estas palabras arremetió á mí el dicho Garcia Benegas y poniéndome un puñal en la garganta me dijo que callase; si no, que juraba á Dios que me daría de puñaladas; y todavía quisse tornar á decir las dichas palabras y el dicho Garcia Benegas me puso la mano en la boca y diome tan recio que hizo caer co[n]migo a los que me llevaban, lo qual hizo tres o cuatro veces hasta que me metieron en la dicha carabela, amenazándome que me daría de puñaladas, é yo le respondía que no abía benido a otra cosa aquella provincia más que á morir por el servicio de Dios y de Su Majestad.

Álvar Núñez Cabeza de Vaca¹

5

Esta escena, que compone la *Relación* que Alvar Núñez escribió en 1552 al llegar a España, la cual sería reescrita por su escribano Pero Hernández en los *Comentarios* de 1555, parece casi un micro-relato de corte épico medieval. El héroe –por su propia condición– se sacrifica y da su vida en honor a los poderes supremos tanto en el cielo como en la tierra: dios y el rey. No abundaré en esta vertiente del martirologio que se esboza aquí y que se ahonda en la crónica posterior, convirtiendo a Álvar Núñez prácticamente en el nuevo mesías.² Me detendré más bien esta vez en las problemáticas que aparecen aquí condensadas. Repasemos: Alvar Núñez Cabeza de Vaca, el Adelantado de las Provincias del Río de la Plata por designación del rey, es apresado, engrillado y enviado a golpe de puño y puñal de regreso a España. Antes de embarcar, y mientras mira a los que lo “escoltan”,

¹ “Relación general que yo, Alvar Núñez Cabeza de Vaca, Adelantado y Gobernador general de la provincia del río de la Plata, por merced de Su Majestad, hago para le ynformar, y á los señores de su RReal Consejo de Indias, de las cosas subcedidas en la dicha provincia dende que por su mandato partí destos reynos a socorrer y conquistar la dicha provincia”. Manuel Serrano y Sanz (1906). *Colección de libros y documentos referentes a la Historia de América*. Tomo VI. Madrid: Librería General de Victoriano Suárez. 1-98. Esta escena corresponde al Cap. cxxvii, 84. Como puede observarse, en esta y en todas las citas se mantiene la grafía del texto original.

² Esta vertiente la he trabajado en *Un país malsano. La conquista del espacio en el Río de la Plata* de próxima aparición (Rosario, Beatriz Viterbo, 2012).

con “las mechas de los arcabuces encendidas”, establece con su voz legitimada quién será su sucesor. Este pronunciamiento de raigambre legal acrecienta la ira y la violencia, García Venegas –de cargo inicial tesorero de S.M.– le da “recio” una y otra vez. Esta historia que en mi caso es de comienzo, aunque en verdad constituye el final del relato y del propio Cabeza de Vaca en tierra rioplatense, pone en escena la lucha por el poder, por la dominación, el trastrocamiento de paradigmas, el diferenciado lugar que posee el rey en la acción y en el discurso, la legalidad que atraviesa al relato y a su principal figura, el problema de un Otro que no responde a los parámetros raciales esperables, es decir que no es estrictamente el indio sino el congénere o, en todo caso, la asunción de que el problema es la otredad que opera sobre el europeo una vez apropiada la nueva tierra. *Sujeto, poder, soberanía, legalidad*, los cuatro ejes que intentaremos abordar son precisamente los articuladores de este pequeño relato que señala el fin del Gobernador, así como marca la soledad y, por ende, la inmensa distancia entre él y el resto de los hombres. En esa soledad no sólo puede leerse el aspecto heroico en la lucha denodada que emprende el mártir contra todos, también pueden leerse errores tácticos, políticos, que generaron el desencuentro con los soldados que sostienen corporal e ideológicamente la conquista emprendida. Me interesa ahondar aquí en esta última vertiente política, la cual es abordada por el propio Adelantado en la confesión final con la que se cierra el relato: “no he venido a otra cosa a esta provincia más que a morir por el servicio de Dios y de SM”; engrillado, antes de embarcar, Cabeza de Vaca denuncia con esa última frase lo que –extrapolando– podríamos enunciar de este modo: *bárbaros, las lealtades no se quiebran*.

Rumbo al Sur. Capitulando

Cabeza de Vaca emprende su viaje al Río de la Plata como corolario de un viaje anterior, aquel que llevó a cabo junto a Pánfilo de Narváez con destino a La Florida. El viaje al Río de la Plata surge como recompensa por la aventura y los sufrimientos vividos en el recorrido previo. Cabe destacar que en este momento, entre la década de 1530 y 1540, la tierra rioplatense parecía brindar una clara promesa de beneficio a quienes se embarcaban en su descubrimiento; de ahí que el viaje en sí mismo se vislumbre –económica y personalmente para Cabeza de Vaca– como promisorio. La diferencia con el viaje a La Florida es sustancial, si

allí cumplía la función de tesorero, aquí asciende considerablemente, ocupando el cargo de Adelantado de las Provincias del Río de la Plata, el máximo representante del rey en esta parte de América. Frente a la muerte de Pedro de Mendoza, a la ausencia de Juan de Ayolas (a quien Mendoza había declarado su sucesor pero de quien nada se sabe), el rey necesita restablecer los cargos y jerarquías en el Río de la Plata. Este es el escenario en el que entra Álvar Núñez, en este contexto se firma la capitulación que no sólo le otorga el título oficial antedicho sino que también establece una función a cumplir que resulta –aparentemente– sustancial para la prosecución de la conquista territorial: la del socorro.

Nuestros súbditos, que en la dicha provincia están, por la necesidad en que Somos informados questan de mantenimientos y bestidos y armas y munición y otras cosas necesarias para proseguir la dicha conquista y descubrimiento, fuesen socorridos, y vos Alvar Nuñez Cabeza de Vaca, con deseo del servicio de Dios Nuestro Señor y Nuestro, y acrecentamiento de Nuestra Corona Real, y porque los españoles que en la dicha provincia están no perezcan, os habeis ofrecido y ofreceis á gastar ocho mil ducados en llevar caballos, mantenimientos, bestidos, armas, munición y otras cosas para proveimiento de los dichos españoles y para la conquista y población de la dicha provincia.³

8

El riesgo de la muerte aparece en los primeros párrafos de la capitulación. Los españoles en el Río de la Plata están, ante todo, faltos. Es preciso socorrerlos, evitar que perezcan. Este es también el rol de Cabeza de Vaca. Un rol que se sostiene tanto en la fe y en la Corona como en el explícito gasto que afronta. Claramente el rey ofrece a cambio: “la dozava parte de lo que conquistaredes y poblardes en la dicha gobernación y doscientas leguas de costa, en la dicha mar del Sur, que cuando vos llegardes a la dicha provincia no estuviere conquistado, perpetuamente para vos y para vuestros herederos y sucesores”. A las tierras se sumarán las encomiendas, la mitad de las inmensas riquezas de oro y plata que promete el nombre de este territorio.

Ni Cabeza de Vaca ni el rey sospechaban que la conquista del Río de la Plata no tendría ni por asomo las características de México o Perú. Tampoco podría imaginar el reciente Adelantado que en pocos años volvería preso, acusado de traidor al rey, con su hacienda destruida, sin recompensa alguna y ante un pleito legal que duraría ocho largos años. El viaje al Río de la Plata, aquel que surgía como recompensa, deriva finalmente en pérdida.

³ Capitulación que se tomó con Álvar Núñez Cabeza de Vaca. Año de 1540. *Colección de Documentos inéditos relativos al descubrimiento, conquista y organización de las antiguas posesiones españolas de América y Oceanía*. Tomo XXIII. Madrid: Imprenta de Manuel G. Hernández. 8-33.

Escrito tras escrito se suceden a su llegada a España: probanzas, pruebas, interrogatorios, cartas, informaciones, relaciones y crónica. Frente a esa pérdida económica, política y personal, la escritura. Creo que en Cabeza de Vaca –quizás como en ningún otro cronista rioplatense– la escritura, la inmensa cantidad de escritos que rodean el viaje, deviene capital. Los *Comentarios* constituyen un modo de capitalizar una experiencia infructuosa, un modo –probablemente el único ya para 1555, diez años después de los primeros documentos enmarcados por el juicio– de limpiar un nombre vilipendiado, de crear mediante la palabra un Cabeza de Vaca que sea ante todo una figura *impoluta*, desprovista de cuestionamiento alguno, un sujeto legalista y salvador –como se lo inaugura en la capitulación que da comienzo al viaje–. Me interesa reparar en esa inauguración proveniente del escrito real, la cual tiene valor fundante y legítimo, porque, de algún modo, la crónica intenta ser una continuación de dicho documento, aunque para esto haya que recrear la realidad y sea necesario salir airoso de la disputa que entablan tierra, ley e imaginario.

Espanoles en el Río de la Plata. Historia de una conversión

“Está tan perdida la caridad entre nosotros y crecida la enemistad que si se tarda el verdadero remedio y socorro que esperamos, avemos de ser peores los cristianos que los infieles que ahora lo somos”.

Gerónimo Ochoa de Eizaguirre, 1545

El socorro que reclama el rey llega, pero no alcanza. De hecho, esta carta de Eizaguirre remite al momento en que Cabeza de Vaca ya está de regreso en España, es decir que el pedido de socorro sigue presente en los padecientes del Río de la Plata. Lo interesante es que cambia el cariz de dicho socorro ya que no se trata de víveres, mantenimientos o vestidos –como se decía en la capitulación– sino de moral, de civilidad. El socorro se pide para quienes están –ya no (tan sólo) faltos– sino (peor aún) perdidos. Sea que leamos un tipo de perdición como consecuencia de la otra, lo cierto es que los españoles en esta tierra ya no son los mismos. La llegada de Cabeza de Vaca se produce cuando la soldadesca ha elegido un Capitán general de común acuerdo, una elección que parece favorecer a todos: Domingo Martínez de Irala. El arribo del nuevo Adelantado, con las cartas del Rey legalizándolo en su cargo, implica desde el comienzo un cambio

COMMENTA
RIOS DE ALVAR NVNEZ CABE
ca devaca, adelantado y gouernador dela pro
uincia del Rio dela Plata.



Scriptos por Pero hernandez scriuano y secre-
tario dela prouincia. Y dirigidos al serenifs.
muy alto y muy poderoso señor
el Infante don Carlos. N. S.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

Portadilla del libro
de Álvaro Núñez
Cabeza de Vaca.
*La relación y
comentarios del
gouernador Aluar
nuñez cabeça de
vaca, dello
acaescido....*
(Valladollid): (Por
Francisco Fernan-
dez de Cordova),
1555.
Biblioteca Nacional
de Maestros

no deseado. De hecho, el propio Álvar Núñez cuenta que a su llegada envía cartas pidiendo refuerzos y guías para llegar a Asunción sin dificultades, cartas que reitera una y otra vez, las cuales –por supuesto– nunca son respondidas. Más allá de los excesos que se construyen en la crónica, ligados al tipo de práctica espacial emprendida y al recibimiento del que es receptor, su arribo es aceptado por los españoles; los papeles que porta su escribano acreditan que el rey lo ha elegido y frente a esto reconocen su superioridad, su poder. Sin embargo, el clima se enrarece con cada emprendimiento territorial, con cada acción tomada frente al indio, con cada uno de sus dictámenes. El texto –tanto el de la Relación como el de la crónica– se detendrá en la consciente fidelidad a las leyes establecidas por la Corona (desde las Instrucciones y Capitulaciones hasta las Leyes de Burgos y el tan citado Requerimiento de 1514),⁴ en las cuales se establecía –entre otras cosas– el tipo de tratamiento que debía dársele al indio. En este contexto, cuenta Álvar Núñez:

Mandé juntar los oficiales de SM, clérigos y religiosos, y les rogué y esforcé con buenas palabras tuviesen especial cuidado en la doctrina y enseñamiento de los indios naturales, vasallos de SM, y además de esto les mandé leer los capítulos de una carta acordada de SM, que habla sobre el buen tratamiento de los indios y que ellos tengan especial cuidado en mirar que no sean maltratados; y leídos les apercibí así lo hiciesen y cumpliesen y me avisasen de los malos tratamientos, para poner en esto el remedio, y mandeles dar un traslado de los dichos capítulos para que estuviesen mejor advertidos.⁵

11

¿A qué se debe este apercibimiento reiterado? Todos los documentos relativos a la conquista rioplatense, particularmente al período de Cabeza de Vaca, relatan los maltratos que llevaban a cabo los españoles, especialmente hacia las mujeres indígenas, la cantidad que poseían, las peleas por esos cuerpos, los celos, la violencia por esa nueva posesión que –simbólica y literalmente en una tierra sin riquezas auríferas– valía oro.⁶

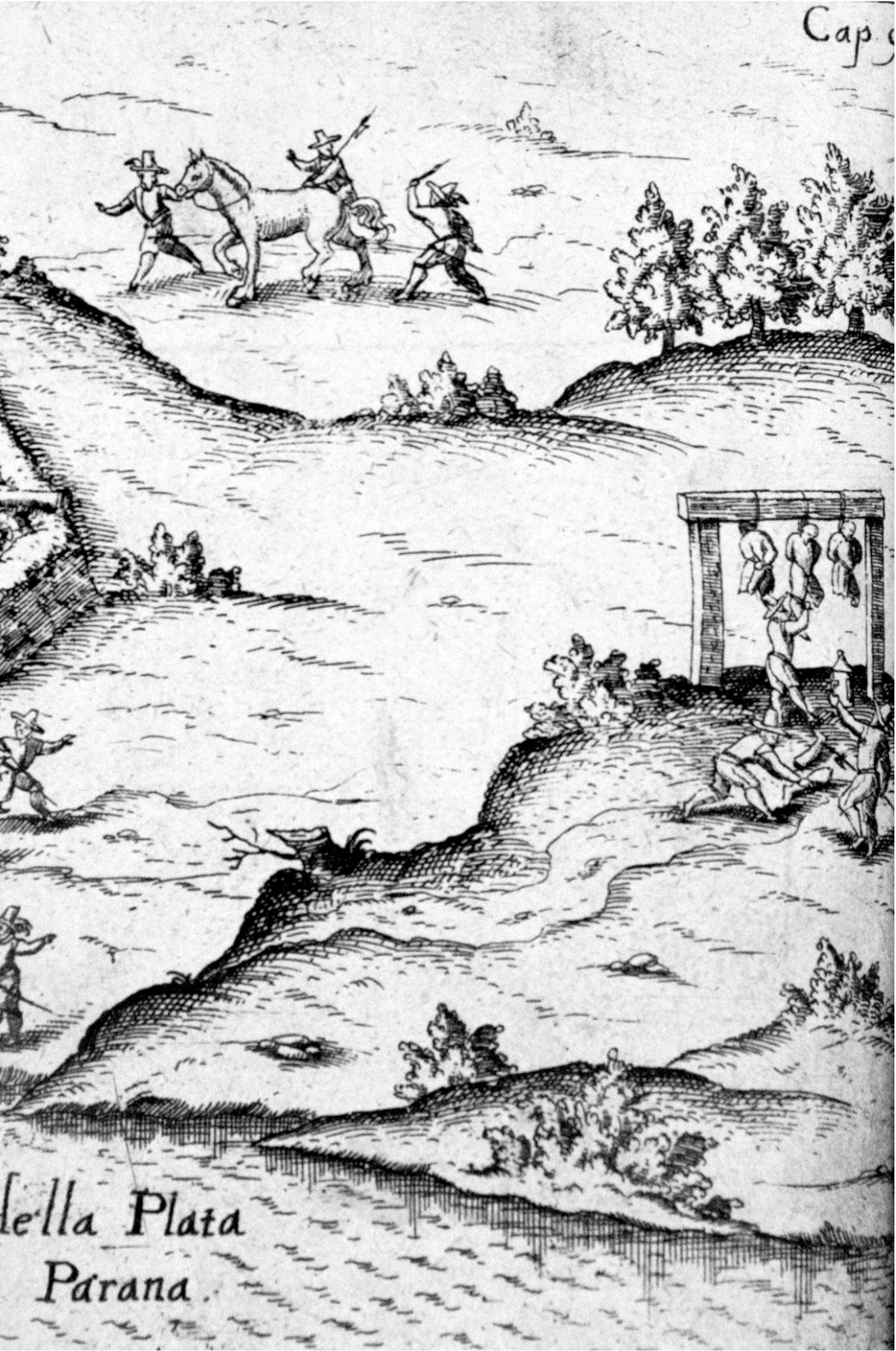
⁴ Sobre la cuestión legal española, ver Francisco Morales Padrón (1979). *Teoría y Leyes de la Conquista*. Madrid: Ediciones Cultura Hispánica del Centro Iberoamericano de Cooperación. Sobre el cruce entre esta cuestión y Cabeza de Vaca, ver José Rabasa (2000). *Writing Violence on the Northern Frontier. The Historiography of Sixteenth-Century New Mexico and Florida and The Legacy of Conquest*. Durham & London: Duke University Press.

⁵ Cabeza de Vaca, *Relación*, *op. cit.*, Cap. xxxviii. 23.

⁶ Al respecto, ver los documentos ligados a este período y a este territorio en Manuel Serrano y Sanz (1906). *Colección de Libros y Documentos referentes a la Historia de América*. Tomo VI, Madrid: Librería General de Victoriano Suárez y *Documentos históricos y geográficos relativos a la conquista y colonización rioplatense*. Tomo II “Expedición de don Pedro de Mendoza: Establecimiento y Despoblación de Buenos Aires 1530-1572”. Comisión oficial del IV centenario de la primera fundación de Buenos Aires 1536-1936. Buenos Aires: Talleres S.A. Casa Jacobo Peuser, Ltda., 1941. Ver asimismo el análisis de Cristina Iglesia en “El botín del cronista. Cuerpos de mujeres en las crónicas de conquista del Río de la Plata”. *Mora. Revista del Área Interdisciplinaria de Estudios de la mujer*. Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, 1 (1995): 46-53, entre otros.



La ciudad fortificada de Santa María del Buen Ayre. Lámina del libro de Ulrich Schmidel. *Vera historia, admirandae civisdam nauigationis...* Noribergae (Nuremberg): Impensis Levini Hulsij, 1599. Biblioteca Nacional de Maestros



de la Plata
Parana.

La unión carnal con mujeres de una misma familia –madre, hija, hermana– lleva a Cabeza de Vaca a establecer su prohibición. Los dictámenes de Álvar Núñez continúan: prohíbe –además– la cobranza de deudas debidas a Su Majestad, sacar a ningún indio de su tierra –lo que disminuye claramente la cantidad de mano de obra– y, en la misma línea, vender, contratar o trocar indias libres por esclavas. Él lo confiesa en sus escritos: “por los desórdenes y desacatos tan grandes que se cometían en deservicio de Dios y de SM y por el buen gobierno y pacificación de la tierra, hice ordenanzas a favor de los naturales”. Álvar Núñez Cabeza de Vaca, su escribano y sus testigos declaran una y otra vez la estricta sujeción a la letra de la ley que delatan cada una de las acciones del enjuiciado. Pero esa política legalista choca evidentemente con una política ya implantada en el territorio y sostenida por la soldadesca, previamente a la llegada del nuevo Adelantado. Podría decirse que lo que se plantea es una disputa por la “legitimidad del poder”, lo que –Foucault mediante– está indisolublemente unido al problema de la soberanía. Irala y sus seguidores no sólo encontraron en los cuerpos indios –entendidos como vasallos sólo en tanto aliados necesarios para la guerra con ciertas tribus– un modo de canalizar los deseos de poder, sujeción y dominación. Las ordenanzas establecidas por Cabeza de Vaca no sólo atentan contra esta práctica de raigambre feudal ya estatuida sino que pretenden que la ley, escrita en la metrópoli y lejos del teatro de los acontecimientos, sea puesta en acto. Una ley que desconoce una decisión popular que elige reiteradamente a Irala como su autoridad suprema. Las leyes que cita una y otra vez Álvar Núñez, los dictámenes que establece siguiendo dichas leyes, desconocen la disputa ya mencionada entre tierra, ley e imaginario. Desde España, el rey y sus vasallos leales creen que América es una y homogénea, así lo demuestran ciertos documentos como las capitulaciones que confían en grandes riquezas, que aguardan un nuevo Atahualpa esperándolos.⁷

El quiebre –tan propio del viaje de conquista– que se produce entre lo esperado, lo hallado y lo mandado a hacer en la tierra imaginada, deja a los conquistadores en una suerte de vacío empírico-conceptual que de algún modo hay que llenar. El rey y sus leyes son una instancia teórica que no permite palpar esa ruptura que se produce en el ojo del viajero, en su cotidianeidad de hambre y decepción, y que su pluma reproduce. Quiero decir, cómo darle la mitad de lo hallado a la Corona cuando el tamaño de la recompensa son unos contados brazaletes hallados luego de semanas de caminata, abriendo senderos, fundando recorridos,

⁷ Ver *Capitulación*, *op. cit.*, 16-17.

padeciendo la falta de bastimentos, con el cuerpo percutido por el tipo de tránsito que impone el terreno. Sin embargo, la lógica retributiva se sostiene, aunque cambiada: las riquezas son reemplazadas por los cuerpos que componen la encomienda, la tierra adquiere un valor mayor al estipulado. No hay desconocimiento de Su Majestad, se comparte con él una política colonialista que los mancomuna a todos; lo que los distancia es el desorden moral y el exceso marcado por el sexo y la violencia, o mejor, los distancia la legitimación de tales prácticas; por eso se condena a Álvar Núñez por traidor –se dice al rey– aunque en verdad sea a esta nueva política impuesta por la soldadesca. El mayor error de Álvar Núñez ha sido no adaptarse a las nuevas circunstancias que brinda esta tierra, es así como su legalidad se resiente, se cuestiona y termina desapareciendo frente a los otros al decidir apresarlo, acusarlo y enviarlo con los grillos puestos a España. Sus papeles reales y legales ya no alcanzan; como las leyes escritas desde la metrópoli, no se adaptan a la realidad rioplatense, no poseen –en suma– la necesaria carta de soberanía que presenta Irala y cada uno de sus sucesores. Pero esto tampoco supone un tipo de orden diferente dado que las enemistades se acrecientan y el apresamiento del Adelantado recrudece la situación, dejando la tierra en completa anarquía. De algún modo esa “perdición” de la que hablábamos puede pensarse tanto como consecuencia directa del quiebre epistémico que se produce aquí, como debido al forzado regreso de Cabeza de Vaca, el último resquicio de legalidad en el Río de la Plata. Cuenta Ochoa de Eizaguirre en la carta ya citada:

15

Entre tan poca gente hay tantos mandadores y en ellos no faltan parcialidades, o se entiende en otra cosa sino en murmurar unos de otros que no parece sino que algún fuego infernal está entre nosotros. Ninguno es señor de lo suyo ni pte para poder haber de los indios cosa de que tenga necesidad. Son tantos los bandos y vedamientos que entre nosotros se ponen que certifico a Vuestra Alteza que somos más esclavos de las personas que mandan que los negros de guinea de sus amos, pues de fuerza que se nos hace de tomarnos nuestras haciendas, en no nos hacer justicia y malos tratamientos no se espera sino total destrucción de todos.⁸

⁸ “Carta de Gerónimo Ochoa de Eizaguirre, dirigida a los miembros del Consejo Real de las Indias, en la que refiere diversos acontecimientos de la conquista de la provincia del Río de la Plata”. *Documentos relativos a la Conquista y Colonización Rioplatenses*. Tomo II. Comisión oficial del IV centenario de la primera fundación de Buenos Aires 1536-1936. Buenos Aires: Talleres S.A. Casa Jacobo Peuser, Ltda., 1941. 451-454.

Los españoles están perdidos, marchan sin rumbo hacia la destrucción, dice el autor de la carta; una destrucción que deriva del propio español, que no es producto del salvaje, sino del europeo que lucha denodadamente por sus pequeñas ganancias sean cuerpos, tierras o limitadas muestras de oro. Como en una suerte de visión futurista, cada español defiende su capital y sus alianzas –que son políticas y también (o principalmente) económicas– y ataca todo intento de menoscabo de la propiedad individual.

Peor que los cristianos, peor aún que los negros de Guinea, peor que... El exceso vivido anula la analogía. El fatalismo que trasluce esta carta se repite en otros textos, se traslada en el tiempo, se traslada a la tierra. Así, el Río de la Plata será posteriormente, y de forma indefectible, el espacio de lo fatal por excelencia.

Ante todo, un Sujeto Moral

La legalidad rodea a la figura de Cabeza de Vaca, la atraviesa. Esa impronta legal es tan marcada en la crónica de 1555 que el viaje propiamente dicho parece quedar en segundo plano. En ella son las leyes, regulaciones, instrucciones y el requerimiento los que regulan la materia narrativa, y no el azaroso recorrido espacial, la contienda con los indios rebeldes o las aventuras que guardan los accidentes del terreno. El viaje en sí –esperado o esperable desde la metrópoli–vira. La crónica de Cabeza de Vaca es la crónica impensada de una traición, es el relato de un viajero leal y por tanto mucho menos un relato económico que moral. El capitán creado por el escribano deriva en sujeto moralizado por una escritura política que hace de la ley la clave de la acción, de la representación, del discurso. Pero a su vez esa moralización buscada textualmente, en la práctica termina fracasando. El barco en el que regresa preso, acusado de traición al rey y con un libelo firmado por todos los españoles en tierra rioplatense dando fe de su delito, junto a la desatención que tendrá en la metrópoli la versión del Adelantado y la decisión real de otorgarle a Irala el cargo anteriormente suyo, constituyen la marca explícita de su fracaso.

Tabla.

- Cap.lxxv.de como juntaron la gente ante la casa de Domingo de yrala. fo.cxxx.
- Cap.lxxvj.delos alborotos y escandalos que ouo en la tierra. f.cxxxj.
- Cap.lxxvij.dela aspera prision en q̄ tenian al gouernador. f.cxxxij.
- Cap.lxxviiij.como robauan la tierra los alçados y hazian otros males folio.cxxxiiij.
- Cap.lxxix.como se fueron los frayles. fo.cxxxviiij.
- Cap.lxxx.como atormentauan a los que eran contra la opinion de los alçados. fo.cxxxiiiiij.
- Cap.lxxxj.como quisieron matar los alçados a vn regidor q̄ les hizo vn requerimiento. fo.cxxxiiiiij.
- Cap.lxxxij.como dieron licencia los alçados a los indios q̄ comiesen carne humana. fo.cxxxv.
- Cap.lxxxiiij.de como querian embiar la relacion a su.M. fo.cxxxvj.
- Cap.lxxxiiiiij.como dió rejalgatres vezes al gouernador. f.cxxxvij.
- ¶ La relacion que dio Hernando de ribera. fo.cxxxix.

Impresso en Valladolid, por Francisco fernandez de Cordoua. Año de mil y quinientos y cinquenta y cinco años.

Capitulo primero: de los com

mentarios de Álvar Nuñez cabeça de vaca.



Espues q̄ Dios n̄ro señor fue seruido de sacar a Álvar Nuñez cabeça d̄ vaca del captiuero y trabajos q̄ tuuo diez años en la Florida, y vino a estos reynos en̄l año del señor d̄ mil y quiniētos y treynta y siete, dōde estuuu hasta el año d̄ quarēta: en el q̄l vinierō a esta corte d̄ su magestad p̄ionas d̄l río d̄la plata, a dar quēta a su magestad d̄l successo, d̄la armada q̄ alli auia embiado dō Pedro d̄ mēdoça: y de los trabajos en d̄ estauā los q̄ d̄llos escaparo, y a le suplicar fuesse seruido d̄los p̄uer y socorrer antes q̄ todos peresciēse (por q̄ ya q̄dauā pocos d̄llos.) y sabido por su magestad m̄do q̄ se tomasse cierto assiēto y capitulaciō cō Álvar Nuñez cabeça d̄ vaca, pa q̄ fuesse a socorrellos. El q̄l assiēto y capitulaciō se efetuo mediāte q̄ el dicho Cabeça d̄ vaca se ofrescio d̄los yz a socorrer y que gastaria en la jornada y socorro q̄ assi auia d̄ hazer, en cauallos, armas, ropas y bastimētos, y otras cosas, ocho mil ducados, y por la capitulaciō y assiēto q̄ cō su magestad tomo, le hizo merced d̄la gouernaciō y d̄la capitania general d̄ aq̄llaterra y prouincia, cō titulo d̄ adelātado d̄lla, y assi mesmo le hizo merced d̄l dozabo d̄ todo lo q̄ en la tierra y prouincia se ouiesse y lo q̄ en ella entrasse y saliesse, cō tāto q̄ el dicho Álvar Nuñez gastasse en la jornada los dichos ocho mil ducados, y assi el en cūplimēto d̄l assiēto q̄ cō su magestad se hizo se partio luego a Sevilla pa poner en obra lo capitulado y proueerse pa el dicho socorro y armada, y pa ello merco dos naos y vna carauela pa cōtra q̄ le esperaua en Canaria, la vna nao d̄stas era nueua d̄l primer viaje, y era d̄ treziētos y cinq̄nta toneles, y la otra era de ciēto y cinq̄nta, los q̄les uauios adereço muy biē y proueyo d̄ muchos bastimētos y pilotos y marineros, y hizo q̄irociētos soldados biē adereçados q̄l cōuenia pa el socorro, y todos los q̄ se ofrescierō a yz en la jornada llevarō las armas dobladas: estuuu en merca y p̄uer los nauios desde el mes d̄ Mayo hasta

Sin compensación alguna ni económica, ni personal, ni simbólica, esta crónica es la historia de un hombre que lucha con las armas, la letra y su fe por la España real, religiosa y legal y que asimismo lo pierde todo –desde su honor y su buen nombre hasta gran parte de su fortuna personal–, un hombre condenado al destierro, a innumerables juicios, a la escritura constante en busca de una reparación necesitada. Los *Comentarios* son la reescritura de cada documento sobre Álvaro Núñez y el Río de la Plata, por eso la apuesta no es anecdótica –aunque haya anécdota a relatar– sino política, ideológica. La *decepción* –que se da precisamente en estos términos– marca el tono del discurso, está en su origen.

Población y paisaje en el siglo XVII

Impresiones contemporáneas

Susana R. Frías



*In Chia regione ad litora S. Juliani Magelliani (an) 1520
quandò Petrus hoc portulacum, homines apparere proceros
-supradictos in parte 1548. Qui demitit abique haurio frigida
virescunt sequat per gustu ad stomachi usque fundum*

*Philippus an 1588 ad inuendum Petrus hoc Magelliani
cum ad Hispania conuersus ad Angliam vero P. Poma dicit
in quod ibi eos Hispani cum peremptas inuenerunt*

A N
A C C O U N T
O F A
V O Y A G E
U P T H E

River de la Plata,

And thence over Land to

P E R U.

With Observations on the Inhabitants, as well *Indians* and *Spaniards*; the Cities, Commerce, Fertility, and Riches of that Part of *America*.

By *Monf. Acarete du Biscay*.

L O N D O N:

Printed for *Samuel Buckley*, at the *Dolphin* over against *St. Dunstons Church* in *Fleetstreet*. 1698.

Una manera de aproximarse a las características de la población rioplatense del siglo XVII y su entorno es mediante los testimonios que han llegado hasta nosotros y que fueron escritos en distintos estilos literarios y por diferentes motivos pero todos valiosos por ser impresiones de época; no siempre toda la información es *de visu*, sino que proviene de testigos “dignos de crédito” o de personas abonadas –en expresiones de la época– que han provisto la información para completar el relato.

Los gobernadores y obispos estaban obligados a recorrer su jurisdicción una vez por año y, aunque no cumplían estrictamente con esta norma, sus informes revelan su ansiedad por causar buena impresión, aunque acentuando, más de una vez, los matices negativos respecto de la población y el territorio para hacer más elocuente la necesidad de gestionar favores para la consecución de una obra. También los superiores de las órdenes religiosas elevaban informes derivados de sus visitas a las casas de su religión; otras veces eran éstas las que enviaban frailes a América con la misión de obtener limosnas o divulgar una devoción determinada. Comentario aparte merecen los comisionados de otras potencias extranjeras que durante todo este siglo recorrieron las Indias españolas, especialmente sus costas, con el fin de encontrar la forma de vulnerar de algún modo el poderío del Imperio. Casi podría decirse que los viajeros propiamente dichos son, en este período, casi inexistentes; conocer los intereses que movieron a cada actor a escribir su relato ayuda a situarlo y permite utilizarlo como documento histórico, especialmente para el estudio de la población, en un período en el cual los datos numéricos –padrones y censos– resultan más que escasos.

Al comenzar el siglo XVII existían en este territorio, cuatro ciudades –Concepción del Bermejo, Corrientes, Santa Fe y Buenos Aires, que respondían, tanto en el gobierno civil como en el eclesiástico, a la capital situada en Asunción; la división en dos gobernaciones diferentes –como también en dos diócesis– se realizó en la segunda década del siglo. Alrededor de 1630 se despuebla Bermejo, fundada con el objetivo de abrir la comunicación con el Tucumán pero signada por los constantes ataques indígenas que terminaron por hacer imposible su subsistencia.

Las siguientes líneas rescatan parte de la información poblacional y, a la vez, dan cuenta de quienes la registraron; ha sido necesario limitar el texto en más de un sentido: tal como se indica en el título, sólo se ha cubierto el panorama de las ciudades litorales, aunque me ha parecido interesante comparar los datos con los que algunos de estos mismos cronistas ofrecen para la gobernación del Tucumán;

se han dejado de lado los relatos sobre las misiones jesuíticas visitadas por algunos de los autores que aquí se mencionan. Con el fin de no ser reiterativa, he ido seleccionando de cada crónica el aspecto que me ha parecido más interesante sin abundar en descripciones que resultan semejantes en más de uno –aunque sí marcando dicha similitud– así como tampoco he incluido todas las descripciones de cada ciudad.

El fraile jerónimo Diego de Ocaña recorrió América entre 1599 y 1605 con el objeto de difundir el culto a la virgen de Guadalupe y recabar limosnas para su sostenimiento. El manuscrito –conservado en la universidad de Oviedo– está acompañado por veintidós imágenes, la mayoría de indígenas, así como por algunos mapas. Su relato se sitúa en 1601, cubre las cuatro ciudades y, aunque no da información numérica, se refiere a las características ambientales de cada una. De Santa Fe expresa que

[...] es el primer pueblo del Paraguay, pueblo donde hay dos conventos, de San Francisco y de la Merced. Es pueblo muy proveído y abundante de todas frutas, así de Castilla como de la tierra, mucho pescado y mucho algodón y carnes, en particular de caza de venados, avestruces, liebres y ciervos grandes. Y los indios andan vestidos de las pieles de estos animales y las mujeres también [...].

24

Continúa viaje a Corrientes, que “es pueblo nuevo, que habrá catorce años que se pobló”, dato que ubica el relato aproximadamente en 1602. Dos aspectos llaman su atención: la gran cantidad de madera y los “muchos tigres y muy grandes y bravos y matan muchos indios cuando están durmiendo”. Pasa luego a Concepción del Bermejo, de la cual, entre otros conceptos, apunta

lo notable es que para pasar de este pueblo a Nuestra Señora de Talavera del Es-teco, hay un pantano de más de dos leguas, el cual hacen los indios cada año.¹

Pocos años después Baltasar de Ovando, más conocido como fray Reginaldo de Lizárraga, llegó desde la Península con sus padres a los quince años, y entró en la orden de Predicadores a los veinte. Fue doctrinero, recorrió la zona del Alto Perú, estuvo dos veces en Chile y, finalmente, en 1606 fue propuesto para el obispado del Río de la Plata con residencia en Asunción, adonde llegó en 1609. Su crónica es fruto de estos largos periplos y si bien no da cifras sobre las ciudades, hace otros aportes de interés.²

¹ Fray Diego de Ocaña (1969). *Un viaje fascinante por la América Hispánica del siglo XVI*. Madrid: Studium.

² Reginaldo de Lizárraga (1999). *Descripción breve de toda la tierra del Perú, Tucumán, Río de la Plata y Chile*. Buenos Aires: Unión Académica Internacional-Academia Nacional de la Historia. Véase también Edberto Oscar Acevedo (1998). “Dos descripciones del siglo XVII. Comparación y aclaraciones”. *Investigaciones y Ensayos* 48: 71-95.

Dice que en Santa Fe hacen “bonísimo vino”, llaman su atención las manadas de caballos cimarrones de la campaña porteña y la gran cantidad de venados existentes en ella, lo que ya había mencionado Ocaña. En su carácter de obispo escribió numerosos informes a la Corona pintando la situación de la extensa gobernación y recomendando trasladar el obispado a Buenos Aires; su pedido fue desestimado por el entonces gobernador Marín Negrón pero retomado años más tarde por la administración de Indias.

Considerada contemporánea de la anterior es una crónica publicada a mediados del siglo xx como de autor anónimo; posteriormente el historiador peruano Lohman Villena logró desentrañar su identidad afirmando que era un comerciante de origen judeo-portugués. El autor aporta datos útiles para otros mercaderes, sin desdeñar que haya escrito también para informar a otras potencias respecto de la América española.

Comienza describiendo el río de la Plata y las dificultades que entraña para la navegación, la escasez de defensa de la ciudad de Buenos Aires que “no tiene bosque ni monte, toda es tierra llana”; y luego agrega:

Recógese en esta tierra mucho trigo y frutas y es muy abundante de carnes porque son tantos los bueyes y vacas que no tienen dueño. Tienen pocos indios y los pocos que hay son muy enemigos de los españoles.

25

Completa la información hablándonos de la presencia religiosa, tema no abordado por los otros cronistas; nos dice:

Hay en Buenos Aires cuatro conventos: el de San Francisco con siete religiosos sacerdotes, otro de dominicos con uno, otro de la Merced con dos y la compañía que comienza ahora, con tres.³

Tal vez la más precisa de todas estas crónicas, sea la que dejó el carmelita Antonio Vázquez de Espinosa; los datos de población que nos da pueden ser cotejados con otros provenientes de una visita de gobierno. Fue un agudo observador describiendo con precisión aquello que ha visto.

Vázquez de Espinosa pasó a las Indias en 1612 con el cargo de Censor teólogo del tribunal de la Inquisición, lo que no le impidió su ejercicio sacerdotal; predicó, confesó y bautizó muchas veces en las lenguas indígenas porque poseía el don de lenguas y las aprendía con gran facilidad.

³ Reginaldo de Lizárraga (1958). *Descripción del Virreinato del Perú. Crónica inédita de comienzos del siglo XVII*. [Prólogo de Boleslao Lewin]. Rosario: Universidad del Litoral. El trabajo de Acevedo citado en la nota anterior aporta los datos del autor y la época en que éste estuvo en América del Sur, aproximadamente.

Su *Descripción* permaneció desconocida hasta que ya en el siglo xx el profesor norteamericano Charles Upson Clark descubrió el manuscrito, por casualidad, en la Biblioteca Vaticana; curiosamente, por decisión del Smithsonian Institute para el cual trabajaba, Clark se vio abocado a traducirlo al inglés, aunque pocos años después la misma institución decidió editarlo en el idioma original.⁴

El carmelita relata su viaje desde Asunción hacia Buenos Aires y dice:

[...] se vuelve a bajar el río debajo de las Siete Corrientes, donde está fundada la ciudad de San Juan de Vera de hasta cuarenta vecinos españoles [...] los indios que sirven a los españoles de esta pequeña ciudad son de nación guaraníes [...].

Y abunda en más precisiones que permiten datar su paso por esta tierra después de la división del obispado:

[...] es de temple caliente, con buen sitio, fundada sobre el Río de la Plata del obispado de Buenos Aires, de donde está pocas menos de 300 leguas; tiene un convento de San Francisco. Cógese trigo, maíz, mandioca. [...] hay papas y algunas frutas de España [...]. El trato principal de los vecinos de esta tierra es corambre y gran trajín de carretas para el Tucumán y Buenos Aires [...].

28

De allí pasó a Concepción del Bermejo, “34 leguas hacia el Tucumán” y “está en 26° y dos tercios fundada en un llano alto y eminente, tendrá cien vecinos españoles” y agrega que se producen “medias de algodón, pabellones, sobrecamas y otras cosas curiosas y de estima”.

Santa Fe tenía “ciento cincuenta vecinos españoles” y respecto de la bondad de la tierra dice:

Cógese en su distrito abundancia de trigo, maíz y otras semillas con todas las frutas de España y algunas de la tierra; hay muchas viñas de que se hace cantidad de vinos de los mejores de aquella tierra, la cual es muy regalada y abastecida.

En total coincidencia con el relato de Ocaña, Vázquez de Espinosa también menciona los avestruces y los venados reiterando que los indios usan el pellejo de éstos para cubrirse; el relato está también en consonancia con Lizárraga quien

⁴ Antonio Vázquez de Espinosa (1948). *Compendio y descripción de las Indias Occidentales*. [transcripción John Upson Clark]. Washington: Smithsonian Institution.

había observado que “son muy grandes y no de menores aspás” y agregaba que los indios curaban las pieles para venderlas y que eran trabajadas como si fueran de ante.

Vázquez de Espinosa se refería a Buenos Aires como una ciudad de doscientos vecinos españoles, menciona los conventos de las cuatro órdenes religiosas –al igual que el autor de la Descripción Anónima– hace una interesante observación:

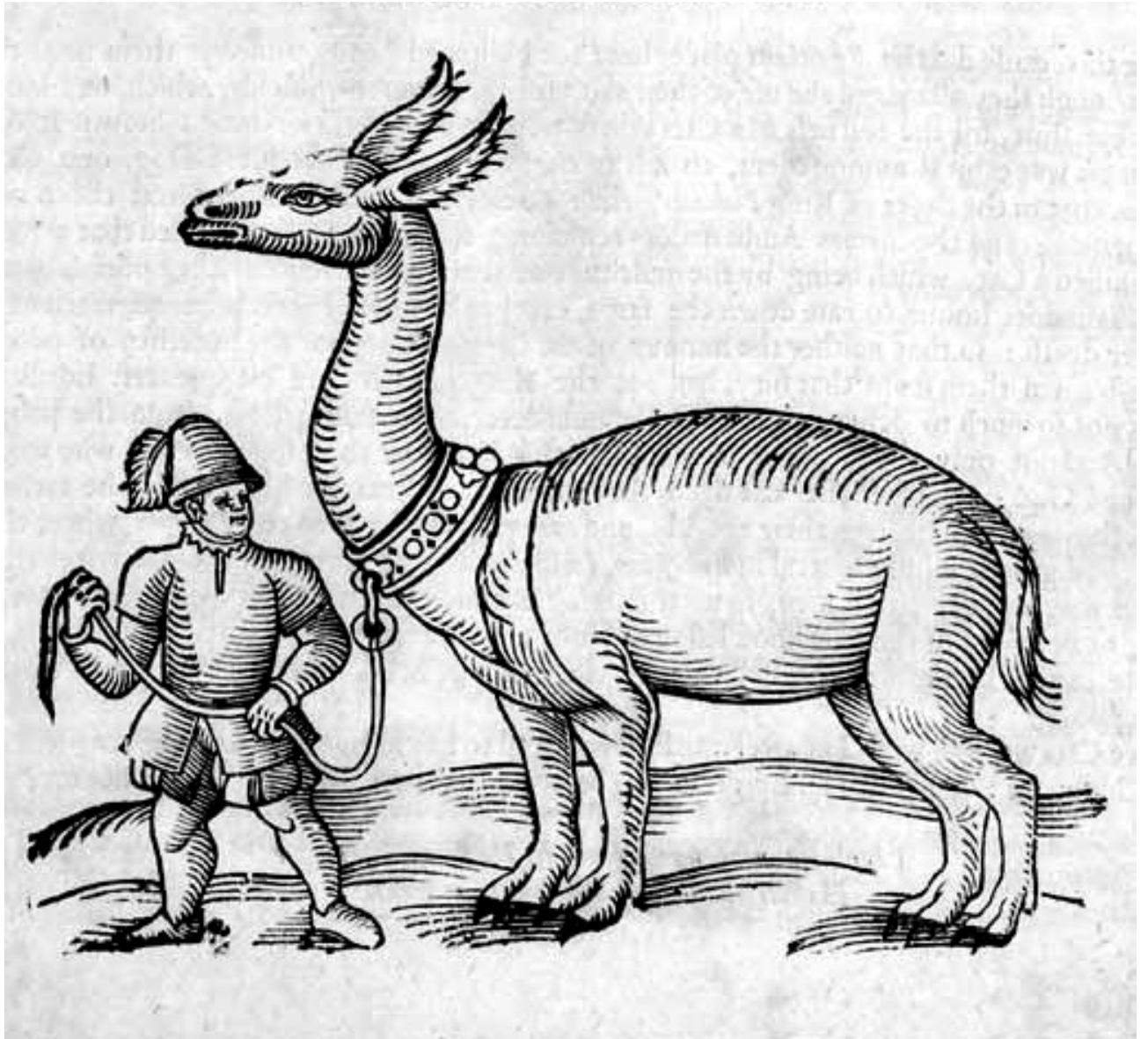
A esta ciudad y puerto suelen llegar navíos de Angola con negros del Brasil y de otras partes, los cuales de ordinario van de arribada porque por aquella parte y paraje no hay otro paraje donde se puedan guarecer y parar y así, para el remedio y buen gobierno de todas aquellas tan dilatadas provincias y de aquel puerto, importará mucho se pusiese una audiencia [...].

Aproximadamente cuarenta años más tarde, la Corona instalaría la primera audiencia que tuvo Buenos Aires; pero lo llamativo en el relato del carmelita son las cifras, que tienen su correlato en las que arrojó la visita del gobernador Diego de Góngora al territorio de su jurisdicción pocos años más tarde.⁵ Vázquez de Espinosa atribuyó a Santa Fe ciento cincuenta vecinos, en tanto la visita del funcionario habla de ciento sesenta y dos; en Buenos Aires según el carmelita totalizaban doscientos, que eran en el recuento del Gobernador doscientos doce. En cuanto a Corrientes y Bermejo en la *Descripción* se habla de cuarenta y cien respectivamente, mientras en el informe del gobernador son noventa y uno y ochenta y uno; el incremento notable que arroja este último para Corrientes y la consiguiente disminución de Bermejo está preanunciando la despoblación de esta última, y la lenta migración ya notable en 1622, fecha del recuento de Góngora. El informe agregaba, refiriéndose a los vecinos, “es muy grande su pobreza no tienen río sino una laguna de agua llovediza de que viven ...”; con todo, halló en Corrientes, ser “mayor su pobreza que la de los del río Bermejo”. Góngora quería mostrar su celo por la hacienda real en un momento en que el contrabando preocupaba a las autoridades metropolitanas; en un informe del 20 de julio de 1619 decía:

Es tan esparcida y dilatada esta marina que con dificultad podrán tener efectivo cumplimiento las reales órdenes de vuestra Majestad, por ser más de veinte leguas de playa desierta e inhabitada [...].⁶

⁵ El relevamiento ha sido publicado muchas veces; se halla en *Archivo General de Indias* (en adelante A.G.I.), Charcas 27 y se halla acompañado de una precisa descripción de las costas y la dificultad para vigilarlas y defenderlas de ataques o simplemente de los contrabandistas.

⁶ A. G. I., Charcas 27.



Esta afirmación de Góngora no es nueva; ya en 1601 el gobernador del Tucumán Martínez de Leiva le había manifestado al Rey que era “la llave de todo el Perú y como está poblada de gente tan pobre” por lo cual no debe ser descuidada por “la mucha costa que tiene [...] y muchos desembarcaderos en ella”.⁷

Dado que Vázquez de Espinosa recorrió todas las ciudades de las dos gobernaciones del actual territorio argentino y fue tan preciso, como ya se ha dicho, en sus apreciaciones, también es posible comparar con algunas de las del Tucumán, para mejor dimensionar las proporciones de la población. De hecho y, hasta fin de siglo, la más poblada fue Córdoba que con sus quinientos vecinos españoles más que duplicaba a la población porteña. Excepción hecha de Jujuy todas las otras ciudades de aquel territorio tenían, a juicio del carmelita, más vecinos que las litorales.

El panorama poblacional de las ciudades, especialmente el de Buenos Aires, cambia significativamente a partir de 1631, fecha en que se instala en el puerto un Presidio conformado con soldados llegados desde la Península. El incremento de población derivado de la llegada de contingentes cada vez mayores conllevó nuevas construcciones, incremento del comercio tanto legal como ilegal, tanto transatlántico como intérope; simultáneamente creció el interés de las otras potencias, especialmente la Francia de Luis XIV, por las posesiones españolas.

En 1698 apareció en Londres la primera impresión de una *Relación de los viajes de monsieur Accarette du Biscay*; publicada en forma conjunta con otros dos manuscritos también referidos a América del Sur y recién en 1716 vio la luz una nueva versión dedicada a la Compañía del Mar del Sur. Aunque en las primeras líneas el autor afirma que el relato es resultado de su interés por conocer el mundo, más adelante agrega su ilusión por ser útil “a mi Rey y a mi patria, el cual aclaro, fue el principal móvil de mi viaje”. De hecho, al elaborarlo y elevarlo a la Corona le adosó una “Propuesta del señor [...] para la conquista de Buenos Aires en el Río de la Plata en la América Meridional”.

Él mismo fecha su relato “dimos a la vela en diciembre de 1657 [...] y en ciento cinco días llegamos a la embocadura del Río de la Plata” en un buque con licencia; expresa entonces su visión de la ciudad; una característica significativa de esta crónica es la precisión respecto de las distancias –expresadas en leguas– y de la latitud de cada lugar visitado.

Desembarca en Buenos Aires de la que expresa que

(EN LA PÁGINA OPUESTA)
*Europeo llevando
una llama
(gigantesca)
o allocamelus.*
Tomado del libro de
Eduard Topsell,
Historia de las
bestias de cuatro
patas y las
serpientes, 1658

⁷ Academia Nacional de la Historia. Archivo Histórico (en adelante A.N.H.-A.H.) Papeles del Dr. Raúl Molina, caja 29, n° 284.

[...] contiene cuatrocientas casas y no tiene cerco, ni muro ni foso y nada que lo defienda sino un pequeño fuerte de tierra que domina el río, circundado por un foso y monta diez cañones de fierro, siendo el de mayor calibre de a doce. [...] la guarnición se compone de sólo 150 hombres divididos en tres compañías.

Y agrega que debe sumarse a ésta última la milicia, compuesta por seiscientos hombres. Reitera la información sobre las cuatro religiones así como la referida a las producciones y los animales silvestres del área circunvecina.

Su viaje –con destino final en Potosí donde pensaba vender mercadería que detalla con precisión– prosigue por el camino real, por lo cual pasa por Santa Fe que “es una pequeña población compuesta de veintitrés casas, sin murallas, fortificaciones ni guarnición [...]”.

Algunos datos son algo fantasiosos; en cuanto a los de la población resultan bastante imprecisos, pues el uso del término “casas” hace bastante difícil un cálculo en números absolutos; no obstante, es llamativa su apreciación sobre Santa Fe pues estaría denotando una disminución de pobladores respecto de 1622.

Al igual que Vázquez de Espinosa, Accarette recorrió gran parte de las ciudades del Tucumán y llamó mucho su atención Córdoba a la que consideró la más importante ciudad,

[...] tanto por sus riquezas y artículos de comercio cuanto por el número de sus habitantes, que se calculan entre quinientas y seiscientas familias, además de los esclavos, que montan a tres tantos más.⁸

Por la misma época, otro francés estuvo residiendo en Buenos Aires entre 1660 y 1662; sus observaciones también llegaron a la corte del rey de Francia. Barthelemy de Massiac, ingeniero militar, se vio forzado a permanecer en el puerto esos dos años y, a su regreso, su hermano hizo llegar su escrito al ministro Colbert; inmediatamente se entusiasmó éste e imaginó una posible invasión que abriera el camino a las minas de plata potosina por lo cual redactó un cuestionario que dio origen a un segundo informe. Decía sobre Buenos Aires:

He contado alrededor de dos mil mujeres casadas y solteras que viven la mayoría de su trabajo o de sus amores secretos; la mayor parte de los maridos están largo tiempo ausentes y se dedican a los negocios y las minas. He visto unos mil niños menores de diez años y unos sesenta religiosos o

⁸ Accarette du Biscay (1897). “Relación de los viajes de monsieur ... al Río de la Plata y desde aquí por tierra hasta el Perú, con observaciones sobre estos países”. *La Revista de Buenos Aires* 49: 3-237.

padres. Estimo que habrán más o menos unas seis mil trescientas sesenta almas sin contar con la guarnición del fuerte, que con todo el ejército se compone de quinientos caballos y dos mil hombres [...].⁹

Y agregaba que en el total de la población incluía a la gente de las chacras y estancias.

Las crónicas de los dos franceses poseen bastante coincidencia: ambos resaltan que la población vive sin demasiadas privaciones y que sólo el vino es un producto caro, mientras el más barato era la carne por la abundancia de vacas, carneros, liebres y conejos, venados y todo tipo de animales de plumas. Son semejantes sus estimaciones sobre el total de la guarnición, aunque los datos de orden militar son más precisos en Massiac, lo que resulta entendible debido a su profesión.

Pueden confrontarse los datos que ofrecen ambos viajeros con un informe de la misma época, preparado por el Cabildo porteño para ser enviado a España exponiendo la situación si se cumple la orden de cerrar el puerto; más allá de las exageraciones sobre la pobreza y la falta de ropa y alimentos dice:

[...] y no porque haya una u otra casa, que no llegan a tres, las que tengan caudal, hemos de penar más de dos mil almas españolas, entre mujeres, viejos y niños y más de quinientos o seiscientos de armas tomar [...].

33

Y el procurador de la ciudad sostiene, en febrero de 1661, que la población asciende a dos mil quinientas almas.¹⁰

En 1664 se levanta un padrón de vecinos, el único que conocemos para la región, el que arrojó doscientos sesenta y siete vecinos a los que hay que agregar los miembros del clero, los del presidio y la gente de servicio, libre y esclava, lo que acercaría el total al informe del Cabildo.¹¹ En cuanto a Corrientes, los vecinos eran en 1664 ciento ochenta y cinco, ya que aunque el padrón se ha perdido, se ha conservado el total del recuento.¹²

Veinte años más tarde el padre Diego Francisco de Altamirano elaboró un in-

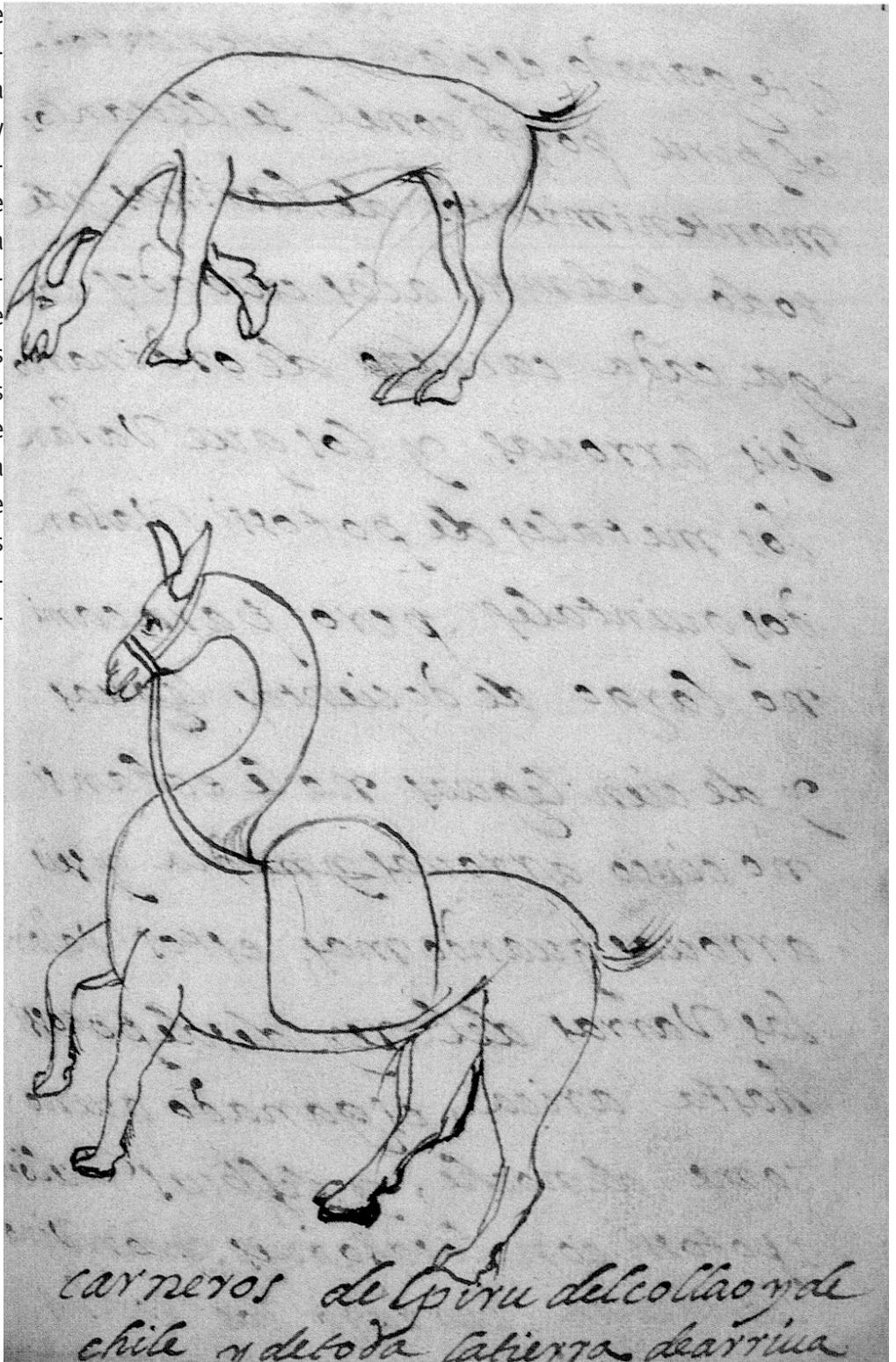
⁹ Raúl A. Molina (1955). "Primeras crónicas de Buenos Aires. Las dos memorias de los hermanos Massiac. 1660-1662". *Historia* 1: 89-133.

¹⁰ Roberto Leviller, director (1918). *Correspondencia de la ciudad de Buenos Aires con los Reyes de España, 1600-1700*. Tomo 3. Madrid. 1-5.

¹¹ Véase Susana R. Frías (1999). "La expansión de la población". *Nueva Historia de la Nación Argentina*. Tomo 2. Buenos Aires: Academia Nacional de la Historia-Planeta. 89-126.; Susana R. Frías (1999). "El padrón de Buenos Aires de 1664". *Carlos S. A. Segreti. In Memoriam. Historia e Historias*. Córdoba: Centro de Estudios Históricos "Carlos S. A. Segreti". 301-319.; Susana R. Frías (1995). "La seguridad de la ciudad de Buenos Aires en la época de Martínez de Salazar". *Res Gesta* 34: 119-145.

¹² Manuel Florencio Mantilla (1928). *Crónica inédita de la provincia de Corrientes*. Tomo 1. Buenos Aires: Espiasso. 70-71.

forme
que re-
sulta
m u y
impor-
tante
por la
preci-
sión de
l o s
datos
q u e
aporta
sobre
las tres
ciuda-
des li-



*Cameros del Piru,
del Collao y de Chile
y de toda la tierra
de arriba*, Fray Diego
de Ocaña, 1600. A
través de *la América
del Sur*, Universidad
de Oviedo (Ms. 215)

(EN LA PÁGINA OPUESTA)
Grabado *Nuevo
Mundo* de Matthäus
Merian tomado del
libro de Johann L.
Gottfried. *Historia
Antipodum*. Frank-
fort, s.M, 1631



torales. El informe es fruto de su recorrido hasta llegar al puerto para embarcarse hacia España, donde iba como procurador de la Compañía de Jesús.

Dado que venía del Tucumán, es posible también revisar las cifras que da para esa gobernación, especialmente las de Córdoba, que según el jesuita poseía cinco mil habitantes y gran cantidad de clero y miembros de órdenes religiosas. Anota con precisión que Buenos Aires dista ciento veinte leguas de aquélla, y agrega:

Es ciudad de más de quinientos vecinos españoles a que añaden novecientos soldados que tiran sueldo [...] aquí reside el obispo con su catedral, el gobernador y las cuatro religiones [...].

Y agrega, con meticulosa precisión:

[...] a la misma ribera [...] a noventa leguas está la ciudad de Santa Fe de la Veracruz, que tendrá como trescientos vecinos españoles, antes menos que más; tiene, fuera de la Parroquial, las cuatro religiones [...].

No olvida los datos de la tercera ciudad:

Desde aquí a cien leguas o poco más, está la ciudad de San Juan de Vera de las Siete Corrientes con cuatrocientos vecinos poco más o menos españoles, una parroquia y dos conventos de San Francisco y la Merced [...].

36

Para terminar la crónica de las ciudades litorales con una referencia a la desaparición de Concepción de Bermejo, acotando que “los españoles se retiraron a las Corrientes.”¹³

Las apreciaciones del teatino son muy acertadas, tanto las que aluden a la población como las referidas a los soldados del Presidio porteño; nótese el incremento de pobladores en Corrientes en relación con Santa Fe, que, además, para ese momento sufría reiteradamente ataques indígenas. En cuanto al Presidio porteño en 1674 había llegado un contingente que fue reforzado por otro en 1681 –ya fundada Colonia del Sacramento por los lusitanos– lo que llevó el total de tropa paga a ochocientos cincuenta hombres.¹⁴

El siglo se cierra con un verdadero viajero, Gregorio de Robles; decidido a recorrer América con el propósito explícito de ver por sí mismo las actividades ilí-

¹³ Pablo Pastells (1926). *Historia de la Compañía de Jesús en la provincia del Paraguay (Argentina, Uruguay, Perú, Bolivia y Brasil) según los documentos originales del Archivo General de Indias*. Tomo 4. Madrid. 87-92.

¹⁴ Ver Frías, “La seguridad ...”, 133.

citas que perjudicaban la hacienda real, salió a los veintinueve años hacia América, a la que recorrió extensamente. Lo curioso es que este labrador era analfabeto de modo que cuando en la Corte oyeron hablar de sus andanzas, fue un ministro del Consejo de Indias el que se ocupó de tomar nota de cada dato que le relataba este prodigio de memoria.

Estuvo en el Río de la Plata en la última década del siglo, durante el gobierno de Agustín de Robles; no ofrece datos numéricos de su población, pero la pondera como una de las más importantes “por su temple y situación, por sus pampas, ganados y frutos”; observa que los sueldos del Presidio, que bajan desde Potosí, suelen atrasarse por lo cual “los soldados y casi toda la gente se halla acongojada y desnuda...”. Sigue su camino, llega a Córdoba “ciudad de gran población, hermosura y trato, siendo el principal comercio el de las mulas y vacas para el Perú”, lo que da un principio de explicación –no el único– a la cantidad de población.

Véase cómo confunde la situación de Santa Fe:

Llegó a Santa Fe, de la misma provincia del Tucumán, que es una ciudad pequeña situada a orillas del mismo Río de la Plata, de lindo temple y población. [...] Observó en esta ciudad el trato común de la yerba del Paraguay y tabaco, que llegará a más de 40.000 arrobas de yerba, que suele importar mucho dinero, de que resultan grandes derechos a la Real Hacienda.¹⁵

37

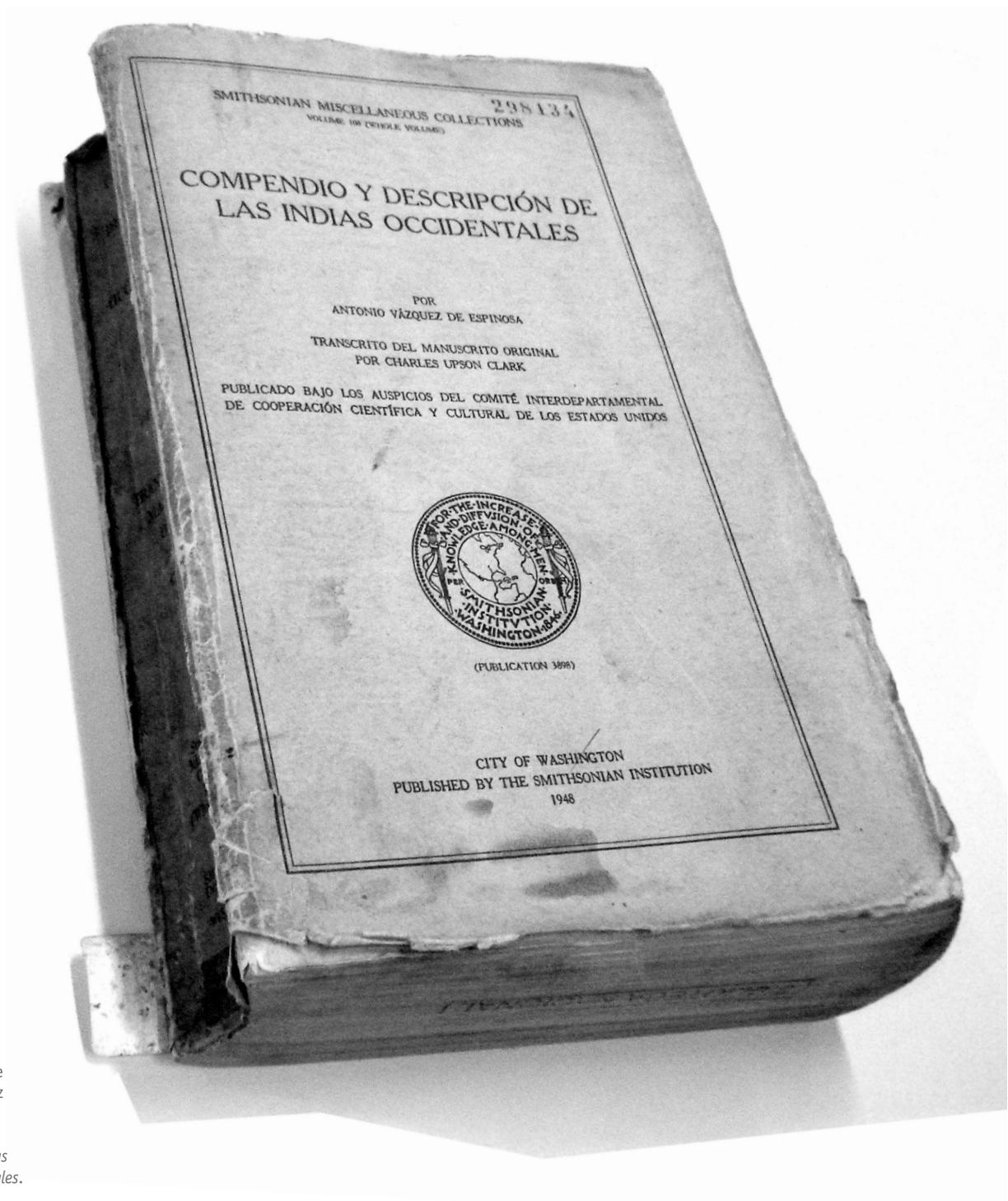
Consideraciones finales

En las líneas precedentes he querido mostrar que el estudio de la población del siglo XVII se enriquece con el aporte de los llamados viajeros; es cierto que estos deben ser complementados con otras fuentes, algo que no es exclusivo de este tipo de documento.

Conviene resaltar que se trata de una perspectiva externa al mundo establecido; es un asomarse a este mundo y por eso algunos comentarios pueden parecer algo ingenuos mientras otros están distorsionados por el desconocimiento de las situaciones que los motivan. Poseen el valor de la mirada ajena, fresca, aunque no siempre exenta de prejuicios y por ello tan necesitadas de confrontación con otras.

Es un tipo de fuente que ilumina aspectos que no siempre encontramos en otras: así por ejemplo, cuando se refieren a la fauna y flora o a las producciones

¹⁵ Gregorio de Robles (1980). *América a fines del siglo XVII. Noticia de los lugares de contrabando*. [Introducción Víctor Tau Anzóategui]. Valladolid: Casa-Museo Colón y Seminario Americanista de Valladolid.



SMITHSONIAN MISCELLANEOUS COLLECTIONS 298134
VOLUME 100 (SERIES VOLUME)

COMPENDIO Y DESCRIPCIÓN DE LAS INDIAS OCCIDENTALES

POR
ANTONIO VÁZQUEZ DE ESPINOSA

TRANSCRITO DEL MANUSCRITO ORIGINAL
POR CHARLES UPSON CLARK

PUBLICADO BAJO LOS AUSPICIOS DEL COMITÉ INTERDEPARTAMENTAL
DE COOPERACIÓN CIENTÍFICA Y CULTURAL DE LOS ESTADOS UNIDOS



(PUBLICATION 3898)

CITY OF WASHINGTON
PUBLISHED BY THE SMITHSONIAN INSTITUTION
1948

Tapa del libro de
Antonio Vázquez
de Espinosa.
*Compendio y
descripción de las
Indias Occidentales.*
Washington:
Smithsonian
Miscellaneous
Collections.
Biblioteca Nacional

están agrupando una información que de otro modo el historiador suele hallar, en otras fuentes, muy fragmentada.

Los relatos seleccionados para estas breves páginas no poseen un valor idéntico, tanto por la información que ofrecen como por el sesgo del relato; la mirada del espía difiere de la del fraile que expande una devoción; la del analfabeto Robles, que cuenta su experiencia a otro, en nada se parece a la ordenada crónica de un Vázquez de Espinosa.

Tienen todos, sin embargo, la ventaja de que pueden ser leídos sin perseguir una finalidad heurística, sólo como crónicas de época, aunque un especialista en literatura nos diría que el valor literario no es el mismo en todos.



AUSTRALIS TERRA DEL FO CO

CHICA REGIO

PATAGONVM

J del Cabo

Agua

Capango

Saina

Carbona

P de Sero

P de Cabo

P de Sero

Academ

Ligango

P de Sero

S. Maria

J de Cabo

C de Sero

Academ

Amigo

al Cabo

C de Sero

FRETVM MA

Bernardo Havestadt, un viajero poco conocido

Carlos Alfredo de Jorge



In China regione ad litora S. Juliani Magelliani contra ea
quae Fretum hoc perhibentur homines copiosius proceros
magis duntaxat in parte 104. Qui demulso abique natisse frigore
vultu sequas per gustus ad stomachi usque fundum

Philippis an. 1588 ad incedium Fretum hoc Magelliani
cum ad Hispania conuerso ad Angliam vero P. P. tam cito
in quod ibi eos Hispani cum peremptis inuenerunt



S. TRINITAS unus DEUS M. n.
S. semper Virgo MARIA O. p. n.
S. Joseph Nutritie JESU O. p. n.
B. H. C. Mochl. Hier. Strübel sc.

CHILIDÚGU
SIVE
TRACTATUS
LINGUAE CHILENSIS

OPERA
BERNARDI HAVESTADT.

EDITIONEM NOVAM IMMUTATAM
CURAVIT
DR. JULIUS PLATZMANN.

VOLUMEN II.



LIPSIAE
IN AEDIBUS B. G. TEUBNERI
MDCCCLXXXIII

Alboreaba el siglo XVIII cuando en España acaeció el deceso de Carlos II (último rey del linaje de los Habsburgo españoles), cesando para los Austria los derechos hereditarios y la posesión de los dominios hispánicos en todo el mundo. Se iniciaba de esta manera con Felipe V, y tras la guerra de Sucesión (1702–1713), una nueva dinastía con otra casa gobernante –esta vez de origen francés– que aún continúa en el trono: la de los Borbones.

Fue en estos turbulentos períodos en que tuvo que empezar a gobernar España el primer monarca de dicha ascendencia, con gravísimos inconvenientes tanto en el ámbito interno como externo: la pérdida de Gibraltar y de Menorca a manos de Inglaterra, la separación de parte de los Países Bajos; la cesión de Sicilia y porciones del Milanesado a la Casa de Saboya y Nápoles, Flandes y Cerdeña a los Austria. Todas ellas como mermas mayores acontecidas tras la penosa firma del Tratado de Utrecht el 11 de abril de 1713.

En aquellas épocas de luchas europeas (pero que repercutieron en América, y de manera muy particular entre España y Portugal, por un lado, y en la entrega monopólica de asientos de negros a Gran Bretaña por un lapso de treinta años, por el otro) fue que naciera Bernard o Bernardo Havestadt, en la ciudad de Colonia, Renania del Norte–Westfalia (hoy Alemania), el 25 de febrero de 1714, quien luego de una agitada vida falleciera en Münster el 21 de enero de 1781.

Tras una infancia y una adolescencia que no han dejado rastros por sucesos de importancia para su futura existencia, a los dieciocho años de edad ingresó como terciario a la Compañía de Jesús –el 20 de octubre de 1731– y a los treinta y uno recibiría el orden sagrado. Había estudiado filosofía y fue siempre muy reconocido por el dominio de las lenguas extranjeras y por su facilidad, no solo para hablarlas, sino también para traducirlas, departiendo además del alemán y del neerlandés (prácticamente sus lenguas maternas), español, inglés, y portugués y, por su condición sacerdotal, el latín. De allí que nada tiene de extraño que haya sido autor de una excelente (además de una de las primeras) gramática *mapudungun*, durante su estadía en la Capitanía General de Chile.

Llegado el año 1746, la Compañía lo envía a misionar a América. El primer puerto donde hizo contacto con América meridional fue el de Río de Janeiro, desde donde se trasladó de inmediato a Buenos Aires para recalar definitivamente en la Capitanía General. Por dieciséis años (entre 1751 y 1767) viajó por el sur de Chile, parte de la actual provincia de Mendoza y Neuquén. Ya cansado y entrando en la ancianidad (contaba por aquel entonces con cincuenta y tres años),

se radica en Santiago de Chile, donde escribió sus memorias (aparentemente el original en español) y una obra en tres volúmenes sobre el *mapudungun*, intitulada abreviadamente *Chilidúgú*, la que fuera publicada en Europa después de la expulsión de los jesuitas de España y sus colonias, amargura que tuvo que soportar juntamente con otros seis mil sacerdotes pertenecientes a la Compañía. Una labor de título muy particular, el *Chilidúgú sive Res Chilenses vel Descriptio Status tum naturalis, tum civilis, tum moralis Regni populique Chilensis, inserta suis locis perfectae ad Chilensem Linguam Manductioni, Deo O.M. multis ac miris modis iuvante opera, sumptibus, periculisque, Bernardi Havestadt Agrippinensis quondam Provinciae Rheni Inferioris primum Hostmariae in Westphalia, deinde in Americae Meridionalis Regno Chilensi e Societate Jesu Missionarii. Permissu Superiorum ac Rmi & Eximii D. Ordinarii Coloniensis facultate speciali*, fue la tercera obra que se publicó acerca del idioma de los mapuches, siendo las dos anteriores las *Artes*, de Luis de Valdivia y de Andrés Febrés, aun cuando el filólogo Rodolfo Lenz sostuvo que Febrés escribió su libro sobre la base de los apuntes preliminares de Havestadt. Este monumental diccionario tiene, además, la virtud de que el sacerdote westfaliano no solo estuvo en contacto directo con los aborígenes chilenos sino que, además, recorrió los territorios cuyos topónimos y particularidades físico-geográficas él mismo conoció, lo que enriquece su percepción personal dejada en todo el transcurso de su obra.

María José Brañes traduce aquel dilatado título como *Chilidúgú o asuntos chilenos, o bien descripción del estado ya natural, ya civil, ya moral, del reino y del pueblo chileno, unida en los lugares oportunos a una completa guía para la lengua chilena, obra con la ayuda de Dios de muchos y admirables modos, con los gastos y peligros de Bernardo H. Agripinense, en tiempos pasados, de la provincia del Rhin inferior, primero de Hostmaria en Westfalia, luego misionero de la Sociedad de Jesús en el reino chileno de América meridional. Con permiso de los superiores y con la autorización especial del reverendísimo y eximio D. Oficial coloniense*. Quedan, de esta manera, en el mismo encabezamiento, delineados los objetivos de esta gigantesca labor:

- Describir los aspectos naturales del Reino de Chile.
- Detallar sus matices morales, de gran preocupación para un sacerdote.
- Representar los trazos sociales sobresalientes de su población.
- Incluir un diccionario que fuese fuente de consulta para otros sacerdotes que acudiesen a evangelizar a los araucanos.

CHILIDÚGU

S I V E

RES CHILENSES

V E L

Descriptio Status tum naturalis, tum civilis, cum moralis Regni populi que Chilensis, inserta suis locis perfectæ ad Chilensem Linguam Manuductioni,

DEO O.M.

MULTIS AC MIRIS MODIS

JUVANTE

opera, sumptibus, periculisque

BERNARDI HAVESTADT

Agrippinensis quondam Provinciæ Rheni Inferioris primum Horstmaria in Westphalia, deinde in Americæ Meridionalis Regno Chilensi e Societate JESU Missionarii.

T O M U S I.

17



77.

Permissu Superiorum ac Rmi & Eximii D. Ordinarii
Colonienfis Facultate speciali.

Monafterii Westphaliæ Typis Afchendorfianis.

Portada del
Volumen I de la
obra del P. Bernardo
Havestadt.
*Chilidúgu sive res
chilenses.*
Lipsiae, Aedibus B.
G. Teubneri, 1883

Describir su esfuerzo personal y económico, como así también los peligros en que incurriera en sus viajes por territorios desconocidos, tras indicar explícitamente su obediencia ante sus superiores al exteriorizar su solicitud de permiso.

Debemos aquí tener presentes algunas circunstancias que han enaltecido aún más su trabajo y el valor actual de dichas tareas.

La primera es el sobrellevado riesgo personal, que incluyó alcanzar el martirio, ya que en el transcurso de sus relatos narra la agresividad de los aborígenes hacia su persona e, incluso, los ataques que sufriese en diferentes oportunidades, como el que tuvo lugar de camino a Malargüe por parte de los araucanos. Los antecedentes al respecto, además, no eran muy halagüeños. Allí, en territorio precordillerano, fueron martirizados sucesivamente por los araucanos los sacerdotes jesuitas Nicolás Mascardi, en 1673, tras fundar una misión a orillas del Nahuel Huapi; Phillipi van den Meeren (padre Felipe Laguna), en las proximidades del lago Rucachoroi, envenenado con chicha el 29 de octubre de 1707 y Juan José Guillelmo, el 17 de mayo de 1716, a orillas del Nahuel Huapi, tras explorar el río Aluminé, el curso superior del Limay y descubrir tras ardua tarea (falló anteriormente en tres oportunidades) el paso de *Vuriloche*.

Puede advertirse en esta sucinta crónica que ser naturalista o viajero en estas regiones y en aquellas épocas era tarea de hombres verdaderamente inspirados, audaces, dispuestos al sacrificio personal y profundamente convencidos de sus objetivos.

Otra particularidad es la enorme extrañeza que produce el hecho de que, aún hoy, no se haya producido un mayor número de documentos sobre su obra y su persona aquende la cordillera andina. A pesar de que aquella ha sido utilizada por los principales filólogos y traductores mapuche-castellano de nuestro país (en su mayoría especialmente dedicados a la toponimia de origen mapuche), como pueden ser los casos de Pablo Groeber con su "Toponimia Araucana", editada por GAEA, Sociedad Argentina de Estudios Geográficos en 1926; el doctor Gregorio Álvarez, con su *Neuquén: historia, geografía y toponimia*; Ambrosio Delfino, con su obra *Miscelánea sureña*, editada por Pleamar, y tal vez la más meritoria de todas ellas, la de Esteban Erize, *Diccionario comentado mapuche-español*, para citar escuetamente los más conocidos.

Comparativamente, la actividad del padre Havestadt está mucho más acreditada en la República de Chile, donde se lo ha estudiado con mayor dedicación y donde diversos investigadores se han abocado a analizar las disímiles temáticas

tratadas por el sacerdote jesuita –que quedan incluidas en las siete partes que componen su trabajo– y que conducen desde su diario de viaje hasta una detallada descripción de las costumbres de los aborígenes instalados al sur del río Biobío, territorios transitados por Havestadt entre 1751 y 1752 y que tras las rebeliones de Lautaro y Caupolicán (*circa* 1550), que acarrearón, incluso, la muerte de Valdivia durante la batalla de Tucapel en 1553, habían sido garantizados por los españoles como pertenecientes al “*Reyno de Chile*” y permanecido bajo jurisdicción aborigen, tal como registra Rolf Foerster (1996) en su libro *Jesuitas y mapuches: 1593-1767*.

Adentrándonos en la obra de Havestadt, el *Chilidúgú* se compone de los siguientes apartados:

- Parte I (salmos, un catecismo y oraciones).
- Sección II, con tres sermones.
- Sección III, con sermones.
- Unidades IV y V, que constan de un diccionario latín-mapuche y mapuche latín, y un cancionero con salmos y canciones –entre otros apéndices–, todos ellos escritos en latín y complementados con aspectos religiosos y sacramentales.
- La parte VI, dedicada a la Eucaristía.
- La VII sección, *Pars septima: Mappa Geographica cum Diario &c*, que es la que nos interesa casi exclusivamente en esta oportunidad por sobre el resto del tratado, ya que está dedicada a sus exploraciones, y acompañada por un mapa y el relato de sus viajes, según la edición de Julius Platzmann (1883), actualmente la más consultada.

47

En esta última sección, aclara el viajero que:

las tierras de los indios chilenos que están situadas del otro lado del río Bío Bío, con excepción de la isla de Chiloé y el territorio de Valdivia, se dividen en cuatro *Vutan Mapu*, o vastas y grandes regiones; a saber, *Lafquen Vutan mapu* [región de los lagos], costa marítima; *Ragitun Vutan mapu*, tierras llanas colindantes con la costa marítima [que hoy traduciríamos como valle longitudinal chileno, enclavado entre la cordillera de la Costa y el pedemonte andino]; *Ina pire Vutan mapu*, tierras llanas vecinas a los Andes [o región pedemontana]; y *Pire Vutan mapu*, los Andes mismos.

8

18. n. 673. Acui

2

4

2

4

19. n. 675. Vau mlei Vau

6

8

6

8

Partituras incluidas en la obra del P. Bernardo Havestadt

La inclusión del concepto científico-geográfico de región es una verdadera novedad para los saberes americanos de la época, conforme a la significación de región tal como él la utiliza, ya que esta noción se introduce en la geografía de Occidente recién comenzado el siglo XIX, a lo cual hay que agregar que Havestadt también entrega en sus escritos aportes numéricos con latitudes y número de leguas recorridas. Ello otorga cierta precisión al relato y posibilita que actualmente se pueda seguir el derrotero realizado, aunque no sin dificultades y con cierta pericia puesta por el investigador en su tarea.

El itinerario que comentamos será más breve que la narración completa que figura en la Parte VII en función de nuestras necesidades, ya que se inicia cuando el Padre Havestadt traspasa la cordillera andina (su *Pire Vutan mapu*), para internarse en el territorio de la hoy provincia de Neuquén (que él denomina “*Las Pampas*”), muy posiblemente por las características del terreno del paso de Copulhue. Desciende luego hacia el oriente paralelamente al curso del Reñileuvú, dadas las leguas recorridas que el mismo Havestadt apunta en su diario cuando finaliza cada día de marcha. Para el cruce utiliza el inicio del mes de febrero: el traspaso cordillerano lo agenda el día 5 de este mes, cuando parte del derretimiento de los hielos y las nieves de la alta cordillera ya ha escurrido aguas abajo por los cursos que drenan hacia ambos océanos. Apunta Havestadt:

5 de febrero. Después de completadas dos leguas y un difícil descenso, cruzamos el río *Tucumán* por un vado, y pernoctamos más allá de otro que mostraba sus amenazas, el río *Ñudquen*. Y, hasta donde consta, esta es la primera vez que un sacerdote lo ha cruzado, al menos por causa de una expedición espiritual; y lo mismo hay que entender en lo sucesivo de los demás lugares, corrientes y ríos.

Lo que indica que Havestadt sería el descubridor del curso de agua y el que recogiese el topónimo para la posteridad.

Su primer descanso lo realiza tras vadear el río “*Tucumán*”. Dado que este topónimo es de origen Tonocoté o Kakana (según el padre Lozano), es casi seguro que el curso citado sea el Trocomán, afluente por margen derecha del río Neuquén. Como muy bien se ha acotado, la denominación de la provincia y del curso aparece por vez primera en la literatura argentina en esta narración y se debe al *Chilidúgú* de Havestadt, por lo que debe atribuírsele enteramente su castellana paternidad. Siguiendo este análisis, Pablo Groeber afirma que su significado sería

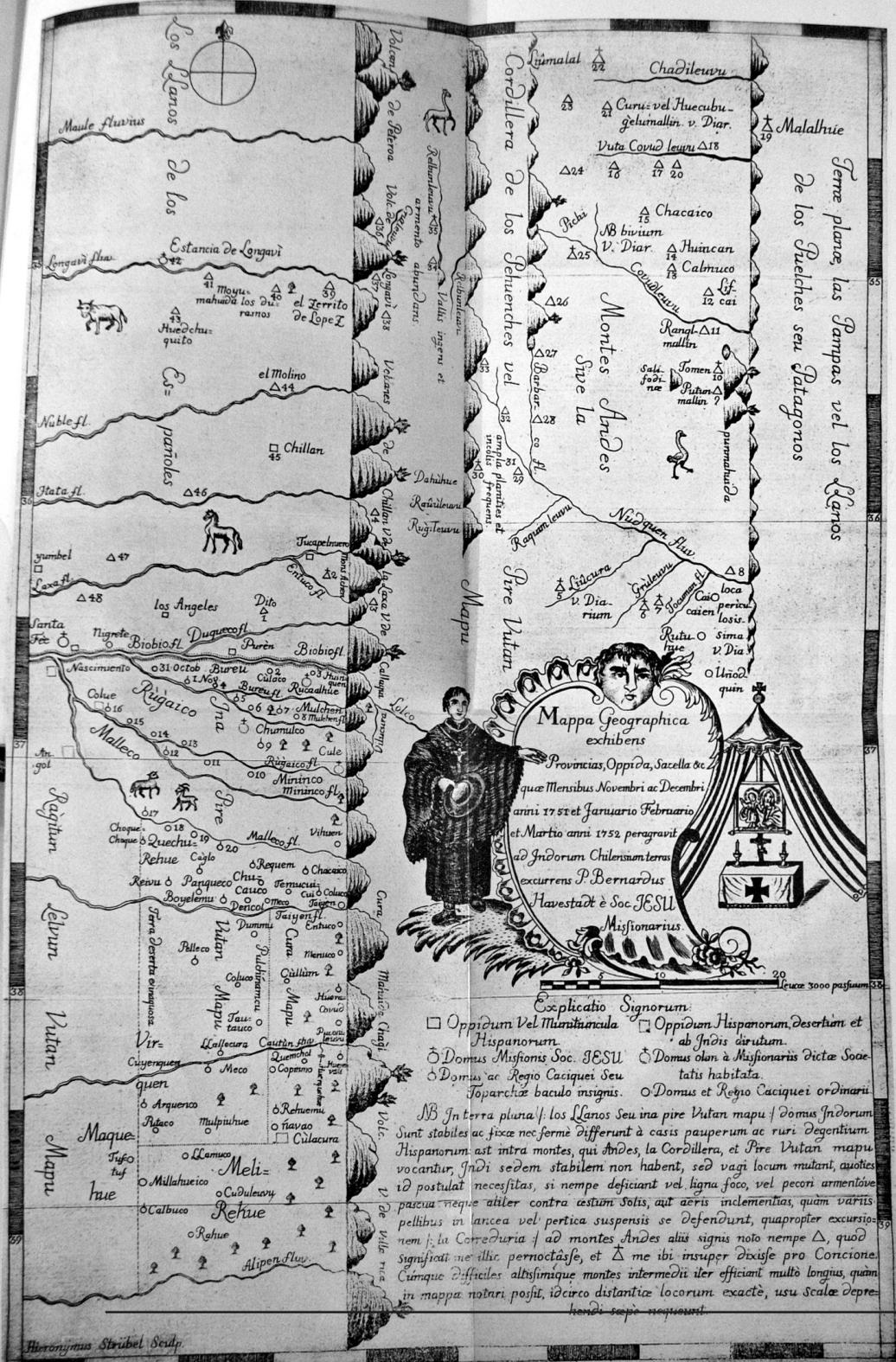
en araucano *atrevido, arrogante*. Por su parte, en su libro *Neuquén*, Félix de San Martín –aunque con ciertas reservas– comparte esta opinión (de San Martín, 1919: 26). Ello es coherente con la naturaleza del pótamo que, al no tener su curso regulado en el tramo superior por espejos de agua que contengan el derretimiento de hielos y de nieve, posee crecidas catastróficas casi todos los veranos que se suceden a años con inviernos muy nevadores.

Los comentarios que transcribe el viajante son de sumo interés. Observa la cordillera y sus contrafuertes volcánicos; dibuja sus perfiles, sitúa los accidentes geográficos más descollantes por su latitud aproximada y narra sus experiencias, cual es el caso de tener que soportar una explosión con cenizas provenientes de la actividad repentina del volcán La Laja, que con su humo llegó a oscurecer la luz del día. Debe recordarse que estamos en presencia de la faja de mayor actividad volcánica de Chile: en el caso del Antuco, se le conocen 17 erupciones a partir de 1739; también el padre Pérez Rosales informó sobre la emisión del Angol (en 1624) y recientemente ha recrudecido el dinamismo sísmico en toda su extensión a partir de los 36°/37° de latitud sur. Entre otros en actividad, Havestadt dibuja al “*Longoví*”, al “*Dahuhue*”, al “*Tolhuaca*” y al “*Lonquimay*”, si nos atenemos a la posición relativa del registro con la actualidad. (Quienes hemos recorrido minuciosamente la zona hemos disfrutado del pintoresco aspecto dejado en el paisaje por la acumulación de las tobas volcánicas, que con magnífica pluma describe el propio Havestadt, como así también es posible observar sobre el suelo el alfombrado de lapilli y rocas de estructura pumícea arrojadas por el cráter de estos aparatos volcánicos a considerables distancias.)

Al día siguiente los expedicionarios se encaminan hacia ciertas salinas situadas en dirección al cerro *Huaille* (Waile, en la toponimia actual). Continúa diciendo Havestadt:

7 de febrero. Llegué a *Tomén*, donde hay un valle y un lago al pie de dos volcanes que se llaman *Punmahuida*, sin duda porque el humo que alguna vez arrojó fue tan espeso, negro y abundante, que siendo ya incluso tiempo de mediodía introdujo las tinieblas de la noche y dibujó el día en noche.¹ Pues es cierto que a continuación anduve de acá para allá durante un íntegro espacio de ocho días por su lava, con enorme incomodidad y desgaste de los cuadrúpedos que arruinaban sus cascos. Este lugar dista solo dos leguas de *Pütúnmalin*, lo que señalo a causa del circuito de dos leguas que hicimos engañados por el guía, descendiendo y ascendiendo por un camino muy áspero y peligroso.

¹ *Introdujo las tinieblas de la noche y dibujó el día en noche*: resalta en este párrafo la descripción de los fenómenos geográficos realizada desde un imaginario más cercano a lo filosófico y religioso que a lo científico.



Terre planes las Pampas vel los Llanos De los Puelches seu Patagones

Mappa Geographica exhibens

Provincias, Oppida, Sacella &c. que Mensibus Novembri ac Decembri anni 1751 et Januario Februario et Martio anni 1752 peragravit ad Indorum Chilerum terras excurrrens P. Bernardus Havestadt & Soc. JESU Missionarius.

Explicatio Signorum:

- Oppidum Vel Municipium Hispanorum
- Oppidum Hispanorum desertum et ab Indis dirutum.
- Domus Missionis Soc. JESU
- Domus oian à Missionariis dictae Societatis habitata.
- Domus ac Regio Caciquei seu Toparchae baculo insignis.
- Domus et Regio Caciquei ordinarii

BB In terra plana: los Llanos seu ina pire Vitan mapu / domus Indorum sunt stabiles ac fixae nec formè differunt à casis pauperum ac ruri degentium Hispanorum. ast intra montes, qui Andes, la Cordillera, et Pire Vitan mapu vocantur, Indi sedem stabilem non habent, sed vagi locum mutant, quoniam id postulat necessitas, si nempe deficiant vel ligna foco, vel pecori armentove pascuu neque ailer contra aestum solis, aut aeris inclementias, quam variis pellibus in lancea vel pertica suspensis se defendunt, quapropter excursionem: la Correduria / ad montes Andes alius signis noto nempe Δ, quod signifiati ne illic pernactasse, et Δ me ibi insuper dixisse pro Concione. Cūque Difficiles altissimique montes intermedii iter efficiant multo longius, quam in mappa notari possit, idcirco distantiae locorum exactè, usu Scalae deprehendi saepe non possunt.

Mapa geográfico que exhibe las provincias y lugares que recorrió el P. Bernardo Havestadt entre noviembre y diciembre de 1751 y enero a marzo de 1752 a través de las tierras del Chile indiano

El *Tomén* es el volcán Tromen, que con sus 3978 m de altura domina la meseta patagónica oriental, siendo solamente superado por el volcán Domuyo, de 4709 m. El Tromen, según Andrés Febres, debe su nombre de la derivación de *thome* (toras; *Ciperácea*), que florecen en las lagunas cercanas y suele ser confundido con el *Pum Mahuida* (en araucano, "montaña la noche"), también denominado en las cartas como Cerro Negro del Tromen. Las lavas basálticas de color negro que afloran hacia las laderas norte y este de aquel dan origen a su denominación; ambos aparatos volcánicos situados entre *Buta Ranquil* (Carrizal Grande) y *Chos Malal* (Corral Amarillo) eran y aún son puntos de referencia seguros para el viajante que atraviesa estos páramos.

Dirigiéndose hacia Malargüe, Havestadt tuvo un encontronazo con un grupo de aborígenes *Pehuenches* (araucanos que traspasaban de continuo la cordillera para cosechar los piñones de la *Araucaria araucana* o pehuén), recibió en la cabeza un golpe de la espada de un cacique, y tuvo que ser defendido por los miembros de una parcialidad *Puelche* que lo acompañaba. Todo ello a riesgo de su propia vida y la de sus acompañantes.

Ya en las cercanías de la localidad mendocina vuelve a repetirse el episodio:

52

17 de febrero. Volvieron los caciques [...] con sus jinetes, pero sin mujeres, niños e infantes, y sin otra intención que robar y demás, lo que fácilmente concluí de sus gestos y su modo de actuar. "Nosotros", decían "[...] buscamos a quienes robar y a quienes despojar en grandes viajes; ¿por qué no despojamos entonces a este que espontáneamente se nos ofrece?". También me preguntaban: "¿A qué viniste?", e inmediatamente otro: "Viene para explorar", decía, "y para observarnos. Es un emisario de nuestros enemigos: a otros no les creen, pero a este le creerán y tendrán por cierto todo lo que cuenta acerca de nosotros". [...] Entendiendo además que yo quería dirigirme a Mendoza, esperaban que comprara una licencia para cruzar por sus tierras; esto, aun después de que les manifestara suficientemente que no había venido por mi bien y conveniencia, sino por la de ellos, y que yo tampoco era un comerciante, sino sacerdote y además misionero de la Sociedad de Jesús. Entonces, habiendo consumido ya el día en estas y similares discusiones, finalmente se fueron, mas no satisfechos.

Al día siguiente, mientras trata de viajar hasta la ciudad de Mendoza, se encuentra nuevamente con la misma situación, ante las injurias de los caciques y demás aborígenes, quienes "se arrojaron principalmente contra el tabaco y el pan

bizcocho, que arrebataron –gritando *lul lul lul*– [...]”, lo que provocó que el propio Bernardo se lanzara contra ellos (con el peligro que aquello implicaba) y recuperara parte de lo robado. Luego, “antes de montar mi mula, di a cada uno –como hice en los lugares restantes– tabaco, agujas y las demás cosas”, en parte por bondad, en parte para evitar nuevos peligros. Mas tras seguir la marcha hacia Mendoza los araucanos volvieron contra ellos:

Y ya estaban sus lanzas a pocas palmas de mi pecho y las espadas de mi cuello, cuando alguien (no sé si fue una estratagema o si fue la providencia de Dios, que así lo dispuso) agarró el mulo que llevaba el vino, que no excedía el peso de veinte libras, y lo sacó. Los demás, abandonándome, también acudieron corriendo para beberlo. Por lo tanto, como había perdido la esperanza de poder cruzar a Mendoza o de purificar a sus niños con el bautismo, salí por la misma vía por la que había llegado, después de que me habían quitado siete mulos, y entre ellos esa mula por la que había sido transportado cuando venía hacia acá.

Consideramos que la narración es lo suficientemente explícita como para agregar algún comentario.

Al siguiente día, remontando el curso del *Chadileuvú* (posiblemente el río Salado, afluente por margen derecha del Atuel), se acercaban a las proximidades del paso del *Pehuenche*, desde donde se puede descender la ladera a barlovento de la cordillera en busca del río Maule, ya en territorio chileno. Acota el viajero que uno de los dos arroyos entre los cuales acamparan el día 19 tenían aguas “pestíferas” para los animales. Esto es algo común en la región, debido a que parte de su superficie es kárstica, por lo cual es frecuente que el volumen disuelto de minerales como el yeso y el manganeso en los torrentes provoque fuertes descomposturas, cólicos, colitis y aun en casos aislados el mismo deceso para aquellas personas que no estén acostumbradas a beber las aguas subterráneas de los pozos o la de la esorrentía de los arroyuelos y riachos característicos de este tipo de terrenos. Lo mismo sucede con algunos pasturajes a los cuales los lugareños denominan “*tril*”, y que contienen elevados tenores de minerales dañinos para hombres y bestias, capaces de causar enfermedades e incluso la muerte. Aparentemente el envenenamiento es producido por un hongo que aparece en el Coirón Huecú (*Festuca argentina*). Todos estos datos, aportados en la narración de Havestadt, serían de sumo provecho para quienes, en el futuro, debiesen transitar por esos lares.



S. MARIA Mater DEI o. p. n. p.
H. Strübel sc. Chili.

Asevera el narrador del *Chilidúgú*:

Digo, pues, cuando esa agua había sido tomada por caballos y mulos venidos de otra parte, como los nuestros, les producía todos los efectos que la ebriedad transmite a los hombres. Ya que, así como los hombres empapados de vino se tambalean, caen y no pueden levantarse, según cada cual se haya hartado con más o menos vino, exactamente de este modo sucedió a los caballos y mulas, según hubieran bebido más o menos en esta agua. Otro mal que no se debe temer menos amenaza aquí a los mencionados caballos y mulos; proviene de una hierba maligna que es muy frecuente, tanto aquí como en otros muchos lugares. En efecto, aunque comida en cantidad pequeña, los enciende y debilita de tal modo, que caen y no pueden sostenerse en pie, y si comen un poco más de esta hierba incluso se mueren. El único remedio es lavarlos repetidamente con agua fría, y así se recuperan en tres días, principalmente con ayuda de la heladísima noche.

Al no poder proseguir hacia el norte hasta el valle de *Uco*, cual era la intención del padre Havestadt por las vicisitudes ya narradas, decide regresar a Chile vía algunos de los pasos cordilleranos que enfrentaba de manera directa hacia occidente, descendiendo luego hasta la laguna de *Carri Lauquén*, a la vista del volcán Domuyo, vadeando el río Barrancas denominado por él *Pichicovudleuvu*.

En su indudable deseo de hallar rutas alternativas para unir Mendoza con Chos Malal continúa al sur paralelo al actual límite argentino-chileno, entre la cordillera demarcatoria y la cordillera del Viento, que el viajero denomina "Cordillera de los *Pehuenches*". El 26 de febrero cruza el río Varvarco (al que manuscibe como *Barbarco*), recorriendo las lagunas que se encuentran en sus cercanías y descendiendo hasta alcanzar al río Neuquén o, lo que es igual, haber rodeado a la cordillera del Viento por sus cuatro lados: meridional y oriental a la ida y a su regreso los flancos septentrional y occidental. Desde este punto la pequeña caravana se dirige directamente al oeste. Es dable considerar que para el cruce final hacia el valle longitudinal chileno utilizó algún pasaje situado aproximadamente entre los 36° 30'S y los 37° 30'S, muy probablemente el de Buta Mallín o el del Chureo, en función del relato que a continuación transcribimos, ya que, en definitiva, esta es la manera como se llega casi directamente a *Tucapel Nuevo*. Y es dable pensar que casi tras un mes de deambular por cordilleras, en presencia de la hostilidad aborigen y con el desgaste en hombres y bestias, debería haber buscado el trayecto más directo hacia su lugar de destino:

Comenzamos a franquear la tercera serie de los Andes y descendimos primero por una larga y áspera senda hasta un río, del cual bebieron todos los caballos y mulos, pues después no se encuentra agua en todo el día, sino muchísima nieve. Luego, poco a poco y oblicuamente, ascendimos un monte altísimo y tan escarpado, que a primera vista parecía que no podía ser subido; pero no faltó camino para los osados. [...] inesperadamente llegué al borde de una fosa interpuesta tan profunda, que se precipitaba en línea recta hacia el pie extremo de uno y otro –tanto de este, como del volcán *Longaví* [...] Sin embargo, se debe vigilar con el máximo cuidado que los caballos y los mulos no marchen todos revueltos, sino que primero los mulos [...] y después los caballos en buen orden, siempre uno detrás del otro y separados por algún espacio; pues como el camino es angosto y no resistente [...] es necesario que haya algún espacio en medio para que las mismas bestias no caigan con las piedras [...].

Prácticamente, de regreso a Chile, Havestadt hace una reseña de carácter antropológico con respecto a la alimentación, utensilios y vestimentas utilizadas por los aborígenes; materiales utilizados para la construcción de sus viviendas, presas que solían cazar para enriquecer su dieta (guanacos, ñandúes, maras, etc.) y que preferimos obviar para no prolongar estas líneas. Como un fino observador de la geografía circundante, describe los vallecitos intermontanos, las hierbas para el pastoreo, los cultivos de cereales o legumbres y todo aquello que era necesario por aquel entonces para la alimentación de los españoles disperso en el paisaje lindante.

El mismo sacerdote realiza parte del inventario de casi dos meses que estuvo misionando por tierras neuquinas y mendocinas:

Lo que ocurrió en general o casi siempre fue, en primer lugar, la enorme aspereza de las vías, a tal punto que, de cuatro, casi tres partes son o escoria, o piedras, o rocas tan duras y agudas que los caballos y mulos no suficientemente acostumbrados a estas vías dentro de pocos días se quejan de sus cascos desollados y deteriorados. Mientras aún me encontraba en medio de estos montes, me pensaba muy afortunado si con las puras cargas lograba escapar de tantos peligros y desgracias. Pero por la Providencia de Dios Misericordioso, de seis caballos se salvaron dos, y de 25 mulos, 16, sin incluir a la yegua y su cría de pocos días, que murió –despojada por completo de sus fuerzas– por causa de la hierba maligna, precisamente esa que mencionamos.



En su trayecto cabalgó 649 leguas (casi 3400 kilómetros) desde su salida de Santa Fe en Chile y su regreso a Chillán, para terminar nuevamente en la Misión de Santa Fe, en las proximidades de la localidad de Los Ángeles. Por primera vez menciona la existencia toponímica del río Neuquén; recorre los territorios al occidente de la cordillera del Viento, bastante poco conocidos para esa época. Deja escritas recomendaciones para otros misioneros y realiza un relativamente completo inventario de los cursos de agua que encuentra, imprescindibles para detenerse en sus orillas para el descanso nocturno. Todo ello, con el exclusivo fin de conocer más íntimamente este territorio, evangelizar a los nativos y expandir la fe.

Carátula de la edición original. "Chilidugú. Parte Sexta. Partituras de las Canciones para ser interpretadas en el Clavichordio. Parte Tercera desde la n° 650 hasta la n° 676"

Las mujeres argentinas en la mirada de “los otros”

Miguel Ángel De Marco



In Chia regione ad litora S. Juliani Magelliani (an' 1520) ex
quibus Terris hoc portulancum homines apparere proceros
supradictis in parte 1541. Qui demulso abique haurio frigidi
virescunt sequas per gustu ad stomachi usque fundum

Philippus an' 1588 ad inuendum Terram hoc Magelliani
cum ad Hispania conuersus ad Angliam vero P. Poma dicit
in quod ibi eos Hispani cum peremptas inuenerunt

RESUMEN DEL NUMERO DE ALMAS, QUE EXISTIAN EL AÑO DE 1770 en la Ciudad de la S^{ma}. Trinidad, y Puerto de Sta. Maria de Buenos Ayres, con la Razon de los que nacieron, y murieron en dicho año, segun consta de los Libros Parroquiales, y la que dieron las Comunidades de Religiosos de ambos Sexos, y demas PARROQUIAS.....N. DE ALMAS.....NACIDOS.....MUERTOS

CATHEDRAL.....	8146	523	316
S. NICOLAS.....	5176	344	185
LA CONCEPCION.....	3529	318	158
MONTSERRAT.....	2468	184	96
LA PIEDAD.....	1746	151	91
	<u>21065</u>	<u>1520</u>	<u>846</u>
CLERIGOS.....	077		
REGULARES, y MONJAS			
STO DOMINGO.....	101		
S. FRANCISCO.....	164		
LA MERCED.....	086		
RECOL. DE S. FRANC.....	046	942 deste n. Murieron..	085
BETHLEMITAS.....	088		
CAPUCHINAS.....	040		
CATHALINAS.....	072	Nacidos.....	1520
		Muertos.....	0931
HUERFANOS.....	099	Aumento.....	0589
PRESIDARIOS.....	101		
CARCEL.....	068		
Total.....	22007		



DIVISION DEL NUMERO DE ALMAS, QUE CONSTA ARRIVA:

- 03639 Hombres Españoles, en que se incluyen 1854. Europeos, los 1398 de la Península 456, Etrangeros, y 1785 Criollos
- 04508 Mujeres Españolas.....
- 03985 Niños de ambos sexos
- 05712 Oficiales, y Soldados de Tropa Reglada, Clerigos, Frayles, Monjas, y Dependientes de unos, y de otros; Presos, Presidarios, Indios, Negros, y Mulatos, libres de ambos sexos, y de todas edades.
- 04163 Esclavos Negros, y Mulatos, de ambos sexos, y de todas edades.
- 22007 De los 3639 Hombres Españoles, están comptas las Milicias de esta Ciud. en la forma sig.
 - 024 Compañias de Caballeria de Vecinos de à 50 Hombres, sin Oficiales, Sargentos, y Cabos
 - 09 Dichas de Forasteros de Infanteria de à 77 Hombres, Idem.
 - 01 De Artilleros Provinciales de 100 Hombres.
 - 08 Tambien hay 8 Compañias de Indios, y Melizos de à 50 Hombres. Idem
 - 08 Dichas de Mulatos libres, de Caballeria Idem
 - y 03 De Infanteria de Negros libres. Idem
- 53 Hacen 53 Compañias; las 40 de Caballeria, y 13 de Infanteria.

ESPAÑOLES CASADOS.

Europeos.....	0942	y el resto de	912	Solteros
Criollos.....	1058	y el resto de	717	Idem.
	<u>2000</u>		<u>1629</u>	

En un precioso libro del periodista y escritor José Luís Vittori, *Viajes y viajeros en la literatura del Río de la Plata*, se dice que éstos pasan como el viento, sin apenas detenerse en un lugar; que son los que, al transitar, escuchan y ven claro cosas que la gente del sitio vive con naturalidad y no distingue con el ánimo curioso del testigo foráneo; “cosas aparentes, visibles a la observación más o menos sagaz del andariego, pero poco o nada sobre las motivaciones y el sentido de tales o cuales modos de ver y de hacer difundidos en la gente de un lugar, de una región, de un país”.¹

Los relatos de distinta índole de los siglos XVI y XVII no alcanzan, por cierto, la variedad y riqueza que adquieren en el XVIII y el XIX, durante los cuales los hombres –muy rara vez alguna mujer– se sentían fuertemente motivados para ver, oír y registrar cuanto vivían o contemplaban.

Eran, en su mayoría, clérigos, comerciantes, colonos, marinos mercantes o de guerra, funcionarios, agentes diplomáticos, naturalistas, que llevaban pluma, ferrrosa tinta y áspero papel “de trapo”, y redactaban con afiladas plumas y escritura bastante más clara que la farragosa “procesal encadenada”, hoy verdadero suplicio para los que carecen de conocimientos especiales, acerca de la fisonomía de las ciudades, el carácter de sus gentes, las diversiones más comunes en el ámbito urbano, la vida de la campaña, lo sinuoso y ríspido de los caminos, las fieras e insectos que asechaban al viandante, la poco atractiva posibilidad de descanso que brindaban las postas y muchas cosas más.

Buena parte de los viajeros pusieron especial énfasis en la mujeres, porteñas y provincianas, a las que en general veían muy atractivas, dignas del latir apresurado de sus andariegos corazones.

Alonso Carrió de la Vandra, autor de *El lazarillo de ciegos caminantes desde Buenos Aires a Lima*, quien publicó en 1773 tras regresar a España un ilustrativo volumen con el seudónimo de Concolorcorvo, dice de las hijas de la ciudad que tres años más tarde sería designada capital del nuevo Virreinato del Río de la Plata:

Las mujeres [...] en mi concepto son las más pulidas de todas las americanas españolas, y comparables a las sevillanas, pues aunque no tienen tanto chiste, pronuncian el castellano con más pureza.²

¹ José Luís Vittori (1999). *Viajes y viajeros en la literatura del Río de la Plata*. Tomo I. Buenos Aires: Vinciguerra. 21.

² Alonso Carrió de la Vandra (1999). *El lazarillo de ciegos caminantes desde Buenos Aires a Lima*. Buenos Aires: Emecé. 35. [El lazarillo de ciegos caminantes desde Buenos Ayres hasta Lima con sus itinerarios según la más puntual observación, con algunas noticias útiles a los nuevos comerciantes que tratan con mulas y otras históricas. Sacada de la memoria que hizo don Alonso Carrió de la Vandra que tuvo por la Corte para el arreglo de correos y estafetas, situación y ajuste de postas desde Montevideo por Don Calixto Bustamante Carlos Inca, alias Concolorcorvo natural de Cuzco, que acompañó al referido comisionado en dicho viaje y escribió sus extractos. Gijón: Imprenta de la Rovada, 1773].

EL LAZARILLO

DE CIEGOS CAMINANTES desde Buenos-Ayres, hasta Lima con sus Itinerarios segun la mas puntual observacion, con algunas noticias utiles á los Nuevos Comerciantes que tratan en Mulas; y otras Historicas.

SACADO DE LAS MEMORIAS QUE hizo Don Alonso Carrió de la Vandra en este dilatado Viage, y Comission que tubo por la Corte para el arreglo de Correos, y Estafetas, Situacion, y ajuste de Postas, desde Montevideo.

Por DON CALIXTO BUSTAMANTE CARLOS Inca, alias CONCOLORCORVO Natural del Cuzco, que acompañó al referido Comisionado en dicho Viage; y escribió sus Extractos.

CON LICENCIA.
En Gijón, en la Imprenta de la Rovada. Año de 1773.

Portada del libro de Alonso Carrió de la Vandra: *El lazarillo de ciegos caminantes desde Buenos Aires hasta Lima*. Gijón: Imprenta de Rovada, 1773. Ejemplar perteneciente a la colección de la Biblioteca Nacional

Félix de Azara, que criticó con dureza el poco aseo y dejadez de las esforzadas compañeras de los habitantes de la campaña, elogió en sus *Viajes* (1783), a las señoras y niñas santafesinas:

El vestido y lenguaje es el de Buenos Aires, bien que las mujeres gastan menos ropa. Sus camisas son bordadas por el pecho y hombros, de azul en la gente ordinaria, y las ricas usan cribos y bordaduras exquisitas de hilo que trabajan con primor: lo mismo hacen en sábanas, almohadas, toallas, calzoncillos y enaguas, y de todo esto llevan bastante a Buenos Aires. Tienen las mujeres fama de amables y hermosas y de taparse la boca cuando se ríen, aun cuando tengan buenos los dientes.³

Hace dos siglos, los británicos que ocuparon Buenos Aires y fueron acogidos en los hogares criollos con cortesía pero a la vez con la distancia que la situación aconsejaba, quedaron prendados de las jóvenes de airosa talla y graciosas maneras, como ocurrió con Alexander Gillespie, autor de *Buenos Aires y el interior*, publicado en castellano mucho después que en Inglaterra. No pocos se arraigaron para siempre formando hogares argentinos.⁴

William Robertson, quien escribió con su hermano John Parish las célebres *Cartas de Sudamérica* que tratan de sus andanzas por el Nuevo Mundo entre 1810 y 1835 y se definía como “admirador del bello sexo”, quedó prendado de la belleza de una de las tres hijas de un estanciero de Goya, Corrientes. Cada una poseía “un género peculiar de belleza, pero Rosa, la mayor, *Rosita*, como se la llamaba comúnmente, era considerada la más hermosa de las tres”:

Tenía ojos azules, grandes y alegres (los ojos de este color no abundan mucho en Sudamérica y son, por lo mismo, muy estimados), las facciones no eran tan correctas en sus detalles, como agradables en su conjunto; cecezas eran sus labios y, como sonreía de continuo, las mejillas formaban graciosos hoyuelos; la rosa y la azucena disputábanse adorablemente el color de su rostro; la estatura, si no era pequeña, pasaba apenas de la mediana; el cuerpo, de buenas proporciones, antes grueso que delgado; tenía los pies pequeños –como en general las mujeres de Sudamérica–, el paso ágil y elástico y bailaba a la perfección; en fin, todo hacía de ella una joven cumplidamente linda y se la proclamaba como tal.

³ Félix de Azara (1845). *Viajes por la América del Sur*. Montevideo: Imprenta del Comercio del Plata. 223.

⁴ Alexander Gillespie (1921). *Buenos Aires y el interior; observaciones reunidas durante una larga residencia, 1806 y 1807. Con relación preliminar de la expedición desde Inglaterra hasta la rendición del Cabo de Buena Esperanza*. Buenos Aires: La Cultura Argentina. 73-74. [Gleanings and Remarks: Collected During Many Months of Residence at Buenos Ayres, and within the Upper Country; with a Prefatory Account of the Surrender of the Colony of the Cape of Good Hope, Under the Joint Command of Sir D. Baird, G.C.B. K.C. and Sir Home Popham, K.C.B. By Major Alexander Gillespie, Now upon the Full-Pay Retired List of the Royal Marines. Londres: Whiteley, 1818].



Hubo un verdadero duelo sin armas entre dos pretendientes para obtener su aceptación. Sin importarle las consecuencias de aquella situación tan comprometida, John Parish intentó, por travesura, robarle un beso en el momento justo en que llegaba uno de los aspirantes, quien le lanzó una “mirada de tigre” aunque optó por no agredirlo.⁵

Entre varios franceses que legaron sus evocaciones, se destacaba el inteligente y culto Arsène Isabelle, quien publicó en El Havre, un año después de su regreso, *Viaje a la Argentina, Uruguay y Brasil entre 1830 y 1834*. Quedó subyugado por la inteligencia y belleza de Mariquita Sánchez, en cuya casa, como es sabido, se cantó por primera vez el Himno Nacional, a la que destacó por sobre todas las niñas y matronas de la ciudad del Plata:

Mirad, he ahí la larga procesión de bellas porteñas; ¿veis esa fila ininterrumpida de veinte mujeres, caminando lentamente y balanceándose con muelle abandono al compás de su abanico? [...] Pues bien, es una sola familia, y sólo estáis viendo, por dicha, la porción femenina, porque si los hombres no optaran por pasearse por el lado opuesto, no habría modo de circular; contemos: doce hijas núbiles y encantadoras; la madre, todavía joven y buena moza; tres tías un poquito envidiosas de sus sobrinas, sonriendo a todo el mundo y lanzando más de una mirada significativa; una abuela todavía fresca y bizarra; y, por último, tres criadas, mulatas, chinas (paisanas) o negras, riendo bajo capa a más de un caballero, cuyas miradas han provocado.⁶

65

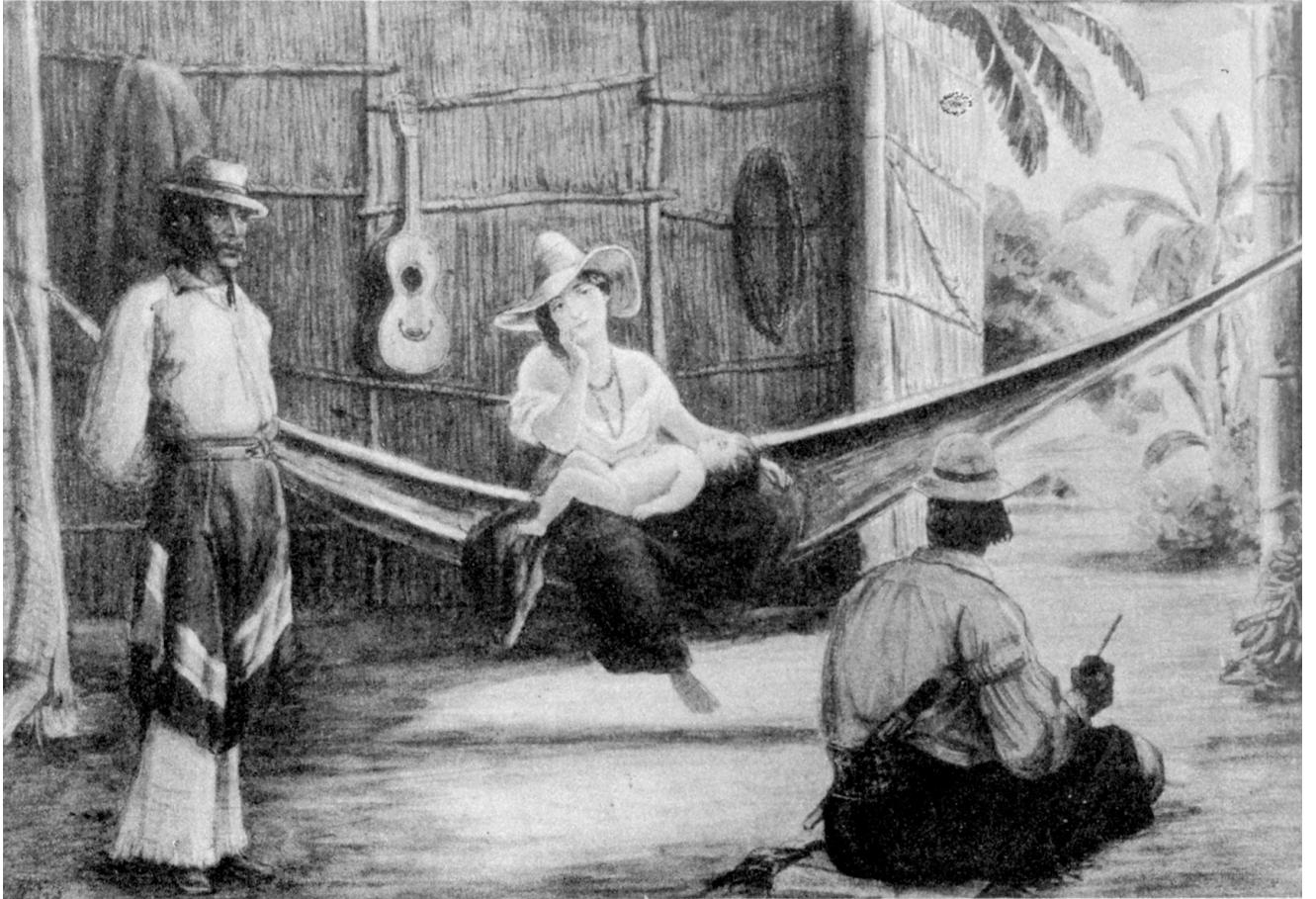
De pronto Isabelle advirtió en una de las esquinas de las calles Perú y Victoria la presencia majestuosa de Mariquita. Extranjeros o porteños, todos solicitaban el honor de hacerse notar. Se la agasajaba “por la gracia que ha desplegado en la última tertulia, al bailar divinamente un cielito y la montonera”. Su madre, sus primas, tías y criadas la ayudan a desprenderse de “la muchedumbre de sus adoradores”, mientras se dirige a la Alameda:

Todavía no ha dado su corazón a nadie; quizá no lo entregue jamás, sobre todo si se casa con un extranjero (es difícil que una porteña rechace a un extranjero), pero si lo entrega, casada o no, y de esto no se puede responder, ¡feliz mortal el que haya elegido!

(EN LA PÁGINA OPUESTA)
Dibujo de Juan León Pallière, realizado en 1862 e incluido en el libro de Madaline Wallis Nichols, *El Gaucho*. Buenos Aires: Peuser, 1953

⁵ William Robertson (2000). *Cartas de Sudamérica*. Buenos Aires: Emecé. 176. [*Letters on South America: Comprising Travels on the Banks of The Paraná and Río de la Plata*. Londres: J. Murray, 1843].

⁶ Arsène Isabelle (2001). *Viaje a la Argentina, Uruguay y Brasil. 1830-1834*. Buenos Aires: Emecé. 133. [*Voyage a Buenos-Ayres et a Porto-Alégre, par la Banda-Oriental, les missions d'Uruguay et la Province de Río-Grande-do-Sul: de 1830 à 1834, suivi de considérations sur l'état du commerce français à l'extérieur, et principalement au Brésil et au Río-de-la-Plata, dédié au commerce du Havre*. Havre: Imprinta de Morlent, 1835].



*Un nido en la
Pampa. Litografía
de 1862 de Juan
León Pallière.
Idem Supra*

*(EN LA PÁGINA OPUESTA)
Interior de un
rancho.
Litografía de Juan
León Pallière.
Idem Supra*





*Señora Porteña
Traje de Paseo*

68

*Señora porteña en
traje de paseo.*
Litografía de
César H. Bacle[]
perteneciente
al libro de
César H. Bacle y C^o,
*Trages y costumbres
de la Provincia de
Buenos Aires.*
Buenos Aires, 1946.
Biblioteca Nacional

¿No sabría Isabelle que “doña Marica” había formado hogar con su compatriota Jean-Baptiste Washington de Mendeville, cónsul en Buenos Aires, a quien la señora odió por el resto de sus días al poco tiempo de casarse?

Charles Darwin, entonces joven naturalista del bergantín de Su Majestad Británica *Beagle*, que, a las órdenes del capitán Robert Fitz Roy, dio la vuelta al mundo con fines científicos, trazó este retrato de unas mujeres aborígenes que vio en el campamento de Juan Manuel de Rosas, quien entonces encabezaba una gran *Expedición al Desierto*:

Algunos autores, al definir las razas primarias de la humanidad, han dividido a estos indios en dos clases; pero ello es ciertamente incorrecto. Entre las indias jóvenes, o *chinas*, las hay que merecen el dictado de hermosas. Su cabello era crespo, pero negro y lustroso, y lo llevaban tejido en dos trenzas que les llegaban a la cintura. En su rostro, de subido color, relucían ojos expresivos; las piernas, pies y brazos eran pequeños y elegantes, y adornaban sus tobillos, y a veces la cintura, con anchos brazaletes de cuentas azules. Algunos grupos de familias eran interesantísimos. Una madre con una o dos hijas accedió a venir frecuentemente a nuestro rancho, y lo hizo montando siempre el mismo caballo. Las mujeres cabalgan como los hombres, pero con las rodillas más recogidas y altas.⁷

También en el campamento de Rosas contempló el drama de las cautivas rescatadas durante la campaña, y entre ellas vio a dos españolas [blancas], que habían sido secuestradas desde niñas por los indios, y sólo sabían hablar la lengua de éstos.

El lector puede verse sorprendido al no encontrar en las referencias que dedica a la pampa y a las ciudades del Litoral, particularmente a Buenos Aires, mención alguna de las mujeres porteñas. Pero ellas están en una carta dirigida a su hermana Carolina, a quien le pide que la haga conocer al resto de su familia:

Nuestro entretenimiento principal era andar a caballo y admirar a las damas españolas. Después de observar uno de estos ángeles paseándose por las calles, nosotros refunfuñamos: “Qué tontas son las mujeres inglesas, no saben ni andar ni vestirse”. Y luego, qué feo suena “Miss” después de oír “Señorita”. Yo lo lamento por todas ustedes. Les haría a todas ustedes juntas un gran bien el venir a Buenos Aires.⁸

69

Dejemos pasar unos años y ubiquémonos en los días de la batalla de Caseros. El marino Carl Johan Alfred Skogman, teniente 1º del bergantín de guerra sueco *Lagerbjelke*, que junto con la fragata *Eugenia* conducía a un grupo de físicos, astrónomos, botánicos y zoólogos designados por la Real Academia de Ciencias de Suecia para recorrer países de América del Sur, quedó prendado, al igual que sus compañeros, de las hijas de Buenos Aires.

Es de creer que más de uno habrá pensado en echar definitivamente el ancla para formar allí su hogar y amasar cuantiosas fortunas, como lo habían hecho antes y lo harían después otros compatriotas:

⁷ Charles Darwin (2009). *Diario de viaje de un naturalista alrededor del mundo*. Buenos Aires: El Elefante Blanco. 91. [Journal of Researches into the Natural History and Geology of the Countries Visited During the Voyage of H.M.S. Beagle Round the World: under the Command of Capt. Fitz Roy RN. From 1832 to 1836. By Charles Darwin, Esq., M.A.F.R.S., Secretary to the Geological Society. Londres: Henry Colburn, 1839].

⁸ La correspondencia de Darwin puede ser leída en www.darwinproject.ac.uk

Poseen un don especial y muy eficaz para ayudar a los extranjeros a corregirse tanto se trate de palabras como de expresiones que, por desconocimiento, resultan poco elegantes o inapropiadas y como, por otra parte, saben también provocar y mantener viva una conversación; estar en su compañía resulta al final el modo más sencillo y agradable para adquirir el léxico corriente, que poco se aparta, además, del idioma escrito.

Skogman consideraba a las porteñas abnegadas y virtuosas –especialmente a raíz de la situación política que vivía el país y mantenía a los hogares en constante convulsión–, y esboza así su retrato físico:

En lo exterior, el carácter español alcanza aquí su expresión más feliz y la proporción de mujeres hermosas es considerable. A ello debe agregarse que en general visten con mucho gusto y discreción. Realizar un paseo a mediodía por la calle Perú, donde se encuentran las mejores mansiones, y cuyas aceras a esa hora se llenan de vistosas y atrayentes figuras, constituye un verdadero placer.

Una buena estatura y ojos magníficos son casi, sin excepción, la característica de todas las mujeres, y algunas se destacan por su tez deslumbrante, aunque de diferente tonalidad que la nórdica. Las jóvenes generalmente usan mangas cortas, que dejan asomar brazos bien formados.

El sombrero europeo no está muy generalizado, pero se ve uno que otro en el conjunto de cabezas descubiertas o tocadas con una mantilla que, a decir verdad, son mucho más sentadoras. En todas las categorías se observa un peinado cuidadoso y con los cabellos recogidos, luciendo muy a menudo como adorno una pequeña flor de vivo color, la más de las veces rojas. Para el recién llegado de Suecia, donde el color gris predomina completamente en los atavíos femeninos, los colores aquí usuales resultan al principio quizá demasiado llamativos, pero al poco tiempo uno se acostumbra y aun los extraña al regresar a su patria. El color negro es también muy visto y siempre usado para concurrir a los templos.⁹

Por fin señalemos un juicio más próximo, aunque sea de un siglo atrás. Con motivo de las celebraciones del Centenario de Mayo, el destacado periodista español, Alfredo Escobar y Ramírez, marqués de Valdeiglesias, heredero de una vasta tradición periodística y propietario de *La Época*, de Madrid, que reunió sus crónicas del viaje de la Infanta Isabel de Borbón en un volumen de 671 páginas, no sólo se refirió a las elegantes señoras y señoritas que participaron en banquetes

⁹ Carl Johan Alfred Skogman (1942). *Viaje de la fragata sueca "Eugenia" (1851-1853); Brasil, Uruguay, Argentina, Chile, Perú*. Buenos Aires: Solar. [*Fregatten Eugenie's resa omkring jorden aren (1851-1853)*]. Estocolmo: Adolf Bonnier, 1854-1855].

y reuniones populares, sino que admiró a la mujer que trabajaba. Este es el retrato que trazó de una docente. Acompañado por Estanislao S. Zeballos recorrieron algunas escuelas, verdaderos palacios, anota el cronista:

En el momento de llegar nosotros [agrega], una maestra bien trajeada, linda y simpática daba clase a sus alumnos sobre la importancia de las fiestas del Centenario. El periodista, que venía de una España pobre y sacudida por sucesivas desgracias, reflexionaba que en su país, “dado por desgracia al chiste y la chirigota, y donde tantas cosas útiles y respetables causan risa”, quizá parecería ridículo ver salir a los niños de una escuela “marcando el paso, capitaneados por una profesora de veinte abriles, tocada con un sombrero *cloche*”.¹⁰

Hemos citado apenas algunas expresiones del permanente interés y admiración que sintieron los extranjeros por la vivacidad y belleza de las argentinas. Hombres de diferentes épocas, a veces tan distintos de los de estas latitudes por sus rasgos físicos y sus costumbres, apreciaron el donaire de aquellas graciosas muchachas y señoras de tez muy blanca, ojos negros, largos cabellos y pequeño pie.

¹⁰ Alfredo Escobar y Ramírez (1910). *Viaje de su alteza real la infanta doña Isabel a Buenos Aires, mayo de 1910*. Madrid: Imprenta Fortanet. 487.

Textos e imágenes del marino inglés Emeric Essex Vidal en *Picturesque Illustrations of Buenos Ayres and Monte Video*

Ana María Telesca



In Cuius regione ad litora S. Juliani Magelliana Cantus et
quandis Perum hoc perlatum, homines apparere proceros
magnumque in parte 1041. Qui demulso abique nullo frigore
vultu sequas per gustus ad stomachi usque fundum

Philippus an. 1588 ad incedum Perum hoc Magelliana
ten ad Hispania confusus ad Angli vero P. tam- dicit
in quod ibi eos Hispania. uno permatas invenerunt



E.E. Vidal. Engr. del.

J. Bouché & Co. Paris. 1850.

CHURCH OF SAN DOMINGO.

London. Published July 1850. at R. Clarendon's and Son's.

En la Caja Fuerte del Museo de la Ciudad de Buenos Aires se conserva un ejemplar del álbum de Emeric Essex Vidal editado en Londres en 1820 por Rudolph Ackermann, cuya portada traducida es:

Ilustraciones pintorescas de Buenos Aires y Montevideo consistentes en veinticuatro vistas, acompañadas de descripciones del paisaje y de las indumentarias, costumbres, etc., de los habitantes de esas ciudades y de su alrededores. Por E. E. Vidal. Esq. Londres. Publicado por R. Ackermann, 101, Strand, etc., Impreso por L. Harrison, 373, Strand. MDCCCXX.

El hojear sus páginas nos deparará una maravillosa aventura por el mundo de la edición de álbumes de viajeros americanos y atisbaremos un inesperado conflicto entre el autor y su editor.¹

Hasta fines del siglo XVIII la América hispánica permanecía misteriosa para los países europeos centrales, debido a la política aislacionista peninsular, con sus estrategias militares defensivas, los sistemas mercantiles centralizados y la ortodoxia religiosa férreamente vigilada por la Inquisición.

El viaje de Alexander von Humboldt y Aimé Bonpland a América, entre 1799 y 1804 con materiales reelaborados a lo largo de treinta años y la edición de treinta volúmenes, marcó el comienzo de lo que se dio en llamar “la reinención de América”.²

Comenzaron a estudiarse aspectos físicos del terreno, los grandes ríos, las montañas, los volcanes y la vegetación. Bajo el signo de la Ilustración, científicos de la talla de Celestino Mutis, Humboldt y Bonpland recorrieron miles de kilómetros para relevar y recolectar datos que volcaron en detallados informes y entusiasmaron a la intelectualidad europea.

En las décadas posteriores a la independencia, el número de viajeros que visitaron las nuevas repúblicas americanas creció extraordinariamente.

Estas tierras, que en parte seguían sin cartografiar y que eran virtualmente desconocidas para los científicos, para los profanos, e incluso para el comercio y la industria europeos, despertaron un gran interés en Europa y esto dio lugar a la edición de libros y de álbumes, algunos suntuosamente ilustrados como el que estamos recordando, que comprendían desde minuciosos estudios sobre la flora y la fauna hasta representaciones “pintorescas” del territorio y sus habitantes.

(EN LA PÁGINA OPUESTA)
Iglesia de Santo Domingo. Lámina de E. E. Vidal incluida en su libro *Picturesque illustrations of Buenos Ayres and Monte Video.* London: Ackermann, 1820. Biblioteca Nacional

¹ Agradezco al Director del Museo de la Ciudad, Sr. Eduardo Vázquez, el haberme posibilitado la consulta de este ejemplar.

² Cfr. Mary Louise Pratt (2010). *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación.* Buenos Aires: F.C.E. 211-267.

Aunque estaban destinados a Europa, tanto los álbumes, como las pinturas y grabados que realizaron algunos viajeros –artistas o no de profesión– también se conocieron en América.

Las vistas y escenas que aparecen en estampas y pinturas realizadas por los viajeros europeos deben ser comprendidas en el contexto del gusto y el pensamiento de la época. La capacidad para valorar el paisaje se había convertido en Europa, sobre todo en la segunda mitad del siglo XVIII, en una de las características que poseían las gentes de gusto cultivado, y se enfrentaban a él dibujándolo, describiéndolo o simplemente mirándolo.

El “viaje pintoresco” constituye una fórmula de uso frecuente en los títulos dados a los álbumes de ilustraciones de periplos realizados a lo largo y a lo ancho del continente americano en el siglo XIX.

Pero lo pintoresco no es sólo el denominador común de un determinado tipo de álbumes de viajeros. Es una categoría estética, a la que le podemos dar el valor de un instrumento que sirve específicamente para aprehender las experiencias vividas en un escenario diferente al del viajero.

Carl Nebel, un viajero alemán que visitó México a comienzos de la década de 1830, puso de manifiesto el sentido de este tipo de libros al anunciar en la introducción de su *Voyage pittoresque et archéologique dans la partie la plus intéressante du Mexique*, publicado en París en 1836:

El Nuevo Mundo, tan rico en objetos curiosos e interesantes para Europa, ha sido visitado reiteradamente por viajeros ilustres que nos han dejado nociones preciosas sobre estadística, historia natural, etcétera, pero por desdén o por otras razones, estos señores han tratado con negligencia el aspecto pintoresco de este país, que me parece no es menos interesante que la parte científica. No todo el mundo es geógrafo, botánico, mineralogista, etcétera, pero todo el mundo es curioso.³

Es decir que “lo pintoresco” es utilizado por Nebel para designar un tipo de objetos diferentes de aquellos que pertenecen al ámbito de lo científico.

El término “pintoresco” alude a aquello que concierne a la pintura. Con ese sentido fue utilizado frecuentemente en el curso el siglo XVIII y era aplicado particularmente al análisis de jardines y parques; la idea que sugiere es que existe una analogía entre la pintura de paisajes y el diseño de jardines, y que parques o jardines deben ser concebidos como una suma de imágenes.

³ Cfr. Carl Nebel (1836). *Voyage pittoresque et archéologique dans la partie la plus intéressante du Mexique*. París. [Prefacio].

A partir de este ámbito temático, lo pintoresco se consolida como un concepto de teoría del arte. Su punto de arranque fueron los escritos de William Gilpin de 1792⁴ y a fines del siglo XVIII “lo pintoresco” pasó a ser una categoría estética situada entre lo bello y lo sublime.

Es necesario también recordar que en el siglo XVIII se recuperó en el Reino Unido la categoría estética de *lo sublime*. Este concepto, derivado principalmente de la obra del escritor griego Longino, consistía en una belleza extrema, capaz de llevar al espectador a un éxtasis más allá de su racionalidad, o incluso de provocar dolor por ser imposible de asimilar.

El tratado de Longino y el concepto de lo sublime que permanecieron desconocidos durante la Edad Media, y fueron redescubiertos en el Renacimiento, gozaron de gran popularidad en el Barroco, en el siglo XVIII alemán e inglés y sobre todo durante el primer Romanticismo.

En 1712 Joseph Addison publicó en la revista *The Spectator* una serie de artículos llamados *Los placeres de la imaginación*⁵, que fueron una renovación en la teoría del arte al propugnar a la imaginación como fuente principal de la actividad creadora.

De esta manera Addison se enfrentaba a las reglas artísticas impuestas por el clasicismo racionalista, y esbozaba cualidades estéticas como lo sublime y lo pintoresco, que tendrían gran protagonismo en el futuro.

La obra de Addison suele considerarse un punto de partida de la obra de Edmund Burke *Una indagación filosófica sobre el origen de nuestras ideas acerca de lo sublime y lo bello*⁶, publicada por primera vez en 1757, y que a través de sucesivas ediciones, alcanzó gran éxito durante buena parte del siglo XIX.

Burke consideraba que lo sublime engendraba las emociones más fuertes que la mente era capaz de experimentar. Lo sublime se asociaba con lo inmensamente grande.

El vacío, la oscuridad, la soledad y el silencio evocaban lo sublime, al igual que la claridad deslumbradora, la sucesión repentina de luz y oscuridad, el ruido de las cataratas, el fragor de la tormenta, los truenos o la artillería, los sabores amargos y los hedores insoportables.

Burke consideraba también que el sentido de la belleza era inferior a lo sublime.

⁴ Cfr. William Gilpin (2001). “Three Essays: on Picturesque Beauty; on Picturesque Travel; and on Sketching Landscape”. *Aesthetics and the Picturesque, 1795-1840*. Vol. I. Bristol: Thoemmes Press.

⁵ Joseph Addison (1991). *Los placeres de la imaginación y otros ensayos de The Spectator*. Madrid: Visor.

⁶ Cfr. Edmund Burke (1991). *Indagación filosófica sobre el origen de nuestras ideas acerca de lo sublime*. Madrid: Editorial Tecnos.





(EN LA PÁGINA OPUESTA)
*Viaje en carreta
a través de un
pantano. Lámina.
Idem Supra*

*Carga de cuero en la
Aduana de Buenos
Aires. Lámina.
Idem Supra*

Pero lo sublime y lo bello no bastaban para justificar todo el ámbito de la experiencia estética. Por eso existía la categoría estética de “lo pintoresco”.

Recordemos que así se adjetivan las ilustraciones del libro de Vidal y en este contexto estético debemos ubicarlo.

Nos ocuparemos en primer lugar de presentar a Vidal, luego a Ackermann y por último nos detendremos en el álbum.

El marino inglés Emeric Essex Vidal fue un típico representante del artista-viajero aficionado, pero muy hábil por cierto en el manejo de la acuarela.

Estuvo por primera vez en el Río de la Plata entre 1816 y 1818, formando parte de la flota que controlaba los intereses británicos en el Atlántico Sur.

Vidal había nacido en 1791 en la ciudad de Bredford en Inglaterra. Su padre, Emeric Vidal, había realizado una meritoria carrera en la marina real británica y los tres hijos varones, de los cuales nuestro Emeric era el menor, siguieron la misma carrera.

Tenía quince años cuando lo destinaron al navío *Clyde*, que se estacionó en el Mar del Norte. Después de varios destinos estuvo en Canadá en la época de la segunda guerra entre Inglaterra y los Estados Unidos, desempeñándose como secretario del comandante en jefe. De esta época –1815– datan sus primeras acuarelas.

Desde el siete de mayo de 1816 hasta el veintiocho de septiembre de 1818 desempeñó el cargo de contador en el buque de guerra inglés *Hyacinth* que tenía por base de operaciones la Bahía de Río de Janeiro, y alternó esa función con la de ser el secretario del almirante de la escuadra.⁷

Durante esta prolongada estadía en el Atlántico Sur, conoció la Banda Oriental y Buenos Aires, en los tiempos inmediatamente postreros a nuestra independencia.

Desde que llegó a Buenos Aires, a comienzos de septiembre de 1816 –su primera acuarela es del seis de septiembre– se consagró a representar todo lo que la ciudad, el territorio y sus habitantes tenían de interesante y característico.

Recordemos que todo barco tenía un dibujante a bordo que hacía la cartografía, la vista de las ciudades y la de los puertos. Vidal como buen marino, y además inglés, tenía conocimientos de la acuarela, y tenía oficio en la resolución del paisaje acuarelado, de las marinas acuareladas, dentro de cierta tradición británica, que tuvo mucho desarrollo durante los siglos XVIII y XIX.

Vidal tenía verdaderas aptitudes artísticas y manejó la acuarela con elegante fluidez.

Hizo marinas en casi todos los destinos que tuvo, y también interesantes paisajes de algunos lugares como los Estados Unidos o la isla de Santa Elena, adonde

⁷ Cfr. Alejo González Garaño (1933). *Acuarelas de E. E. Vidal. Buenos Aires en 1816, 1817, 1818 y 1819*. Buenos Aires: Amigos del Arte.

fue tiempo después. Si uno mira el *corpus* general de su producción, sin duda la parte que le dedica al Río de la Plata es la menos interesante, pero sin embargo es por la que hoy lo recordamos.

Vidal tiene un doble mérito en la historiografía argentina porque además de las imágenes hizo un relato de viajero de los primeros tiempos independientes de las Provincias Unidas. Cada acuarela está fechada en el dorso y contiene una descripción de la escena que se está representando.

Volvió a Inglaterra a fines de 1818, y alejado por un tiempo del servicio activo, se dedicó a ordenar su producción artística sudamericana.

En 1819 el famoso editor Rudolf Ackermann que vio las acuarelas, se entusiasmó con ellas y le pidió a Vidal que hiciera una selección para publicarlas en un álbum de lujo.

Vidal eligió veinticinco de las acuarelas realizadas *in situ*, las pintó de nuevo reduciéndolas a un tamaño uniforme –198 mm x 260 mm– dejando sólo cuatro para reproducirlas en un tamaño mayor, y al mismo tiempo comenzó a preparar el texto que las acompañaría basado en las notas que sobre nuestras costumbres había escrito.

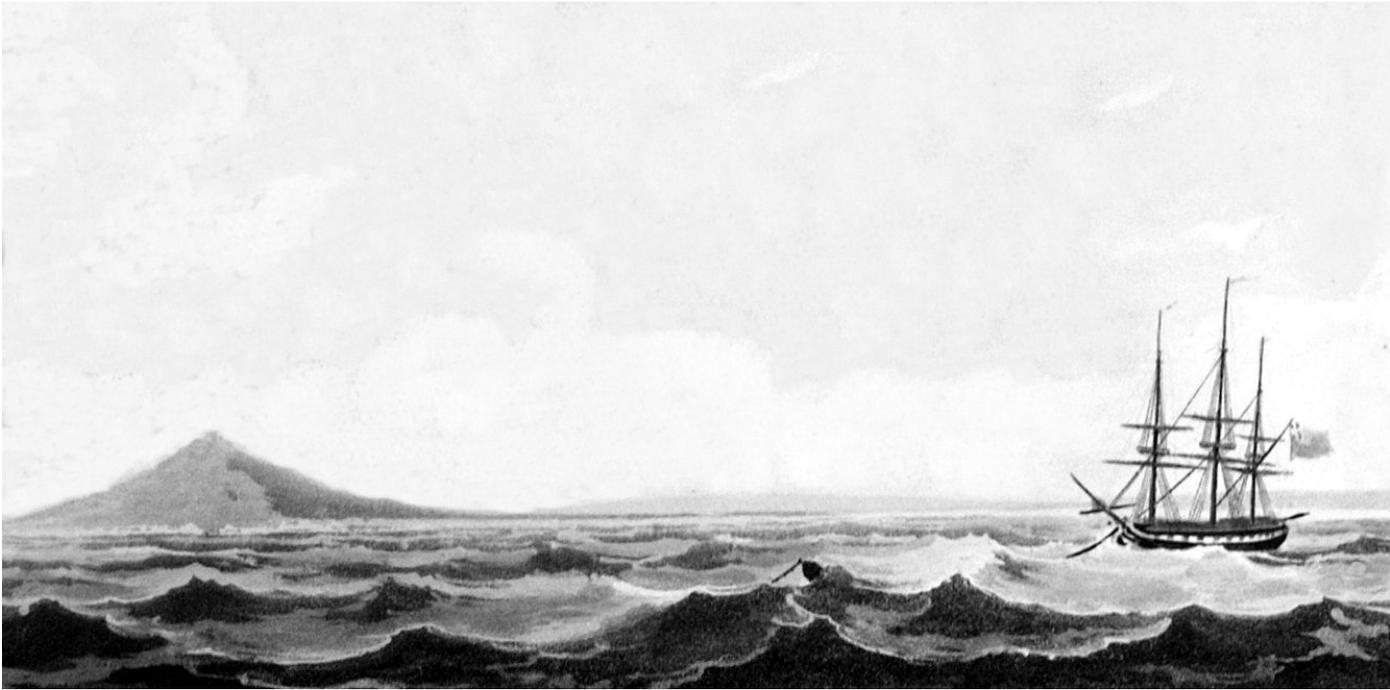
Cuando se hallaba completando su trabajo, otra misión naval lo alejó de Londres y lo llevó a Sudáfrica.

El libro salió publicado en Londres en 1820 sin su revisión.

La edición original de 1820 es un relato de viajero, un “viajero” entre comillas porque Vidal es un militar de esa misma armada que había invadido el territorio en 1806 y 1807.

El texto es sobre todo un informe descriptivo y objetivo de lo que vio en estas tierras con sus usos, tipos y costumbres y desde el prefacio habla del interés que tiene Gran Bretaña por las nuevas repúblicas americanas:

Los acontecimientos importantes de los cuales han sido teatro en los últimos años las colonias españolas de Sud América, y la airosa lucha por la independencia, que aquellas mantienen todavía contra la madre patria, han atraído poderosamente la atención de todo el mundo civilizado. La consecuencia política de ser Buenos Aires la capital y centro de una de las repúblicas recientemente establecidas, y su importancia desde un punto de vista comercial, harían de ellos un objeto de singular interés para la primera nación mercantil del mundo, aún sin el atentado de conquista realizado durante la última guerra por las armas británicas.



Dejando, por lo tanto, esos temas más abstrusos para el historiador profesional y el economista político, el autor de estos trabajos se contentó con bosquejos, originalmente sin vistas a publicarlos, algunos rasgos característicos que presentaban las ciudades de Buenos Aires y Montevideo, y aquellas singularidades en las costumbres, maneras e indumentarias de las gentes en la forma más sorprendente que se les presentaran durante una residencia de tres años en el país. Estos diseños, cree él, resultarán tanto más aceptables a los interesados, cuanto que, a su conocimiento, ninguna ilustración gráfica de esos lugares había sido, hasta ahora, presentada al público.

La parte descriptiva, desprovista de políticos prejuicios, es el simple resultado de la observación personal, con el agregado de algunas informaciones derivadas de escritores de reconocida autoridad”.⁸

En general, podemos decir que en la representación de la ciudad tiene una mirada casi estratégica, una mirada de militar.

En otros aspectos su mirada apunta al pintoresquismo, al costumbrismo, como en la representación de los aguateros, los pescadores, los indios pampas, los gauchos.

Para el álbum volvió a ejecutar veintidós acuarelas sobre los temas que había tratado en Buenos Aires y las completó con tres escenas captadas en la banda Oriental: la *Vista de Montevideo*, *Estancia de San Pedro* y *Soldados en la Banda Oriental*.

⁸ Vidal, Emeric Essex (1999). *Buenos Aires y Montevideo*. Buenos Aires: Emecé. 13-14.



Las imágenes, acompañadas de los textos descriptivos, que eligió para dar a conocer fueron las siguientes:

- 1) Vista de Montevideo, desde el fondeadero exterior del puerto.
- 2) Buenos Aires desde el banco. Entre las radas exterior e interior.
- 3) El desembarco en Buenos Aires.
- 4) El Fuerte.⁹
- 5) El mercado de Buenos Aires.
- 6) La plaza o gran *Square* de Buenos Aires.
- 7) Lecheritos.
- 8) El matadero del sud, una de las carnicerías públicas de Buenos Aires.
- 9) Pescadores.
- 10) Iglesia de Santo Domingo y modas femeninas.
- 11) Mendigo a caballo.
- 12) Indios Pampa.
- 13) La aduana de Buenos Aires.
- 14) Vista general de Buenos Aires, desde la Plaza de Toros.
- 15) Viajeros en una pulpería.
- 16) Estancia de San Pedro.

83

*Vista de Montevideo
desde un barco
anclado en el río.
Lámina.
Idem Supra*

⁹ Acotamos que Vidal fue el primero que pintó una flameante bandera argentina.

- 17) Boleando avestruces.
- 18) Gauchos de Tucumán.
- 19) Las mulas viñateras de Mendoza.
- 20) Carreta de viaje pasando un pantano.
- 21) Viaje en coche de postas.
- 22) Soldados de la orilla Oriental del Plata.
- 23) Una quinta en las afueras de Buenos Aires.
- 24) Carrera de caballos.

Una particularidad es que todas las escenas fueron realizadas en exteriores, al aire libre. Vidal no dejó ningún interior y nunca hizo una imagen desde la Plaza de la Victoria, llamada así luego de la victoria en las Invasiones Inglesas. Para resolver ambas cuestiones tenemos que esperar exactamente una década, hasta la llegada al país de otro viajero, el ingeniero Carlos Enrique Pellegrini (1800-1875) que vino al país contratado por Bernardino Rivadavia.

El álbum fue impreso en seis cuadernos de cuatro láminas cada uno y aparecieron mensualmente a partir del 1º de Mayo de 1820. Los grabados fueron hechos por T. Sutherland, J. Bluck, D. Havell y G. Maile.

84

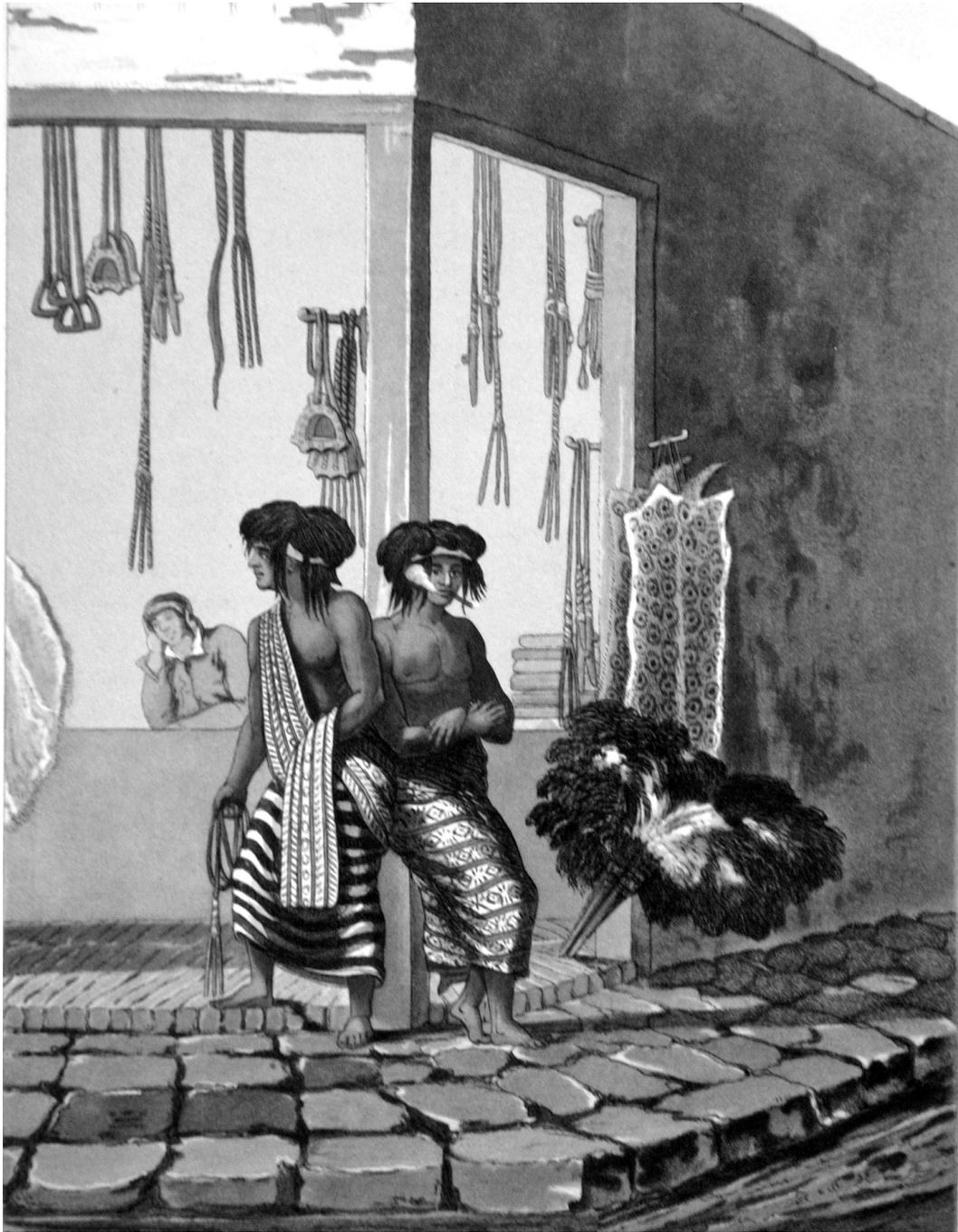
Se imprimieron setecientos cincuenta ejemplares de formato regular y cincuenta en un tamaño mayor.

Repasaremos ahora las actividades del editor Rudolph Ackermann (1764-1834), nacido en Sajonia. Su padre, que era un modesto diseñador de carruajes, le enseñó su oficio.

Muy jovencito, dejó su hogar natal. Residió en París, Bruselas, y llegó a Londres aproximadamente a los veinte años. En esta ciudad se convirtió en uno de los más exitosos diseñadores de carruajes.

Diez años después comenzó un negocio de impresión, llamado *Repository of Arts* (o *Depósito de las Artes*). Fue un verdadero emporio donde no sólo se vendían grabados y libros ilustrados, sino también papeles, materiales artísticos, cuadros antiguos, miniaturas y diversos objetos decorativos.

Ackermann había comenzado en 1808 su labor como editor de libros ilustrados con el *Microcosmos de Londres*. Este trabajo ilustrado con magníficas aguatinas coloreadas a mano, estableció su reputación y fue seguido por otros trabajos como la *Historia de la Universidad de Oxford*.



En 1818 Ackermann viajó a Alemania para reunirse con Alois Senefelder, el inventor de la litografía, y al año siguiente publicó una traducción al inglés del Tratado de Senefelder, lo que permitió la utilización masiva de esta técnica en Gran Bretaña.

También dio a conocer libros de diseño, manuales ilustrados, y hacia 1823 los populares almanaques de bolsillo conocidos como *Forget me not (No me olvides)*.

Pero sobre todo fue conocido por ser el editor de la revista *Repository of arts, literature and fashion*. En esta revista mensual, que se editó desde 1814 hasta 1828, incluyó artículos e ilustraciones de todo tipo, especialmente noticias sociales y literarias, novedades en el mundo de la moda, etc.

Al final de su recorrido Ackermann había publicado casi 1.500 planchas coloreadas a mano en el *Repository de arte, literatura, comercio, manufacturas, moda y política* y no hay mejor fuente visual en cuanto a la naturaleza de la sociedad Regency que esas impresiones.

Pero no pensemos que Ackermann sólo se dedicaba a imprimir novedades de arte, literatura y modas. Fue un gran difusor del ideario liberal y estuvo absolutamente ligado al ciclo de las independencias americanas.

La América insurrecta le debe una verdadera docencia cívica. Sus “catecismos científicos” que llegaron a las librerías argentinas, y también a las de Chile y México, fueron obras pedagógicas destinadas a despertar pueblos.

Si bien en cada librito se aclaraba que la palabra “catecismo” no se usaba en el sentido religioso, sino para designar un manual de preguntas y respuestas, estaban pensados para oponer una fuerte catequesis a otra, y eran veladamente masonicos. Así leemos en la página I del *Catecismo de Historia de los Imperios Antiguos*:

Para vencer todos los escrúpulos que pudiera ocasionar el uso de la palabra CATECISMO aplicado generalmente a libros de Religión, debemos prevenir a nuestros lectores, que esta palabra no está exclusivamente consagrada a materias religiosas, si no que indistintamente significa todo libro escrito en preguntas y respuestas. En este sentido se usa actualmente en todos los países cultos y católicos de Europa.¹⁰

Ackermann acogió en su establecimiento a la emigración liberal española de 1823.

José Blanco White, cabeza de los exiliados españoles, definió los catecismos como el modo más eficaz de ilustrar a los pueblos americanos, y al periódico

¹⁰ Ackermann, R. *Catecismo de Historia de los Imperios Antiguos*. Londres, s/f. 1. [Repository de Artes 101, Strand. Impreso por Carlos Wood. Poppin's Court, Flee Street, Londres].

Museo Universal de Ciencias y Arte dirigido por el gaditano Mora, como el guía de los pueblos sometidos al pupilaje español.

Nuestro Bernardino Rivadavia, que visitó asiduamente a Ackermann en Londres, no sólo se ocupó de importar los catecismos sino que lo contrató a Mora para viajar a Buenos Aires.

Dentro de esta línea editorial Ackermann editó la revista *Varietades* o *El mensajero de Londres*, redactado por José Blanco White; el ya citado *Museo Universal de Ciencias y Arte*, de José Joaquín de Mora; las *Noticias del Río de la Plata*, de Ignacio Núñez, y otros más. Editó también un pequeño librito titulado *Cartas sobre la educación del Bello sexo, por una señora americana*, 1824, escrito por Mora, y dedicado por el mismo Ackermann "a las señoras de la Beneficencia Pública de Buenos Aires".¹¹

Domingo Faustino Sarmiento encontró en los catecismos de Ackermann el reemplazo de las enseñanzas de su cura maestro, Fray Justo de Santa María de Oro:

Pueblos, historia, geografía, religión, moral, política, todo ello estaba ya anotado como en un índice; faltábame empero el libro que lo detallaba, y yo estaba sólo en el mundo [...]. Pero debe haber libros, me decía yo, que traten especialmente de estas cosas, que las enseñen a los niños [...] y yo me lancé enseguida en busca de esos libros, y en aquella remota provincia [...] encontré lo que buscaba, tal como lo había concebido, preparado por patriotas que querían bien a la América, y que desde Londres habían presentado esta necesidad de América del Sur, de educarse, respondiendo a mis clamores los *catecismos de Ackermann* que había introducido en San Juan don Tomás Rojo. ¡Los he hallado!, podía aclamar como Arquímedes, porque yo los había previsto, inventado [...]. Allí estaba la historia antigua y aquella Persia, y aquel Egipto, y aquellas Pirámides y aquel Nilo de que me hablaba el clérigo Oro.¹²

87

Los descendientes de Ackermann se quedaron en el negocio de la impresión hasta fines del siglo xx, cuando la empresa cerró definitivamente después de alrededor de dos siglos de impresión y venta.

Como dijimos unas páginas atrás Vidal estaba en Sudáfrica cuando salió editado este lujoso álbum dedicado al Río de la Plata.

Evidentemente, fue muy grande su malestar al revisarlo y encontrar que de alguna manera había sido traicionado en los textos y en las imágenes.

¹¹ Véase Bonifacio del Carril (1964). *Monumenta iconographica. Paisajes, ciudades, tipos, usos y costumbres de la Argentina, 1536-1860*. [Notas biográficas por Aníbal Aguirre Saravia]. Buenos Aires: Emecé. 153.

¹² Domingo Faustino Sarmiento (1960). *Recuerdos de Provincia*. Buenos Aires: Eudeba. 177.

En el ejemplar que posee el Museo de la Ciudad, y que fue donado por el biógrafo de Vidal, don Alejo González Garaño, leemos esta nota manuscrita escrita en tinta en su portada, que traducida dice:

Ackermann publicó este trabajo durante mi ausencia de Inglaterra. Yo le facilité los dibujos y las notas para ello, habiéndose él tomado las más imperdonables libertades, alterando algún dibujo y agregando a mis notas ilustrativas ideas sacadas de Azara, de todo lo cual me ha hecho responsable, por figurar mi nombre al frente del libro. Yo le dí autorización para tomar de Funes los materiales con destino a un breve *Bosquejo Histórico de Buenos Aires*, que sirvieran de introducción a mi obra y el uso que ha hecho de ese permiso puede juzgarse comparando mis notas con el libro tal como ha aparecido.

Ya en las páginas del libro anota con un lápiz negro, todo lo que no es suyo y que Ackermann interpoló de Azara.

En este rastreo del texto nos guiaremos por el biógrafo de Vidal, don Alejo González Garaño (1933: 27-28).

Nos dice que el total de las páginas 13, 14, 15, 21 y 22 no es suyo.

No le agrada en las páginas 28, 29 y 30 la descripción de la procesión del *Corpus Christi* con un lujo de detalles y suntuosidad que agrega “sólo tuvo lugar bajo el Gobierno Real y en los tiempos en que la ciudad era rica; cuando yo estuve allí hallábase lastimosamente pobre”.

No son suyas las páginas 36 a 40, 48 y 49, 58 a 60, referidas a los indios pampa, y que fueron tomadas de Azara. Tampoco las páginas 66, y 76 a 82 descriptivas de la vida del gaucho por el que tiene gran simpatía y protesta cuando se dice que “roba y mata ganado salvaje y aún manso sin necesidad”. También acá lo responsabiliza a Ackermann de haber interpolado a Azara.

No acepta las páginas 109, 110 y el final de la 112.

En cuanto a las imágenes sólo dos son observadas.

Una es la *Vista general de Buenos Aires desde la Plaza de Toros*. La califica de muy incorrecta ya que se le agregaron figuras y resultó “detestable”.

La otra es *Estancia (Farm) on the River San Pedro*, a la que considera una lámina perdida.

Vidal retornó a Sudamérica en 1828. De esta segunda estadía se conocen unas pocas acuarelas fechadas en 1829. En 1832 fue herido seriamente en Portugal y se retiró del servicio activo en 1853.

Murió en Brighton en 1861.

Picturesque Illustrations
OF
BUENOS AYRES
AND
MONTE VIDEO,

CONSISTING OF
Twenty-four Views :
ACCOMPANIED WITH
DESCRIPTIONS OF THE SCENERY,
AND OF THE
COSTUMES, MANNERS, &c. OF THE INHABITANTS OF THOSE CITIES
AND THEIR ENVIRONS.

By **E. E. VIDAL, Esq.**

LONDON :

PUBLISHED BY R. ACKERMANN, 101, STRAND.

PRINTED BY L. HARRISON, 373, STRAND.

M.DCCC.XX.

*Ackermann published this work during my stay
furnished him with the drawings and notes upon them
been the most unassailable authorities in having con-
ed, and employing some one to correct the notes for his
Nicasa; for which he has made me answerable by pub-
lic. I did give him authority to take from 'Funes' the
General Sketch of Buenos Ayres as an introduction to the
of that period may be seen by comparing the copy
it.*

89

Con las ilustraciones de Vidal los editores de libros de viajes a estas tierras tuvieron abundantes materiales para adornarlos gráficamente.

Las aguatinas de Vidal fueron por muchos años las únicas imágenes que pudieron utilizar con este objetivo.

Portada del libro de Emeric Essex Vidal, *Picturesque illustrations of Buenos Ayres and Monte Video*. London: Ackermann, 1820. Ejemplar perteneciente a la Biblioteca del Museo de la Ciudad. Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires



AUSTRALIS
TERRA DEL FO CO

CHICA REGIO

PATAGONVM

Correr para contarla

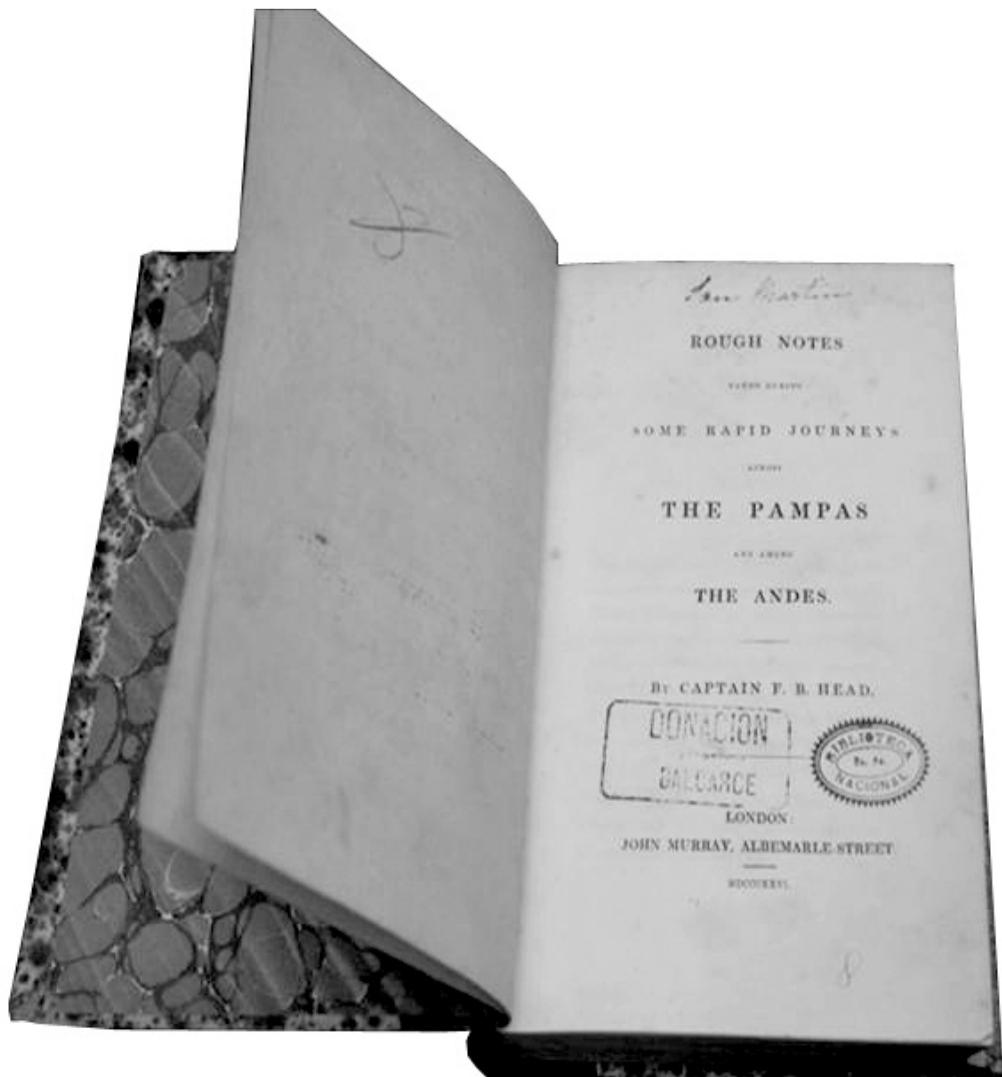
Los apuntes sudamericanos de Francis Bond Head

Claudia Román y Patricio Fontana



*In Chia regione ad litora S. Juliani Magelliani contra
quendam fretum hoc perlustrans, homines apparere proceros
magnumque in partu 1641. Qui demulso abique noxio frigore
vultus sequas per gustus ad stomachi usque fundum*

*Philippus an. 1588 ad incedium Fretum hoc Magelliani
cum ad Hispania confuere ad Angli vero P. P. tam cito
in quod ibi eos Hispani cum peremptas inuenerunt*



Portada del libro de Francis Bond Head, *Rough Notes Taken During Some Rapid Journeys Across the Pampas and Among the Andes*. London: John Murray, 1826. El ejemplar pertenece a la Colección Mariano Balcarce. Biblioteca Nacional

Dos textos literarios distantes en el tiempo, en el espacio y en los modos en que se integran –ambos como “clásicos”– en diferentes tradiciones culturales coinciden en presentar un conflicto común. Se trata, en cada uno, de un momento particularmente climático y emotivo, donde se juega la identidad de sus héroes. En el canto xxxiii de la *Odisea* se cuentan los escrúpulos de Penélope para admitir, luego de veinte años de ausencia, que es Ulises quien está frente a ella. De hecho, Penélope lo pone a prueba para saber si es él o se trata, una vez más, de un impostor. Siglos más tarde, en un rincón al sur del mundo occidental, dos muchachos no logran reconocer a su padre en el gaucho Martín Fierro:

Y allí estaban los muchachos
Cuidando unos parejeros.
Cuando me oyeron nombrar
Se vinieron al momento,
Diciéndome quiénes eran
Aunque no me conocieron,
Porque venía muy aindiao
Y me encontraban muy viejo.

(*La vuelta de Martín Fierro* [1879] vv. 1661-1668.)

93

Sobre todo si terminan en sitios remotos, o si se prolongan demasiado, los viajes cambian a quienes los realizan. Decir esto –¿quién lo duda?– es un lugar común. Viaje y transformación son, por así decirlo, consustanciales. También lo es la percepción de esos procesos por parte de quien los experimenta.

La productividad literaria de este tópico está ampliamente probada, y ha sido efectiva para diversos géneros literarios (de los relatos de aventuras a la novela de aprendizaje, del motivo de los *nostoi* al del héroe que regresa siendo otro, como en *Martin Guerre*). Por su parte, Georges Van Den Abbeele (1992) ha demostrado que la metáfora del viaje fue utilizada por los filósofos franceses de la primera modernidad para aludir al itinerario de un pensamiento que abandona un lugar fijo (un *oikos*, una casa segura) y se aventura más allá, para transformarse.

Un caso ejemplar, en el que las transformaciones alcanzan tanto a la vida del escritor como al personaje que construye en su relato, es el que ofrece *Rough Notes Taken During Some Rapid Journeys Across the Pampas and Among the Andes*, del inglés Francis Bond Head.

Head nació en Kent, en 1773, y se educó en la Real Academia Militar de Woolwich. Sus estudios sumaron una formación clásica a la instrucción militar: allí aprendió dibujo, francés, matemáticas y literatura. Se graduó en 1811 y pasó a integrar el Cuerpo de Ingenieros del Rey. Más tarde cumplió funciones en Gibraltar, Malta, Grecia y, finalmente, fue trasladado a Francia, donde participó de las acciones de Waterloo (1815). Poco después pasó a un destacamento en Valenciennes, donde repartió sus días entre los ejercicios militares y la lectura de una gran cantidad de libros que había comprado a su paso por París. En 1816 se casó con su prima, Julia Valenza Somerville, y al año siguiente nació el primer hijo del matrimonio. Dos años más tarde fue destinado a Edimburgo.

Head estaba lejos de contar con una fortuna que garantizara su futuro: poco podía ofrecerle su padre, quien había cambiado su apellido tras haberse declarado en bancarota. Hacia 1824 su familia tenía cuatro hijos y su situación financiera comenzaba a complicarse. No es de extrañar, por eso, que al año siguiente decidiera abandonar una carrera militar prestigiosa –pero previsible y no muy rentable– tentado por la posibilidad de un éxito repentino en los negocios: entonces aceptó un puesto como supervisor de minas, y se embarcó hacia América del Sur.

A comienzos de la década de 1820 el estado de Buenos Aires difundía en Londres con sospechoso fervor las ventajas de invertir en minería en el territorio de las Provincias Unidas del Río de la Plata. Rápidamente, se advirtieron las posibilidades de especulación financiera que abría este negocio; el entusiasmo creció con la misma rapidez y espectacularidad con las que, en poco tiempo, se derumbaría de manera estrepitosa. En ese breve lapso, la vida de Francis Bond Head cambió para siempre.

La *Rio Plata Mining Association* fue una de las varias sociedades que surgieron de esa coyuntura y fue, además, la que solicitó sus servicios para que verificara *in situ* las posibilidades ciertas de inversión. Fue entonces cuando Head abandonó su puesto militar. En julio de 1825, llegó al Río de la Plata acompañado por un grupo de mineros de Cornwall, un topógrafo y un “ensayador” (es decir, un especialista en determinar la pureza de los metales) francés. Su estadía en Buenos Aires fue breve, lo justo para organizar lo necesario para adelantarse a tomar contacto con los gobernadores de las provincias donde podría acordar una explotación, recorrer las Pampas, inspeccionar distintas áreas mineras entre Buenos Aires y Mendoza, y luego de cruzar los Andes, llegar a Santiago y recorrer otras tantas en territorio chileno.

Todo debía hacerse intentando minimizar las pérdidas, medibles en el tiempo de estadía sin lograr un acuerdo de explotación y, por tanto, también en gastos y salarios para los mineros que habían viajado a Sudamérica con él. Entre julio de 1825 y febrero de 1826, Head corrió una carrera contra el tiempo: atravesó dos veces de ida y dos de vuelta la distancia que va de Buenos Aires a Santiago, recorriendo nada menos que 6000 millas (unos 9600 kilómetros). En los escasos ratos libres que le dejaban sus obligaciones, Head, para desentenderse de una tarea que se le volvía cada vez más ingrata, se dedicó a tomar apuntes de todo aquello que le interesaba.

De regreso en Londres, dio forma de libro a esas notas, que publicó con el título *Rough Notes Taken During Some Rapid Journeys Across the Pampas and Among the Andes* (cuya traducción más o menos fiel sería: *Apuntes tomados durante algunos viajes rápidos por las Pampas y entre los Andes*).¹ Head también escribió otro libro vinculado a su viaje, *Reports Relating to the Failure of the Rio Plata Mining Association*, que salió en 1827. Pero mientras que en éste se dedica a minimizar su responsabilidad en el fracaso de la *Rio Plata Mining Association*, aquél es el texto donde, dejando parcialmente de lado los pormenores del fracaso de sus gestiones, presenta al lector inglés la *personal narrative* de su excursión sudamericana. Y aquí debe aclararse que el uso del sintagma *personal narrative* para definir el texto de Head no es azaroso: como lo ha demostrado Adolfo Prieto (1996), *Rough Notes* se halla influido por el modelo de *travel account* presentado por Alexander von Humboldt en su *Voyage au régions équinoxiales du Nouveau Continent*, cuya traducción inglesa, *Personal Narrative of Travels to the Equinoctial Regions of the New Continent* (1818), dio nombre al género.

El negocio minero era lo suficientemente atractivo como para que otros viajeros intentaran empresas similares. John Miers y Joseph Andrews, entre otros “misioneros del capitalismo” –como los llamó Jean Franco (1979)–, llegaron a Buenos Aires por entonces y con objetivos similares. Y como Head, también ellos publicaron, a su regreso, relatos de viaje en los que consignaron su experiencia en tierras americanas: *Travels in Chile and La Plata* (Miers, 1826) y *Journey from Buenos Ayres, through the provinces of Cordova, Tucuman, and Salta, to Potosi, thence by the deserts of Caranja to Arica, and subsequently, to Santiago de Chili and Coquimbo, undertaken on behalf of the Chilian and Peruvian mining association, in the years 1825-26* (Andrews, 1827).

¹ Con ese título, en 2007, publicamos una traducción completa al castellano del libro de Head, en el sello editorial Santiago Arcos, de Buenos Aires. Las traducciones que se citan en este trabajo pertenecen a esa edición.

Sin embargo, ninguno de esos *travel accounts* logró la repercusión que consiguió el de Head. El editor de su libro, John Murray, tenía un prestigio bien merecido: había publicado, por ejemplo, *Childe Harold* (1812) de Byron, y varias novelas de Jane Austen, entre ellas, *Emma* (1815). Los relatos de viaje organizaban una de sus colecciones centrales (Murray publicará los trabajos de Charles Darwin). Sólo por eso, el libro de Head tenía asegurado un público lector atento a las novedades y bien dispuesto a disfrutarlas. *Rough Notes* se transformó en seguida en *best seller*: suscitó una gran cantidad de comentarios y reseñas en publicaciones periódicas europeas –francesas, alemanas, inglesas– y su éxito llevó a que se reeditara varias veces en Inglaterra (dos en 1826) y, enseguida, en Estados Unidos (en 1828). Circuló además en varias traducciones parciales al francés (en algunos casos, glosas o comentarios del texto) que lo popularizaron al punto de devolverlo, en versión francesa, a diferentes ciudades de América.

Casi de inmediato el relato de Head se convirtió en un objeto al que era necesario hacer referencia al aludir a estas regiones, ya fuera a favor de sus evaluaciones o contra ellas. Así, durante su residencia en Londres en la década de 1820, el venezolano Andrés Bello tradujo algunos párrafos de las *Rough Notes* para su *Repertorio Americano*, a los que acompañó de pocas pero incisivas notas que ponían en entredicho algunas afirmaciones de Head. Simétricamente, las citas “de autoridad” que incluye Darwin en sus textos son testimonio del lugar central que las *Rough Notes* ocuparon en el segundo cuarto del XIX en la literatura sobre América del Sur y, con seguridad, también contribuyeron a su difusión.²

A partir del éxito de *Rough Notes*, Head selló un acuerdo con la editorial de John Murray. Sus aventuras sudamericanas le habían deparado una carrera nueva e inesperada: la de escritor. Aunque Head continuó manteniendo una intensa actividad pública, desde entonces escribir y publicar serán actividades regulares y remuneradas, que definirán buena parte de su tiempo. La prueba de la intensidad con que se dedicó a esas tareas, es la reescritura de *Rough Notes*, veinte años más tarde, para su cuarta edición inglesa. En 1846, Head y Murray, seguros del éxito, reeditan un libro que no puede ya tener ningún valor “utilitario” ni inmediato: sólo puede ser leído por el placer de la literatura. Y consecuentemente, Head corrige, estiliza y añade pasajes nuevos. Más que un conjunto de “apuntes” presurosos, su libro se acerca ahora a la novela de aventuras que ha dejado en él su viaje.

² Darwin menciona a Head en *Narrative of the Surveying Voyages of his Majesty's Ship Adventure and Beagle, between the Years 1826 and 1836, Describing their Examination of the Southern Shores of South America and the Beagle's Circumnavigation of the Globe*. London: Henry Colburn, 1839. También, en su diario personal de viaje: *Darwin's Beagle Diary (1831-1836)*.

La velocidad

Las correrías de Head están definidas por la velocidad: son *rapid journeys*. Esa velocidad, en gran medida, se debe, como se señaló, a que Head pretende ahorrarles gastos a sus empleadores; en la "Introducción", confiesa: "...y con sinceridad puedo declarar que, por más de seis mil millas, cabalgué contra el tiempo". Para conseguirlo, decide viajar del modo más austero: como se viaja en el país, sin carga superflua que lo demore. Esa decisión está enunciada en el original inglés con una frase verbal (*to rough it*) que incluye una palabra (*rough*) que aparece también en el título para calificar las notas que ofrece el libro (*rough notes*).³ Así, unas mismas condiciones definen el viaje y la escritura. Se viaja rápido, sin lujos ni comodidades, y se escribe rápido (o, mejor dicho, se propone un texto que aparenta haber sido escrito a la carrera). Por eso, sus notas exhiben un tipo de escritura en construcción, inacabada. En este sentido, lo *rough* del viaje reaparece bajo una dimensión bien diferente de la económica: como tantos escritores y pintores contemporáneos suyos, Head se transforma así en artista y en héroe romántico.

La rapidez y el movimiento definen así tanto al héroe viajero del relato, que busca adelantarse, llegar primero y ostentar las millas que ha logrado recorrer en un día, como a las descripciones del espacio por el que se mueve. Se trata, casi siempre, de descripciones en movimiento; *descriptions animées* (descripciones animadas), como las llamó un anónimo reseñador del periódico francés *Le Globe*.⁴ El viajero y la velocidad de percepción confluyen en sus *apuntes* para configurar una mirada sobre el yo y sobre el entorno atravesada por una tensión entre la conciencia de la totalidad y de la incompletud de cualquier intento de plasmarla.

Hay así dos transformaciones: una que se narra en el libro y una de la que el libro es testimonio. En viaje, trastabillan los valores que encarna el viajero y su empresa, y el viajero muta, se transforma, se asimila: "Al principio, el constante galopar aturde la cabeza, y a menudo al desmontar me encontraba tan atolondrado que difícilmente podía mantenerme en pie; pero el organismo se acostumbra gradualmente y entonces resulta la vida más deliciosa de que se pueda disfrutar". La otra transformación es la que hace del capitán Head un escritor.

³ Entre otros significados, el adjetivo inglés *rough* puede traducirse como "áspero", "desigual", "rugoso", "basto", "tosco", "rudo", "tormentoso", "improvisado". La frase verbal *to rough it* puede traducirse como "vivir simplemente", "sin comodidades", y a menudo se aplica a cierto modo de viajar "liviano", más apegado a lo que la naturaleza plantee que a las comodidades que pudiera procurarse un *tourist*.

⁴ "Experto jinete, Head cambia de cabalgadura tanto como su relato salta de un discurso a otro, pasando de una descripción del paisaje a un comentario de costumbres, deteniéndose un momento en la situación política del país antes de dejarla atrás porque hay un análisis de riquezas o una anécdota que no pueden esperar" (Rodríguez 2010: 166).





Un escritor que, gracias a su libro, fue bautizado con un seudónimo que asociaba su apellido con el movimiento que su cuerpo realiza durante casi todo el viaje sudamericano: *Galloping Head* (Cabeza Galopante).

Idas y vueltas

Además de las ciudades –que, con la excepción de Mendoza, le generan rechazo o desinterés– dos espacios organizan la travesía sudamericana de Head: las Pampas y los Andes. Esos dos espacios se reparten el texto también de dos maneras diferentes. Mientras que el recorrido a caballo por las Pampas es narrado en una serie de breves capítulos que, con la repetición *ad nauseam* del mismo título –“Las Pampas”–, parecen replicar la deliciosa monotonía de un terreno horizontal que se presenta como inagotable,⁵ el peligroso ascenso y descenso de los Andes, a lomo de sufridas mulas, ocupa un largo capítulo titulado “Pasaje a través de la gran cordillera”. *Las Pampas y los Andes*, además, suponen la adaptación de Head a dos formas diferentes de viajar, y –la sensibilidad de escritor que Head descubre a lo largo del viaje lo advierte enseguida– dos modos diferentes de percibir y de narrar. Esos dos espacios son, por último, el escenario de tres modos de vida que observa –o intuye–, describe y contrapone de manera dramática: gauchos e indios, por un lado, y mineros, por otro.

La vida de los gauchos lo confronta a Head con una experiencia de singular ascetismo. Los gauchos, desde su perspectiva, son seres “sin necesidades”, que, habituados a la escasez, no se sienten intimidados por tener que dormir en el suelo, por alimentarse casi únicamente con carne y agua o por habitar una choza con agujeros en el techo. Una buena montura y espuelas afiladas son los únicos bienes que anhelan. Pese al constante “No hay” que recibe como respuesta a sus pedidos de leche, pan o alguna otra *delicatessen*, la mirada de Head hacia estos habitantes de las Pampas no es de censura; por el contrario, defiende al gaucho de cualquier acusación de “indolencia”. En todo caso, esa sencillez lo induce a una *reflexión*: “cuando se reflexiona acerca de que, en la serie creciente de los lujos humanos, no hay punto que produzca satisfacción, uno no puede sino sentir que hay acaso tanta insensatez como filosofía en la determinación del gaucho de vivir sin necesidades, y que la vida que lleva es ciertamente más noble que si

100

(EN PÁGINAS 102-103)
El matadero del Sur.
Acuarela. Emeric
Essex Vidal

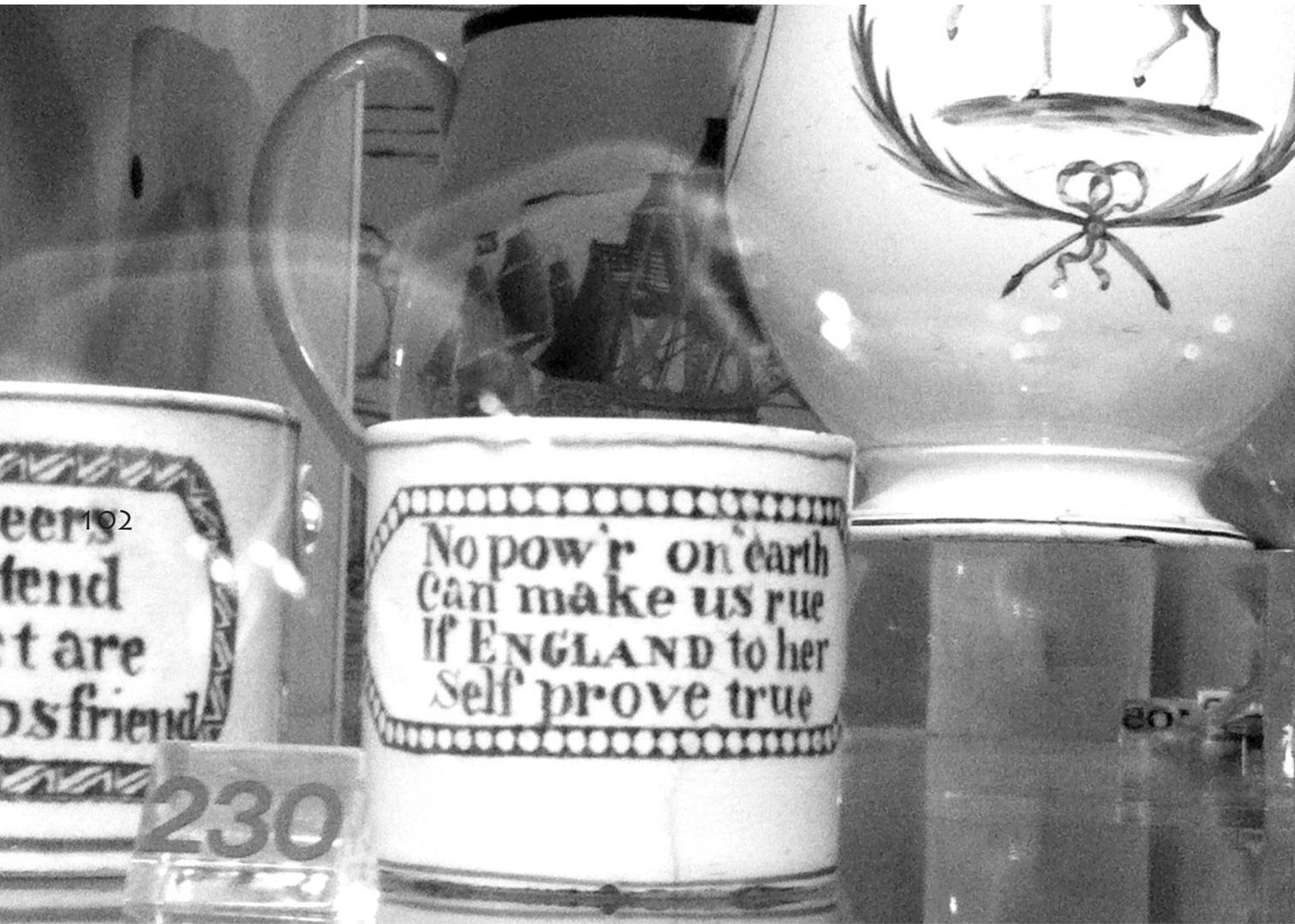
⁵ “Los pequeños accidentes del terreno –vizcacheras, arroyos, lagunas– son registrados gozosamente pero no en desmedro de una infinitud, de un lugar sin límites” (Torre 2003: 525).

se esclavizara de la mañana a la noche para conseguir otro alimento para su cuerpo u otra vestimenta para cubrirlo". Lo que no significa que Head no sea, como otros viajeros ingleses, un "misionero del capitalismo"; pero el contacto con los gauchos, y cierta sensibilidad de la que sus colegas parecen carecer, lo vuelven un "misionero" intranquilo, perturbado; un "misionero" cuya fe en el evangelio que debe predicar, por momentos, vacila (aunque nunca se derrumba por completo). Porque si la cuantificación y la clasificación suelen ser constitutivas de la mirada y de los modos de representar de los viajeros –por lo general, guiados por objetivos mercantiles y/o científicos– el encuentro de Head con el territorio sudamericano y sus habitantes produce un descubrimiento eminentemente literario: el de la existencia de otros mundos posibles. La imaginación desplaza entonces al cálculo y a la taxonomía, y abre el espacio para el desarrollo de un yo autocrítico. Lo que permite, por ejemplo, que Head, quien jamás se cruza con los "indios Pampas", los describa a partir de comentarios que recoge mientras galopa. Y no sólo afirma que los indios son el "más hermoso conjunto de hombres que haya existido jamás bajo las circunstancias en que fueron colocados", sino que augura que en ellos se cifra una justificada amenaza para la estabilidad de un mundo que los relegó e intentó, sin éxito, dominarlos:

¿Quién podría aventurarse a decir que no ha sido decretado que estos hombres, montados sobre los descendientes de los mismos caballos que fueron traídos a través del Atlántico para oprimir a sus ancestros, se precipiten desde las regiones frías a las que fueron llevados, y con irresistible furia proclamen a la conciencia culpable de nuestro mundo civilizado que ha llegado la hora de la contrapartida; que los pecados de los padres se volverán sobre sus hijos; que los descendientes de los europeos serán pisoteados por ellos a su turno; y que, en su agonía y tortura, en vano pedirán piedad a los indios desnudos?

101

Hay aún más: junto con este augurio, surge la confesión de un intenso *deseo de convertirse en indio*: "[...] siempre lamenté muchísimo no haber tenido tiempo de sacarme mis ropas y visitar algunas tribus [...] de buena gana hubiera tiritado durante las noches frías y hubiera vivido de carne de yegua durante el día, de haber podido visitarlos". Aunque la prisa con la que se mueve le impide al viajero cumplir este deseo, luego de cruzar el río Desaguadero, y mientras espera que, trabajosamente, lo atraviese la carreta que lo acompaña, Head se da el gusto y



102

eers
tend
t are
s friend

230

No pow'r on earth
can make us rue
If ENGLAND to her
Self prove true

eo

se hace el indio: “Encontraba el sol tan abrasador que varias veces nadé montado en mi caballo para refrescarme, y luego galopé por el lado opuesto del río; y no puedo expresar el delicioso sentimiento de libertad e independencia que se disfruta al galopar sin ropa en un caballo sin montura”.

Tras la *deliciosa* travesía por las Pampas, la tarea de inspeccionar las minas pone a Head en contacto con mineros de varios yacimientos. Y al observar a estos hombres padeciendo durísimas condiciones de trabajo, el contraste con lo que acababa de experimentar entre los gauchos lo lleva a asegurar: “cuando uno contrastaba su situación con la vida independiente del gaucho, resultaba sorprendente que continuaran voluntariamente con una vida de tantas privaciones”. No se trata entonces, tan sólo, del contraste entre la vertical de los Andes y la horizontal de las Pampas, sino también de dos espacios que oponen el encierro opresivo con una vida al aire libre que Head reivindica una vez más.⁶

Hacia el final del relato, cerca de Buenos Aires y vislumbrando el regreso a Londres, Head hace un alto. Ha cabalgado mucho y muy velozmente. Los flancos de su caballo sangran. En esa imagen se cifran varias experiencias y varias sensaciones: la euforia de la carrera pero también su rudeza, la percepción de una naturaleza bella y salvaje, y la intuición de estar a punto de dominarla. Por primera vez en muchas páginas recuerda su patria: Head se conduele del caballo inglés, que aunque tiene una vida más descansada, no podría jamás salir de la rutina del paseo urbano y de las anteojeras. Enseguida, una plaga de langostas “de color muy bello” pierde cualquier connotación devastadora para recordarle a las multitudes que abarrotan la City de Londres; inopinadamente, el centro financiero del siglo XIX se superpone con el campo argentino. Muy poco después, al detenerse en una posta, advierte que la taza que le traen para beber es de fabricación inglesa, y que en ella se lee una cita de Shakespeare: “No power on Earth/ Can make us rue,/ If England to her-/ Self proves true” [No hay poder sobre la tierra/ que pueda derrotarnos/ si Inglaterra se mantiene/ fiel a sí misma]. El objeto cotidiano encontrado y usado en plena pampa sudamericana muestra así hasta qué punto las transformaciones y las cavilaciones sobre el punto de partida que pone en marcha el viaje se revierten al comenzar el regreso, un regreso que empieza mucho antes de tocar tierra inglesa, mucho antes aun de embarcarse.

103

Pichel *pearlware*
pintado en azul,
hecho en
Straffordshire,
1810.
Colección Brighton
Museum & Art
Gallery, Willett
Gallery, England.
Foto: gentileza D.G.
Silvina De Vita

⁶ “Los yacimientos mineros y todo lo relativo a la explotación aparecen [...] únicamente asociados al malestar, al encierro literal y metafórico que éstos suponen: algo que el narrador comprueba no sólo en sus inspecciones *in situ* y en la predisposición mental de los mineros, sino también en el circuito sin salida en el que se ven permanentemente acorraladas sus negociaciones con los gobernantes locales” (Cristoff, mimeo).

Miradas: viaje y literatura

Pero volvamos atrás por un momento. No es ésa la primera detención en la travesía. En medio del viaje, el mirador privilegiado de los Andes le permite a Head observar la dilatada llanura que ha dejado atrás, y evaluar lo recorrido. Desde allí, además, puede ensayar su propia versión de una comparación que ya había usado Humboldt entre las Pampas y el océano, e incluso enunciar la palabra y el tópicos que no deben faltar en ningún texto romántico: lo *sublime*. Ésta es la misma imagen a la que volverá Esteban Echeverría, en 1837, al comienzo de su poema “La cautiva”, o Domingo Faustino Sarmiento cuando, en 1845, en *Facundo*, escriba: “...al sud triunfa la Pampa, y ostenta su lisa y velluda frente, infinita, sin límite conocido, sin accidente notable: es la imagen del mar en la tierra; la tierra como en el mapa”. No es ésa la única marca de la presencia de Humboldt en las *Rough Notes*, ni de éstas en *Facundo*. Los epígrafes del primer y tercer capítulo del libro de Sarmiento son atribuidos, sin más datos, a “Head”, aunque el primero corresponde, en rigor, a un texto de Humboldt (*Tableaux de la Nature*, de 1808) y el del tercero, consignado en francés, acaso a una de esas glosas o comentarios del libro de Head que tanto habían circulado en la prensa de la época.⁷

Junto con los de otros viajeros, el texto de Head ofreció un modo de mirar el territorio propio que permitió a esos primeros escritores argentinos redescubrirlo y apropiárselo, evadiendo de paso las marcas que la cultura española había dejado en el modo de imaginarlo y representarlo. Para estos escritores, se trataba de una resolución nada casual y, en todo caso, cercana al programa de fundación de una literatura americana y original. Así lo enuncia Juan María Gutiérrez en su discurso en la inauguración del Salón Literario, en 1837: “Sólo cegados con tan denso velo de ignorancia, pudieron dejar los españoles desconocidas por tanto tiempo, la geografía y la historia natural de América. [...] Preciso ha sido que el genio y la constancia de Humboldt mostrasen al mundo las maravillas que por tres desgraciados siglos habían mirado los españoles con indiferencia [...]” (citado por Servelli 2006: 23).

⁷ A partir de estos epígrafes, algunos trabajos críticos han afirmado la existencia de una traducción francesa del libro de Head, de la que, sin embargo, no ofrecen referencias adicionales. En un trabajo que se ocupa de las “fuentes” contemporáneas de *Facundo*, David Haberly ha rastreado un origen posible de esas citas francesas en una reseña publicada en *Le Globe*, de París. Si bien ningún pasaje de esta reseña coincide exactamente con los epígrafes que coloca Sarmiento, la similitud entre ambos es suficiente para hipotetizar que Sarmiento podría haber “citado de memoria”, algo no poco habitual en su escritura (Haberly 2005). Pero por lo demás, el trabajo de Haberly demuestra algo mucho más interesante: la importancia de la circulación francesa de textos científicos y literarios, no sólo en términos de difusión –lo cual podría presuponerse– sino de traducción, asimilación y reformulación de textos europeos y americanos.

Gracias a los libros de los viajeros ingleses, estos escritores americanos y románticos no sólo pudieron ver los cuadros panorámicos que habilitaba la mirada desde los Andes, sino también ciertos lugares específicos de la ciudad americana como el matadero. Si otro inglés, Emeric Essex Vidal, había descubierto en sus *Picturesque illustrations of Buenos Ayres and Monte Video* (1820) que el matadero era punto clave del funcionamiento de la ciudad –y en verdad lo era, en toda su dimensión económica, laboral, cultural, doméstica–, Head añade a su estampa un dinamismo inquietante. En los *Rough Notes* el matadero no es sólo un espacio de producción; menos aun –como se ha considerado más tarde– alegoría de la brutalidad americana. De manera más compleja, Head descubre allí un mecanismo siniestro: un sistema cuya existencia percibe pero no llega a comprender, y que –eso sí está claro– lo pone en peligro. En su merodeo por el matadero, el héroe-observador debe, literalmente, *galopar por su vida*. El texto de Head configura así varios de los elementos que reaparecerán más tarde en *El matadero*, de Esteban Echeverría.⁸

Como se mencionó, las ciudades que visita producen en Head rechazo o desinterés. Buenos Aires le resulta húmeda y precaria, y sus mujeres descorteses; todo allí, además, parece tener gusto a carne de vaca, hasta los huevos. En San Luis deben informarle que *ya* se encuentra en la ciudad, porque él ni siquiera se da cuenta de que ha ingresado en zona urbana. Santiago de Chile, con sus curas obesos y su población embobada por los rituales católicos, despierta su más furibundo anticlericalismo. Sólo Mendoza le provoca algún entusiasmo; y no tanto la ciudad en sí, cuya calma lo desconcierta, sino su sensualidad, que se despliega en lánguidas mujeres a las que se puede espiar desde la calle mientras despiertan de una siesta, o en el paseo de la Alameda, donde al anochecer el viajero se permite una pausa para disfrutar de algún helado, mientras observa con curiosidad que, en una corriente que bordea ese recreo público, se bañan, juntos, mujeres y hombres casi sin ropa. Mendoza es, para Head, un verdadero *locus amoenus*, el lugar ideal para cualquiera que desee llevar una “existencia indolente”.

⁸ La huella que los textos de viajeros ingleses dejaron en los textos fundacionales de la literatura nacional (entre otros, *Facundo*, *La cautiva*, *Amalia*) ha sido sistemática y definitivamente estudiada por Prieto (1996).

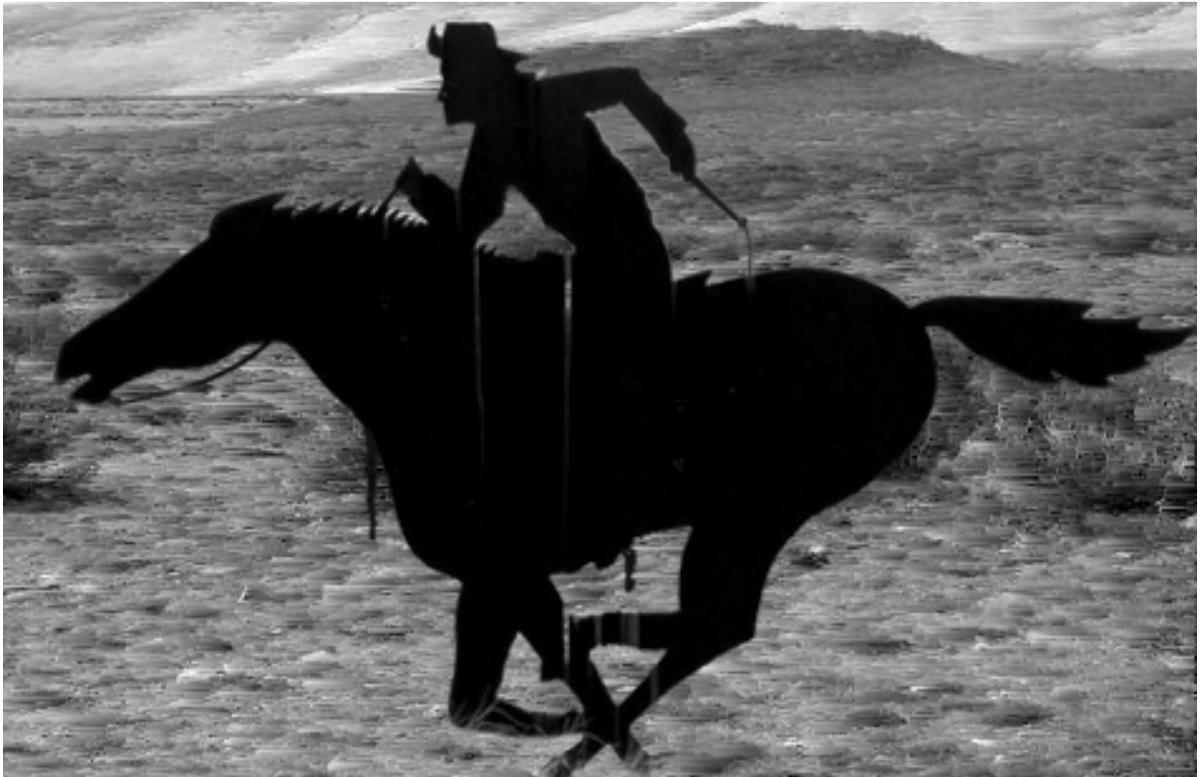
Un clásico

Pese a su éxito en Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos, y a su presencia sesgada en el pequeño corpus de textos fundacionales de la literatura argentina, salvo los fragmentos publicados por Bello, el libro de Head no fue traducido al castellano hasta casi un siglo después de su primera edición. Esa primera traducción completa fue realizada en la Argentina, y estuvo a cargo de Carlos Agustín Aldao, uno de los primeros intelectuales argentinos en advertir que la literatura de viajes podía leerse como una serie con perfiles propios, y el primero en encarar sistemáticamente la traducción de los viajeros ingleses a la Argentina (Fontana y Roman: 2011).

Entre 1916 y 1921 Aldao tradujo y publicó un conjunto de *travel accounts* en dos colecciones destinadas a un público ampliado: la “Biblioteca de *La Nación*”, que hacia principios de siglo había puesto en circulación el diario porteño, y la colección “La Cultura Argentina”, dirigida por José Ingenieros. El libro de Francis Bond Head fue editado en ambas con el título *Las Pampas y los Andes*, y el subtítulo: “Notas de viaje”. Al traducir las *Rough Notes*, Aldao buscó deliberadamente acercar el original inglés a la lengua materna de sus lectores argentinos. De hecho, el proyecto traductor de Aldao se define por elegir, antes que términos hispanos o neutros, americanismos o, sin más, expresiones *acriolladas*. Así, opta, por ejemplo, por traducir “rancho” donde Head había escrito “*hut*” (otros traductores habían preferido “choza” o “cabaña”, términos equivalentes y menos marcados); del mismo modo, donde el viajero cuenta que durmió bajo una “*sheep skin*”, el traductor –conocedor de su acervo de usos y objetos propios– precisa: “cojinillo”.

Aldao, correlativamente, modera las sorpresas y temores que asaltan al viajero a lo largo de su relato, porque cada escena traducida presenta objetos, personajes y costumbres que llegan al lector argentino vertidas en términos que, si en el inglés transmitían el temor de lo que no se conoce con certeza –y que por eso se menciona por aproximación, *a tientas*– en el español acriollado del traductor reiteran lo que el lector podía prever. Estas decisiones léxicas se complementan con un programa que se expresa en los prólogos que acompañan cada una de las traducciones: en ellos, queda claro que lo que los viajeros han visto y relatado no puede sino ser leído como preludeo y como recorrido feliz que desemboca en el presente del Centenario, que para Aldao es brillante y augura para la Argentina un futuro de progreso ilimitado. Bajo esta luz, la aventura americana del capitán





108

Head, traducida al castellano acriollado que maneja Aldao, vuelve al texto más familiar y más amable.

* * *

Además del placer innegable que produce su lectura, leer hoy el libro de Head, y aún la traducción de Aldao, implica descubrir un texto que fue no sólo la cantera de donde surgieron varios de los tópicos más eficaces de la primera literatura nacional, sino además a un precursor –en el sentido que Borges da al término en “Kafka y sus precursores”– del Lucio V. Mansilla de *Una excursión a los indios ranqueles* (1870) y aún del César Aira de *El vestido rosa* (1984), *La liebre* (1991) o *Un día en la vida del pintor viajero* (2000). Junto con libros como *The Purple Land* (1885), *Idle Days in Patagonia* (1893) y *Far Away and Long Ago* (1918) de William Henry Hudson, *Rough Notes Taken During Some Rapid Journeys Across the Pampas and Among the Andes* es, ya y sin dudas, un clásico inglés de la literatura argentina.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- Cristoff, María Sonia (mimeo). "Presentación de Apuntes tomados durante algunos viajes rápidos por las Pampas y entre los Andes".
- Fontana, Patricio y Claudia Roman (2011). "Los clásicos ingleses de la literatura argentina: nacionalismo e importación culturales en las traducciones de Carlos Agustín Aldao en las primeras décadas del siglo xx". Gertrudis Payás, Andrea Pagni y Patricia Willson (comps.): *Traductores y traducciones en la historia cultural de América latina*. Frankfurt/M y Madrid: Vervuert/Iberoamericana.
- (2007). "La leyenda de la cabeza galopante. Correrías sudamericanas del capitán Francis Bond Head (1825-1826)". Francis Bond Head. *Apuntes tomados durante algunos viajes rápidos por las Pampas y entre los Andes*. Buenos Aires: Santiago Arcos Editor. 6-31.
- Franco, Jean (1979). "Un viaje poco romántico: viajeros británicos hacia Sudamérica: 1818-1828". *Escritura 7*: 129-142.
- Haberly, David (2005). "Francis Bond Head and Domingo Sarmiento: A Note on the Sources of *Facundo*". *Modern Language Notes* 120: 287-293.
- Prieto, Adolfo (1996). *Los viajeros ingleses y la emergencia de la literatura argentina*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Rodríguez, Fermín (2010). *Un desierto para la nación. La escritura del vacío*. Buenos Aires: Eterna Cadencia.
- Servelli, Martín (2006). "Introducción". AA.VV. *Viajeros al Plata. (1806-1862)*. Buenos Aires: Corregidor. 7-35.
- Torre, Claudia (2003). "Los relatos de viajeros", en Noé Jitrik (dir. de la obra), y Julio Schvartzman (dir. del volumen). *Historia Crítica de la Literatura Argentina. 2: La lucha de los lenguajes*. Buenos Aires: Emecé.
- Van Den Abbeele, Georges (1992). *Travels as Metaphor. From Montaigne to Rousseau*. Minneapolis: University of Minnesota Press.



PATAGONVM

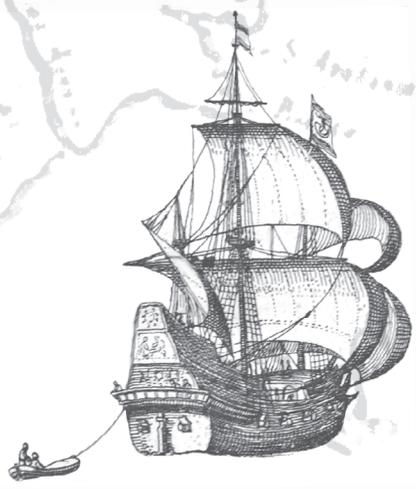
CHICA REGIO

AUSTRALIS TERRA DELFO GO



Cox

Ana Maria Rocchietti



In Chia regione ad litora S. Juliani Magelliani contra
quendam fretum hoc perlustrans, homines copiosissime proceros
insuperbientes se perire cogit. Qui demulso abique noxio frigore
vultus sequas per gustus ad stomachi usque fundum
Philippus anno 1520 ad inuentionem Fretum hoc Magelliani
cum ad Hispaniam conuersus ad Anglos vero P. P. tam cito
in quodam loco Hispaniae cum peremptis inuenit

VIAJE
EN LAS
REJIONES SEPTENTRIONALES
DE LA PATAGONIA,

1862—1863,

POR

Guillermo E. Cox.

(CON UN MAPA.)



SANTIAGO DE CHILE,

IMPRESA NACIONAL, CALLE DE LA MONEDA, NÚM. 46.

— Noviembre de 1863. —

La noche era magnífica, el horizonte relucía con los fuegos encendidos por los indios que andaban buscando guanacos en las lomas lejanas. La bóveda celeste resplandecía con millones de estrellas. Tendidos en nuestra cama, no podíamos dormir a causa de los ladridos continuos de los perros y nos pusimos a estudiar astronomía en el libro que teníamos encima de nuestras cabezas, [...]. (Cox, 2006: 143).

Esta corta descripción puede carecer de simetría y estilo pero no carece de verdad. (Cox, 2006: 170).

Introducción

Al amanecer, Inacayal me mandó llamar y ordené a Dionisio que fuese también a la ramada. No sé por qué auguré mal de esta entrevista. En efecto, cuando estuvimos sentados, me dijo Inacayal que, mientras andábamos cazando, habían venido chasques de todos los caciques pidiendo nuestra expulsión inmediatamente de la tierra; que hasta el mismo Huitrallán, que antes estaba bien dispuesto para con nosotros había cambiado de idea; y que uno de los caciques había ido hasta el extremo de mandar decir que si Huinchahual tardaba más en expelernos, vendría él mismo a dar un malón y mataría a los dos huincas y a los que los favorecían. Añadió Inacayal que me dejaba enteramente libre para hacer lo que quisiese, que tenía su palabra de ir con él a Patagónica y que, a pesar de todos los descalabros que podían caer sobre su cabeza y la de su padre, me conduciría a Patagónica si persistía en mi proyecto.

Conmovido por la conducta leal y franca de Inacayal, no vacilé un solo momento. Le contestó Dionisio de mi parte que de ninguna manera quería que por nosotros, dos extranjeros, se malquistase con sus hermanos de la Pampa, y que por ningún precio iría a Patagónica, no queriendo atraer más desgracias a las familias de dos hombres como él y su padre, que se habían comportado tan bien y tan francamente conmigo. (Cox, 2006: 187).

Allí terminó el viaje de Cox al Nahuel Huapi y al Limay, con la ambición de recorrer –al revés– la trayectoria de Villarino, quien la había emprendido desde Carmen de Patagones, remontando el río Negro, en el siglo anterior. Era el 16 de marzo de 1863 de acuerdo con su *Diario*.

Un cerro en el sudoeste de la Provincia de Neuquén, de 1850 metros, lleva el nombre de Cox, en recuerdo de su ingreso pionero al País de las Manzanas. Se lo

puso la Comisión de Límites entre la Argentina y Chile que actuó en cumplimiento del Tratado entre ambos países del año 1881 y de la que era miembro Francisco Moreno (1897). Guillermo Cox era chileno. La razón de su presencia en esas tierras bellas, glaciares, inhóspitas para los *winka*, era unir Valdivia con Carmen de Patagones abriendo una ruta civilizatoria, colonizadora y comercial. Pero esto lo ocultó a los indios –de acuerdo con su *Diario*– ya que sabía que les sería inaceptable. Argumentó, ante la curiosidad de los *Pehuenche* que iba hacia Buenos Aires por tierra porque los buques tardaban mucho en hacerlo por los canales del sur, a heredar a un hermano.

Me despedí del viejo Huincahual y del tío Jacinto; las mamás Dominga y Manuela estuvieron a punto de derramar lágrimas. Inacaya, Dionisio y Celestino me vinieron acompañando hasta el otro lado del Calefú, en donde se hallaba Huentrupán, a caballo. (Cox, 2006: 187).

Primer Viaje

114

La primera intentona de Cox empezó en Puerto Montt. Allí reclutó a sus compañeros y compró los insumos que habría de utilizar. Partió en verano porque era imposible cruzar la Cordillera antes. Lo hizo por el camino de los lagos de Llanquihue y de Todos los Santos (aunque estuvo tentado de hacerlo por la antigua ruta de los jesuitas, cuyo “boquete” había que redescubrir). Un tal Vicente Gómez le ofrece construir una embarcación y llevarlo hasta el Nahuel Huapi y desde allí al Negro.

Juntó seis botes de goma, siete salvavidas, una red de pesca, cuatro carabinas, una escopeta, un rifle, un revólver, municiones, una carpa, una vela, dos aparejos, cabos, clavos, hachas, machetes y herramientas. Los víveres consistían en dieciséis quintales de harina tostada, charqui, harina cruda, sal, ají, tocino y dos ovejas. Además, llevaba un cronómetro, varios termómetros, un barómetro de montaña, un teodolito, un nivel de aire, una plancheta, una brújula geológica, papel para envolver las plantas y un martillo para extraer muestras de rocas. Su compañero principal fue un francés –al que pinta como no muy sociable y adicto a la cachimba¹– que llevó con él un mayordomo. Su equipaje incluía una vihuela y un flageolet, instrumentos musicales que le permitieron entretener a los *Pehuenches*. El 7 de diciembre de 1862 partió.

¹ La cachimba es un utensilio para fumar consistente en un pequeño recipiente, en el que se quema tabaco picado, unido a un tubo terminado en una boquilla por el que se aspira el humo, es decir, una pipa. N. del Editor.

En síntesis, el *Diario* de Cox marca los siguientes incidentes:

8 de diciembre. Pierde su barómetro. Es irreparable este incidente porque le impedirá tomar alturas de los cerros.

10 de diciembre. Recoge rocas.

11 de diciembre. Hace el camino del lago de Todos los Santos.

11 de diciembre. Mide intuitivamente montañas y compara sus registros con los de Fitz Roy.

13 de diciembre. Dice:

Por la mañana el sol estaba bastante débil, el cielo medio nublado, el chuchcho nos aturdiría con sus cantos; si se debe creer a los chilotes supersticiosos, era un mal presagio; los peones les tiraban piedras y acompañaban su huida con maldiciones. (Cox, 2006: 49).

14 de diciembre. Define el Desierto como todo lugar en donde uno se encuentra privado de comunicación con sus semejantes. Resume así que está en un *desierto*.

24 de diciembre. Se prepara para atravesar el "boquete" de Pérez Rosales (garganta oculta, que, sin conocerla, es difícil de encontrar, y cuyo nombre se corresponde con el de un padre jesuita). El calor es insoportable.

26 de diciembre. Dice:

El tiempo seguía bellísimo, el calor sofocante, a pesar del espeso follaje a la sombra del cual habíamos colocado la carpa y del verde recinto de pangues que permitía que circulase el aire libremente, respirábamos con trabajo. Ya he hablado de las dimensiones colosales de las hojas de pangué, algunas tienen hasta siete y ocho metros de circunferencia y forman magníficos parasoles; el tallo es refrescante, apaga la sed. La naturaleza, como buena madre, tiene reservados consuelos y sorpresas agradables para los que la visitan en sus desiertos. (Cox, 2006: 62).

26 de diciembre. Se prepara para cruzar el "boquete". Para ello, debe cruzar un torrente a los 41° 9' de latitud Sur.

27 de diciembre. El grupo parte quedando atrás solamente el cuidador de las cabras y Lenglier porque debe hacer un croquis del "boquete". Toma hacia el nordeste después de especular si le convendría seguir el río Frío –al que conocía por las noticias que dejó otro viajero: Fonck–, idea que dejó de lado porque no sabía si era navegable. Cox dice:

Marchando por encima de la nieve, llegamos al espacio situado entre el cerro de la Esperanza y el Doce de febrero, llamados así por los primeros exploradores. En este lugar tuve un espectáculo magnífico; me hallaba a una altura de 1500 metros sobre el nivel del mar; mirando hacia el valle de Peulla, tenía a mis pies el boquete ciñendo la base del cerro en el que me hallaba y resultando como una ancha cinta de un verde claro sobre el verde oscuro de los árboles que tapizaban las montañas vecinas. (Cox, 2006: 64).

28 de diciembre. La expedición sigue la marcha y en el camino atraviesa tres pantanos, a los que los compañeros de Cox dan el nombre de Potrero de los Guanacos; sube con dificultad una barranca escarpada, y a las 11 del día llega a las orillas del *deseado* Nahuel Huapí.

29 de diciembre. Los hombres se ponen a construir una embarcación. Están en una orilla que se llama Puerto Blest, nombre que le diera Fonck en honor de un intendente de Llanquihue. Cox dice:

Este puerto es la extremidad más occidental de la larga ensenada del lago; tiene una forma circular; su diámetro mayor es de unos 500 metros. El cordón que sale del cerro de la Esperanza lo limita al norte y pronunciándose en un elevado peñón casi desnudo cubierto de nieve en la cima, viene a estrechar la ensenada formando, al prolongarse hacia el este, la muralla norte del lago. Una meseta formada de terreno de acarreo cubierta de alerces, coligües y coigües rodeando todo el círculo del puerto concluye en el río Frío. [...]. En todos estos cerros, las cimas están cubiertas de nieves que los dominan la mayor parte del año. Lo demás de cuerpo, desnudo. La vegetación sólo se manifiesta en los declives suaves, en muchos de los cuales se ven masas de arcilla y rocas redondas. (Cox, 2006: 65).

31 de diciembre. Toma noticia de que ha perdido parte de sus peones del grupo que venía retrasado. Sigue su empeño en la construcción del bote.

1º de enero. Recibe el nuevo año encerrado en su carpa porque llueve sin cesar. Se entretiene haciendo música. A fin de divertirse un poco se acerca al vivaque de los peones y escucha sus relatos sobre los *peuquenes*. Éstos son hombrecitos leñadores que llevan vestidos hechos con hojas de avellano y se la pasan derribando árboles que no usan para sus fuegos porque aprovechan los de sus vecinos; y si un chilote leñador se da vuelta y mira a un *peuquen* la cara le queda torcida para siempre. Cuentan que un *peuquen* había encantado

a una donosa chilota, esposa de un honrado maderero. El hombrecito venía a tomar lugar ilegal en el fuego y en el lecho nupcial. El hombre pidió consejo a un cura capuchino quien le dijo que untara a la mujer con cebolla y ajo y que le diera también a comer estas legumbres. Cuando el *peuquen* se dispuso a llevar a cabo su orgía le dio tanto asco que empezó a vomitar; se puso a imprecicar y finalmente se fue para siempre. Pero la mujer dio a luz, meses después, un hijo monstruoso. El hombre se resignó y al final tuvo otro hijo gordote y buen chilote. Cox repara en otras creencias chilotas: las sirenas, los caballos marinos que salen del mar ensillados y de apariciones del diablo.

2 de enero. La construcción de la embarcación avanza: igual en proa y en popa, y de fondo chato para no encallar, aunque tenga quilla, prevé cinco bancos para los bogadores. El esqueleto está casi terminado, falta ponerle las tablas. Los carpinteros son afanosos.

3 de enero. Cox dice:

Dios te dé larga vida, modesta pero útil embarcación; que las rocas del Limay te sean blandas. (Cox, 2006: 73).

4 de enero. Los hombres se separan. Sólo van adelante Cox, Lenglier y cinco más. Los restantes se vuelven a Chile. Queda claro que Cox *quema* las naves porque da indicaciones para que nadie trate de saber sobre el éxito o el fracaso de su expedición. La embarcación está cargada en exceso y la carga está mal distribuida. Le cuesta avanzar bajo una lluvia fría. A la noche se entrega al sueño.

5 de enero. Tiene que hallar el desagüe. Se halla navegando "en un mar en miniatura". Pasa por la *isla larga*, la cual es, presumiblemente, la Victoria.

6 de enero. Avanza con precaución porque ya avista restos de tizones, palos y fogones, que indican que los indios están cerca. Dice:

[...] el carpintero nos dijo que al alba había divisado encima de esta abertura una ligera neblina que anunciaba la presencia de un río, ¿sería pues el desagüe? [...] Yo ocultaba los varios sentimientos que me agitaban a cada presunción favorable o desfavorable que se presentaba a mi espíritu; pero Lenglier, de una naturaleza más impresionable y menos acostumbrado a dominarse, se hallaba en un estado de grande agitación [...]. (Cox, 2006: 79-80).

Pertenece a la Biblioteca de la
Universidad - La encuadernación, es un
obsequio del Sr. Sr. Daniel Maxwell,
director de la sala de Comercio, quien leyó
este libro estando a la noticia y lo devolvió
tal como está ahora -

Octubre 2 - 1864.

A la Sociedad Geográfica en
Buenos Aires -

H. S. G. S. C. V.
Santi Dec 10/00

**VIAJE
A LA PATAGONIA.**

Anteportada,
con dedicatoria
de puño y letra
del autor.
Idem Supra

Por la noche duerme satisfecho porque ha navegado todo el Nauhel Huapí, de oeste a este.

7 de enero. Con esmero acomoda las cosas para bajar el río con rumbo general al norte. Inicia la navegación y repentinamente naufraga. Cox dice:

Yo tenía mi salvavidas a la cintura pero viendo otro a mi lado lo cogí y junto con Lenglier y el marinero Vera, que nos hallábamos en el lado opuesto al de donde vino la marejada, fuimos cubiertos y sumergidos bajo el bote. Me fui a pique [...] no podía respirar, hacía esfuerzos por zafarme y no lo conseguía, sofocado y desesperado, sin comprender mi situación, ya me sentía ahogar, cuando un ruido de espuma hirió mis oídos; me sentí girar violentamente dos o tres veces, toqué fondo y salí a la superficie. (Cox, 2006: 86).

Distaban 10 ó 12 kilómetros del punto al que había llegado Villarino, es decir, la confluencia del Limay con el Chimehuín.

8 de enero. Después de una noche muy incómoda, despierta en un bello día y se dispone a navegar, salvando todo lo que podía del naufragio. Entonces, los indios aparecieron sobre una loma.

120

Segundo Viaje

Cox debió partir para Valdivia, dando término a su primer viaje. Los pehuenches lo ayudaron a rescatar las cosas del naufragio y lo recibieron en sus toldos pero debió ir a recomponer sus atavíos dejando a algunos de sus hombres en prenda y con la promesa de traerles regalos.

Dice:

De pie, envuelto en un cuero, se encontraba el viejo cacique con los ojos colorados y el pelo desgreñado; lo saludé dándole la mano, y él, escondiendo la suya no me contestó. Atemorizado con esta manifestación tan poco urbana, me quedé de pie, confundido, sin saber qué decir [...]. Mientras él hablaba yo pensaba qué contestación le iba a dar; no era posible decirle cuál era mi nacionalidad ni el objeto de mi viaje porque era suficiente para perderme; las relaciones de esos indios con los araucanos son bastante como para que participen del odio que éstos tienen por los chilenos y celosos

como son de su independencia, era un atentado directo contra ella el intentar reconocer uno de sus ríos; me decidí pues a no decir la verdad. (Cox, 2006: 91).

Cox le dijo al cacique que era un marino inglés en viaje hacia la Patagonia (Carmen de Patagones) y que después iría a Buenos Aires para dar un poder a un hermano con la finalidad de cobrar un dinero heredado en Inglaterra. Entonces, el cacique, razonablemente, le pregunta por qué no se había embarcado.

Cox le anuncia que irá a Valdivia a buscar los regalos, y hacen el acuerdo mientras el chileno toca el flageolet; su música encantó al viejo. Cox alcanza a advertir –en la fiesta– que el jefe tenía dos mujeres, que una era la principal, por su vestimenta y por la cantidad de aguardiente que había tomado, y que había otras que venían de otros toldos. También había allí un individuo alto y rubio, que resultó ser un emigrado político (en 1851), y que vivía en el Carmen. Éste quiso ver a su familia de Chile y partió por el camino del Negro, pero fue atrapado por los indios. El cacique lo tenía de ovejero y le prometía la libertad pero unos días antes había intentado asesinarlo y salvó la vida por la intervención del hijo. Cox dice:

Yo quería ponerme en camino el mismo día, pero como los peones estaban cansados, esperé la mañana. Esa noche llegó un indio Antileghen a los toldos de Paillacán; venía de cazar; traía consigo un barrilito de aguardiente. El ilustre Paillacán, celoso partidario del culto de agua de fuego, se sentó en el suelo, teniendo a Antileghen a su lado; al frente de ellos, me senté yo con el flageolet; Argomedo tocaba la vihuela, entonces comenzaron el concierto y las libaciones. (Cox, 2006: 98).

121

El 11 de enero Cox parte hacia Chile, dejando a dos peones de rehenes y prometiendo volver. No relataremos esas peripecias sino que comentaremos su etnografía una vez que regresó.

Etnografía de Cox

En el viaje de vuelta a Chile el indio Antilaghen lleva a Cox a los toldos de Huincahual quien le hace un encargo para que un juez falle a favor de uno de sus mozos que había tenido un incidente allá, y le pide los dos rehenes para Paillacán. Allí se entera también de que un tal Montesinos ha difundido rumores sobre una expedición de extranjeros armados con fusiles que iban al Limay. Los indios se alarman y el cacique Trureupan le pide explicaciones, e intercepta su camino a través del cacique Huentrupan con sus hombres formados en batalla. Cox sale de la región por el cerro Trompul (orilla norte del lago Lacar) y el 19 de enero llega a Valdivia, cuarenta días después de haber partido desde Puerto Montt.

Allá consigue una carta de recomendación de don Ignacio Agüero, amigo de los Pehuenches, quien había protegido a la tribu de un ataque de los indios de Valdivia. Aquellos se habían llevado a una mujer de Paillacán y su hijito. Don Ignacio salió a rescatarlo pero el huilliche que lo tenía prefirió romperle la cabeza contra las rocas del lago Ranco que devolverlo. También los ayudó de un ataque tehuelche a la cabeza de una partida de cincuenta huilliches.

Cuando hace el camino de regreso, entra por el Lacar y el cerro Trompul encontrando dos tumbas pehuenches. Eran hombres que habían muerto congelados. Dice Cox:

Esos dos pehuenches habían venido desde la otra banda a buscar mujeres que los ayudasen a pasar menos trabajo en el desierto de la vida y en el desierto de las Pampas. (Cox, 2006: 126).

También comenta que los comerciantes son una canalla que contribuye a la resistencia de los indios infieles a la civilización.

Relata un incidente con un indio llamado Truncutu, platero, que en el balseo de un afluente del Lacar le requiere regalos para dejar que el bote regrese a la otra banda donde lo espera uno de los compañeros de Cox. El hombre le corta el sombrero con un cuchillo y lo pechea con el caballo. Cox piensa en sacar su revólver y defenderse pero lo detiene no estropear su viaje al Carmen. Aparecen las mujeres que insultan al platero ebrio y Cox les regala a todos camisas y chaquiras a ellas.

Camino de los toldos, el 21 de febrero, pasa por la casa de un indio cristiano –Hilario– con quien negocia entregar un potrillo como pago por la mitad de un

animal que fue carneado por sus peones, pero como lo tenía que recuperar en ese momento le entrega un caballo cansado para reemplazarlo después. Allí dice:

Llegamos al cerro Trompul, cerro de una forma notable. Del lado opuesto del lago [Lacar] su pared es perpendicular, sale de la hierba de una pradera y tiene como 150 pies de altura; del otro lado tiene el mismo declive que el terreno, unos 25. (Cox, 2006: 131).

Llega a la choza de José Vera, donde descansa un poco. Éste le confirma los rumores sobre él y le informa que los dos peones rehenes se han escapado (luego ellos le dirán a Cox que los maltrataban). También lo entera de que va a conducir hacia el Carmen a gente del cacique Huitraillán por 30 yeguas. Que se incorporara Cox dependía de los indios.

El lago Lacar tiene mucho pescado que los indios aprovechan cuando crece el agua colocando ramadas en las que quedan atrapados cuando el agua baja. Bajo los manzanos, Cox, Vera y Motoco discuten sobre la política a seguir con el cacique Huitraillán (de cierta influencia); por supuesto acuerdan llevar regalos pero Cox no lo visita porque duda entre alojarse con Paicallán o con Huincahual. Finalmente, tiene un *coyagtun* con Huetrupán quien le dice que había rumores de que ofrecía aguardiente envenenado. Vera le traduce la carta de Ignacio Agüero sobre cuyos dichos el indio acordó completamente. La mujer de un indio llamado Pulqui le pide que bautice a su hijito, cosa que Cox hace.

Se dirige al valle de los caciques Trureupán y Huetrupán, hacia el norte. Visita la casa de Antinao, rodeada de manzanos y de dos o tres campos cultivados. Allí el carpintero de Cox le había levantado una casa.

Allí nos apeamos, Antinao me besó la mano, yo hice lo mismo con la suya, es señal de amistad entre los indios. (Cox, 2006: 137).

Cox que quería cobrarle un caballo que el indio le debía, saca su reloj de sol y aquel le pide que lo guarde, que puede ser brujería, que puede enfermar a su mujer. El indio luego tornó a su tarea de hacer chichas con manzanas.

En una pequeña eminencia, formada por una piedra aislada en medio de la Pampa, nos esperaban dos indios [...]. Cárdenas reconoció a uno de ellos a Foiguel, hijo mayor de Paillacán, ausente en los toldos de su padre en el momento del naufragio. Le hice algunos regalos. (Cox, 2006: 137).

Mientras conversan, llega Antinao con un caballo que Cox paga con *pitrones* de añil.

Camino de los toldos de Huincahual entran a un valle donde se encuentra el volcán Lanín o de los Piñones, aquel que confundió Villarino con el Imperial del Arauco, cercano a Valdivia, adonde quería llegar.

El 24 de febrero llega a los toldos de un indio que tenía una gran caballada y le compra un caballo choiquero, de esos que sirven para cazar guanacos y ñandúes. El pehuenche consultaba a su mujer durante el trato. Finalmente, cuando estaban a punto de cerrar el trueque, ella intervino para pedir, además, chaquiras.

La mujer era donosa y por supuesto era difícil rehusar lo que pedía una buena moza, aunque fuese pehuenche y le di las chaquiras. (Cox, 2006: 139).

Después dejan atrás el Lanín y llegan al Caleufú:

Nos esperaban, a la entrada del vado, Marihueque, segundo hijo de Huincahual y un joven buen mozo que nos dijo era mestizo de Patagónica, llamado Gabino Martínez. (Cox, 2006: 139).

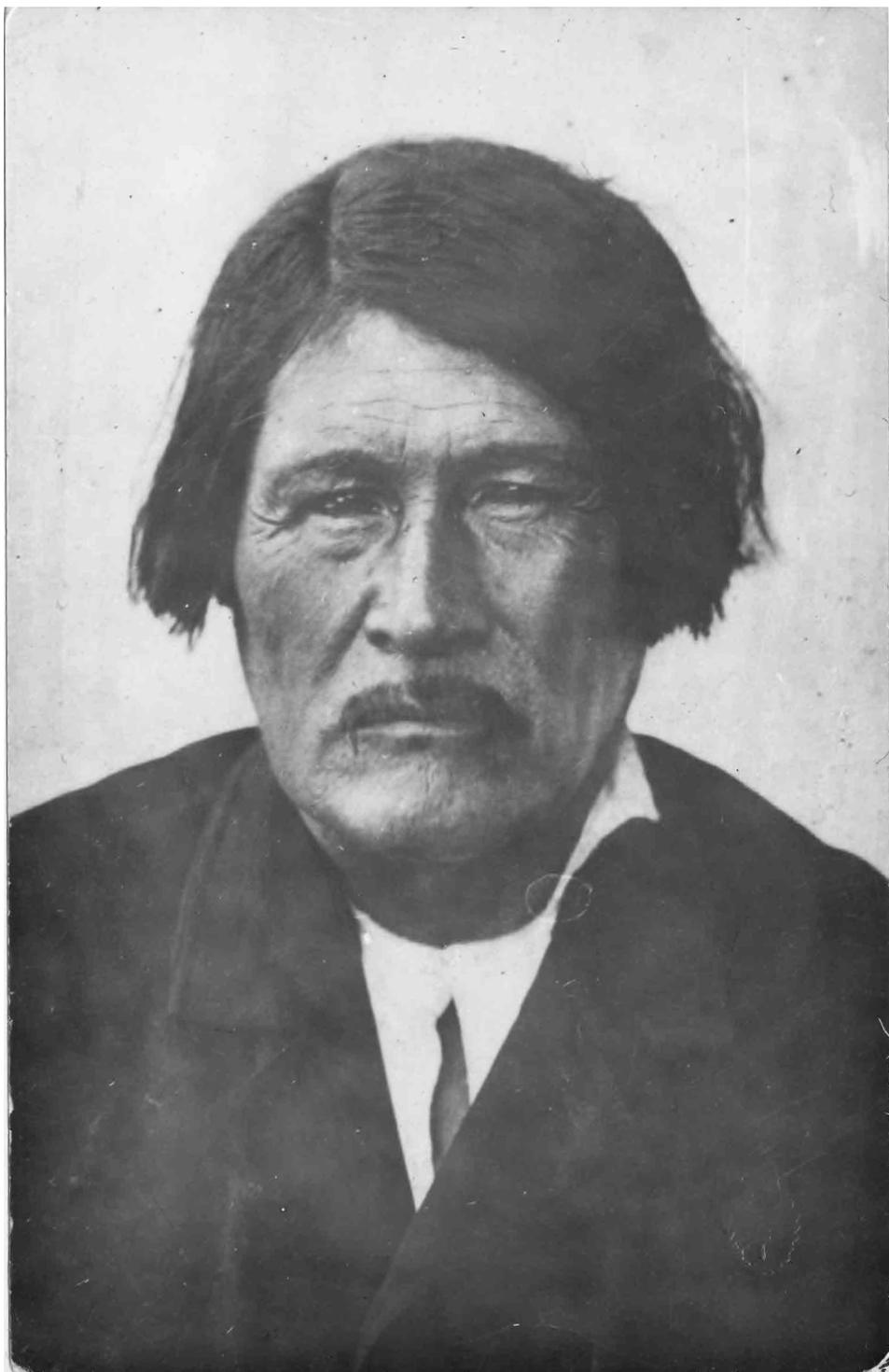
124

Cox le pregunta a Antilaghen si lo dejará pasar hacia Patagónica. Le contestan que es necesario esperar a que regrese Inacayal que tiene gran influencia sobre Huincahual. Participa de un *apol*, que consiste en matar a un cordero atándolo por el hocico a un poste, se le corta la garganta, la sangre corre abundantemente y va por la traquearteria junto con agua y sal que se le agrega: luego se ata con un lazo y al cabo de un tiempo se retira para sacar el pulmón y comerlo en pedacitos.

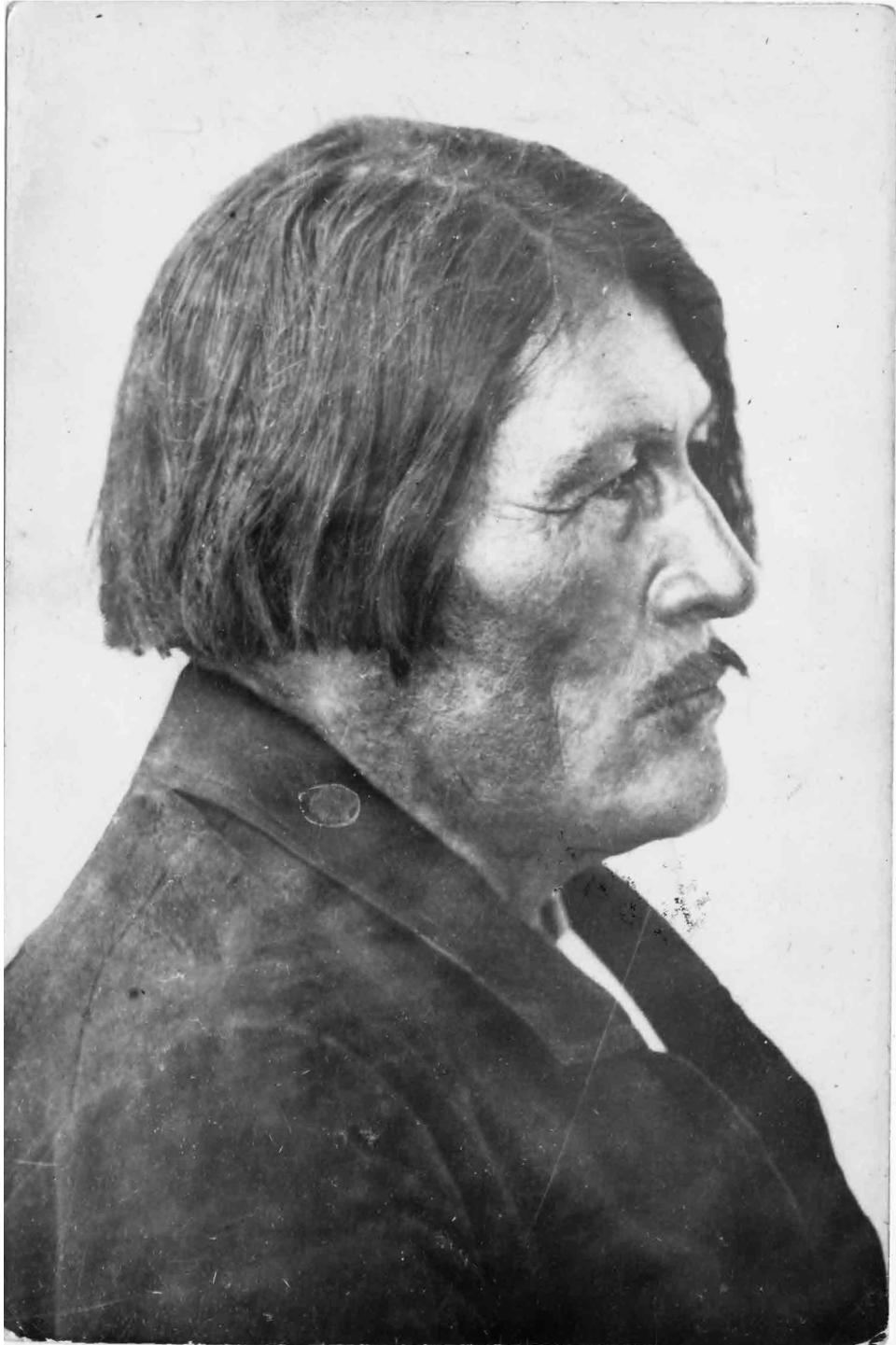
Comí con mucho gusto mi parte. (Cox, 2006: 140).

Cox observa que la homogeneidad de raza y de idioma que había advertido en los toldos de Huentrupán no existía aquí. Los casamientos estaban mezclados con pampas y tehuelches. Huincahual era pehuenche y tuvo hijos con mujeres pampas (uno de ellos, Inacayal, que fue muy prestigioso en las Pampas).

Antilaghen le da los significados de muchas palabras *leufquen* (mar), *leufu* (río), *Nahuel* (tigre), *pegi* (león), *quinu* (zorra), *huala* (pato), *ñanco* (aguilucho). El hijo de Paillacan se llama Quintunahuel (cazador de tigres). Uno de los nietos de Huincahual se llama Quintuñanco (cazador de aguiluchos). Cosa extraña: les



Retrato del Cacique
Modesto Inacayal.
Sus restos
descansan en la
ciudad de Tecka,
Chubut.
Imagen tomada
del Archivo General
de la Nación.
Departamento
Documentos
Fotográficos



Modesto Inacayal.
Idem Supra

ponen a los perros nombres de españoles, Molina, Chapago, Jaramillo. Cox nunca oyó llamar a las mujeres casadas por su nombre. Gabino Martínez, por ejemplo, no conocía el nombre de la suya. La llamaba *eymi* (tú).

Los toldos del Caleufú estaban colocados perpendicularmente y miraban al este (porque el viento viene del oeste). Los construían con palos en hilera: primero una hilera de cinco o seis palos altos, por detrás otra de palos más bajos, y así según la profundidad que se le quería dar. Sobre ellos iban los cueros. En cada uno vivían una o dos familias, que dormían con los pies hacia el fondo. El toldo de Huincahual, por ejemplo, estaba ocupado por su primera mujer, a la entrada, en la primera separación; luego venía la segunda mujer y mezclados los niños de ambos sexos. El hijo soltero dormía al fondo. Era una casa ambulante. Adentro, las chinas cuelgan sus menajes en bolsas de cuero o en canastos hechos con piel de ubre. Tienen jarritos en los que guardan la tierra con la que se pintan la cara. No usan peines sino escobillas.

[...] sólo alisan el pelo y de ninguna manera peinan la cabeza, que tanto necesita esta gente. (Cox, 2006: 142).

Entre los cristianos, la mujer nunca deja de reñir al hombre si se emborracha pero entre las chinas, no. Lo cuidan, le tienden un pellón para que duerma, le desensillan el caballo y procuran que duerma. Quizá porque ellas también los acompañan a beber.

Un hijo de Huincahual era *don Jacinto*, un hombre de paz –describe Cox. Los habitantes de su toldo eran siete: Manuela y Dominga, sus esposas, Celestino Muñoz (venido de chasque desde Patagónica) y sus tres perros con nombres españoles. Dominga, la preferida, descendía de los indios de la misión del Nahuel Huapí. Era de “humor vagabundo” según Cox. Mama Dominga puso en apuros a Cox: le obsequió manzanas que llevaba en su seno después de limpiarse con las manos los dedos de los pies. “Tomá, muy dulce” le dijo. Ella limpiaba los platos y cucharas de madera con la lengua. Pero tenía un talento especial para tejer ponchos y frazadas.

Jacinto convidó al huésped con *muchi*, un fruto pequeño, de color violáceo, que tiene mucho hueso y poca cáscara. Se habían puesto alrededor de un “tiesto” de *muchi*, se echaban pedazos de cáscaras a la boca, chupaban el jugo y lo escupían otra vez al plato, machacaban todo otra vez con las manos y volvía a echarse otra

² Ministerio de Guerra y Marina. Memoria del Departamento de Guerra y Marina, Año 1864, Informe sobre las Fronteras de la Republica que presenta el Exmo. Señor Ministro de Guerra y Marina de la República Argentina, General D. Juan Andrés Gelly y Obes, el Inspector y Comandante General de Armas General Wenceslao Paunero, p. 64.

vez a la boca otro puñado y así hasta haber agotado completamente el jugo que podían dar las cáscaras.

El 27 de febrero llegó Huincahual con su segunda mujer:

Tenía un sombrero de paja y un poncho; a lo lejos parecía un honrado campesino que venía de dar una vuelta por la propiedad acompañado por su esposa. Traía manzanas en sacos y luego de que se apeó, mandó que se le trajese piedra pómez para hacer chicha; restregaba las manzanas contra lo áspero de la piedra y lo molido caía en un cuero; enseguida tomaba puñados y se los echaba a la boca, exprimía el jugo y arrojaba el resto. (Cox, 2006: 145).

El viejo recibió bien a Cox pero no adelantó el permiso para ir a Patagónica hasta que no llegase su hijo Inacayal que estaba de cacería. Éste llegó al día siguiente.

Inacayal me agradó al momento; tiene el ademán franco y abierto. De cara inteligente y sabe algo de castellano, de cuerpo rechoncho pero bien proporcionado. (Cox, 2006: 146).

El hombre aceptó llevarlo como secretario. Había llegado una carta desde ese destino, de parte del coronel Murga invitando a los indios a celebrar la paz. Los indios, cuando reciben una carta, la hacen leer a todos y muchas veces para ver si no les han ocultado algo.

Cox hace regalos a Huincahual y a Juan Chileno, entre ellos un barril de aguardiente. El cacique se puso un pañuelo y un poncho nuevo para presidir la ceremonia de la apertura del barril. Clavó tres lanzas en el suelo y convocó a los hombres de lanza para beber. Se acercó a ellas y las roció con el licor; luego tomó lo que quedaba en el "cacho". Los demás hicieron lo mismo. A continuación el jefe se puso a retirar todas las lanzas y boleadoras y una china recomendó a Cox que hiciera lo mismo con su cuchillo. Era para prevenir muertes durante la borrachera. "Principió la tomadera".

El cacique se había sentado en el centro, Inacayal a su izquierda, Jacinto a su derecha, Agustín a la izquierda de Inacayal y enseguida se ubicaban las chinas. Cox estaba en el centro tocando el flageolet. Todos se pusieron a hablar sin escucharse. Unos hablaban pampa, otros tehuelches y, pocos, castilla.

³ Un agregado de las oligarquías regionales que asentaban su poder político en las ciudades y su poder económico en la posesión de latifundios, liderando masas pobres llevadas, intermitentemente, a las guerras que sostenían entre sí. Existieron hasta que, finalmente, el país se transformó en una nación unificada bajo la Constitución de 1853.

En tanto yo permanecía impasible y seguía modelando diferentes tocatas en mi flageolet sin que los bárbaros manifestasen la menor emoción por los acordes de mi sonoro instrumento que interpretaba sucesivamente los mejores trozos que el dios de la música inspiró a Mayerbeer y Rossini. (Cox, 2006: 147).

Mientras, Inacayal, Celestino y Gabino discutían la oferta de Buenos Aires. Los perros aprovechaban para asaltar la carne colgada en los toldos. “Hasta gallos y gallinas estaban en revolución”. Al día siguiente, 1 de marzo, amanecieron con las caras embrutecidas; sin embargo, no reclamaban lo que habían regalado en súbitos arranques de generosidad, mostraban vergüenza por las riñas. A las orgías de bebida siguieron las de comida por el regreso de Inacayal para lo cual mataron a lanza y boleadoras un potrillo.

Cox seguía esperando la decisión sobre Patagónica. Inacayal le dijo que debía permitirlo Paillacán. Fueron a verlo pero el viejo hizo como que no los veía; su mujer, Pascuala, importunaba al chileno con sus pedidos de regalos. Cuando finalmente hablaron dijo que debía haber matado a Cox.

Pascuala, vagabunda como los tehuelches e hija de uno de sus caciques, que no sé porque razón solían nombrar cacique francés, había hecho muchos viajes a Patagónica y en cada uno de ellos, su razón y su virtud habían sufrido estragos repetidos, tanto por parte del alcohol como de los galanes [...]. (Cox, 2006: 150).

129

El viajero, entonces, tendió en el suelo todas las cosas que tenía para regalar. Paillacán decía que había sido bueno en ocasión del naufragio, que debió matarlo, que varios chasques lo habían aconsejado para que no se dejara engañar, que no creía en la carta de Agüero, que accedería si le traía a un hijo o a un mozo de Agüero y a su mujer Aunacar que le había sido robada por los huilliches hacía 40 años y que, presumía, estaba en casa de aquél, además de un freno, una silla plateada y estribos de plata. Y también una corneta de las que había llevado a lo de Huinchual a cambio de un caballo. Cox e Inacayal se retiran indignados. Ya se iban cuando el cacique solicitó a Cox que le enseñara a usar un “naranjero” que le había regalado recién. Cox lo toma en sus manos, afina la puntería, apunta a un cuero y da en el blanco.

Finalmente manda a un mensajero a Valdivia para buscar unos estribos de plata por consejo de Inacayal. Para ir a Carmen de Patagones –Patagónica– hay dos caminos según los indios. Uno por la banda norte del Limay y otro por la sur. La primera no tiene caza, la segunda sí; pero la primera tiene suelo de arena y la otra de piedras que lastiman las patas de los caballos y se evita la travesía de un día y medio sin agua.

Mientras espera los acontecimientos, Cox describe a las mujeres. Se dedican a criar a los hijos, a cocinar, tejen ponchos y trabajan el cuero de guanaco. Se reúnen en torno a dos fuegos para ahorrar leña. Se quitan los piojos las unas a las otras y se los comen. Incluso el cacique de Caleufú se tendía al sol para que sus nietos se los sacasen y si quería castigar a alguno no le permitía hacerlo dejándolo afuera del festín.

Los hombres nunca las maltratan y toman en consideración su opinión. Tienen algunas cosas propias (como animales de corral). Las niñas núbiles son colocadas en el fondo de un toldo y se mata una yegua en su honor que se reparte a los demás toldos según el rango o parentesco de quienes vienen a visitarla. Las par-turientas son colocadas en el fondo del toldo sobre abundantes ponchos. Cox no pudo confirmar el dato de Falkner en el sentido de que se ponía el corazón palpitante de una yegua sobre el pecho del recién nacido pero sí que ésa era una cura para los niños enfermos del pulmón. A Cox le llama la atención los pocos hijos que tienen los indios; lo adjudica a los abortos, el infanticidio, a que comen sólo carne y finalmente a lo poco que tienen desarrollada la parte posterior de la cabeza donde –según los frenólogos– está localizada la parte animal. Las mujeres se compran según su rango o belleza. Justamente, Paillacán había pagado una fortuna por Pascuala, “¡Pagar tanto por participar la suerte de Menelao y de otros tantos desgraciados maridos célebres en la historia!”, refiriéndose a los adulterios de ella.

Según Inacayal creen en un Dios superior, dueño del universo, también en que los buenos irán a una vida de felicidad y los malos serán castigados con el fuego. Pero no saben qué es ser bueno o malo. El enemigo de los hombres es Pillán de quien dicen que vive en los volcanes. Se muere o no por voluntad de Dios. Al muerto se lo entierra con todas sus pertenencias.

El 6 de marzo sucedió algo de mal pronóstico. Un cacique de los picuntos mandó decir que había tenido un mal sueño y que había que hacer ceremonias. Había soñado con un hombre ensangrentado que decía ser La Gallina y los pollos (las Pléyades), que estaba peleando contra los enemigos y que necesitaba un sacrificio.

Entonces se mató una oveja, se la comieron y tiraron los huesos a un pozo en que previamente habían tirado la sangre del animal. Ni los perros podían tocar los huesos. Todo se acompañó de plegarias al alba.

El mundo del río Limay

Los indios advertían oscuramente que su mundo estaba en peligro. Era un mundo imposible: por el estilo de vida, por el acoso huinca, por su baja demografía, por su ley, por su deterioro ético.

Aunque lejana de los parajes en los que estuvo Cox, fue la Frontera del Sur la que finalmente destrozó a esos toldos.

¿Qué fue y cuánto se extendió la Frontera del Sur?

La Frontera del Sur fue ante todo una línea militar tendida acumulativamente, a través del tiempo y de acuerdo con los avances y retrocesos en las victorias de los blancos sobre el territorio de los indios. En la Memoria del Ministerio de Guerra y Marina, ella fue caracterizada por el General Paunero en los siguientes términos:

La antigua línea de Frontera del Sud, que existía hasta hace más de un año, abrazaba una vasta extensión de territorio, formando un inmenso arco ó herradura, cuyo extremo derecho se apoyaba en el Fuerte San Rafael (Mendoza) y el izquierdo en el Tandil (Buenos Aires). Esta línea que medía trescientas sesenta leguas de extensión [...].²

131

Pero ella concitó la atracción de la población que –espontánea u obligadamente– se acercó junto a los fuertes y fortines e inauguró una forma de vida que perduró hasta que fue reemplazada por el capitalismo agrario y la inmigración española e italiana. La importancia de la frontera como hito histórico es que se halla en la base de la singularidad de las regiones que abarcó dada su extensión geográfica.

La Frontera como objeto de estudio tomó envergadura no hace más de veinte años tanto en la historiografía como en la antropología y la sociología. Era más bien un tema de historiadores locales integrando la historia de los orígenes de los pueblos de las provincias que fueron cruzadas por ella.

El libro de Cox tuvo una primera edición castellano-chilena en 1963. El balance de la configuración de este campo temático es que una cantidad apreciable

de investigadores consultaron e interpretaron una gran cantidad de documentos inéditos y se examinó críticamente el panorama etnohistórico de las tribus de las llanuras argentinas en una clave estratégica que no fue ajena a los intereses de soberanía política de la Argentina y Chile.

El valor epistemológico, sociológico e histórico de la investigación de Frontera es alto, sobre todo, por sus consecuencias en la constitución de algo similar a lo que Jameson (1989) denomina “inconsciente político” a través de los horizontes político-prácticos del siglo xx, precisamente cuando ya no existía más y que permite comprender el sentimiento trágico sobre la historia que es común a los argentinos. Forman parte de él las intenciones y actitudes de los actores – encumbrados o populares– ante la ley, el poder, las identificaciones y la historia propia. Su costado más significativo sería el interrogante sobre por qué hay *política* y no simplemente *ley*. La representación imaginaria de esas formas de vivir tomó el enunciado de “civilización o barbarie”.

Hubo, en esta parte de América del Sur, dos fronteras. Una fue la Frontera europeo-mestiza con indios asimilados; otra, la de los nómades del Desierto. La identidad de estos últimos todavía es misteriosa o confusa: bajo el nombre topográfico de *pampas* y de *chilenos*, los españoles primero y los federales³ después, designaban un complejo tribal que apenas comprendían. Los valles de la Sierra de la Ventana, las salinas del noroeste de la Provincia de Buenos Aires, el collar de lagunas que se extienden entre las proximidades de Bahía Blanca y el sur de Santa Fe, las inmediaciones del río Quinto, El Cuero, el monte de caldenes, el curso del río Chadileufú y Choele Choel en el río Colorado eran la sede de los aduares indígenas.

Fue una región social en forma de “faja” animada por el acercamiento de población, los levantamientos militares, las montoneras, el desarraigo, los fugitivos, el cuatreroismo, el bandolerismo, el des-arbitrio de la ley, las “invasiones” indígenas, los “malones” blancos. Era un paisaje diversificado por la continentalidad, un “borde” geográfico discontinuo aunque sin verdaderas barreras naturales en una sucesión de unidades ecológicas que iban acentuando la aridez y la soledad: pastizales al oriente y monte-sierras-travesía-medanales-oasis mendocinos y la gran cordillera.



(ARRIBA)
Mapa de la región
recorrida por Cox.
Tomado del libro de
de Guillermo Cox,
*Viaje en las regiones
septentrionales de la
patagonia: 1862-63.*
Santiago de Chile:
Imprenta Nacional,
1863. (Tomo II)
Biblioteca Nacional

(ABAJO)
Miembros de la
comunidad aborigen
del Cacique
Modesto Inacayal.
Archivo General de
la Nación.
Departamento
Documentos
Fotográficos

Comenzó con una serie de fundaciones que iban a acotar las posesiones indias:

Carmen de Patagones (1779)

Fuerte Bulnes (en la actualidad Punta Arenas, 1843)

Establecimiento de Luis Piedra Buena en la isla Pavón, en el río Santa Cruz
Colonia Galesa de Chubut (1865)

No se trataba de establecimientos “justos” sino de acciones invasoras. Patagones fue teóricamente *comprada* a los tehuelches (Vezub, 2009) y a los galeses los sostuvo materialmente el Ejército.

Una y otra Frontera tenía formas de vivir muy diferentes y muy parecidas a la vez. No es casual que los indios llamaran cristianos a la Frontera mestiza porque en ella y más allá de su límite imperaba una moral romano-mediterránea oriental, aunque laxa. Los cristianos siguiendo la perspectiva española post conquista de Andalucía respecto de los *moros* llamaban “Infieles” a los indios justamente por desconocerla al no estar bautizados. Los campos, de acuerdo con esta perspectiva, pertenecían a *salvajes* que de tanto en tanto arremetían con malones que cautivaban hombres, mujeres y ganado.

Cuando terminó la Conquista del Desierto de Roca se produjeron cambios en el País de las Manzanas: se construyeron puestos militares, se prohibió el piñoneo, se reglamentó el comercio de la sal y se procuró clasificar a los indígenas como chilenos o como argentinos porque los militares debían dirimir de qué lado de la frontera quedarían las agrupaciones de familias. Muchas se habían “asilado en Chile” al entrar el ejército en la comarca de las araucarias. El problema mayor lo planteaban los grandes jefes porque tenían capacidad de resistencia armada.

Delrío (2005: 75) señala dos mecanismos u operativos subsiguientes: relocalización y entrega de tierras para su internación y deportación y disgregación (con la vieja técnica colonial de erradicar a la población rebelde muy lejos de casa). Entretanto, las fuerzas militares se tornaron *policía del desierto* y los indios, “ladrones”.

Las pampas fueron el escenario de una violencia estructural profunda de la cual la melancolía de los derrotados se recupera solamente en el renacimiento político de la ocupación de tierras y de los litigios judiciales de nuestro tiempo (Rocchietti, 2008 y 2011).

El Viaje

Todo viaje posee algo de film. El *Diario* de Cox participa de esta cualidad. Su lectura se sostiene como una novela. La personalidad de Inacayal –a quien exalta– abarca el desafío de su porvenir y la naturaleza política de su destino. Cox es irónico, Inacayal sereno. Cox es viajero casual en busca de una ruta económica; Inacayal es vagabundo de toderías pero impasible buscador de la afirmación territorial de su gente. Uno y otro fracasaron en el intento ya que el primero no logró soberanía para Chile y el indio no consiguió parar el avance fatal de la Frontera del Sur. Cox tiene su cerro, Inacayal no. Inacayal ni siquiera integra la nómina conmovedora de los patriotas sudamericanos.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- COX, G. (1963) *Viaje a las regiones septentrionales de la Patagonia, 1862 – 1863*. Santiago de Chile: Imprenta Nacional.
- (2006) *Exploración de la Patagonia Norte. Un viajero en el Nahuel Huapí*. Buenos Aires: Ediciones Continente.
- DELRIÓ, W. M. (2005) *Memorias de la expropiación. Sometimiento e incorporación indígena en la Patagonia*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.
- JAMESON, F. (1989) *Documentos de cultura, documentos de barbarie: La narrativa como acto socialmente simbólico*. Madrid: Visor.
- MORENO, F. P. (1897) *Apuntes Preliminares sobre la excursión en los territorios del Neuquén, Río Negro, Chubut y Santa Cruz*. La Plata: Museo de La Plata.
- ROCCHIETTI, A. (2008) *Bajo fuego. Sociedad y cultura en la Frontera del Sur*. Río Cuarto: Editorial de la Universidad Nacional de Río Cuarto.
- (2011) *El Desierto Inacabable. Una historia sudamericana*. Río Cuarto: Editorial de la Universidad Nacional de Río Cuarto.
- VEZUB, J. E. (2009) *Valentín Sayhueque y la Gobernación Indígena de las Manzanas. Poder y Etnicidad en la Patagonia Septentrional (1860-1881)*. Buenos Aires: Prometeo.



PATAGONVM

CHICA REGIO

AUSTRALIS TERRA DEL FO CO

FRETVM MA

Jorge Claraz y la gastronomía indígena del norte de la Patagonia

Graciela Jáuregui y Susana Curto



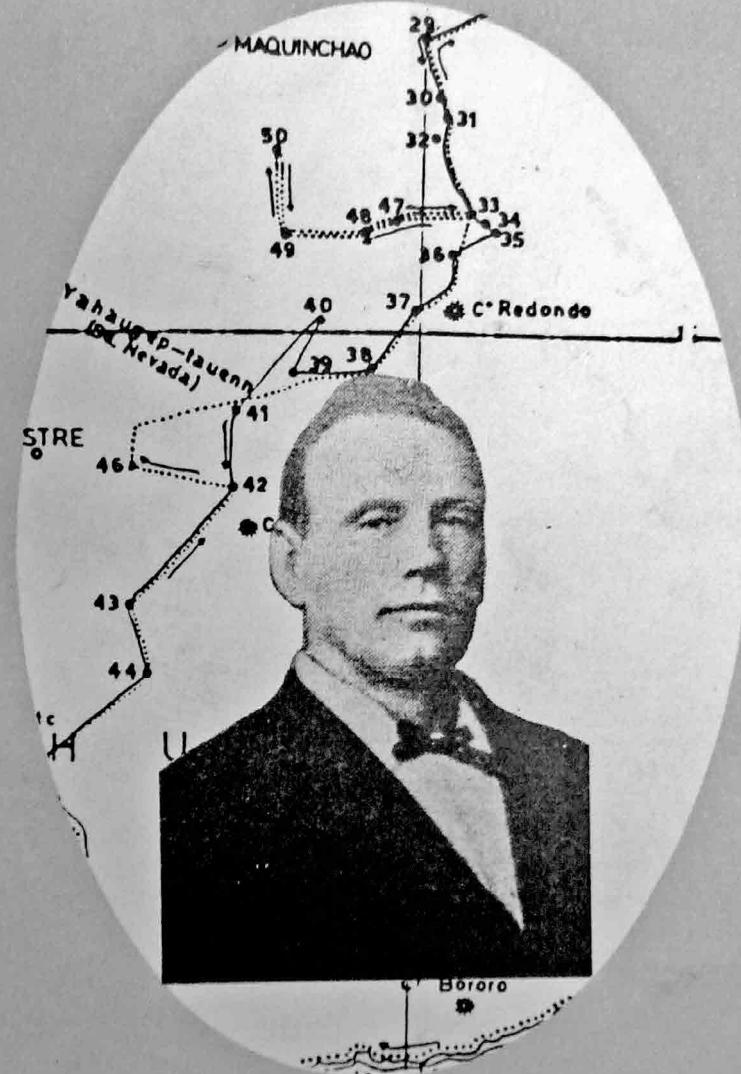
*In Chia regione ad litora S. Juliani Magelliani contra
quendam fretum hoc perlustrans, homines apparere proceros
corpulentos et per se totos. Qui demulso abique ulla frigida
vinctis liquoribus per gustum ad stomachi usque fundum*

*Philippus anno 1520 ad inuentionem Fretum hoc Magelliani
cum ad Hispaniam conuersus ad Anglos vero P. Fernandus
in quodam loco Hispaniae cum perreptos inuenissent*

Jorge Claraz

DIARIO DE VIAJE DE EXPLORACION AL CHUBUT

1865-1866



MARYMAR

Jorge Claraz nació en Friburgo, Suiza, el 18 de mayo de 1832. Estudió química, física, lingüística, geología, botánica y mineralogía. En 1856 partió a Brasil con su profesor y amigo Christian Heusser en una misión política. Durante tres años realizó exploraciones y recolección de minerales en Minas Gerais donde encontró diamantes que le sirvieron de apoyo económico para publicar artículos en revistas reconocidas en el ámbito científico y cubrir sus gastos personales. En 1857, en varias entregas, se publican varios relatos de sus viajes por el Brasil, escritos por Heusser y Claraz, en el diario suizo *Neue Zürcher Zeitung*. Escribió varias descripciones publicadas en *Petermanns Mitteilungen*, de Berlín.

En el invierno de 1859 se embarcó junto a Heusser hacia Buenos Aires con la idea de seguir a Chile pero, ya en la Argentina en 1859 se estableció en Entre Ríos. Trabajó en Concepción del Uruguay. Urquiza, por entonces presidente de la Confederación Argentina (1852-1860), le encomendó la tarea de acompañar un contingente de suizos de habla francesa que deseaban instalar una nueva colonia en esa Provincia. Luego viajó a la Provincia de Buenos Aires donde realizó trabajos de mensura para el Departamento Topográfico. Hacia fines de 1859 pasó cuatro meses en una estancia de Tandil haciendo trabajos de exploración y estudió las Sierras de Tandilia y Ventania. En 1862 fue contratado junto con Heusser para hacer grandes mensuras en los distritos de Bahía Blanca y Carmen de Patagones. En 1863 colaboró con Heusser en los trabajos de mensura que le encargara Pedro Luro en las actuales provincias de La Pampa y Río Negro. Exploró el Río Negro y realizó un croquis del valle hasta el paraje de Alderete también por cuenta de Pedro Luro. Poco después, obtuvo tierras de las que el Gobierno entregaba a condición de que se ocuparan con hacienda. Compró ganado y se instaló en la estancia *China muerta* a orillas del Río Negro. Junto a Heusser realizó mensuras a lo largo del valle. Hacia fines de 1864 o principios de 1865 exploró la franja costera desde el Río Colorado hasta el Río Chubut. Junto con Heusser también adquirió tierras en el valle del Río Negro en un paraje llamado Rincón del Paso Falso.

Realizó investigaciones geológicas y paleontológicas. Sus investigaciones antropológicas sobre herramientas indígenas tales como morteros, cacharros, vasijas y aros fueron descriptas en revistas. Se dedicó a reunir colecciones diversas de fósiles, insectos, minerales, plantas, moluscos y mamíferos de la Argentina que eran enviadas a su tierra natal. El hallazgo más importante fue el de osamentas de mamíferos cuaternarios de la llanura pampeana, huesos de *Megatherium*, (ex-
puestos hoy en una galería paleontológica del Museo de Ginebra), un Gliptodonte

y un cráneo de Canidé, entre otros. Muchos investigadores argentinos alabaron sus descubrimientos; el botánico P.G. Laurenz; el arqueólogo Santiago Roth; el jurista Estanislao Zeballos y el geólogo alemán Alfredo Stelzner.

Entre 1865 y 1866 emprendió un viaje de exploración por la región ubicada entre los ríos Negro y Chubut. En esa travesía de 132 días por el Norte patagónico escribió su *Diario de Viaje de Exploración al Chubut. 1865-1866*. Consistía en notas volcadas en dos pequeños libros. Una de las libretas contiene el *Diario*; la otra desapareció. Consiste en 125 páginas de 12 cm por 18 cm. En las últimas páginas invertidas y de atrás hacia delante, transcribió un vocabulario “pampa-castellano” y otro “araucano-castellano”, el primero reúne más de 900 términos y el segundo más de cien palabras. Es un borrador escrito en alemán, con letra descuidada y apretada, mezclado con palabras en francés y castellano. Claraz donó al antropólogo Félix F. Outes muchos objetos pero no incluyó este valiosísimo documento. Nunca lo llegó a publicar.

Después de su muerte uno de sus sobrinos envió el manuscrito, junto con piezas de platería y otros elementos, a Outes. El documento estuvo guardado en el Museo Etnográfico de Buenos Aires hasta que se editó. Agregó al saber de la época un conocimiento de las tribus indígenas, de la geología, de la flora y la fauna de esa región.

140

Habiéndose convertido en un importante estanciero, dejó en manos de su hermano sus haciendas y regresó a Suiza. Se instaló en Zurich. En 1921 donó una importante parte de su fortuna a la Sociedad de Investigaciones Científicas de Suiza y creó la Fundación Georges Claraz para apoyar la investigación botánica y zoológica. Falleció en Lugano el 6 de septiembre de 1930.

Jorge Claraz siempre recordó a la Argentina. Continuó por muchos años su amistad con los científicos Carlos Spegazzini, Santiago Roth, Francisco P. Moreno y Carlos Moyano. Sus descubrimientos científicos estuvieron a la altura de Carlos Darwin y Alcides D’Orbigny. Es considerado uno de los primeros exploradores del río Negro, del Neuquén y del Chubut.

Emprendió un viaje por el Norte de la hoy Provincia del Chubut hacia la Colonia Galesa que se había instalado en la desembocadura del Río Chubut con la intención de abrir una ruta terrestre entre esas dos poblaciones. Claraz en su *Diario de Viaje* nombró a esas tierras como *Chubat* que en lengua araucana y tehuelche significa “corcovado”, “tortuoso”, “que da muchas vueltas”, acepción referida a las características del río homónimo (Jauregui, 2007).

Era un camino poco conocido por los baqueanos y hubiera sido más fácil realizarlo por la costa, pero por esta última ruta desconocían la existencia de agua potable. En cambio, por el camino elegido, sabían que encontrarían lagunas temporarias y charcos como el Bajo del Gualicho y Valcheta; también pasarían cerca del río Negro; del poblado de Gastre y por el arroyo Valcheta.

El 1 de septiembre de 1865 Claraz partió desde Bahía Blanca hacia Carmen de Patagones pasando por China Muerta (provincia de Río Negro) para visitar sus campos y pagar el jornal a sus boyeros. Continuó el viaje por los parajes San Javier, Sauce Blanco, Primera Angostura y Segunda Angostura. En su *Diario de Notas*, el domingo 5 de septiembre escribió:

[...] En el camino soñaba cuantas plantas, cuantos paisajes, cuántas experiencias iba a poder ver, cuánto me iban a contar mis compañeros baquianos, que les iba a preguntar el nombre de cada paraje, de cada bicho y cosa que íbamos a encontrar en su propio idioma, el uno en el idioma pampa, el otro en tehuelche del sur y alguno en palabras araucanas [...]. (Claraz, 1899: 38).

El 5 de Noviembre de 1865 partió desde Carmen de Patagones acompañado por los guías e intérpretes indios Hernández (sobrino del cacique Sinchel), Vera, Curruhinca, Manzana y Agustín. Remontó el Río Negro hasta Choele Choele. Desde allí se dirigió al sudoeste. Atravesó la Pampa del Diablo hasta Valcheta y de allí por las mesetas hacia el sur, con dirección al Río Chubut, por la ruta de los indios. Prosiguieron el itinerario por Corral del Carancho, Paso de Chocori¹, el paraje Urucu hasta llegar a Castre o Caschtre (hoy Gastre) denominado así por Claraz que significa “prendedor para atar caballos” (Claraz, 1865: 9), donde erigió un fortín de dos pisos. Desde Gastre se dirigieron al arroyo Valcheta para abastecerse de agua y después al paraje Punta del Agua.

Prosiguieron la marcha por la Salina del Gualicho, el cerro El Sombrero, los campos de Raúl Piris y la Laguna Indio Muerto. Viajaron aguas arriba del arroyo hasta Longelo que en voz tehuelche significa “habiendo muertos” o “lugar de los muertos”, donde Claraz encontró túmulos de rocas de cuatro a cinco metros de largo y dos metros de alto en su parte central (Casamiquela, 1988). Remontaron el arroyo hasta el poblado de Los Macachines y el campo de Juan Asconape. Otro curso de agua que reconocieron fue el arroyo Treneta.²

¹ Catorce años más tarde fue referido de igual forma en las anotaciones del Perito Francisco P. Moreno y por Don Tomás Harrington, etnólogo y conocedor del idioma “pampa”. (Casamiquela, 1988).

² Años más tarde estos arroyos fueron referidos por Ramón Lista en su recorrido por la zona en el año 1884.

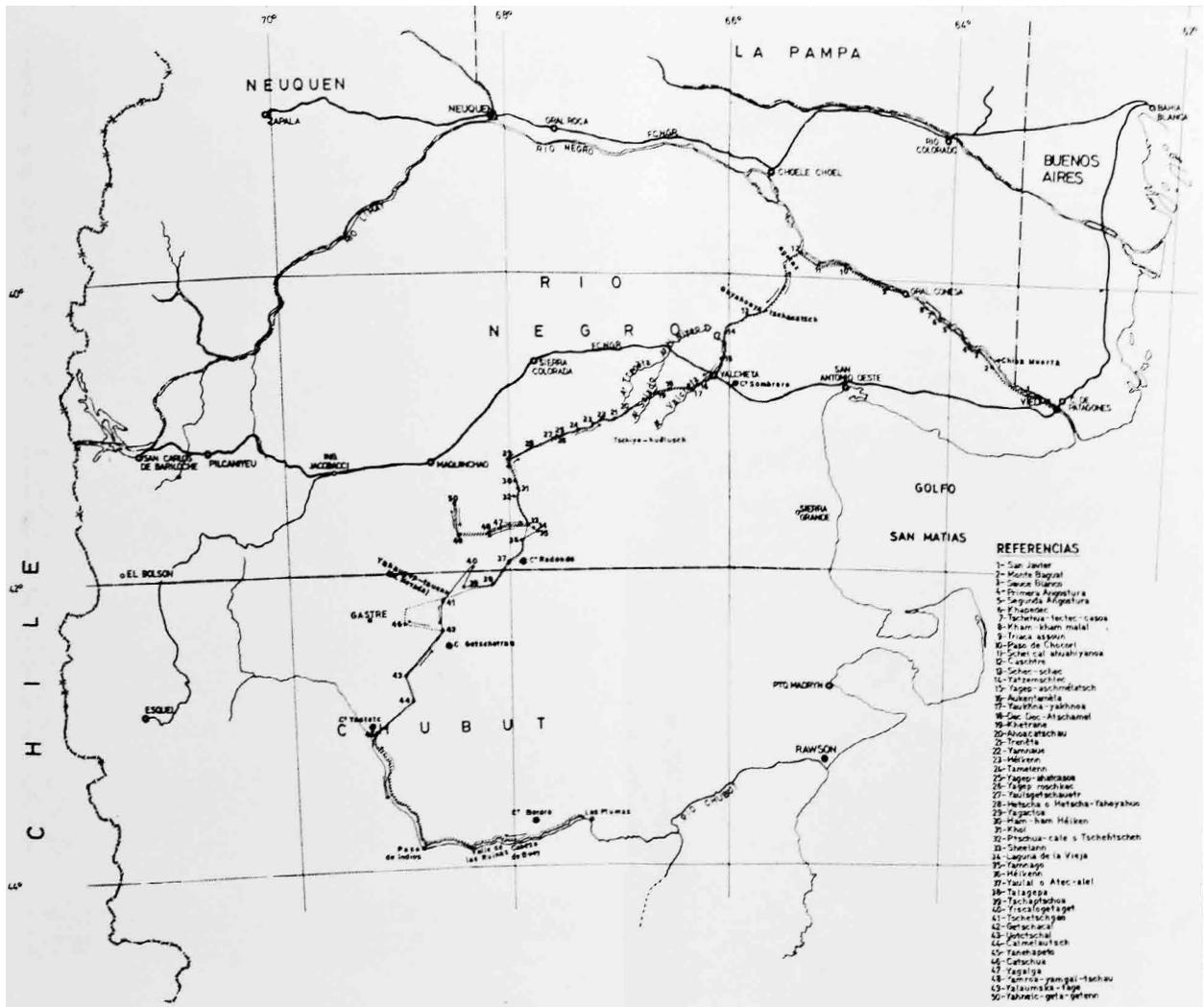
Pasaron por Rincón Treneta situado aguas arriba del arroyo homónimo, y por Laguna Méndez que se encuentra al Oeste de las nacientes del arroyo Yaminué. Así arribaron a Tamëlën, actualmente Tambelen, cercano al actual Comicó o “buena agua, aguada” (Casamiquela, 1988: 13). El sábado 25 de septiembre llegaron a Chasicó “aguada, agua salada”. Cruzaron la Meseta de Somoncuro, que Claraz llamó, equivocadamente, “el cruce de la montaña”. Localizaron en una hondonada de la altiplanicie la laguna del Carancho, la de La Soledad y la de Buen Abrigo o del Buen Abrigo. Desde la meseta observaron hacia el se sierras de gran altura que podrían ser las Serranías de Apas y otras elevaciones localizadas al Norte de Maquinchao.

Continuaron viaje hacia el Este-Sureste y en el campo de Arrosarena ubicaron una laguna seca, que sería la del Gualicho o “Vieja” (Casamiquela, 1988) cercana al cruce del camino que llevaba a la Sierra Apas. El bajo siguiente lo encontraron atravesando un cañadón que los acercó a la actual laguna de Tocoluan o Coluan. Pasaron por Tromén Niyeo y desde allí se dirigieron hacia el Sur hasta el paraje La Salina y la laguna Carri Lafquén. Siguieron recorriendo a lo largo del paralelo 42° s y pasaron por Talapaga y Sierra Nevada o Pirrén Mahuida.

Dirigiéndose como si regresaran a Bahía Blanca, atravesaron la Sierra Catan-Lil o “peñazco agujereado”, topónimo que responde a una “ventana” en su ladera. Claraz describió la presencia de manantiales “hirvientes”. Su derrotero continuó por las estribaciones de la sierra Pirrén Mahuida llegando a Getschakel. Ya en Gan Gan el camino se bifurcaba: uno conducía a Colelache y otro a Gastre, allí había pastos naturales y una especie de coirón o cola de zorro, que daba nombre al lugar.

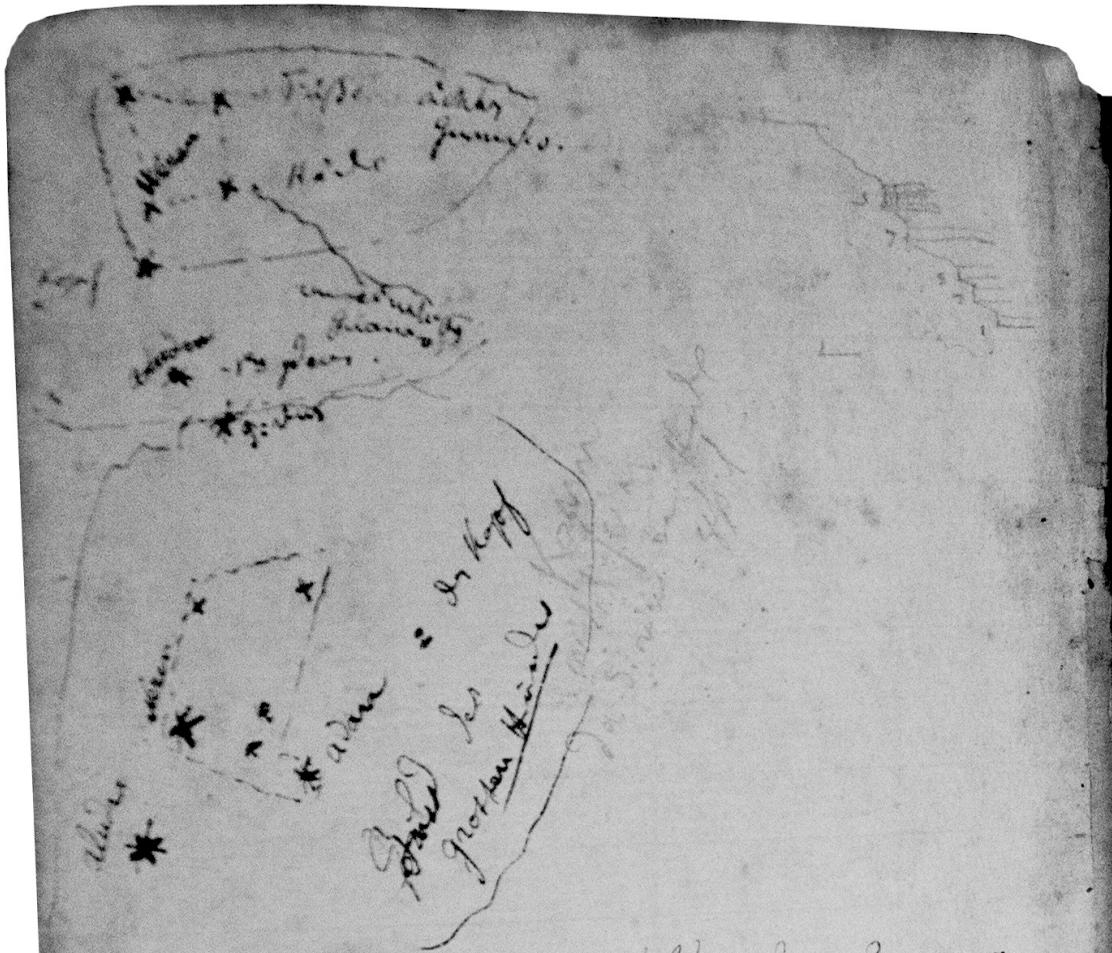
Siguieron hacia el Suroeste hasta el paraje Atschge o “chico, pequeño” y la Lagunita Salada, desde donde parte un camino hacia el río Chubut localizado en el mismo meridiano que el cerro Gorro Frigio. En el curso medio del río Chubut, Claraz llamó a la zona Yanehapeto (paso, vado) que coincidiría, según Casamiquela (1988), con el actual Paso de Indios. “A partir del Valle de las Ruinas el recorrido continuó por la orilla del río Chubut que se volvió intransitable”, comenta Casamiquela, “los puntos de referencia eran tan escasos y relativos que se hizo dificultoso recorrer en la actualidad exactamente el camino que llevaba Claraz en la exploración de las nacientes del río Chubut”.

Los indios que acompañaban a Claraz, desconocían el paraje que hoy se conoce como Valle de las Ruinas (centro de la Provincia de Chubut) y siempre pensaron que en Yanehapeto se encontraban en las cercanías del mar, hasta que



(ARRIBA)
 Mapa de la zona recorrida por George Claraz. Tomado del Libro de George Claraz, *Diario de viaje de exploración al Chubut 1865-1866*. Buenos Aires: Marymar, 1988. Academia Nacional de la Historia

(ABAJO)
 Guanacos



In dem Bild einige Stellen im Jura
 des Kopfes Sirius, Mirza, Furd, Adara &
 nach deren abg. Bild
 Adara bildet den Kopf
 des Kopfes

Pflanzen namer, namer,
 Pflanzungen haben nicht ein
 Anwendung sehen, wie
 Felil, Helver, Sald,
 sind interessant für voplaide
 mit der Satoy. fallen für
 Anancans nur sehr wenig
 Namen. Bedeut. Fish,
 Waide, wenig andere. alle
 übrigen sind verschieden.
 Interessante wäre die
 Anancan. At den
 Quecchua namer für
 vorderen

Tampa Wörterbuch.

- Uchicaïpa = Salsaparilla (Bened. Lande du Anacania).
- Chanana (Chanana) = Condor.
- Yagesche = Botte de poto.
- Uchichue = Chañar.
- Uchichue.
- Taca = piquillim.
- Aeschesch = Algarroba Aeschesch.
- Huaica = Sauc.
- Khelakhne = Yerba de la perdiz. Khela = perd.
- eyei = le vent. (W. m.)
- epuc = epuc = le bois (Léna. + pale).
- gamtschue = éperon. epuc-gamtschue = éperon en bois.
- Ksché = un verre et labour.
- Litschau = le point.
- Yatrhanges = la faja (ceinture).
- Gemtrae = le Pebrigue.
- Schombelè = le bonal (Lico).
- Atzhascha = les riendas.
- Okca = ochtcha = feno (mots).
- Keshe nahnetem = esta lieviende.
- Yagep = Agua.
- Uzege = geschwür = clou = naudo.
- Yapalages = barbe, moustache.
- nacacnec = Damos comit (pluviel).
- Schgaenec (schgaenec) = Damos comit (Duel).
- Achme = Achme = puchero = le lait = lait (gobal).
- Achme = Achme = asado (Baker).
- Kelele = Das Meer.
- Ayalatschic = pleurer.
- Uzege = oiseau.
- Uzegekelalauyalatschic = litt. Vogel meer weinern } als
 Kelalauyalatschic = meer weinern } Appell
 ainsi l'oiseau s'en appelle ici
 Sambromballon.
- Kiyatzen = Sarancho. Kiyatzen. Kiyatzen.
- Ahitch = remède.
- Camarsuc = le Camaricum.
- Epitric = le Uvacurucann. (Epitric).
- Yales = Fanser.
- Éadétoan = le soufre (thänefel).
- Éoanc = gras = fett.
- Geschgesch = maigre.
- Thaschree = Commerce (Bommer).
- Alia = seul, allein.
- Erutecnec = voir à comer.

visualizaron la desembocadura del río Chico en el río Chubut, al Sur de la que tenían como referencia.

El recorrido por el valle del Chubut desde el paraje de Vado de las Perdices hasta el paraje conocido como Las Plumas Claraz describe parte del recorrido a reconstruir de la siguiente manera:

Ni bien cabalgamos cuesta abajo, comenzamos a ver una distinta vegetación baja. Volvieron a aparecer el incienso, una uña de gato de una especie parecida a la que habíamos visto en Treneta, el tzchayem y otra mata mas, todos los cuales nos habían ido abandonando. Lo que mas abunda abajo era el tschilpe o schelcal, una planta que también poco a poco, habíamos dejado de ver.

El valle tiene, termino medio, de cuatro a seis cuadras de ancho y el río, apenas media cuadra, y no es mas ancho que el Saane junto a Friburgo. Lo mas característico es la altura de las cuchillas o barrancas del valle, que quizás alcance unos 150 metros, y también sus faldas abruptas y áridas.

Entre las plantas que vuelven a aparecer debe mencionarse el tschyem, arbusto con hojas espinosas y flores amarillas que se parece al algarrobo (Ham ham-acsklesch, algarrobo del carancho, *Prosopis striata*, Benth). Las barrancas del valle tienen un aspecto multicolor, ora amarillentas, ora rojizas, ora verdosas. Los estratos se presentan a veces torcidos o quebrados; en general, parecen tener un suave declive hacia el SE.

Cerca del río, el terreno es bajo y la vegetación similar o idéntica a la del río Negro: los sauces bordean ambas orillas, pero son algo mas pequeños, y mas atrofiados que en el Río Negro. También otro árbol se presenta a menudo; los araucanos lo llaman "kemel" y los pampas "selau", luego la chilca, el yacaniaotr de los pampas o sassinn de los chilenos. Además el Uruco o Currucu una ortiga grande; el paico (de hojas grandes), aiha-tschagepenn de los pampas, que usan como remedio contra los resfríos. La lengua de vaca es común; también aparece el apio cimarrón, las cañas, el carrizo, la quinoa bálsamo, paja, etc. El río traía agua turbia y contenía pequeños caracoles, de los cuales junte tres; se desliza en meandros y tienen aquí y allá pequeñas islas como el río negro. Los rincones son buenos y tienen mucho pasto. Pero el suelo bueno termina pronto [...]. (Claraz, 1865: 99)

A su regreso, rehaciendo el camino de ida, localizaron Catschua o Catschoa, actual Quechúeniyeo, del araucano "*cachua a suwën* = allí hay baritina", mineral que encontraban en Sierra Grande lo moldeaban a golpes y lo utilizaban para renovar las bolas de su boleadoras.

Hacia el Noroeste de Tromen Niyeo llegaron a la actual Laguna de las Vacas, donde observaron una gran variedad y cantidad de aves. De allí pasaron por Pilquiniyeo, por Yamá Niyeu o “donde hay tierra para pintura”, por Schelann-gepschloan o “juncos protegidos, cubiertos”. De allí se dirigieron al actual Pilquiniyeo; luego a Lunchilqué o Lanchigue. Más adelante, en su derrotero nombra a un paraje Tenena o Llmá Niyeu “donde hay tierra para pintura, varicolor, predominantemente tostada”. A continuación llegan al paraje Schelann-gepschloan que en voz tehuelche significa “juncos protegidos, cubiertos o echados o acostados”. A continuación Claraz hace mención a diferentes parajes que es posible que se encuentren en el recorrido de la actual ruta que va desde el río Chubut medio a Maquinchao, atravesando la población de Los Manantiales o Autschayic “ojo de agua”, denominado así por Claraz. El 7 de marzo de 1866 finalizó su derrotero que duro más de cuatro meses.

Durante la travesía la alimentación se basó en las comidas típicas de los indios, cuyos ingredientes eran animales y vegetales que encontraban en el camino. Claraz, en su relato, describe la forma en que conservaban la carne para su transporte.

El proceso se realizaba cubriendo la carne con sal y exponiéndola al sol. Su preparación se basaba en quitar toda la grasa posible y cortar la carne en tiras muy finas. Las lonjas se colgaban en lugares secos, ventilados, soleados y protegidos por telas tipo mosqueteros por las moscas. Se dejaba estacionar hasta que tenía una apariencia de cuero. Cuando finalizaba esta práctica se ahumaba y se la colocaba en recipientes con capas de sal común. A veces al haber agotado sus raciones de charqui cazaban un piche o quirquincho que lo asaban como también comían carne de caballo y de liebre. (Claraz, 1865: 54).

147

En estos lugares al ser un clima tan seco no se necesita mucha sal, por eso debían realizar el trabajo cuando el día no era húmedo. La carne no perdía sus componentes y para que no quedara muy dura suspendían el proceso y así no se endurecía tanto.

Claraz relata que uno de los animales predilectos por el hombre blanco y por los indios era el guanaco. Su rapidez hacía que fuera difícil de cazar; para ello se necesitaba un caballo veloz y un buen jinete como eran los pampas y los tehuelches “a diferencia de los chilenos que no eran tan hábiles” (Claraz, 1875: 58). Los caballos de los indios eran muy sufridos, no tenían herraduras y galopaban

en caminos sinuosos, entre rocas y cactus muy espinosos, en cambio los caballos de Claraz y su grupo no estaban habituados a este tipo de caminos y se lastimaban con las espinas. Los cazadores debían ser muy diestros con las boleadoras, con las que le rompían la cabeza. Luego le hundían un cuchillo en la nuca detrás de las orejas por donde sangraba. A los más jóvenes solamente se les torcía el cuello y lo trasladaban atándole cuidadosamente la cabeza o la sostenían con una mano para que no perdieran sangre. Para cazarlos buscaban en las lagunas. Concurrían más a la de Yamnago (voz de origen pampa o araucano = correr, beber), hoy laguna Tocoluan, por la abundancia de tropas. Es un espejo de agua que antiguamente era muypreciado por los indios pampas, “era el paraíso terrenal” (Claraz, 1865: 67), sobre todo cuando no se poseía caballo ni cuchillo y resultaba imposible cazar a los animales a la carrera.

Los indios tehuelches septentrionales comentaban que su dios había sido muy bueno al crearla porque allí las tropas de guanacos descansaban y saciaban su sed. Los cazadores dejaban que bebieran lo suficiente para que no corrieran con rapidez y fuera más fácil atraparlos. La laguna es pequeña, alargada de Norte a Sur, de aguas salobres preferidas por los guanacos que bajaban en grupos de las sierras que la rodean y se hundían en sus aguas hasta media pata. Cuando se retiraba un grupo venía el otro. También llegaban flamencos y ñandúes.

148

Durante los inviernos los guanacos se desplazaban en grandes grupos hacia el Este y el Norte. En febrero las hembras estaban preñadas y en un lapso de un mes y medio a dos meses tenían fetos de 5 a 7,50 cm de largo. En la época de parición los indios salían de caza todos los días pues necesitan de sus pieles, en especial las de recién nacidos o fetos para quillangos y las que más grandes para sus toldos. Cuando finalizaba este período cazaban un día y el otro descansaban.

Después de cazar al guanaco le abrían el vientre y le sacaban las vísceras. En el hígado algunas veces encontraban “cálculos” o piedras que se formaban con el endurecimiento de los líquidos digestivos. Cuando en el estómago encontraban hierbas semidigeridas, la exprimían y chupaban el líquido que extraían, tenían un sabor dulce muy rico. La parte más delgada del estómago les servía para armar la morcilla o *abelbel* como la llamaban los indios; primero ataban el estómago por una punta, lo daban vuelta y lo rellenaban con sangre, lo condimentaban con grasa bien picada y sal. Luego ataban el otro extremo y lo asaban lentamente con ceniza cerca del fuego. También utilizaban la sangre como jabón para lavarse.

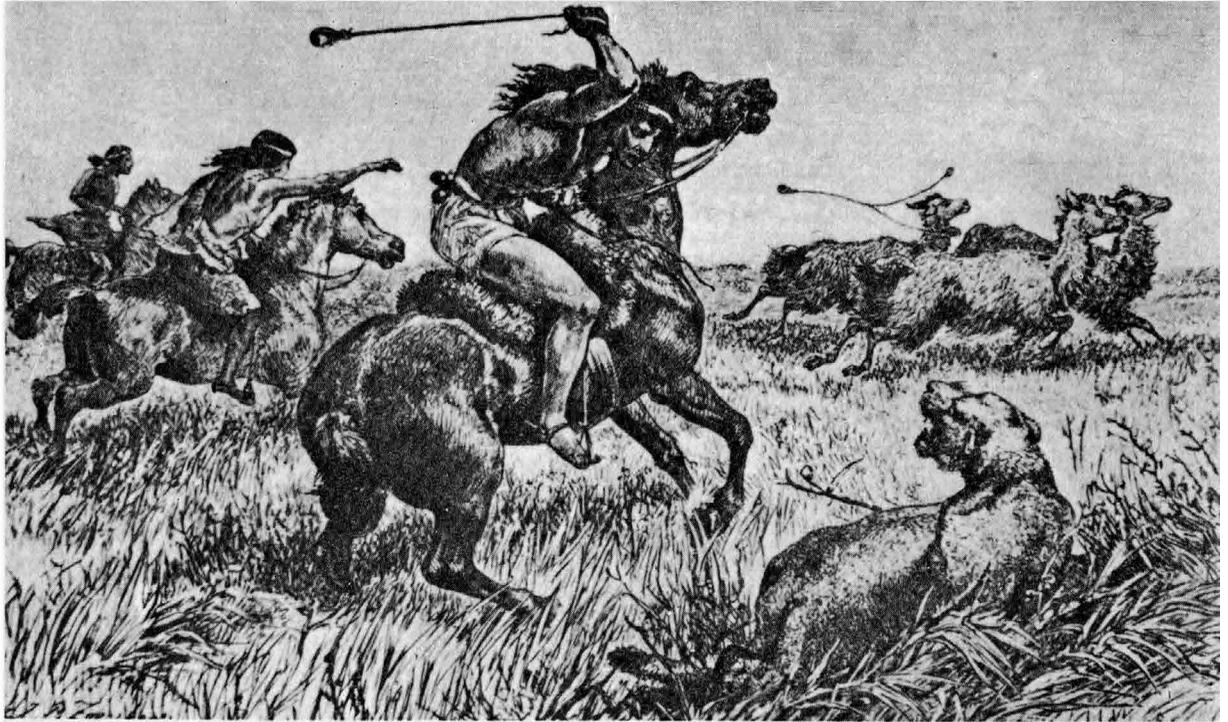
Si la hembra estaba preñada sacaban el feto. El corazón era muy codiciado por su sabor agradable cuando lo asaban. La tripa gorda era muy rica. También aprovechaban y se tomaban el líquido alantoideo de la cabeza. Los indios comentaban “es una golosina y apaga muy bien la sed” (Claraz, 1865: 59). Mezclaban la sal con la sangre que, al estar coagulada, la comían con la mano y se chupaban los dedos, dicen los indios que la del guanaco era la más sabrosa de todos los otros animales (Claraz, 1865: 60). El *caruto* era uno de sus platos predilectos tanto por los chilenos como los pampas o araucanos; estaba conformado por el hígado, los riñones y el corazón, acompañado por la grasa del guanaco.

Abandonaban los huesos de las ancas y del espinazo, aunque algunas veces se lo llevaban para hacer puchero que acompañaban con *yahtscha* (tubérculo de la zona; apio cimarrón), y con lengua de vaca. En cambio, acarreaban las costillas y la piel, como también la cabeza, la clavícula y las patas delanteras. Utilizaban los huesos de sus patas traseras aunque tenían muy poca carne; otras veces los rompían y comían su caracú crudo o los tostaban ligeramente y aprovechaban la carne chamuscada y el caracú cocido. Las partes más codiciadas eran el pecho y el cogote que se extraían con la piel. Las ubres de la guanaca eran exquisitas, sobre todo con leche. Se abrían por el medio, se les colocaban piedras incandescentes y se ponían sobre las brasas. Era un líquido que tenía un gusto delicado y su caldo era muy bueno.

Los indios, sobre todo los tehuelches, lamían el líquido vidrioso de los ojos, pues decían que les agudizaba los sentidos para poder seguir cazando guanacos. Eran muy diestros para “desollar y descuartizar un guanaco en cuestión de segundos” (Claraz, 1865: 60). También lo salaban y lo convertían en charqui y cuando deseaban comerlo lo mojaban en grasa caliente y era de excelente sabor.

La carne gorda y la grasa las utilizaban en hacer manteca y otros alimentos como el pan. Otro plato que les gustaba era el caracú acompañado abundantemente con la grasa aceitosa del caballo. Por otro lado, los pescados como bagres y truchas los comían asados, hervidos o fritos en grasa.

Otra presa valiosa para la subsistencia de los viajeros era el ñandú. Del charabón o ñandú pequeño, se aprovechaba el caruto, el hígado, el corazón y el caracú de los huesos, como la carne de los muslos, a la que se pinchaba varias veces y se la dejaba orear un poco. Los indios eran muy hábiles en deshuesar esta parte, la asaban envolviéndolas en piedras al rojo vivo. También consumían la rabadilla, que es muy grasosa, y la acompañaban con carne y la mojaban con



(ARRIBA)
Waki killing a puma
(Cacería de pumas y guanacos).
 Dibujo del artista
 Zwecker para la
 obra de George
 Chaworth Musters,
*At Home with The
 Patagonians: A
 Year's Wanderings
 over Untrodden
 Ground from the
 Straits of Magellan
 to the Río Negro.*
 John Murray (ed.),
 Albermale Street,
 1871

(ABAJO)
 Menú gastronómico
 hipotético. Creación
 de Graciela Jáuregui
 a partir de los
 ingredientes
 autóctonos de la
 región recorrida por
 George Claraz
 en 1863

Carnes

Guanaco
 Nandú
 Liebre
 Piche o Armadillo
 Lagartija
 Perdices
 Loros y pichones de loro

Entrañas

Corazón
 Riñones
 Hígado
 Caruto, ingredientes: hígado, riñones y corazón acompañado
 con grasa de guanaco.
 Tripa gorda
 Rabadilla

Varios

Lengua de vaca
 Morecilla o Abelbel, ingredientes: sangre, grasa y sal dentro de
 la parte mas delgada del estómago.
 Caracú con carne crudo o tostado.
 Puchero, ingredientes: huesos de ancas y de espinazo con apio
 cimarrón y otras verduras.

Pescado (al asador, hervido o frito en grasa)

Bagre
 Trucha marrón o criolla

Verduras

Apio cimarrón
 Papa Dulce o Yahtscha tostada o hervida
 Algarrobas
 Peya
 Raíz de yalemsca

Huevos (hervidos, asados y con pollitos)

Nandú
 Avutarda
 Cóndor

Pan

Harina (de la planta Bolex Glebaria de la flia de la
 Umbellifera o de algarroba) + Grasa + Carne Gorda

Bebidas

Agua de manantial Fresca
 Cálida
 Hirviente

Infusiones

Mate
 Café
 Te
 Leche de yegua y de guanaca.
 Azúcar

Cocción

* piedras al rojo vivo - envolviendo los productos a cocinar y
 cubiertos con tierra.
 - leche: dentro de la ubre de guanaca y
 sobre las brasas calientes.
 * Cenizas al rescoldo calientes y cercanas al fuego vivo.
 * Charqui para su conservación.

un caldo que más tarde bebían. El dueño del ñandú cortaba la carne en tantos trozos como comensales había y luego le alcanzaba a cada uno su ración.

Los huevos los consumían asándolos, al abrirlos a veces se encontraban con pollitos con plumas; igual los indios comían no solo el líquido sino también el pollito. La piel del macho, sobre todo cuando está empollando, es más gruesa que la de la hembra; los indios hacían una bolsa con ella y la utilizaban para acarrear la grasa. Si los machos no están empollando, la piel se vuelve más delgada que la de la hembra.

El ñandú come frutas, pero en Chubut no abundan por lo que son flacos. Comen mucha *yiscalau* (arbusto con flores amarillentas), *khalgo* (bayas amarillas que le dan un sabor amargo a la carne, sobre todo en verano), *hamca* (frutilla de quirquincho), y *gauest* que también le dan a la carne un sabor amargo.

Los niños tenían prohibido comer cierta clase de alimentos como por ejemplo huevos, pues la creencia era que los haría débiles y no podrían bolear bien y se pegarían en la cabeza; o carne de feto, pues no es carne terminada de formar (Claraz 1865: 126). Así también no le daban el caracú del muslo superior porque es muy quebradizo y se podrían romper una pierna; tampoco la cola pues se les escaparían los avestruces; pero sí comían pechuga para atraerlos. Podían saciarse con el *atzehec* o cuajo y con el librillo del estómago del ñandú para ser buenos boleadores. Para que no tuviesen calambres no podían ingerir nunca la parte del muslo de la pierna al lado del tendón. Por otro lado, debían beber el líquido de los ojos del ñandú para que el cazador agudizara su vista y para los ñandúes acudieran ciegamente.

Cercano a la Laguna Fría, Claraz encontró restos de lagartijas que los indios llamaban *Yamgautschatsch* y que, por lo visto, la comían. También gustaban de los huevos de avutardas, perdices y loros con sus pichones. El piche era otro animal que consumían así como ovejas y alguna vaca salvaje. Del caballo asaban sus costillas de muy agradable sabor; los indios la preferían más que a la de buey, dos animales exóticos; la carne y la grasa eran amarillentas y aceitosas, muy parecidas a la del ñandú.

En los ríos encontraban bagres y trucha marrón, algunas llegaban a medir hasta unos 66 cm; se preparaban en sopas agregándole caracú de guanaco y lengua de vaca, acompañados por apio cimarrón y otras verduras de la zona. La carne era riquísima, según manifiesta Claraz, sobre todo la de la trucha.

La mayoría de los arroyos, como los manantiales, eran de agua fresca y cristalina, aunque algunos de estos últimos salían de las sierras con temperaturas

cálidas o hirvientes. En cambio, las lagunas eran salitrosas. Durante el viaje Claraz se arrepintió de no haber llevado un termómetro para registrar las diversas temperaturas no solo de los cursos de agua sino también de los manantiales que encontraban a su paso.

Los indios para transportar agua utilizaban la piel de las liebres. Luego de cazarla,

la abrían junto con las patas traseras y le sacaban la piel al revés hasta el cuello. Luego, con tendones de avestruz y guanaco (que sacan del lomo) unieron fuertemente la parte trasera, después de haberla agujerado varias veces con un clavo de madera; en seguida colocaron en las patas delanteras dos piedritas y las ataron también; soplaron aire dentro, la ataron por el cuello y la pusieron a secar [...] Del mismo modo hacen bolsas de ovejas, terneros y hasta yeguas; utilizan estas últimas para hacer botes [...]. (Claraz, 1865).

Masticaban la resina de una planta llamada *khet-hèla* (*Bolex glebaria*) del género *Azorella* (*Umbellifera*), y les servía para limpiarse los dientes (Casamiquela, 1988). Crece en donde hay pantanos y es de color verde. La secaban, después la molían y hacían harina de sabor muy dulce. Aprovechaban el apio cimarrón que crecía a la sombra de los manantiales. Los indios también comían la raíz de *Yalemsca*, vegetal herbáceo con flor blanquecina de perfume similar al jacinto. Un tubérculo de la zona del tamaño de un puño, con sabor parecido a la mandioca, llamado *yahtscha* era muy codiciado. Decían que al comerlo crudo provocaba dolor de vientre, pero tostado o hervido en agua tenía gusto parecido al de la papa dulce o a las castañas. Así también comían los tallos crudos de *lefó*. Las algarrobas eran consumidas crudas o tostadas en ceniza caliente, luego de masticarlas escupían la semilla y las vainas. La sustancia alveolar que cubría a las semillas tenía azúcar y harina. Se tostaba y se machacaba entre las piedras y era la que proporcionaba la harina, debían pasarla por un tamiz para poder utilizarla, su sabor es muy dulce. También consumían raíces de *peya* y de *yalaumsca-tage*, pequeñas, con semillas y raicillas blancas y delgadas que, crudas, tienen sabor desagradable, pero hervidas en caldo o fritas en grasa son ricas, y su aroma y su gusto dulzón le recordaba a Claráz al espárrago.

Bebían leche de yegua, leche cuajada del guanaco pequeño que encontraban en su estómago, mate, café y té (no conocido por la mayoría de los indios que encontró a su paso) con azúcar. A veces Claraz le agregaba algunas gotas de Agua

de Colonia. El tabaco, al que fumaban en pipa, era muy solicitado tanto por mujeres como por hombres. Los hombres fumaban al mismo tiempo que le rezaban a su dios.

En su *Diario de Viaje de Exploración al Chubut* Claraz hace mención a diversas preparaciones para la cura de enfermedades. Para el resfrío empleaban las hojas grandes del paico. Las indigestiones las curaban bebiendo orina con sal o bien comiendo nuevamente el mismo alimento pero chamuscado. Comer demasiado caracú les provocaba diarrea y la curaban ingiriendo charqui chamuscado. Las raíces de la planta de *cnalsche* les servía como laxante. Cuando dejaban de comer sal por varios días, o comían carne de oveja o de caballo cansado y además gordo, el cuerpo reaccionaba con fuertes dolores de cabeza, presión en la columna, en el lado derecho y en la cintura. Para curar las manchas blancas y granulaciones de la conjuntiva de los ojos empleaban la planta de *gauest* de raíces fuertes.

Conclusiones

Durante el viaje Claraz se dedicó a conocer y rescatar el lenguaje de los tehuelches y los topónimos de la zona, como lo relativo a lo arqueológico y lo geológico. En sus relatos se pueden apreciar también las costumbres, la religiosidad y la vida cotidiana de los indios tehuelches septentrionales.

153

REFERENCIAS

- Claraz, J. (1988). *Diario de Viaje de exploración al Chubut – 1865-1866*. Buenos Aires: Editorial Marymar.
- Casamiquela R. (1988). "Estudio preliminar al Diario de Jorge Claraz". *Diario de Viaje de Exploración al Chubut 1865-1866*. Buenos Aires: Ediciones Marymar.
- Jauregui, G. (2007). "Apuntes para una Historia político-administrativa del Chubut". *Contribuciones Científicas GÆA* 19.



Introducción

Esta comunicación¹ tiene por objeto contribuir a considerar la mirada de un científico como Luis Brackebusch sobre diversos aspectos culturales de los pobladores con los que le tocó interactuar en el transcurso de algunos de sus viajes por la República Argentina, mirada que, desde el presente, resulta significativa ya que el motivo de sus viajes estaba vinculado con su condición de geólogo y minerólogo contratado por la Universidad Nacional de Córdoba, y no con estudios acerca de las costumbres de los lugareños.

Por lo antes dicho es que se ha considerado de interés presentar algunos comentarios sobre la mirada de Brackebusch, a partir de la relectura del libro *Por los caminos del Norte*, obra escasamente conocida en el ámbito de los estudios culturales precisamente porque el objetivo de estos escritos no es de índole cultural.

El autor

Luis Brackebusch (1849-1906 ó 1908), geólogo y minerólogo alemán, graduado en la Universidad de Göttingen y auxiliar del Instituto Geológico de Prusia, desarrolló parte de su carrera en la Argentina al ser contratado por el Estado –en 1872– para asumir la Cátedra de Mineralogía y la dirección del Museo de Mineralogía de la Universidad Nacional de Córdoba.

Su presencia en la República Argentina, así como la de otros destacados profesores europeos de las ciencias exactas y naturales, fue posible en virtud de una ley dictada durante la presidencia de Domingo Faustino Sarmiento, sancionada en 1869, y que permitía la contratación de este tipo de profesionales que, casi en su totalidad, llegaron al país entre 1870 y 1873.

Brackebusch, que contaba con 22 años a su arribo a esta tierras para cubrir el lugar que dejaba Alfred Stelzner, que retornó a su puesto en la Universidad de Freiberg, continuó los trabajos de éste, y levantó el primer mapa científico descriptivo de los minerales argentinos. El autor exploró las provincias de Córdoba, San Luis, Catamarca, Salta y Jujuy, y retornó a su país en 1888, año en el que prosiguió con sus estudios sobre la geología argentina.

¹ Se trata de un avance de un trabajo de mayor alcance en elaboración.

La obra que se presenta

La edición de *Por los caminos del Norte* con la que se cuenta es facsimilar de la que fuera publicada por el Colegio de Graduados de Ciencias Geológicas de Tucumán, realizada en la Cooperativa obrera de Trabajadores Gráficos y Afines Ltda., en Tucumán, y que carece de fecha de impresión; sin embargo, en la última página de la edición en uso se puede leer: "...y que no lleva fecha de impresión, aunque suponemos, por la solapa de la sobrecubierta, fue en el año 1981". Esta edición facsimilar ha sido editada por la imprenta de la Universidad Nacional de Jujuy en diciembre del año 1990.

Escasos son los datos relativos a esta obra dado que, en principio, se trata de un conjunto de informes brindados por el autor a un auditorio de pares, aunque no del todo inéditos, ya que en "Viaje a la Provincia de Jujuy" (primera parte del libro) una nota indica que dicha parte del texto ya había sido publicada en el *Boletín Academia Nacional de Ciencias de Córdoba* (1883, N° 5, 185-252); la segunda parte, titulada "Viajes en las Cordilleras de la República Argentina", como lo indica la nota al pie, fue publicada en *Verhandlungen der Gesellschaft für Erdkunde zu Berlin*, y reimpresa en el *Boletín Acad. Nac. Ciencias* (XLV, 197-224, sin año); y, la tercera y última parte, "Entre Minas y Mineros", había sido publicada como la primera parte del artículo "Las condiciones de la minería en la República Argentina", y traducida por el Dr. Erwin Kittl, en el *Boletín de la Academia Nacional de Ciencias de Córdoba* (1973, XLV, 225-236).

Por lo expuesto bien se puede inferir que esta obra no es en su origen un libro, sino que *Por los caminos del Norte* es una "compilación" de las exposiciones o conferencias brindadas por el autor sobre estos tres temas (cuyo derrotero se comenta en el párrafo anterior) que aparecen claramente diferenciados; y, si el Colegio de Graduados de Ciencias Geológicas de Tucumán no hubiera tenido la iniciativa de compilarlas es probable que el contenido de las conferencias, particularmente en lo relativo a las observaciones sobre las costumbres de los lugareños, no se hubieran difundido, como tampoco se podría estar considerando la "mirada" de Brackebusch sobre esta parte de la República Argentina.

A continuación se transcribe el índice de la obra con el objeto de dar más claridad al lector acerca de la estructura que tiene, y clarificar las cuestiones planteadas precedentemente:

Luis Brackebusch

Por los caminos del Norte

UNIVERSIDAD NACIONAL DE JUJUY
San Salvador de Jujuy, 1990



Tapa del libro de
Luis Brackebusch.
Idem supra

Índice de *Por los caminos del Norte*.

ÍNDICE

VIAJE A LA PROVINCIA DE JUJUY

I. A MODO DE PRESENTACIÓN	11
II. EN BUSCA DEL PETRÓLEO	15
III. SUBIENDO POR LA QUEBRADA	27
IV. LOS CAMINOS DE LA PUNA	39
V. EN LAS CUMBRES DE LA CORDILLERA ORIENTAL	47
VI. DE REGRESO	59
VIAJES EN LAS CORDILLERAS DE LA REPÚBLICA ARGENTINA	65
I. AL OESTE DE TUCUMÁN Y POR CAMINOS DE CATAMARCA	73
II. ENTRE CATAMARCA Y LA RIOJA	81
III. ESCAPANDO A MARCHAS FORZADAS	87
IV. EL ÚLTIMO VIAJE	93
ENTRE MINAS Y MINEROS	97

El índice, que es bastante descriptivo y sugerente, mantiene los títulos empleados por Brackebusch en sus exposiciones, acerca de las que, luego de su lectura, es posible decir, en una primera aproximación, que se trata de informes expuestos con claridad, en primera persona y en forma realmente amena.

Ya el prólogo de esta edición de 1990, escrito por el Lic. José Andrés Alcalde, adelanta lo antes dicho en el párrafo que se transcribe:

En relato ameno, Brackebusch (*sic*) nos ha dejado valiosos testimonios de la vida jujeña y de las épocas mejores que conocieran los pueblos de la Quebrada de Humahuaca con el intenso tránsito hacia Bolivia, y desde este país vecino, buscando el ferrocarril de Tucumán: "...vienen y salen tropas como en caminos de hormigas...", nos dice. Vivencias del siglo pasado nos ilustran sobre la dimensión de algunos pueblos puneños, por caso, Santa Catalina: "...es el centro del comercio en estos parajes, aquí compran y venden los vecinos de Atacama, Esmoraca, Tupiza, Yavi; siempre hay aquí hombres de negocios: aquí se compra de todo, hasta la más rica cerveza alemana...". (8)

Interesante párrafo el transcripto que hace mención a Santa Catalina, pueblo colonial ubicado en la puna occidental jujeña que se encuentra a unos 65 km de

La Quiaca² y que fuera, hasta finales del siglo XIX, un importante centro comercial tal como aún, en el siglo XXI, recuerdan los lugareños.

Cabe destacar que el mismo prologuista informa que Brackebusch estuvo cuatro meses del año 1881 en Jujuy investigando las fuentes de petróleo por encargo del Gobierno Provincial a partir de las gestiones realizadas por Teófilo Sánchez de Bustamente, y que, luego de finalizar su objetivo principal, realizó “un fatigoso viaje a lomo de mula” desde Jujuy hasta Rinconada, Santa Catalina, Yavi, Santa Victoria, Iruya y Salinas Grandes finalizando en Rosario de la Frontera en la provincia de Salta.

Elección de la obra

La elección de esta obra se vincula con las siguientes cuestiones:

En primer lugar, por tratarse de una publicación escasamente difundida, por lo menos, entre los especialistas dedicados a las ciencias humanísticas y sociales, y difícil de hallar en las bibliotecas públicas.

En segundo lugar, porque si bien se trata de una obra de contenido geológico y topográfico minucioso, contiene importantes descripciones que dan cuenta de las costumbres, del modo de vida, es decir, de la cultura de los lugareños, que permite no sólo asomarse a ese mundo sino, también, advertir las continuidades y cambios con respecto al presente.

En tercer lugar, también es de interés destacar las apreciaciones de Brackebusch respecto del paisaje, es decir, de sus impresiones personales que, al estar expresadas, evidencian lo que a él le pareció importante transmitir, aún a sus pares.

Es por lo expuesto que se planteó considerar “la mirada” del autor en esta obra, pues se trata no ya de los informes técnicos del geólogo, sino de las finas y descriptivas apreciaciones del hombre, del científico decimonónico europeo, con todo lo que esto implica, que, al igual que otros tantos, más adelante pero no tan lejanamente, como Eric Boman³ y Von Rosen⁴, son de lectura y análisis ineludible, sin olvidar que algunas de sus apreciaciones o valoraciones deben ser interpretadas en el contexto en el que produjeron sus obras.

² La Quiaca es una ciudad fronteriza del noroeste argentino que linda con la ciudad boliviana de Villazón.

³ Eric Boman (1867-1924): arqueólogo sueco con destacada actuación en la Argentina.

⁴ Eric von Rosen (1879-1948): científico sueco, fue uno de los organizadores de la Expedición sueca Chaco-Cordillera (1901-1902).

Por otra parte, y en vinculación a la casi nula mención a este autor, es interesante tener en cuenta –por ejemplo– que en el libro *Historia del Folklore Argentino* de Juan Alfonso Carrizo⁵, en el capítulo acerca de las noticias de funcionarios, viajeros, sacerdotes, documentos y bibliografía que, a partir del siglo XVI dan cuenta de los diversos aspectos de la cultura de los pueblos de nuestro territorio (particularmente folklóricos o tradicionales), no se encuentra referencia alguna a Luis Brackebusch.

Algunos ejemplos que dan cuenta de la “mirada” de Brackebusch

Como ya se adelantó, los textos están escritos en primera persona, de modo ameno y tienen la forma de un relato de viaje. Ya que el autor aporta una detallada narración –desde que inicia el viaje en Córdoba hasta su regreso– de todos los aspectos relativos a dicho viaje se podría decir que es casi un “diario de viaje”, al modo de las valiosas e irremplazables libretas de campo de los folkloristas y de los antropólogos.

162

Así, por ejemplo, en la primera parte de la obra que lleva por título “Viaje a la Provincia de Jujuy”, (hay que aclarar que, en este caso, debe tenerse en cuenta que bajo este título hay informes que dan cuenta de las tareas desarrolladas en territorio salteño también), describe con precisión y sencillez el paisaje y lo aprecia casi poéticamente: “Muchísimas veces he mirado de la cima de los cerros elevados el sublime espectáculo de la salida del sol, y otras tantas lo he visto recostarse con solemne calma a mis pies”. (13)

La referencia a la ciudad de Salta en los siguientes términos: “...linda ciudad, hermosos alrededores, cordilleras gigantescas coronadas de nieves y simpáticos y hospitalarios habitantes...” (19), vaya como ejemplo.

Llegado a la ciudad de Jujuy el autor comenta que debe esperar varios días allí, “no menos de 7 días”, la llegada de los animales para retomar el viaje; esta circunstancia permite advertir su interés por los aspectos culturales, tal como se desprende de sus expresiones: “Así tenía bastante ocasión de estudiar el pueblo, sus habitantes y sus costumbres; como también hacer pequeñas excursiones a los deliciosos alrededores...” (20).

⁵ Juan Alfonso Carrizo (1895-1957): destacado folklorista argentino. Se refiere a la zona oriental de Jujuy (Ledesma, San Lorenzo...) en la que estaba estudiando las posibilidades petrolíferas. (Nota del autor).

Pasados esos días, finalmente el autor inicia la marcha rumbo a los manantiales de petróleo ubicados en la región oriental de la provincia.

De las descripciones que va dando se transcriben algunos párrafos que dan cuenta de los aborígenes de la zona y que son de real interés:

Lo que llamó en estos parajes principalmente mi atención, fueron las costumbres de los indios que sirven como trabajadores en las fábricas de azúcar y sus plantíos. Antes se usaban muchos Matacos, pero ahora casi únicamente los Chiriguanos, cuyo país se halla en los territorios orientales de Bolivia.

Los Matacos y Chiriguanos son dos tribus tan distintas como el día y la noche. Los primeros perezosos, lerdos, sucios, malignos, poco dóciles, casi desnudos, de figuras feas, viviendo en miserables ramadas; los Chiriguanos vivos, muy limpios, benévolos, inteligentes, de figura hermosa, con habitaciones sólidas. Los primeros, sin religión y sin industria ninguna; los Chiriguanos con costumbres religiosas, hábiles en la fabricación de tejidos, objetos de arte, etc. La diferencia entre las dos tribus se caracteriza más claramente por el aspecto de las mujeres. No existe cosa más repugnante que una mujer Mataca, sucia al exceso, con pelo revuelto, lleno de piojos, vestida con trapos, flaca, con ojos sumidos, mejillas ennegrecidas, su color muy oscuro; la *cuña*⁶ Chiriguana siempre bien lavada, con cabello peinado con aseo, vestida con una ropa limpia, cuya forma se puede comparar con una bolsa, abierta en los dos lados y que se fija en el pescuezo y bajo los sobacos con broches, de forma bien proporcionada, muchas veces hermosa, ojos vivos, caras redondas, de color claro, aunque generalmente pintado. Así se distinguen, estos indios, en su mayor parte todavía paganos. Solamente en un sentido se asemejan, y por su afección al aguardiente y otras bebidas alcohólicas, que consumen con canto y baile, acompañado del sonido de sus instrumentos musicales, guitarra, violín y flauta hasta que se caen al suelo.

Me falta el tiempo para hablar en este lugar más sobre las costumbres interesantes de estos indios; de la manera cómo se *conchavan*⁷ (*sic*) en su propio país por agentes especiales, y muchas otras cosas que se relacionan con ellos. (23)

La descripción del autor (en la que está en juego su propia mirada) es casi idéntica a los testimonios orales con los que contamos, que datan de la primera mitad del siglo xx. Se acompaña una foto (archivo personal) en la que se puede ver una típica vivienda de los indios de esta zona.

⁶ Denominación que se emplea para referirse a la mujer chiriguana.

⁷ Forma de contratación laboral precaria.



Cuando el autor comienza a narrar su viaje hacia el norte, como bien dice “Subiendo por la Quebrada” –refiriéndose a la Quebrada de Humahuaca– queda claro en el texto que se trata de una conferencia brindada a un auditorio, que es continuidad de una anterior. En ese sentido bien vale la siguiente transcripción:

Señores:

En mi último discurso en este lugar os he dado cuenta de la excursión que hice en el año pasado a los manantiales de petróleo de la provincia de Jujuy, y concluí con mi regreso a la capital de aquella.

Hoy os llevaré a una parte del país que hasta ahora es una de las más desconocidas, a aquella alta planicie que colinda con Bolivia y es designada por la Puna, palabra quíchua que quiere decir desiertos o altos, y que se ha transferido también a aquel malestar que se sufre en las grandes alturas, y que también se llama sorrocho (*sic*). (27)

Fácil es advertir en los párrafos anteriores cómo el autor no sólo describe la zona y hace referencia a actividades varias sino que también advierte acerca del origen de algunas palabras –a las que asigna origen quíchua– y aporta su traducción.

Narra Brackebusch la salida de la ciudad de Jujuy:

El camino nos llevaba primeramente por aquella planicie, que se extiende al Oeste de dicha ciudad y se llama La Tablada, punto que en ciertas estaciones del año ofrece un aspecto muy interesante por las grandes ferias que aquí suelen tener lugar, donde grandes tropas de hacienda, principalmente de mulas, se reúnen y atraen una multitud de compradores y vendedores de los lugares más remotos. (28)

165

Este párrafo da cuenta del movimiento comercial de la zona en aquella época con referencias puntuales que incluyen hasta el tipo de mercaderías transportadas.

Luego menciona los lugares que va recorriendo rumbo al Norte y clarifica a qué se denomina Volcanes en estos parajes, aclarando que no son los que producen “erupciones ígneas”, sino que así se denomina a las “grandes masas de arena y rodados que de tiempo en tiempo acompañan las caudalosas crecientes de los ríos en los parajes montañosos y se depositan en los planos de la quebrada, a veces en moles enormes [...]” (29).

Después de precisar cómo va cambiando el paisaje una vez que sobrepasa Volcán, hace referencia a la población de esta zona:

(EN LA PÁGINA OPUESTA)
Al fondo, vivienda
típica de los
aborígenes de la
zona oriental de
Jujuy, 1940.
Archivo personal de
M. A. Colatarci

Ya nos encontramos entre los indios indígenas que pueblan los territorios que describimos, los que, aunque convertidos al cristianismo, han conservado sus antiguas costumbres hasta el idioma, si bien la mayor parte habla también el español.

Nos hallamos entre los descendientes de los antiguos Quichuas conocidos en las partes bajas del país por la denominación de Coya, y acerca de cuyas costumbres tendremos, durante mi disertación, ocasión de informarnos más extensamente. Aquí mencionaré una de sus particularidades más características, que debe llamar la atención de los habitantes del Sud: la costumbre de andar pie. (29)

La circunstancia de buscar abrigo y alimento en medio de la noche, cerca de Pampicorral y a 3.500 metros, hizo que el grupo con el que viajaba encontrara “una casita, que nos dio un abrigo más que modesto. Cantos y gritos, acompañados del ruido monótono de una caja suenan a nuestros oídos: toda la gente, hombres, mujeres, niños, se hallan en un estado de completa ebriedad (31).

A partir de aquí el autor aporta comentarios sobre la bebida de elaboración local denominada *aka* o *chicha*; en su relato descarta que sus oyentes la conozcan y sólo comenta que se hace de maíz, que se *masca*⁸ (tarea femenina), se cuece en grandes cántaros denominados *chauqui*, se fermenta y “cuando se ha formado una especie de grasa (*akap lloclon*) en la superficie” se “demuestra que la bebida está bien sazónada (*posoco*)...”. (31)

Continuando con el tema de la chicha argumenta que así como nosotros tenemos diversos tipos de vinos o cervezas, también sucede esto con dicha bebida y aporta las denominaciones transcritas a continuación y que están en la página 31:

cuando es amarilla la llaman kello aka
si es color bermejo: chumpi aka
si está bien asentada y cara: chuya aka
cuando está mal cocida: hanco aka chauyanusca
cuando es avinagrada: pucheu aka
si se ha hecho de maíz no maduro: se llama viñapuk aka
si está poco fermentada: upi aka.

En otro orden de apreciaciones se encuentran sus comentarios relativos a la idea de los lugareños respecto de que los “cerros se enojan y a veces desconocen

⁸ Masca: acción de triturar con los dientes durante largo rato el maíz que se ha introducido en la cavidad bucal. Cuando se considera que está triturado en forma adecuada se lo arroja en el recipiente dispuesto a tal fin para hacer la chicha.

a la gente”, sobre todo si son *gringos*. Según el autor es una antigua fábula de origen indio que se encuentra en todo el país y por esa causa poca gente se anima a acompañar a un extranjero a lo alto de un cerro.

Un párrafo más del autor con referencia a esa noche da cuenta de sus apreciaciones:

La noche que pasé en Pampicorral fue terrible, los gritos o cantos monótonos de los indios, la música todavía más monótona de la caja primitiva de la bandurria (especie de guitarra chica hecha de la cáscara de un quirquincho); no me permitían lograr el sueño. (31-32)

Siguiendo con su viaje al Norte y habiendo salido de Humahuaca, Brackebusch comenta:

[...] nos hallamos en la Abra de las Tres Cruces, y se nos ofrece uno de los más lindos panoramas del país.

Tenemos ante nuestros ojos aquella grande meseta de la Puna, cuya altura media puede calcularse en 3.000 hasta 3.500 metros sobre el nivel del mar. [...] otra serranía, aunque más baja, se aparta del Cerro de Casabindo, va por Cochino, Escaya a Quiaca y divide la parte septentrional de la altiplanicie en dos partes.

Toda la altiplanicie es distinta de la que los mapas nos indicaron; con placer observamos de este punto alto tan hermoso panorama, hasta que al lado de nosotros, otro fenómeno llama nuestra atención.

Es un alto montón de piedras. Los peones le aumentan con una nueva piedra, sacan de sus bocas los acullicos o pelotas de coca mascada, y las echan sobre las piedras amontonadas.

Vemos aquí una apachita; se encuentran en todas las abras de estas regiones; las cuales eran consagradas al Pachacamak (creador del Mundo), el Dios más grande de los antiguos Quichuas. Aún siendo hoy cristianos, ningún indio pasa tal apachicta (*sic*) sin seguir la costumbre indicada, que representa un sacrificio, dando las gracias a Dios por haber llevado felizmente a este punto al viajero y haberle dado las fuerzas para llevar sus cargas (apachi, hacer llevar). (35-36)

Cuando el autor dice *apachita*, se refiere a lo que los lugareños denominan *apacheta*, es decir, montículos de piedras que se encuentran en las abras, que son aumentados por ellos mismos cuando pasan y en los que, además, arrojan sus *acullicos*⁹.

⁹ Acullico: bolo de hojas de coca que se arma en el interior de la cavidad bucal; a esta acción se la denomina coquear.

En la tercera parte de la obra titulada “Entre minas y mineros”, en la que el autor hace referencia a lo que él denomina “minero argentino”, comenta las malas condiciones en las que debe vivir. Repara también en su vestimenta en estos términos:

El minero lleva la misma vestimenta que el paisano: el poncho, el chiripá, sandalias y un sombrero gris de fieltro con alas. Una especie de cuero trosero es usado por los mineros apenas durante la jornada; solamente el mayordomo se distingue por llevarlo permanentemente. No existe un traje minero propiamente dicho, e igualmente distintivos (maza y barreno) o un saludo especial de los mineros. (100)

En el párrafo transcrito Brackebusch aporta una distinción entre el minero común y el mayordomo; más adelante hace referencia a otras categorías como “juez de minas” (100) y “receptor de minas” (100), además de mencionar a los “pirquineros, especie de trabajadores por cuenta propia” (101).

Informa, además, que una cantidad considerable de oro se extrae de ríos y arroyos y de sus aluviones antiguos mediante el proceso del lavado, “tarea que hacen en forma modesta los obreros criollos solamente cuando no tienen más dinero. Por las pocas pepitas obtenidas se compran en las pulperías los vicios, o sea azúcar y yerba mate” (104). Al respecto es interesante señalar que hasta finales del siglo xx hemos hecho registros orales tomados a los lugareños de Santa Catalina acerca de esta costumbre descripta por nuestro autor.

168

Reflexiones finales

La lectura de *Por los caminos del Norte* de Luis Brackebusch introduce al lector en una espléndida y rica región de la República Argentina a través de la rigurosa y fina mirada de un joven geólogo alemán que llegó a estas tierras, allá por 1872, contratado por el gobierno para trabajar en Córdoba, motivo importante a tener en cuenta ya que bastante se ha argumentado acerca de los variados, y no tan claros intereses u objetivos, de visitantes europeos que describieron minuciosamente distintos lugares del país.

Como ya se adelantara no se trata de un libro, es decir que el autor no escribió estos textos con ese fin sino que corresponden a disertaciones brindadas

(EN LA PÁGINA OPUESTA)
Mojón o Apacheta
ubicada en un
elevado lugar del
camino.
Departamento de
Santa Catalina,
Puna jujeña.
Foto de campo
M. A. Colatarci



72 71 70 69 68 67

MAPA GEOLÓGICO

DEL INTERIOR DE LA

REPÚBLICA ARGENTINA.

Construido sobre los datos existentes, y sus propias observaciones hechas durante los años 1875 hasta 1888

por el

DR. LUIS BRACKEBUSCH

Catedrático de la Universidad Nacional de Córdoba.

Leyenda

■ Zona arenosa en sustrato de granito y gneis
 ■ Zona arenosa propiamente dicha
 ■ Diáclasis
 ■ Grutas de calizas
 ■ Grutas de calizas, arenosas
 ■ Pisos de la formación
 ■ Arenas de la
 ■ Arenas (terracóneas)
 ■ Arenas (terracóneas)
 ■ Arenas (terracóneas)

■ CAPITAL DE REPÚBLICA
 ■ CAPITAL DE PROVINCIA
 ■ Villas, Poblados
 ■ Poblados pequeños
 ■ Poblados pequeños, pocos
 ■ Poblados
 ■ Poblados
 ■ Poblados
 ■ Poblados
 ■ Poblados

7. San Juan
 8. Salta
 9. Tucumán
 10. Catamarca
 11. La Rioja
 12. Mendoza
 13. San Luis
 14. Córdoba
 15. Buenos Aires

16. Entre Ríos
 17. Corrientes
 18. Misiones
 19. Uruguay
 20. Brasil

Alturas de menor altura al nivel de la mar.

Escala 1:1000000.



Instituto Geográfico de C. Hoffsch, G. & Co.

1891.

22
23
24
25

a un auditorio (con seguridad de pares) que tienen como primer objetivo dar cuenta de los resultados de sus investigaciones como geólogo. Sin embargo, excede largamente el objetivo inicial ya que aporta un importante y ajustado conjunto de datos de índole socio cultural de los lugares que recorrió en la década del 80 del siglo XIX, de los que se han tomado algunos ejemplos a modo ilustrativo, así como también las apreciaciones sobre el paisaje que en algunos párrafos se tornan casi poéticos.

El modo coloquial adoptado, enunciado en primera persona, y que describe prácticamente todas las situaciones a las que se fue enfrentando, hasta la inclusión de algunos diálogos, hace de esta pequeña obra una fuente de consulta de gran valor documental.

BIBLIOGRAFÍA

- Boman, Eric. [1908 (1991)] *Antigüedades de la región andina de la República Argentina y del desierto de Atacama*. 2 Tomos. San Salvador de Jujuy: Universidad Nacional de Jujuy.
- Brackebusch, Luis. (1990) *Por los caminos del Norte*. San Salvador de Jujuy: Universidad Nacional de Jujuy.
- Carrizo, Juan Alfonso. (1953) *Historia del Folklore Argentino*. Buenos Aires: Instituto Nacional de la Tradición. Ministerio de Educación, Cap. II.



PATAGONVM

CHICA REGIO

AUSTRALIS TERRA DEL FO CO

FRETVM MA

La Argentina del Centenario en la mirada de los viajeros Jules Huret y Pierre Denis

Noemí N. Girbal-Blacha



In Cuius regione ad litora S. Juliani Magelliani contra se
quendo fretum hoc perlatissimi homines apparere proceros
magrandibus se peris 1041. Qui demulso abique nullo frigore
vultu sequas per gustas ad stomachi usque fundum

Philippus an. 1520 ad incedium Fretum hoc Magelliani
cum ad Hispania conuersus ad Angliam vero P. P. tam cito
in quod ibi eos Hispania cum pernotas inuenerunt



Introducción

La Argentina Moderna, nacida en las últimas décadas del siglo XIX se identifica con un país agroexportador, receptor de inmigración masiva del sur europeo y de capitales externos (especialmente ingleses y franceses) destinados a su inversión en ferrocarriles, frigoríficos e infraestructura portuaria. Además de los relatos de la elite, este “granero del mundo” mereció el interés de los viajeros europeos que recorrieron sus variadas regiones con una mirada cultural (Navarro 1-14). Entre ellos se destacaron los franceses (vgr: Jules Huret, Georges Clemenceau y Pierre Denis), quienes acostumbraron transitar y observar con minuciosidad el territorio de este país austral de América, de casi tres millones de kilómetros cuadrados, en el filo del siglo XX (Losada, 2010).

Como periodistas, naturalistas, políticos o escritores, procuraron plasmar en sus informes pintorescos, la diversidad y singularidad de los paisajes y de los actores característicos de la Argentina, como lo hicieron antes Alcides d’Orbigny, en tiempos de Juan Manuel de Rosas, y Víctor Martín de Moussy en la época de la organización nacional, y al amparo de Justo José de Urquiza quien le encomendara la realización de un atlas, resumen del conocimiento que entonces se tenía de nuestro país.

Este breve estudio histórico se propone comparar las visiones de dos viajeros que entre fines del siglo XIX e inicios del XX, describieron las diferentes regiones argentinas, con ojos curiosos, interesados e impregnados por sus formaciones, ideologías, profesiones y visiones “desde arriba”, en una estrecha tensión entre la realidad y lo imaginado que condiciona sus narraciones (Pratt, 1997). En todos los casos, tanto Jules Huret como Pierre Denis, fueron más allá de un inventario; procuraron descubrir las identidades territoriales, con sus ambigüedades, simbologías, fragilidades y logros; ponderando las “experiencias no ingenuas de nación, territorio y revolución” (García Canclini 10-11).

En tiempos de la Argentina Moderna fue el periodista y escritor francés –que iniciara su carrera en 1889 en *L’Écho de París*– Jules Huret, quien recorriera nuestro país. Desde el periódico *Le Figaro* –y por su notable condición de cronista– fue comisionado para realizar varios viajes por Europa y América (Huret, 1986). Sus columnas editoriales lo convirtieron en uno de los hombres de prensa franceses más importantes de los inicios del siglo XX. El “inquisidor universal” como se lo llamaba, se ocuparía de mostrar todos los matices de su recorrido *De Buenos*

Aires al Gran Chaco y Del Plata a la Cordillera de los Andes, que fueran editados (en español y en francés) en forma de libros apenas iniciado el decenio de 1910, por la editorial Eugène Fasquelle de París.

En los tiempos del Centenario, entre marzo de 1912 y agosto de 1914, otro agudo observador nacido en Grenoble (Francia) y formado en el racionalismo protestante, Pierre Denis, recorría en complejos itinerarios el territorio argentino, escribiendo sus agudas impresiones e inteligentes valoraciones. En este caso su propuesta es comprender “las bases económicas y la esencia de la nacionalidad argentina” (Denis 7). Había heredado de su padre la vocación por las humanidades y de su formación en la École Normale Supérieure su gusto por la historia y la geografía, así como su capacidad de organización.

Casi un siglo después en que estos hombres notables –ceranos por su pertenencia de origen pero diversos en sus enfoques– visitaron la Argentina, el propósito de esta síntesis histórica es conocer, caracterizar e interpretar las apreciaciones que ambos registraron e informaron acerca del país del Centenario, como “un juego de transferencias y referencias” de la época (Navarro 2). Cómo nos veían estos hombres cultos, viajeros incansables y tan atentos como interesados, es el objetivo central de este recorrido por el pretérito de la Nación Argentina, para ponderar una mirada valorativa externa, tanto del país como de los tiempos vividos durante el Centenario de la Revolución del 25 de Mayo de 1810.

176

Jules Huret y Pierre Denis. Sus registros regionales de la Argentina en tiempos del Centenario

De Buenos Aires al Gran Chaco, es una de las expresiones más destacadas de la literatura de viajeros en la Argentina, y es la que aquí se evaluará. El mismo Georges Clemenceau, aunque terminó finalmente escribiendo *La Argentina del Centenario*, reconocía la inigualable pintura del territorio austral de América, escrita por Jules Huret tiempo antes.

Luego de veintiún días de viaje a través del Atlántico, Huret brinda sus impresiones de Buenos Aires, que lo hacen sentir como en Londres, en Viena, en París, en Madrid; así como de los negocios, los barrios populares, las grandes avenidas y calles arboladas, las plazas y jardines, las opulentas residencias y también



(ARRIBA)
Alzaprima, Chaco.
Archivo General
de la Nación.
Departamento de
Documentos
Fotográficos

(ABAJO)
Lavanderas.
Archivo General
de la Nación.
Departamento de
Documentos
Fotográficos

los “conventillos”, el Retiro y su “Hotel de Emigrantes”, las escuelas de artes y oficios, como la cárcel y las instituciones para enfermos mentales, todo es capturado por los ojos atentos del viajero y transcrito con detalles no exentos de valoraciones no siempre ajustadas a la realidad.

Las inquietudes de Jules Huret comienzan ya en el viaje, cuando se plantea su “manía de decir lo que siento y contar lo que veo”. “¿Qué voy a encontrar allá, al otro lado del mar? ¿Qué país es ese de la Argentina? ¿Qué es lo que debemos creer de todo lo que se nos cuenta acerca de él?”, se pregunta; mientras, agrega, que hay que “comprobar las cifras de los prospectos y folletos de propaganda” de esa Argentina lejana, aunque esa comprobación esté más presente en la obra de Pierre Denis, que en la suya (Huret 20-21 y 25). “¿Qué es un argentino?”, esa es, finalmente, su gran pregunta.

En el caso de P. Denis, su investigación –interrumpida por el estallido de la Primera Guerra Mundial– se inscribe en la *Geografía Universal*, obra magna que dirigiera el notable geógrafo francés Paul Vidal de la Blache (1845-1918) y cuyo tomo xv dedicado a la América del Sur, quedara a cargo de este ilustre viajero. Producto de un diálogo interesante entre la sociedad y el medio ambiente, con sus mutuas influencias, *La valorización del país* (editado originariamente por Armand Colin) contiene también una evaluación de los cambios políticos que ocurrieran entonces en la Argentina del sufragio obligatorio, individual y secreto (Denis 10-11). Hombre de negocios e interesado en las finanzas y la economía, Denis hizo que su recorrido por las regiones argentinas le permitiera también ponderar esas cuestiones. Ese registro tuvo tres versiones. La primera se editó también en francés, en Tucumán, en 1916, por Coni Hermanos; la segunda en París en 1920; y la tercera en 1927, integrando la obra colectiva que dirigiera Vidal de la Blache (Denis 13).

El visitante se vinculó –apenas llegado al país– con las Universidades de Buenos Aires, La Plata y Córdoba; así como con otras instituciones públicas y privadas, para obtener información acerca del objetivo central de la tarea encomendada. Desde Buenos Aires, Rosario, Santa Fe y hacia el Noroeste, el viajero intenta relatar las particularidades del paisaje y de su gente. A diferencia de Jules Huret, su análisis riguroso no sólo se basa en la observación sino en las fuentes, en los documentos, en la estadística que completan su mirada de viajero y conforman singularidad de cada una de las regiones que recorre.

Más allá de las miradas diversas, es evidente para ambos visitantes que “la Argentina vive de la Pampa, la Pampa vive de la exportación” (Denis 74) y las

regiones agroindustriales del interior se suman –para dar consistencia y tener pertenencia– al modelo de la Argentina agroexportadora.

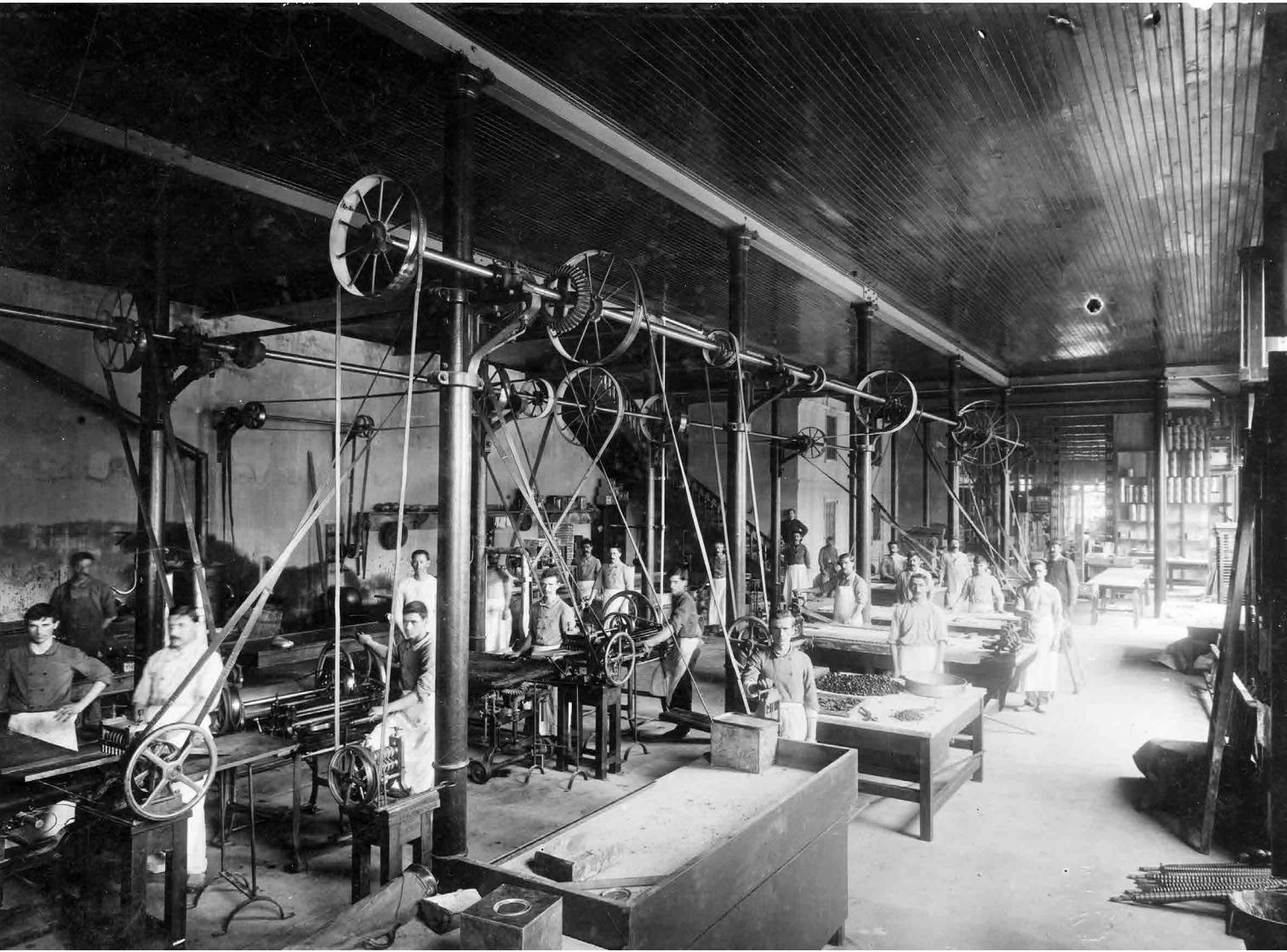
Entre la ciudad porteña, su hábitat y su gente hasta la riqueza de la pampa

Jules Huret no tardará en descubrir los vestigios de lo que era la Buenos Aires de 1870, con calles sin pavimento, ni puerto nuevo, sin alcantarillas y con malos desagües, para confrontarla con la ciudad cosmopolita que conocerá, con sus interesantes negocios, una población transformada por la inmigración y una ciudad moderna con sus servicios públicos y sus clubes sociales para “minorías inteligentes”, pondera el viajero, como el Jockey Club y el Club del Progreso, por ejemplo (Huret 39).

Una sorpresa agradable se mezcla a las sensaciones que experimenta el parisiense al desembarcar en Buenos Aires, contribuyendo a que su aclimatación sea fácil y simpática. Oye hablar francés en todas partes. La mitad del personal de los hoteles –la del restaurant– se compone de franceses. [...] En las tiendas elegantes habla francés todo el mundo. Si el viajero visita un hospicio, un hospital, un taller de asiladas, un orfanato, las hermanas serán seguramente francesas convertidas en argentinas, que no parecen sentir ni sombra de nostalgia o disgusto. (Huret 41-42)

179

Para él –como para cualquier buen observador– la cuna misma de la ciudad está en el comercio, no muy alejado del puerto de Buenos Aires; entre el Río de la Plata y la Avenida de Mayo. Allí están sus “almacenes y las tiendas más ricas, las casas de Bauer y los centros de negocios, los grandes hoteles, las administraciones y agencias de navegación” (Huret 45). Esa es la *cit * y allí transitan los hombres y mujeres que visten con la elegancia de París. No le extraña a Huret, entonces, que entre las anécdotas y conversaciones más comunes se refieran las fortunas hechas por los emigrantes en apenas un decenio, a partir de la valuación constante de la tierra. El argentino –especialmente el de la pampa húmeda y el eje metropolitano– es visto por este viajero como un jugador que “se enriquece en el juego de la tierra” (Huret 48).



Por cierto que los barrios populares también tienen su encanto. “El Bajo”, zona urbanizada con relleno y cercana al puerto, bordeando el Río de la Plata, los muelles y las líneas férreas, es uno de los que más lo atrae. Su crítica es certera cuando denuncia las calles sucias, las arcadas con papeles y restos de verduras y frutas, donde se amontonan los inmigrantes que recién llegan. Es que “en esta ciudad inmensa que progresa desde hace treinta años aún quedan por hacer muchas cosas”, entre ellas las del distrito San Cristóbal, donde “el barrio de las Ranas, es un vestigio persistente, tenaz, del Buenos Aires de antaño” (Huret 53 y 55). Los “conventillos” –por su parte– son definidos como “casuchas” con “amplios patios descubiertos donde se abre una serie de tugurios oscuros y sin aires que son las habitaciones” (Huret 93). También el paisaje pintoresco de los barrios del sur de la Capital Federal –como la Boca o Barracas– donde se encuentran los mercados de lanas y cueros, los mataderos y los depósitos de los frigoríficos, acompañados por una urbanización particularmente colorida, sorprenden a Huret, quien los describe con singularidad inusual.

Las plazas y edificios públicos importantes de la ciudad porteña, son la contracara que el viajero francés rescata del conjunto ciudadano. Entre las primeras destaca la plaza Lavalle y su estatua, como espléndido escenario del monumental Palacio de Justicia y también del Teatro Colón y el Palacio Miró. Las residencias cercanas a la magnífica plaza San Martín, en la Recoleta, lo impactan como parte de un “barrio donde se alzan las suntuosas moradas de la gente rica de Buenos Aires, de la aristocracia”. Muestras de ese modo de vida son los hoteles de los Alvear, los Bary Anchorena, los Casares, los Cobo, los Unzué, los Quintana y los Peyra, con sus balcones floridos y sus estilos arquitectónicos europeos y de alta gama, escribe (Huret 61-63). Palermo es apreciado como “el único lugar público de reuniones de la sociedad elegante”, con su parque ambientado por el arquitecto-paisajista francés Mr. Thays. En ese escenario ubica Huret –con estilo romántico y una bohemia propia de Charles Baudelaire– a las mujeres “de tez mate, de grandes y ardientes pupilas, de rasgos regulares y finos” (Huret 66-67 y 68), coquetas y tímidas a la vez. Es una descripción que adjetiva, mientras omite los aspectos menos gratos de la realidad porteña de entonces. La visión del viajero es un filtro del paisaje que gusta registrar.

Esta mirada parcial se mantiene –con matices– a la hora de hablar de los orfanatos, de algunas instituciones capitalinas de beneficencia y sanitarias. Si bien se reconoce que los establecimientos son tristes, el periodista francés justifica a

quienes los dirigen, diciendo que “se creen obligados a proporcionar a los huérfanos y a los hijos de los pobres una sensación anticipada de las penas de la vida” (Huret 83). Para Jules Huret estos espacios tienen más ventajas que inconvenientes y así lo expresa, ignorando otros perfiles de esa misma realidad.

En mi visita a los asilos de huérfanos, me sorprendió sobre todo la pulcritud de los asilados, la cocina, los comedores, los dormitorios con sus limpios lechos, y los refectorios bien cuidados. Es obligatorio el uso de los limpiadientes, y disfrutaban de salas de baños, de duchas, de cuartos de recreo y de jardines. Pero lo que sorprende más es el aspecto alegre de los asilados. (Huret 82)

Las “escuelas manuales” o de artes y oficios, es otro de los temas que el viajero apunta como aspecto interesante y destacado en la formación de los jóvenes, “hijos de familia”, preparándose para el trabajo, siendo minoría –según su juicio– los “jóvenes ociosos” (Huret 86).

La característica básica del modelo agroexportador, de la Argentina Moderna y rica, en la mirada externa tanto como en la de la clase dirigente, se identifica con el ganado mestizado, los cereales y las buenas pasturas. Si bien se reconocen los desequilibrios regionales, es la cuarta parte del territorio nacional –la región de la pampa húmeda– la que concentra las tres cuartas partes de la población, la infraestructura y la riqueza nacional. Así lo confirma la estadística que con frecuencia utiliza Pierre Denis en su relato.

Para Jules Huret la cría de ganado es sinónimo de nuestra riqueza y de sus grandes estancias (como las de José Martínez de Hoz, Manuel Cobo, Vicente Casares con sus tambos, Drysdale, Leonardo y Martín Pereyra, Duggan), tan reconocidas en el exterior. Contabiliza para las cinco provincias más pobladas de nuestro país (Buenos Aires, Santa Fe, Córdoba, Entre Ríos y La Pampa) 135.000 propiedades (Huret 131). Es interesante cómo pasa revista a los salarios de los peones de estancia y a la forma en que se realizan las transacciones propias de este negocio, donde “todo se liquida con bonos pagables, bien en el próximo almacén o bien en Buenos Aires”. Una práctica común para “todas las estancias de la República”, evitando así –dice Huret con visión novelada– “tentativas de robo y muchos crímenes” (Huret 158).

También con perspectiva europea, Pierre Denis plantea interrogantes que alertan sobre la ostentación de la riqueza que hacen los argentinos y especialmente

los porteños; aunque no deja de acreditar la honestidad y tenacidad de sus trabajadores, mientras diseña la complejidad de su paisaje aparentemente homogéneo. En conjunto su lectura es para eruditos y escribe con estilo político y rigor financiero, aunque con el vuelo propio de quien da al relato una visión geográfica del paisaje que recorre (Denis 20-26).

A diferencia de Huret su permanencia en la ciudad capital es transitoria. De todos modos Denis –que sí recorre la región pampeana– también destaca que el contacto con Europa es propio de la ciudad de Buenos Aires y su gente; en su vida cotidiana, “nadie deja de interesarse por las variaciones de los fletes y las cotizaciones en las bolsas de Londres, París o Amberes”; añadiendo que “una estrecha solidaridad con Europa puede percibirse en cualquier parte” (Denis 32).

Son éstas, dos visiones que se complementan, pero dejan traslucir el entusiasmo subjetivo de los viajeros por esta Nación constituida en Estado Nacional a fines del siglo XIX.

Monoproducción, agroindustrias y sociabilidad en el Norte Argentino

Tucumán, Salta y Jujuy son espacios asociados a la expansión ferroviaria vinculada a los capitales ingleses y franceses. Una apreciación que tiñe el relato de Huret y Denis, aun frente a los trascendidos de que son “esas provincias pobres, todavía sin explotar”, a las cuales no debería dedicar tiempo de su expedición (Huret 179). La compañía que tiene Huret en este viaje, lo entusiasma. José de Apellaniz, “un vasco serio y enérgico”; Tomás Le Bretón, “abogado distinguido e inteligente hombre de negocios”; Jorge Born, “representante de energía paciente unida al espíritu emprendedor belga”; y Carlos Ramallo, Director de la Compañía Central Norte de ferrocarriles, acompañarían al periodista francés durante este prolongado trayecto, con amables conversaciones y explicaciones sobre el paisaje que van descubriendo, a veces fértil y otras desértico, hasta ver árboles y “campos de caña dulce” en Tucumán, descripta idílicamente –y en contraste con la aristocrática Salta y el relato posterior de Pierre Denis– como un espacio de “deliciosa frescura de una Normandía sin agua”. No porque no tenga un buen régimen de lluvias, agrega, sino por la ausencia de canales adecuados. Si se logra este cambio, para el viajero, el lugar “será como Niza”, afirma (Huret 180-181; 185 y 194).

Destaca la conservación “de las antiguas casas españolas de planta baja, pero de una profundidad ó fondo de 70 metros, con dos patios y fachadas estrechas”, como parte de la impronta de la ciudad de Tucumán, con su plaza principal (Independencia), la casa histórica donde se declarara la independencia del país en 1816, “la iglesia metropolitana, el Club social y uno o dos hoteles, alrededor de un parque plantado de pimenteros, bambús y álamos de la Carolina, a los que se mezclan en ciertos espacios pitas, cactus y naranjos cubiertos de frutos maduros” (Huret 188). También en este caso y a pesar de la poca “vida social o mundana” que contrasta con la densidad importante de población en el conjunto regional norteño, Huret registra la belleza de las mujeres locales, a quienes distingue prejuiciosamente de las indias chiriguanas y matacas. La actividad cultural del lugar también lo atrae; especialmente la Biblioteca pública, cuando descubre en su catálogo obras de Renán, Fouillé, Saint-Beuve, Robot y Jean Finot, entre otra literatura clásica europea (Huret 199).

De todos modos, es la riqueza azucarera la que rescata y destaca el viajero, mientras subraya la acción del “Estado federal”, como fundador de la Escuela de Agricultura y Sacarotecnia. Es que para Huret las provincias de Tucumán y Santa Fe, han recogido mucha de la influencia francesa. Lo afirma cuando dice que “una gran parte de la alta sociedad de Tucumán es de origen francés”, partícipes activos de la renovación azucarera. Las máquinas del ingenio de los hermanos Nougés “son francesas en su mayoría, de la casa Cail o de Fives Lille”, comenta con orgullo. “Al lado de los Nougés y de los Rougès, existen los Etchecopar, los Sacaveratz y los Hileret”, sumándose a ellos el agente consular Adrien Daffis, “dedicado al negocio de la sastrería y persona inteligente y fina”, refiere (Huret 199 y 210). Huret no deja de mostrar sorpresa cuando descubre que a “la primera generación de hijos de emigrados que nacen en la Argentina no la une ningún vínculo con la patria de sus padres”, refiriéndose específicamente a los franceses (Huret 200). Acerca de los Nougés, su relato refuerza que los fundadores del ingenio San Pablo, a pesar de hablar francés “no han vuelto nunca al país gascón ni parecen sentir la inclinación y cariño hacia él”. Una reflexión que se repite cuando describe el Ingenio Santa Ana de, otro compatriota, Clodomiro Hileret, que ocupa una superficie de 87.500 hectáreas, con una fábrica de organización “admirable” y con la mayoría de sus químicos y técnicos de origen francés (Huret 201 y 212).



Como conocedor del negocio, Nougues pronto informa al periodista viajero que

si la Argentina dejase de proteger sus azúcares, el país se dividiría muy pronto en dos. Buenos Aires, Santa Fe, Entre Ríos, Corrientes y una parte de Córdoba vivirían perfectamente de la agricultura y de la ganadería, pero Tucumán quedaría arruinado y las provincias limítrofes de Catamarca, La Rioja, Santiago del Estero y Jujuy, cuya población vive de la prosperidad de Tucumán, caerían en la miseria de una manera definitiva (Huret, 204-205).

No disimula sus críticas hacia los porteños y su sociabilidad asociada al Jockey Club, mientras recuerda que más del 50 % de los impuestos tucumanos los provee la industria azucarera. Un cómputo que el visitante registra en sus notas de viaje.

Jules Huret sigue su recorrido hacia Jujuy –en el extremo Noroeste del país, lindante con Bolivia– y allí llama su atención –una vez más– la Biblioteca Municipal de la ciudad, instalada en un edificio moderno y donde se destacan, dice, las obras de Macaulay, Taine, Renan, Proudhon, Spencer, Montaigne, entre otros clásicos que le resultan familiares (Huret 219). Pero ya en el Valle de San Francisco lo asombra la presencia de unos 3.000 indígenas afectados al trabajo de las plantaciones de caña en Ledesma, en su convivencia pintoresca con bretones, quienes desempeñan tareas comerciales en la estación ferroviaria de Perico, cercana a la principal propiedad de la región (200.000 hectáreas, de las cuales 4.000 se destinan a la plantación de caña) cuyo dueño es el inglés Mr. Leach (Huret 236-238). Una brutal y singular descripción de los hombres y mujeres nativos, permite advertir la parcialidad del relato del viajero francés (Huret 238-239). “Los matacos llegan aquí flacos y cansados, pero al cabo de seis o siete meses, terminada la cosecha, nada les detiene y vuelven al fondo del Chaco, hinchados de azúcar como las abejas. No llevan dinero por temor a que se lo arrebaten otras tribus en el camino”. Para el corresponsal “el gran atractivo del éxodo es la caña de azúcar, de la que son muy golosos” (Huret 241). Más cercano a la opinión de los empresarios y las fuerzas de seguridad locales, la mirada del forastero repite –casi textualmente– los conceptos de algunos documentos oficiales y privados.

La zona boscosa salteña, frondosa y cerrada, vuelve a despertar el interés de Huret, atraído por el paisaje virgen que él describe con precisión, tanto como los tabacales y obrajes, mientras retrata la austeridad y precariedad de sus habitantes: “los obreros viven al aire libre. Sobre cuatro estacas levantan un techo de ramas

y hojas. Desde fuera se ven sus camas, que son especies de catres”, aunque los “más exigentes han construido chozas con cajones y con sacos viejos de azúcar” (Huret 244). A pesar del panorama poco auspicioso que describe y al que se suma la presencia de algunos franceses y vascos llegados a Salta para probar fortuna, para el viajero estas imágenes forman parte de “la vida y la civilización” que “penetra en la selva con esa modesta vanguardia” (Huret 245).

Pero es en el Valle de Lerma donde el enviado de *Le Figaro* parece encontrarse a su gusto con algunos connacionales (contratistas, ingenieros, tenedor de libros, profesor de francés) con quienes compartirá varios espacios de sociabilidad haciéndose eco de sus observaciones, donde hablarán “un poco de Francia y mucho de la Argentina”. No faltaron en las reflexiones las críticas a la poca audacia del capital francés para invertir en estas tierras que ofrecen sustanciales ganancias. Los grandes exportadores de cereales de la Argentina, Jorge Born y Luis Dreyfus, son quienes –conocedores del tema– destacan que la producción salteña habrá de concentrarse en el azúcar, el tabaco, las frutas, “pero no podrá competir en cereales con las provincias de Buenos Aires y Santa Fe” (Huret 262).

Los bosques del Chaco Austral también atraen la atención de Huret y Denis. El primero encuentra en la región reminiscencias de la Normandía “verdeante y templada” (Huret 268). La tala de árboles y la presencia de los cactus son otros rasgos que utiliza para destacar la singularidad del paisaje que va recorriendo desde el tren a lo largo de cuarenta horas, desde Añatuya a Tintina (Santiago del Estero). En el Chaco santiagueño el tren habrá de detenerse en Quimilí para visitar la fábrica de quebracho de la S.A. Quebrachales Chaqueños dirigida por Luis Zuberhüler (comerciante de la región metropolitana y pampeana), que posee unas 400.000 hectáreas de bosque y da ocupación a unos mil leñadores –en su mayoría solteros– y seiscientas familias de peones (Huret 270-271). Nada dice el observador sobre la depredación del bosque. Una nota que sí destacará Pierre Denis.

En el Norte santafesino “La Forestal del Chaco” (antecesora de *The Forestal Land, Timber and Railways Ltd.* de capitales ingleses y alemanes) reina en todo su predominio sobre la tierra del “oro rojo”, como se denomina al tanino que el quebracho local produce para comercializarse en Alemania e Inglaterra con destino a la curtiduría de cueros. Los quebrachales y las fábricas de extracto, que se nuclean en torno a esta empresa de Federico Portalis y sus hermanos, todos de origen francés y que arribaron a nuestro país en los albores de la Argentina Moderna, también

son registrados por Huret. En 1902 la presencia de dos accionistas alemanes acrecientan los activos de la "Sociedad Forestal del Chaco". Es a este compatriota y a Clodomiro Hileret a quienes Huret señala como promotores de la industria azucarera en la región del Gran Chaco Argentino y el epicentro tucumano.

Ya en Corrientes su relato se detiene en las características coloniales de la ciudad con una burocracia activa que sostiene el trabajo de muchas familias, su vida tranquila, sus ceremonias religiosas frecuentes, su paisaje costero, su naturaleza, su fauna autóctona y el servicio de navegación que entre Buenos Aires y Asunción del Paraguay brinda la poderosa Compañía Naviera de Nicolás Mihanovich. Una travesía que el viajero continuará hacia Posadas (Misiones) recorriendo algunas propiedades que están en manos de franceses, llegados al país promediando la década de 1870. Es un diálogo que el viajero prolonga de modo distendido e interesado con agrimensores y técnicos de ese origen quienes también se encuentran radicados en tierras misioneras de las que aprecian el futuro una vez que el bosque se agote. Cerca de Iguazú es un francés quien le informa al periodista que "pueden obtenerse fortunas de esos bosques inmensos" cercanos a las márgenes del Paraná, una vía navegable económica y directa (Huret 329-346). Es éste un espacio de diálogo que contrasta con la descripción que Huret hace de las duras condiciones de trabajo y de alimentación de los trabajadores de los obrajes, quienes huyen al bosque apenas pueden eludir el control de los capataces.

188

Las misiones jesuíticas, las colonias judías de Entre Ríos, la fábrica y frigorífico Liebig –también en tierras entrerrianas– el delta del Paraná, parecen coronar el final del viaje de Huret. Del balance global, el viajero prefiere rescatar los rasgos prósperos, de fertilidad y riqueza agropecuaria, la alta sociabilidad que ofrece la elite, los apellidos ilustres como los de los Alvear, los Guerrico, los Peralta Ramos, los Pereyra o los Tornquist, haciendo una apuesta firme –pero parcial– al "progreso" de esa joven Argentina.

Para el geógrafo francés Pierre Denis –quien mucho coincide con las observaciones que realiza Huret aunque más documentadas en la estadística, la cartografía y las fuentes primarias– el mercado interno argentino es acotado, especialmente si se trata de la venta de productos agrícolas y sus derivados industriales. Una característica que diferencia a nuestro país de los Estados Unidos, dice. Los capitales y la mano de obra procedentes del exterior han hecho, para quien relata el paisaje norteño, las mayores diferencias. A la descripción que hiciera Jules Huret, Denis suma la importancia que asume la riqueza forestal de

los bosques del Chaco que “se pueblan de hacheros; “la variedad de climas” y “los dos satélites más brillantes de la pampa” en el interior: Tucumán y Mendoza en el oeste cordillerano, verdaderos oasis, donde las agroindustrias del azúcar y del vino –respectivamente– se imponen. En el primer caso, destaca la atracción que resulta para las poblaciones de Santiago del Estero y Catamarca, que van allí en busca de trabajo. “Una telaraña de corrientes comerciales se anuda a su alrededor”, agrega, refiriéndose a Tucumán. La Puna, Catamarca y La Rioja, las altas mesetas andinas, despiertan también el asombro del viajero cautivado por sus paisajes y su gente, porque “esta tierra de costumbres y tradiciones es también tierra de circulación intensa”, vinculada a la actividad de intercambio (Denis 87). Para Pierre Denis “los propietarios de los carros eran verdaderos empresarios por cuenta de los cuales se hacían los transportes” (Denis 110-111).

“El rasgo más original de la organización de la industria azucarera en Tucumán, es la conservación, al lado de los propietarios de ingenios, de una clase independiente de cultivadores, los cañeros”, que persisten junto a la pequeña y mediana propiedad (Denis 115). Quien describe tiene clara conciencia de que no son equivalentes los intereses de los dueños de las fábricas, al de los “colonos” de ingenio, ni de los cañeros. Los cañaverales tucumanos como renovadores del “jardín de la República”, importan tanto como la alta sierra de La Lumbre o los Llanos de La Rioja. Todos son aspectos que –unidos a la valorización del suelo y los aspectos políticos y económicos del riego– la pluma del geógrafo francés plasma con precisión y de modo menos bucólico que el relato de Huret, quien se deja impresionar por los grandes empresarios. De todos modos, para Pierre Denis –como para Huret– son los bosques de quebracho que pueblan el Gran Chaco –más allá de la frontera argentina– los que más impactan en su relato de observador curioso y preciso (Denis 135-137). A ellos y a la Patagonia con su riqueza ovejera, dedica una buena parte de su obra.



CeDIAP

M. O. P.
Edificio Fiscal Av. de Mayo y Sgo. del
Estero
Conjunto del edificio.
Abril 1932

Conclusiones

No hay dudas de que los territorios tienen identidad. Los viajeros estudiados en este breve trabajo tratan de captarla y describirla a través de un relato simple pero también cargado de una intencionalidad que sus propias misiones les fijan. Obedecen a un mandato y lo registran como una pintura, pero con una paleta de colores que elige el propio viajero, más allá de los hechos que se le presenten. En este caso y para hacer posible la comparación se han tomado las regiones comunes por ambas recorridas.

Jules Huret hace suya las apreciaciones de algunos coterráneos que habitan en nuestro país hace tiempo y señala cómo “la República Argentina se asemeja a una gran casa que no tiene más que una puerta de entrada –Buenos Aires. Su fachada es pequeña y enorme su profundidad; pero no tiene salida, como las antiguas casas españolas, tan en desacuerdo con las exigencias de la vida moderna. Habría que proporcionarse una puerta de escape, por el ferrocarril del Pacífico”, dice sin rodeos (Huret 257).

Sus reflexiones irían más allá luego de haber recorrido el Gran Chaco Argentino y sus bosques de quebracho. El periodista de *Le Figaro* se preguntaría por el porvenir industrial de la Argentina toda: “¿Por qué habría de seguir enviando eternamente a Europa y América sus cueros, y sus lanas, sus maderas y su tanino, cuando le sería tan fácil crear fábricas de hilados, de tejidos, de curtidos y de calzados?” (Huret 290). Una pregunta que en la historia nacional se formulara muchas veces desde distintos sectores, sin poner en cuestión la dependencia y el perfil agroexportador impulsado por el modelo vigente desde los albores de la gestación de la Nación. “Cuando se ha vivido algún tiempo en la Argentina y se ha reflexionado un poco en las condiciones de su formación, acabamos de comprender que son injustas, y que no deben hacerse las comparaciones rigurosas entre Europa y estos países nuevos, de creación reciente”, dice Huret a modo de corolario (Huret 294).

En el caso de Pierre Denis su obra debe ser catalogada como una versión de la geografía regional argentina, articulada con una visión histórica de las regiones, aunque el lector pronto descubra en ella su preocupación por ir más allá. Si bien no es una fuente en sentido estricto, si lo es a la hora de ver plasmada parte de “la nacionalidad argentina”, que el viajero prefiere no abordar directamente al considerarlo un asunto complejo. De todos modos comprende y describe con

precisión, el papel que el río y el puerto han jugado en la línea del poblamiento argentino y en la concepción del “progreso” positivista de la Argentina Moderna. Como explicara Elena Chiozza en el Estudio Preliminar a la obra de Denis “por honestidad intelectual no se resignó a repetir la estereotipada imagen de la pampa pródiga, confiada a ciegas en el progreso y la prosperidad definitivamente conquistados, ajena a los cambios ocurridos en derredor” (Denis 21).

A la hora de ponderar el “sentimiento nacional argentino” lo identifica con “el amor a la Patria” el que a su vez “abreva en las estadísticas y gráficos infinitamente repetidos y renovados que traducen las diversas formas de creación de la riqueza”. Denis atribuye ese sentimiento a “la satisfacción personal que da al comerciante la amplitud de sus negocios, al agricultor la opulencia de sus cosechas, al propietario el alza de los precios de la tierra”, porque entiende que “la prosperidad de los individuos está estrechamente ligada a la del país” (Denis 35). No importa el rango social, ese es un sentimiento colectivo que trasciende los niveles de riqueza y de pobreza de la gente. La unidad económica es para Pierre Denis “fundamento cada vez más inquebrantable de unidad política” en la Argentina Moderna [Denis 44; Levinas (1993)].

“Los relatos de viaje sobre la Argentina del Centenario dan sentido al complejo especular, desde donde Europa nos mira pero también se mira a sí misma”. Es que “la hegemonía cultural de los viajeros se reflejaba en las imágenes descriptas en sus libros de viajes”, con una carga simbólica derivada de sus comunidades de origen; es decir que, a la hora de evaluar el espacio y sus actores “la racionalidad que le asignaron estaba determinada por sus parámetros culturales, pero fundamentalmente por asignaciones de valoración político-económica” (Navarro 9).

Los recorridos de ambos viajeros, con sus propias misiones e intencionalidades y en tanto empresas legitimadoras, reiteran el poder de la palabra, construyendo nuevos saberes y reconociendo renovados espacios de sociabilidad producto de la interacción; sabiendo que los hechos no se imponen por sí mismos, sino que deben ser conocidos y reconocidos como tales por la sociedad en su conjunto para integrar la memoria colectiva. Son también estos relatos los que desconocen “la cuestión social”, las restricciones políticas y el alcance del poder de “los notables”, y los que encierran –con precisiones diversas– uno de los mensajes posibles de la diversidad de la Argentina en los tiempos del Centenario, cuando, como dijera Georges Clemenceau, “es el momento de abrir los ojos” (Clemenceau 13), frente a este “modelo exitoso” de Nación.

BIBLIOGRAFÍA

- Clemenceau, Georges (1999). *La Argentina del Centenario*. Bernal: Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes.
- Denis, Pierre [1920 (1987)]. *La valorización del país. La República Argentina-1920*. Buenos Aires: Ediciones Solar. 7.
- García Canclini, Néstor (2011). "Geopolítica y arte. La bienal de la desglobalización". *Revista de Cultura* N° 422: 10-11.
- Huret, Jules [1911 (1986)]. *De Buenos Aires al Gran Chaco*. Buenos Aires: Hyspamérica.
- Levinas, Emmanuel (1993). *El tiempo y el otro*. Barcelona: Paidós.
- Losada, Leandro (2010). *Esplendores del Centenario. Relatos de la elite argentina desde Europa y los Estados Unidos*. Buenos Aires: FCE.
- Navarro, Fernando y Sandra Fernández (2001). "Viajes y viajeros: sobre algunos tópicos para entender la mirada cultural sobre la economía regional argentina". *Revista Theomai* 3: 1-14.
- Pratt, Mary Louise (1997). *Ojos imperiales: literatura de viajes y transculturación*. Buenos Aires: Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes.

Roberto J. Payró y el reporteroismo viajero

Martín Servelli



In Chia regione ad litora S. Juliani Magelliani contra
quendam fretum hoc perhibentur homines copiosius proceros
magis duntaxat in parte septentrionali. Qui demulso abique nullo frigore
virescentis liquas per gustum ad stomachi usque fundum

Philippus anno 1520 ad inveniendum Fretum hoc Magellianum
cum ad Hispaniam conuersus ad Anglos vero P. Fernandus
in quodam loco Hispaniae cum perreptos inuenit

LA AUSTRALIA ARGENTINA

EXCURSION PERIODÍSTICA A LAS COSTAS PATAGÓNICAS

TIERRA DEL FUEGO É ISLA DE LOS ESTADOS

XVII

EL TRIUNFO DEL PAISAJE

Ni aun pasaba por nuestra imaginación que sobre aquellos acantilados, ó en aquellas playas, detrás de un tronco ó de una piedra, pudiera ocultarse algunos de esos indios fueguinos en cuyo detrimento se han forjado tantas leyendas, haciéndolos antropófagos, ladrones y asesinos por tendencia, leyendas que no se desvanecerán muy pronto, aunque ya se haya trabajado en ello.

De pronto nos sorprendió el espectáculo de uno de los ventisqueros, el primero que veíamos en los canales, y también uno de los más pequeños, cuya nieve llegaba hasta el mar, con tonos azulados suaves y tenues, muy finos, que hacían resaltar más la blancura casi absoluta de la nieve en la cima, destacada á su vez sobre el fondo plomizo del cielo. Hermoso espectáculo, que nos produjo profunda impresión, aunque entre

Hacia 1892 Roberto J. Payró ingresó a la redacción del diario *La Nación* iniciando un estrecho vínculo con la empresa periodística de los Mitre que se mantendría hasta el año de su muerte, en 1928. Con solo veinticinco años de edad, Payró ya era por entonces un periodista experimentado, que había desempeñado diversas funciones en medios de prensa desde 1883, como *El Comercio*, *La Patria Argentina*, *La Libertad*, *Sud América*, *La Razón*, hasta fundar y dirigir su propio diario, *La Tribuna*, en la ciudad de Bahía Blanca en 1889. En este diario completó su formación y adquirió la flexibilidad necesaria para encarar todas las tareas relativas a su publicación, ya que, de acuerdo a su propio testimonio, él mismo lo realizaba por entero.¹

Ingresar a *La Nación* en la última década del siglo significaba alcanzar un sitio de privilegio en el reducido espacio cultural porteño que permitía anhelar sobre bases firmes una consagración en el mundo de las letras, como lo revela Payró en esta evocación retrospectiva:

¿Quién, sobre todo si amaba las letras y aspiraba a hacer de ellas más que su deleite, su carrera, no la desplegaba religiosamente cada día, para devorar su contenido y reavivar la llama ambiciosa y secreta, más ardiente, por lo tanto, de incorporarse algún día a su redacción?²

Por ese entonces, bajo la administración de Enrique de Vedia, *La Nación* atravesó una etapa de modernización en la que el discurso informativo fue desplazando paulatinamente a las prácticas partidistas, se expandió el espacio dedicado a los reclamos publicitarios y se especializaron las tareas internas del periódico. Fue en este contexto que Payró se incorporó a la redacción e inició un activo periplo de giras periodísticas por las provincias argentinas, inaugurando la práctica profesional conocida como *reporterismo viajero*:

Este arte del reporterismo viajero no admite dilaciones, como que en el espacio de unas pocas horas tiene uno que darse cuenta del medio ambiente, de las cosas, de los hombres, de la pasión y la indiferencia, del temor y de la soberbia, yendo hasta la médula a escudriñar la verdad que, desnuda y pudorosa, está siempre en el fondo del pozo.³

¹ Véase Eduardo González Lanuza (1965). *Genio y figura de Roberto J. Payró*. Buenos Aires: Editorial Universitaria de Buenos Aires.

² Roberto J. Payró (1920). "La Nación y su influencia en la cultura argentina". *Suplemento del cincuentenario. La Nación*, 4 de enero.

³ Julián Gray (Roberto J. Payró) (1892). "En los dominios platenses. (Viaje de un hijo de estas tierras que sabe decir la verdad). Primera Zona". *La Nación*, 9 de diciembre.

Bajo esta premisa y con la libreta de apuntes en mano, Payró recorrió sucesivamente: Santiago del Estero (1892), Buenos Aires (1892-93), Corrientes y Córdoba (1893); viajó a Chile en 1895, realizó una gira por Santa Fe (1897-1898), una excursión a la costa patagónica, Tierra del Fuego e Isla de los Estados (1898), cubrió el viaje del presidente Roca hasta Punta Arenas y acompañó al primer ministro de agricultura, Dr. Emilio Frers, en su visita a Mendoza, San Juan, San Luis, Córdoba y Tucumán (1899); visitó Catamarca, La Rioja, Tucumán, Salta y Jujuy (1899-1900) y la zona inundada de la llanura bonaerense (1900); cerrando este ciclo la gira uruguaya tras el caudillo oriental alzado en armas, Aparicio Saravia (1903).

Sus crónicas de viaje proporcionaron representaciones del territorio nacional y de sus habitantes, caracterizaron sus costumbres y modos de vida y singularizaron algunos de los paisajes emblemáticos que habrían de institucionalizarse como imágenes simbólicas de la nación.

El momento culminante de las giras periodísticas de Payró por las provincias son los años de 1898-1899, en los que recorre sucesivamente la Patagonia y el norte argentinos, completando con este gesto abarcador una representación totalizante del espacio nacional. Frente al mosaico racial y cultural que presentaba la Argentina en el cambio de siglo, el conjunto de crónicas diseña una unidad territorial, donde el pionero inglés de la Patagonia convive con el baquiano quichua de Catamarca en el nuevo espacio de lectura que suministra el crecimiento explosivo de la prensa a fines del siglo XIX. Una nación imaginada para una comunidad en vías de auto reconocerse como tal.⁴

La relevancia de ambas giras se verifica tanto en la extensión de sus correspondientes publicaciones originales como en sus posteriores ediciones en libro. *La Australia Argentina* se publica en el espacio del folletín a lo largo de noventa y siete entregas, entre el 15 de mayo y el 26 de setiembre de 1898, constituyendo la serie más voluminosa, y en formato libro a fines del mismo año. Por su parte, *En las provincias del Norte. Excursión periodística a Catamarca, La Rioja, Tucumán, Salta y Jujuy*, aparece en las páginas del diario entre el 22 de octubre de 1899 y el 22 de enero de 1900, abarcando un total de nueve entregas. Aunque su edición en libro se concreta recién en 1909, cuando Payró reescribe las crónicas, las amplía y reagrupa bajo el título de *En las tierras de Inti*.

⁴ Benedict Anderson, en su trabajo sobre el origen de los nacionalismos, ha estudiado la importancia del periódico en la formación de las comunidades imaginadas y analizado la extraordinaria ceremonia masiva que supone el consumo casi simultáneo del periódico. Cfr. Benedict Anderson (2000). *Comunidades imaginadas*. Buenos Aires: FCE.



Indios Alacaluf.
Lámina
perteneciente al
libro de Roberto J.
Payró, *La Australia*
Argentina. Buenos
Aires: *La Nación*,
1898.
Biblioteca Nacional

El periodismo aporta una nueva matriz perceptiva y retórica que se revela en la capacidad para recoger información *in situ*, para interrogar a eventuales interlocutores, para extraer una significación social y económica que desborda las anécdotas.⁶ El ojo periodístico registra, investiga, explora los extremos del país incorporándolos al dominio de las noticias mediante una equilibrada combinación de información, instrucción, entretenimiento y opinión orientada por un destinatario privilegiado: el lector porteño. El género específico de la crónica, que Payró y otros periodistas de la época inauguran, incorpora un heterogéneo entramado discursivo como rasgo característico que se verifica en estos textos: censos, estadísticas, mapas e ilustraciones conviven con relatos de aventuras y romances, representaciones paisajísticas, descripciones de tipos y costumbres, reportajes, leyendas e innumerables observaciones políticas, sociales y económicas.

La tematización de los pormenores del oficio periodístico es una constante de estas crónicas de viaje. Este nivel de reflexión metadiscursivo puede vincularse con la militancia de Payró en defensa del quehacer profesional, desde que manifiesta una particular atención a las condiciones y medios de producción laboral:

de su tamaño, y su resaca atraía todas las miradas... detenido bastante en el... de ellos, entre otras cosas, lo siguiente: los ventisqueros hasta... der principalmente (ad... se bien, que existe una... n la región superior) de... e las nieves eternas en... as situadas cerca de la... ite de las nieves es muy... tierra del Fuego, podía... os ventisqueros se ex... mar. No por eso dejó... rfuendo asombro cuando... correspondiente a la de... dos los valles de una... s cuya cima no se eleva... pies, llenos de ríos de... nte la costa. Casi todos... us penetran hasta el pic... evada, no solo en Tierra... ibría durante 630 millas... re la costa, dirigiéndose... anan en simonens, en... ueros, para emplear las... os oficiales encargados... presentaron a nuestra... nias cubiertas de tém... agua clara, después de... as montañas cubiertas... cclinados todos paralela... o, como por un solo gol... tielo de verano!—excla... della temperatura, en ese... y húmedo tiene que sor... a de tanta nieve, puesto

que el ventisquero europeo (1) cuya nieve baja hasta el mar, que se halla más al sur, está casi dos mil kilómetros más cerca del polo, que los del canal del Beagle... El más curioso por los contrastes que ofrece, es uno que llegando en otro tiempo hasta el agua, ha formado una gran morena con el armestre continuo de materiales sobre la línea negra de esta formación reciente, se ve bajar enorme río de nieve, como una cascada, mientras en el fondo se alza la montaña blanca que le da nacimiento junto a otra pardusca y sin nieve, y a los costados aparece la costa accidentada, desnuda a la izquierda, cubierta a la derecha de árboles que desde lejos parecen mondadientes...



Punta "Divide" en los Canales

un rincón desolado, árido y triste, se ve bajar hacia el mar un río de piedras, visión casi diabólica que causa asombro mezclando a cierto temor. Enormes piedras siembran un plano inclinado, como olas de un mar inmovilizado, hechizado de pronto. Se esperaba verlas derrumbarse de repente retumbando con sordo fragor al caer en el agua, y al mirarlas desde el barco en movimiento, parecen moverse ellas también. Ideas de cataclismo sugiere al paisaje, y la mente se abisma buscándole causa. Los sabios afirman que la Tierra del Fuego ha sido sacudida por grandes terremotos, y al contemplar su aspecto, no se duda de que las fuerzas de la naturaleza hayan trabajado allí con extraño vigor, hasta con rabia: las quebradas, las grietas, las hendiduras, las caprichosas cortaduras de las rocas, las colinas y los montes, el sello de violencia que se nota en cien partes, lo demuestran de una manera visible. Solo por un terremoto de fuerza intensa podría explicarse este fenómeno, que se ve

con más frecuencia en la isla de los Estados y en las Malvinas... El paisaje es triunfal, cualquiera se tienda la vista, ya sea que produzca impresiones de terror, como una tierra escabrosa y guindada, de asperezas y amenzadoras rocas, ya se suavice, y halanda, sin embargo, contrastados ruidos de color, aglomeran la gran mancha blanca de la nieve con la sombra de las peñas y los verdoros de los árboles, ya se haga suave, blanca, casi idílico en alguna playita de aguas resacas en que va a morir majestuosamente la ola espumosa, coronada de árboles, alternada de verbenas y de flores, en que brillan los puntitos rojos de las frezillas silvestres, las perlas moradas, casi negras del canchale, y la nota vibrante de las alhajas, de las vitrolas amarillas, con el ruido que con perfume de la Tierra del Fuego... A veces el panoramas tiene una grandiosa sublimidad, se hace majestuoso y sereno, con tal armonía tal fusión de matices, que trabajado al nivel con toda ingeniería, parecería una creación genial, uno de esos cuadros en que los artistas modernos, sueñan comprender y revelar el secreto de la naturaleza. Cuando brilla el sol, todo es allí soberbio, la luz se quiere, y escudriña en la nieve, dora los rascos, da frescura e intensidad a los árboles, claridad cristalina al agua, se atesora en las bondadetas, donde los ligeros vapores que no logran despegarse, toman reflejos opalescos, cubriendo las lontananzas, proyecta sombras violentas tras de los picos, y no satisfecho aún, aporrea las grutas de agua que han quedado en la atmósfera para descender en cascadas caudales, el brillante arco-iris, levemente casi diario en aquellos parajes, donde siempre tan a menudo.

(1) En las costas de Noruega y a los 67° de latitud, según Von Buch.

⁶ Véase Beatriz Sarlo, "Prólogo" a Roberto J. Payró (1984). *Obras*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.



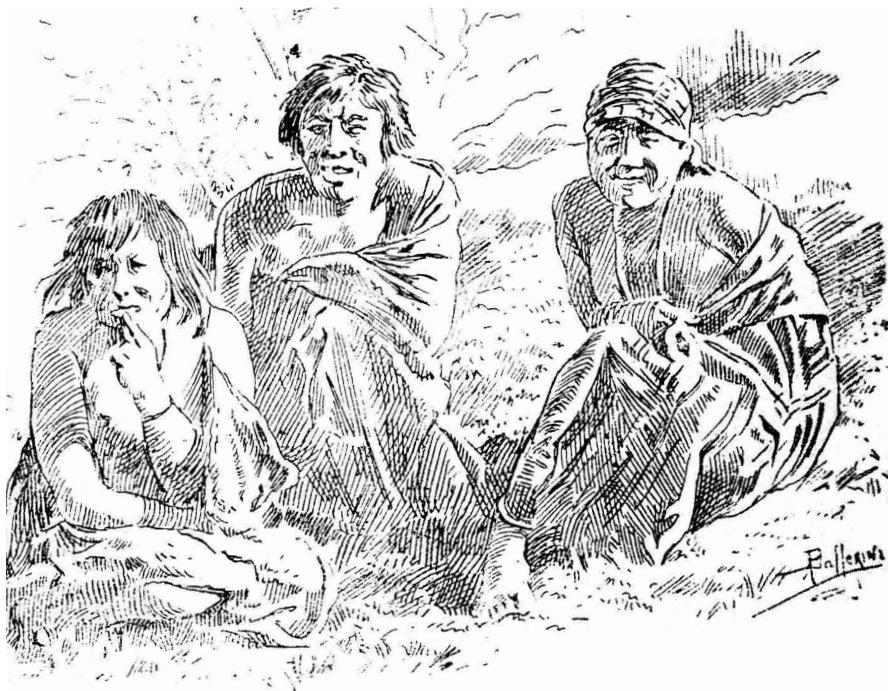
(ARRIBA)
*Descripción del
paisaje de Tierra del
Fuego e Isla de los
Estados.* Diario la
Nación, 12 de Julio
de 1898.
Biblioteca Nacional

(ABAJO)
(Izq.)
Chozo fueguina.
Pertenece
al libro de Roberto
J. Payró
*La Australia
Argentina.* Buenos
Aires: La Nación,
1898.
Biblioteca Nacional



(Der.) *Ona adulto.*
Pertenece
al libro de
Roberto J. Payró.
Idem Supra





(ARRIBA)
Fueguinos
en canoa
Idem Supra

(ABAJO)
(Izq.)
Indios Onas.
Idem Supra

(Der.)
Indio Alacaluf.
Idem Supra

En la vida del repórter se observa a la larga cuán malos colaboradores son el lápiz y la cartera de apuntes. Un periodista habla con un individuo sobre cualquiera cuestión interesante, la pregunta, está obteniendo de él datos preciosos, tiene toda la confianza y toda la locuacidad del interlocutor en favor suyo. Pero de pronto saca el carnet, esgrime el lapicero, y la fuente se ciega como por ensalmo. La confianza se trueca en temor, la locuacidad en reticencia, y los datos positivos, a veces, en rotundas negativas [...]. (LAA, 123).

La entrevista ocupa un lugar primordial como recurso a las fuentes orales de información. El vocablo todavía inestable alterna con la expresión inglesa *interview* (que remite a los orígenes norteamericanos del género desarrollado por uno de los impulsores de la prensa sensacionalista, Gordon Bennet del *New York Herald*) y con adaptaciones verbales de naturaleza híbrida como *entrevistar*. La pericia de Payró en esta práctica específica define uno de sus aportes fundamentales a la redacción de *La Nación* y constituye uno de los procedimientos privilegiados desde que lo incorpora a sus primeras crónicas de viaje, con las que, según Raúl Larra, inaugura un género hasta entonces inexistente, el del *reportaje literario*.⁷

También las fuentes documentales escritas aparecen con carácter recurrente, fundamentalmente en *La Australia Argentina*, texto que revela su afán de compendiar la suma de saberes geográficos, naturales y etnográficos de un territorio que a esta altura ya cuenta con un sólido corpus textual de viajeros y exploradores. Payró exhibe en todo momento esta biblioteca que suele citar *in extenso*, empezando por Darwin, el viajero más invocado, cuyo *Viaje de un naturalista alrededor del mundo* describe, en su itinerario fueguino a bordo del Beagle, los mismos territorios recorridos por el cronista; remontándose a Sarmiento de Gamboa, Pigafetta, y Bouganville; pasando por Fitz Roy, Martín de Moussy, D'Orbigny; el Perito Moreno, Ramón Lista, el capitán Moyano; hasta llegar a los colonos contemporáneos del autor como Bridges y Popper. Mientras que en el caso de *En las tierras de Inti*, se observa la preferencia por incorporar la bibliografía que contemporáneamente están produciendo quienes impulsan la investigación folklórica como Lafone Quevedo, Adán Quiroga o Juan Bautista Ambrosetti.

⁷ Raúl Larra (1960). *Payró. El novelista de la democracia*. Buenos Aires: La Mandrágora.

Identidades en pugna

Jens Andermann ha demostrado, a partir de un extenso corpus de escritura viajera y clásicos de la literatura argentina, cómo el territorio que circunscribe entidades político-culturales no es meramente arbitrario ni auto-evidente, sino un artefacto producido en el discurso: “El territorio es, entonces, en primer lugar, el nivel donde se fijan las condiciones de posibilidad que viabilizan la producción y convencionalización de determinados discursos identitarios”.⁸ En este sentido, las crónicas de Payró revelan aspectos ejemplares de esa indisociable trama discursiva que anuda territorio e identidad, en un período caracterizado por modificaciones sustanciales en la composición de la población argentina, producto de la extraordinaria afluencia inmigratoria.

La excursión por las provincias del norte coloca a Payró frente a una sociedad prácticamente intocada por la inmigración reciente, con notables diferencias de clase entre las familias de abolengo (patricias) que conforman una suerte de aristocracia feudal y el campesinado pobre donde prevalece el elemento indígena; entre la “gente de corbata” y el “churo de ojota”.⁹ Esta sociedad tradicional, a pesar de los signos de atraso que detecta el cronista, conserva una esencia en la que la idea de patria se combina con el linaje criollo para contraponerse al carácter cosmopolita de Buenos Aires. El conocimiento directo de las diversas bases demográficas y culturales que le proporciona su actividad periodística produce representaciones variables de la masa extranjera y el rol que le cabe desempeñar. Mientras que en la Patagonia celebra que se esté formando “una especie de haras humano”, que se prepare “una raza poderosa”, merced a la influencia anglosajona; en las provincias del Norte extraña la amalgama que la inmigración europea está produciendo en el litoral, aunque resalta el componente criollo neto, término adjetivado en el que conviven la acepción que designa a los individuos de origen español nacidos en América, con su sentido traslaticio que significa lo nacional, lo autóctono, lo propio y distintivo del país. Pero estos diagnósticos regionales se vuelven más complejos en la provincia de Buenos Aires, donde la cuestión política atraviesa la impronta racial, como puede leerse en las descripciones de las autoridades de campaña, en quienes el elemento extranjero se funde para potenciar los rasgos más negativos del gaucho.

No se encuentra en estos textos de Payró un planteo unívoco en la apreciación de los componentes poblacionales, si bien subyace el ideal de una sociedad nacional

⁸ Jens Andermann (2000). *Mapas de poder. Una arqueología literaria del espacio argentino*. Buenos Aires: Beatriz Viterbo.

⁹ Roberto J. Payró (1960). *En las tierras de Inti*. Buenos Aires: Editorial Universitaria de Buenos Aires.



(ARRIBA)
Yacamush (médico).
Idem Supra



(ABAJO)
Fueguino.
Idem Supra

homogénea. Sí resalta la alerta ante el desvío que supone la amalgama de una “mala” extranjerización con una base autóctona inadecuada y la certeza de encontrarse en sus viajes con un “pueblo en formación” y frente a un cúmulo de interrogantes:

Bullen los metales en el crisol, pero como han sido echados en él sin previo examen, no puede preverse qué amalgama resultará. Sufrimos los efectos de una violenta gestación, surgen las gangas a flor de ese metal, y hay quien no ve cómo se calcinan, y quién no sabe que son escorias, útiles cuando más para quebrarlas y hacer con ellas pedregullo. Y esas gangas flotantes sobre la superficie de esa amalgama enorme, tienen sus analogías en todos los ámbitos del país, desde Jujuy hasta la Tierra del Fuego [...].¹⁰

A la metáfora convencional del crisol de razas, Payró incorpora la más inquietante de las gangas o desperdicios de la fundición, anticipando un malestar que, anclado en la política a partir del conflicto entre el capital y el trabajo, derivará en pocos años en una de las resoluciones más controvertidas del gobierno argentino para con la inmigración, como fue la Ley de Residencia o ley de expulsión de extranjeros. En este breve repaso se comprueba que la cuestión identitaria constituye un tópico central de los viajes periodísticos, en tanto artefactos discursivos que modelaron a un tiempo el espacio nacional y la comunidad que lo habita.

207

Las dos miradas

Orientadas por una clara vocación pedagógica, las crónicas de viaje de Payró no se conforman con la cobertura periodística, sino que plantean asimismo una instancia programática, a través de análisis proyectivos que anticipan el desarrollo futuro de las regiones, los obstáculos y las potencialidades respectivas. La Patagonia es el lugar de exaltación del pionerismo, de la inmigración que fecunda las costumbres, de las esperanzas progresistas del socialismo pedagógico de Payró. El habitante privilegiado es el colono extranjero que representa la avanzada de la civilización y el progreso en una tierra ignota y virgen, el espíritu de empresa, la sagacidad para los negocios, la perseverancia ante la adversidad, el carácter

¹⁰ Roberto J. Payró (1987). “La justicia santafecina”. *La Nación*, 29 de octubre.

aventurero de raza. Sobre él recae gran parte de la responsabilidad por el adelanto de la región. Por el contrario, el Noroeste se representa como un territorio detenido en el tiempo, con costumbres arraigadas en el pasado colonial, dominado por una política corrupta, a tras mano de los progresos del país. Los pueblos originarios son caracterizados por la superstición, la ignorancia y la inclinación a la *chicha*. La inmigración sigue postulándose en este marco como el único recurso posible para el cambio regenerativo.

Este sistema perceptivo dual se manifiesta no sólo en diversos ejes temáticos sino que moldea las crónicas desde su concepción estructural. Por un lado las del norte argentino aparecen dominadas por referencias al pasado, bajo la forma de un compendio de tradiciones, leyendas, episodios y consejos que alternan con las peripecias del relato de viaje propiamente dicho. La densidad histórica de la zona así como la riqueza del acervo folklórico, que por esa misma década comienza a documentarse desde esta perspectiva, son las causas aducidas para tal profusión de micro-relatos incrustados en las crónicas. Observa Alfredo Rubione, que entre 1888 y 1893 puede situarse el momento de emergencia del interés de los investigadores por la cultura popular tradicional: “Se estaba produciendo en el marco de la modernización del Estado [...] ya no el previsible ‘salto hacia el futuro’ sino, por el contrario, ‘el salto al pasado’, es decir la recuperación, exaltación y retorno hacia asuntos, relatos y costumbres anteriores al estallido inmigratorio”.¹¹ Payró da cuenta de este proceso operativamente, mediante la descripción y transcripción de cultos, tradiciones, rituales, fiestas y leyendas que recopila en su viaje.

Por su parte, las crónicas del sur del territorio incentivan el sueño del porvenir, en el que Payró despliega la fantasía evolutiva de una arcádica Patagonia poblada desde Viedma hasta Punta Dungeness, cubierta de puertos y aldeas, cruzada por trenes cargados de productos y barcos a vapor que remontan los ríos rebosantes de mercaderías, minerales y maderas. La Patagonia inventada por Payró apela sin ambages al lector del periódico estimulando esta imagen parcial y arbitraria:

Invito al lector a considerar los nombres –sólo eso– de los pobladores de aquella tierra, cuando poco más adelante, inserte el plano del territorio de Santa Cruz con los establecimientos ganaderos que lo pueblan; y lo invito a que medite sobre ello, para arribar a la conclusión de que, en efecto, en Patagonia, se prepara una raza distinta de la nuestra. (LAA, 116)

¹¹ Alfredo Rubione (2006). “Retorno a las tradiciones”. A. Rubione, director. *La crisis de las formas*. Vol. 5. Noé Jitrik, director. *Historia crítica de la literatura argentina*. Buenos Aires: Emecé.

Más allá de los diagnósticos contrastantes, el análisis da cuenta de la voluntariosa construcción de un imaginario nacional que estas crónicas propiciaron, sumándose a las múltiples manifestaciones tendientes a la consolidación de la nacionalidad en la sociedad argentina, en un período de profundas transformaciones sociales.

Según Anthony D. Smith, las imágenes y tradiciones que contribuyen a la construcción de naciones no son creaciones artificiales de *intelligentsias*, jefes o ingenieros culturales, sino el producto de una compleja interacción.¹² No se trata de componer la nación como un artefacto cultural, como una pieza de ingeniería social donde se seleccionan elementos de orígenes diversos para ensamblarlos en un artefacto compuesto (lo que este investigador del nacionalismo llama “la teoría gastronómica de la nación” o “menú a la carta”); ni del concepto de nación como “depósito del tiempo” (la “perspectiva geológica” donde el pasado étnico explica el presente nacional), sino de un entramado donde se equilibran la influencia del pasado y las perspectivas del momento actual. En esta compleja interacción de fuerzas puede leerse la particular estructura narrativa de las excursiones periodísticas de Roberto J. Payró.

¹² Anthony D. Smith (2000). “¿Gastronomía o geología? El rol del nacionalismo en la reconstrucción de las naciones”. Álvaro Fernández Bravo, compilador. *La invención de la Nación. Lecturas de la identidad de Herder a Homi Bhabha*. Buenos Aires: Manantial.

**Mujeres de viaje:
Lina Beck Bernard,
Jennie Howard
y Ada Elflein**

Claudia Torre



*In China regione ad litora S. Juliani Magelliani contra
quendam fretum hoc perhibetur, homines copiosissime proceros
magnumque in partu 1048. Qui demulso abique noxio frigore
virescenti liquas per gustus ad stomachi usque fundum*

*Philippinis an. 1588 ad incedendum Fretum hoc Magelliani
cum ad Hispania confuissent ad Anglos vero P. P. tam in
in quod ibi eos Hispani cum peremptis inuenissent*



“Resulta agradable que el viaje tenga una arquitectura y que sea posible aportar a ella alguna piedra, aunque el viajero parezca menos alguien que construye paisajes –tarea del sedentario– que alguien que los desmonta y los deshace”.

CLAUDIO MAGRIS

El deseo de viajar atravesó todas las culturas, así como también lo hizo el deseo de permanecer en un lugar. Desde el comienzo de los tiempos, nómades y sedentarios construyeron sus perspectivas desde diversas percepciones y experiencias. Sin embargo, es el viaje el que parece aportar siempre un arte: el de descomponer y recomponer con reglas y cálculos un nuevo orden. El presente artículo analizará una escritura específica: la de los viajes de tres mujeres hacia el interior del territorio argentino, en un período que va de 1850 a 1920. Se trata de viajes que cruzan fronteras –reales y simbólicas– y de viajeras que experimentan el deseo de territorios desconocidos o reconocidos como peligrosos, entendiéndose que en estos peligros también resuena la pulsión de la aventura. Viajes hacia la Pampa, la Patagonia, el Norte argentino y el Litoral, son contados en clave autobiográfica o documental y emulan la pluma de los viajeros célebres. Los motivos de los viajes de estas autoras y la experiencia que en ellos tuvieron conforman un conjunto heterogéneo y, al mismo tiempo semejante. Se trata, no sólo de un espacio y una forma de viajar sino también de una perspectiva específica ya que en el período elegido la cultura del viaje femenino estaba poco desarrollada y además no era frecuente que las mujeres viajeras circularan por esas geografías. Estos viajes –enmarcados en la colonización agrícola santafesina, en la experiencia de la educación como programa de estado y en el oficio del periodismo gráfico– nos hablan de la práctica del viaje y portan un debate entre el imaginario desde el que se conciben y lo que se encuentra efectivamente, que es el resultado de la experiencia. De este modo, los tópicos más fuertes que atraviesan la cultura y la escritura de un viaje en el período que releva este artículo, aparecen representados en las escrituras; a saber: la disputa entre naturaleza y cultura, entre lo que se entiende por el estado primitivo o estado natural versus la *civilización avanzada*. Lo europeo contrapuesto con el *color local*, el exotismo, o en todo caso el estatuto de los diversos exotismos, la búsqueda de una voz para narrar el

213

(EN LA PÁGINA OPUESTA)
*Retrato de
Lina Beck Bernard.*
(Tomado del
libro de *Lina
Beck Bernard,
Cinco años en la
Confederación
Argentina:
1857-1862.*
Buenos Aires:
El Ateneo, 1935.
Biblioteca Nacional
de Maestros

viaje, la reflexión en torno a qué es lo que se ve, pero también en torno a qué es lo que se espera ver o a lo que es posible ver. Estos y otros tópicos pueden conformar las variables que tipifican los viajes del período, organizados y escritos en su gran mayoría por varones que viajaron.

No obstante, estos viajes de mujeres –a pesar de su atipicidad o tal vez debido a ella– pueden leerse como una manera de pensar el espacio, de concebir la sociedad y como una forma de pensar la construcción de una nación, así como de pensar el rol de las mujeres en las sociedades en que les tocó vivir, pero no necesariamente porque estas mujeres sean representativas sino justamente por lo contrario: porque son excepcionales. La excepción pensada aquí no como una forma del prestigio ni como un mero pionerismo (categoría en que a veces las mujeres son pensadas desatendiendo el uso del archivo y de la historicidad propia de toda experiencia) sino como el signo de una búsqueda. La propuesta, de alguna manera, es la de eludir la precursividad para pensar la narrativa de mujeres. Sus libros no destilan melancolía ni expresiones ensoñadas sobre las difíciles *Repúblicas Argentinas* que experimentaron en sus viajes. Más bien ellas, en su excepcionalidad, que es un punto del todo –un fragmento de algo mayor que las contiene pero que ellas no agotan– dicen con sus escritos, un mundo. Hablan de lo que significa habitar un lugar: poblar, enseñar el alfabeto, escribir para el periodismo. Sus procedimientos narrativos, sus ediciones intervenidas, sus imágenes, las historias de sus vidas provienen de estas experiencias.

214

Lina Beck Bernard no puede pensarse sin Florence Dixie, pero al mismo tiempo, su estilo de viaje y escritura derivan de Chateaubriand. Jennie Howard encarna a la maestra que escribe y puede relacionarse con Juana Manso y con Sarmiento como utopistas de la educación pero también con Cecilia Grierson, la primera médica graduada en la Argentina. Ada Elflein está en línea directa con las *reporters* viajeras de la década de 1880: Eduarda Mansilla quizás, pero también y sobre todo con Roberto J. Payró y más tarde con el Roberto Arlt de las *Agua-fuertes Patagónicas*. Se trata pues de mujeres atípicas pero al mismo tiempo inscriptas en la cultura de su tiempo.

Lina Beck Bernard (1824-1888) y la colonización agrícola

Lina Beck Bernard nació en Alsacia, Bitschwiller, un pueblo del Alto Rin, en Francia, en la frontera con Alemania y Suiza. De familia protestante de intelectuales y comerciantes, su padre fue asesinado por un obrero en una fábrica. Vivió en Suiza, se instruyó en derecho penal. Estaba rodeada de un clima liberal y democrático, le interesaban los problemas sociales de las mujeres. Se casó en 1852 con Charles Beck Bernard, empresario contratado por el gobierno argentino para establecer colonias agrícolas suizas en la provincia de Santa Fe. Lina viajó con dos hijos y tuvo dos hijos más en la Argentina. Además se murieron dos de sus hijos (sin embargo este dato no se menciona en su libro).

Entre 1857 y 1862, los Beck Bernard vivieron en Santa Fe y fundaron la colonia San Carlos. Volvieron a Europa y Charles organizó la inmigración suiza desde la ciudad de Basilea. Al regresar a Europa Lina escribió en francés su libro y Grasset Libraire Editeur lo publicó en 1864 con el título *Le Rio Parana. Cinq années de séjour dans la République Argentine*. También publicó una novela titulada *La estancia de Santa Rosa* cuyos temas y descripciones corresponden a la vida en las pampas argentinas. Lina frecuentó círculos intelectuales y políticos y fue amiga del legendario crítico Charles Sainte Beuve. El epistolario que mantuvo con éste fue publicado por la *Revue des Deux Mondes*.

En 1935 José Luis Busaniche realiza una edición de este libro para El Ateneo (Librería científica y literaria) en la que modifica la denominación "República Argentina" por la de "Confederación", con el argumento de que el período en el que Lina había estado en la Argentina comprendía ese período político.¹ A su vez, el investigador, coloca el subtítulo como título y le agrega los años de estadía.² El protagonismo del río en esa forma de titular queda anulado en este además.

Al mismo tiempo y según puede comprobarse, en esta edición faltan algunas partes de la original. Busaniche quitó párrafos enteros referidos puntualmente a anécdotas populares en torno a la figura de Juan Manuel de Rosas en las que éste aparecía como un perverso y/o como un loco. Cabe destacar que Busaniche ha sido el único editor del libro de Lina Beck Bernard en la Argentina. Al mismo tiempo, no pudo concebir una edición que no fuera intensamente intervenida respecto de su original, lo cual va en desmedro de la obra de la alsaciana.

¹ En 1854 Buenos Aires corta vínculos con las provincias y éstas forman la Confederación Argentina hasta 1862. La capital se establece en Paraná y allí reside, en tanto autoridad nacional, el Gral. Urquiza. En el transcurso de esos años tiene lugar en la provincia el proyecto de los Beck Bernard. La provincia de Santa Fe tenía entonces 6000 habitantes.

² Lina Beck Bernard (1935). *Cinco años en la Confederación Argentina (1857-1862)*. Buenos Aires: El Ateneo.

34.640
Lina Beck-Bernard

8.6.11/10/152
Cinco Años en la
Confederación Argentina

1857 - 1862

▼
Versión española de "Le Rio Parana, Cinq années
de séjour dans la République Argentine", por

José Luis Busaniche

el Plato - 57
1137 - 24 / 10 -
E L A T E N E O
Librería Científica y Literaria
FLORIDA 271 - CORDOBA 2099
BUENOS AIRES
1935
(557)
132 X 171

BIBLIOTECA NACIONAL DEL ESCLENTE
Y DEL ESTADU ARGENTINOS

Portada del libro de
Lina Beck Bernard,
*Cinco años en la
Confederación
Argentina:*
1857-1862.
Buenos Aires:
El Ateneo, 1935.
Biblioteca Nacional
de Maestros

Teniendo en cuenta las fechas del viaje que figuran en la traducción de Busaniche se puede ver que este libro, a través de sus relatos autobiográficos documenta un Litoral argentino que se codifica como la meca progresista de los ríos navegables y de la inmigración deseada, en clave sarmientina.³ Se refiere la experiencia de la colonización pero sobre todo se construye una historia en primera persona, a partir de la mirada de una mujer ilustrada, protestante, feminista, ávida de ver mundo, de observar otras culturas y sus signos, considerando que esos signos puedan ser verdaderas claves de interpretación. Ella viene a observar ese mundo en clave que, a su vez, se está construyendo cada día en el debate, por un tipo de cultura republicana y colonizadora: un mundo que se quiere moderno y que parece posible en Sudamérica. Por eso se trata de un relato sobre el presente pero que articula también un pasado y un futuro.

Jennie Howard (1845-1933) y la enseñanza laica

Jennie Howard vino a la Argentina en 1883, en plena modernización de la ciudad de Buenos Aires. Viajó más tarde al Litoral y a pesar de que regresó a su país en varias oportunidades, se quedó definitivamente en la Argentina y publicó su libro en inglés, en Buenos Aires, en 1931. Éste lo tradujo posteriormente Eduardo Rípodas y con ilustraciones de Ethel Ardanaz, lo publicó la editorial Raigal, en 1951.

El motivo del viaje de esta maestra era formar parte de la delegación de sesenta y una maestras y cuatro maestros norteamericanos contratados por Domingo F. Sarmiento para organizar el sistema de educación normal argentina, lo que hizo que su perfil de viajera fuera mutando hacia el de residente. Cuando Howard llegó al país, tenía 38 años, una edad poco juvenil en el siglo XIX, o sea que ingresó a la Argentina ya siendo adulta y venía de una importante experiencia previa en el campo de la educación, dada por sus años de enseñanza en los Estados sudistas de la Unión. El film *1420. La aventura de educar*, de Raúl Tosso, nos muestra una educadora que no teme venir a Sudamérica porque ese destino no le parece más duro que la experiencia que había tenido en el estado de Virginia (EUA) donde había sido objeto del acoso de las familias tradicionales esclavistas que la incriminaban por alfabetizar a los niños negros. “¿Qué me puede pasar en Sudamérica si yo ya estuve en Virginia?” razona Jennie Howard.

³ Así lo sostiene la investigadora Mónica Szurmuk en *Miradas Cruzadas: narrativa de viaje de mujeres en Argentina (1850-1930)*. México: Instituto Mora, 2007, y en la compilación *Mujeres en viaje. Escritos y testimonios*. Buenos Aires: Alfaguara, 2000.

Como se sabe, la convocatoria de Sarmiento, no estaba dada por la preferencia por el puritanismo protestante de estas mujeres sino por su peculiar ejercicio de la profesión y por su concepción de la educación como una herramienta reguladora de la vida civil y republicana que resultaba crucial en un país católico. En la Argentina de entonces, en pleno proceso de modernización, tenían lugar fuertes debates en relación con el rol de la Iglesia y su intervención en la educación.

Howard organizó la Escuela Normal de Mujeres de Corrientes, fue regente y vicedirectora de la Escuela Normal de Mujeres de Córdoba y luego de la Escuela Mixta de San Nicolás como profesora de pedagogía y aritmética. En 1893 volvió a su país a la *Feria Mundial de Chicago* pero se quedó en la Argentina hasta que murió a los 88 años. Según testimonios de la época fue la más antigua residente norteamericana en la Argentina.

El título de su libro⁴: *In distant climes and other years* parece aprisionar la escala de la distancia. Si bien esos climas no son distantes para ella al momento de la escritura, son narrados como tales para construir una suerte de memoria descriptiva de tono documental. El texto comienza contando qué se sabe de la Argentina en los Estados Unidos. Dos cuestiones resultan relevantes de ese imaginario previo: que la Argentina era la Patagonia y que Sarmiento si bien era un letrado progresista, habitaba en una tierra de carretas tiradas por bueyes. La Patagonia (según los antiguos mapas de América del Sur) estaba acompañada por una ciudad llamada Buenos Aires y las carretas y sus bueyes, cruzaban planicies interminables. Sin embargo, en las páginas de Howard encontramos mucho más que planicies y exotismos ya que sus descripciones logran poner en tensión el imaginario previo en relación con la propia experiencia de viaje, desarmando de este modo, lugares comunes y representaciones cristalizadas. Es así, que utiliza la escritura para reflexionar sobre la excepcionalidad de su experiencia que representa solo a las restantes maestras que viajan por razones múltiples: aventura, dinero, prestigio, ideales. Ninguna maestra sabía hablar español y solo en Buenos Aires ellas supieron que no iban a poder trabajar si no aprendían a hablar el español, que finalmente hablaron con fluidez.

En la dedicatoria del libro, Howard escribe: "Dedico este sencillo relato de algunos de nuestros hechos y empeños en los años pasados a mis colaboradoras y compañeras, vivientes y desaparecidas, cuyo coraje y entusiasmo se alzaron en respuesta al llamado de ayuda para implantar bajo la cruz del sur, en la República Argentina, los ideales pedagógicos de Horace Mann por vía del patriotismo de

⁴ Jennie Howard (1951). *En otros años y climas distantes*. Buenos Aires: Editorial Raigal. Traducido por Eduardo Rípodas e ilustrado por Ethel Ardanaz. La traducción corresponde a la primera edición en inglés publicada en 1931 en Buenos Aires: *In distant climes and other years* por *The American Press*.



*Retrato de
Jennie Howard.*
Tomado del libro de
Jennie E. Howard,
*In Distant Climes
and Other Years.*
Buenos Aires:
The American Press,
1931.
Biblioteca Nacional
de Maestros

57.968

DEPARTMENT
OF
Alice
Houston
Luigi

In Distant Climes
and
Other Years

By
JENNIE E. HOWARD

2

150X222

THE AMERICAN PRESS
BUENOS AIRES
1931

Pap n' 12

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

Portada del libro de
Jennie E. Howard,
*In Distant Climes
and Other Years*.
Buenos Aires:
The American Press,
1931.
Biblioteca Nacional
de Maestros

Sarmiento". Esta dedicatoria –astutamente triangulada– precede a un relato que no está escrito en primera persona y cuyo sesgo autobiográfico debe leerse a contrapelo porque tiene un deliberado tono impersonal para narrar un proyecto educativo cuyos artífices son mujeres y hombres norteamericanos que vinieron a la Argentina. No se trata de la experiencia personal sino de una experiencia colectiva en la que sobre todo las mujeres –que parecían en el viaje de ingreso en el barco “doncellas del Ejército de salvación” o “acróbatas de circo”– venían a realizar una tarea en común en relación con ideales progresistas: fundar, dirigir o enseñar en Corrientes, Catamarca, Mendoza, San Juan y Santa Fe. El viaje las involucra de lleno en esa experiencia colectiva.

En reemplazo de esas líneas autobiográficas que, a veces, se esperan de los viajeros (y sobre todo de las viajeras) que se aventuran en tierras exóticas y lejanas, Howard ofrece un relato en tercera persona donde además dedica dos capítulos a biografías –género próximo a la autobiografía y al mismo tiempo tan diferente– a dos hombres célebres de la época. En el capítulo “Domingo Faustino Sarmiento y la verificación de sus visiones” Howard recurre a las parrafadas biográficas más conocidas sobre el sanjuanino y también a las más instaladas en el imaginario popular. Lo piensa en el periplo “muchacho descalzo a presidente de la República” y lo llama “Padre de las Escuelas Normales de la República Argentina”. Por otra parte, en el capítulo “El Washington de la Argentina”, Howard ofrece una biografía de Bartolomé Mitre a quien considera el “Augusto Anciano” y de quien refiere no sólo sus hazañas militares sino, sobre todo, sus aportes intelectuales. Ambos capítulos, insertos entre la descripción de los destinos de las maestras, aún cuando parecen forzados en su inclusión, remiten a la intención de configurar un conjunto ampliado de acción que parece querer ofrecer la autora: se trata de un país en el que maestras norteamericanas, alumnos y grandes líderes construyen el futuro, de manera conjunta.

Howard muestra gran interés por contar las historias de las maestras y de ella misma. En su ímpetu documental nunca sabemos en verdad cuál de todas las experiencias contadas, es la que le corresponde a la vida de ella. Al mismo tiempo su relato historiza el proyecto pedagógico de Sarmiento a través de estas maestras nómades que, al permanecer en la Argentina, son testigos de cambios y nuevas concepciones de la vida política y social. Siempre se acentúa el progresismo de estas mujeres que se enfrentan con el autoritarismo de impronta colonial en una Sudamérica que se regía todavía por frailes imbuidos del espíritu del viejo

orden. Se trataba además de una Argentina que entraba de lleno en el debate por la Ley 1420, que –en un contexto de fuertes disputas, como se explicó– proponía una educación laica y estatal.

Entonces, en este sentido, y como en las páginas de Lina Beck Bernard, el relato no sólo avanza en el espacio, sino también en el tiempo. De las primeras épocas de autoritarismo y represión, hasta la discusión por la ley y luego a la instalación de un estilo de enseñanza que respondiera a los canones modernizadores, estas maestras se configuran narrativamente como uno de los hilos que sostienen ese proceso. Ellas recorren gran parte del territorio argentino del centro, del norte, del Litoral y de la cordillera mendocina (sorprende la falta de mención a la Patagonia como destino posible) y muchas tuvieron varios destinos, así es que experimentaron diversas geografías, climas y costumbres regionales y muchas veces tuvieron que partir, como consecuencia de disputas políticas y sociales de carácter local.

En el capítulo x se menciona al ombú, a quien, en una operación de traducción –ya no lingüística sino cultural– se lo llama “el faro de la pampa” o “el ermitaño de la pampa” expresiones que refieren metafóricamente, la cultura del mar, y la religiosidad ascética propia del protestantismo.

Si bien Jennie Howard no individualiza a las protagonistas, en el capítulo xvi encontramos una lista de nombres de todas las maestras mencionadas o aludidas en el relato previo. Así, deducimos que, aquella maestra especializada en *kinder-garten* que había trabajado en Corrientes no es otra que Sarah Eccleston, y que tanto Rachel King como Annette Doolittle o Clara Armstrong fueron parte de esa comitiva y son mencionadas con nombre y apellido así como “una hermana de la señora de Roberts” o “Señora de Hodges” y “Señor Johnson” cuyos nombres incompletos buscan ser capturados en esta memoria del pasado.

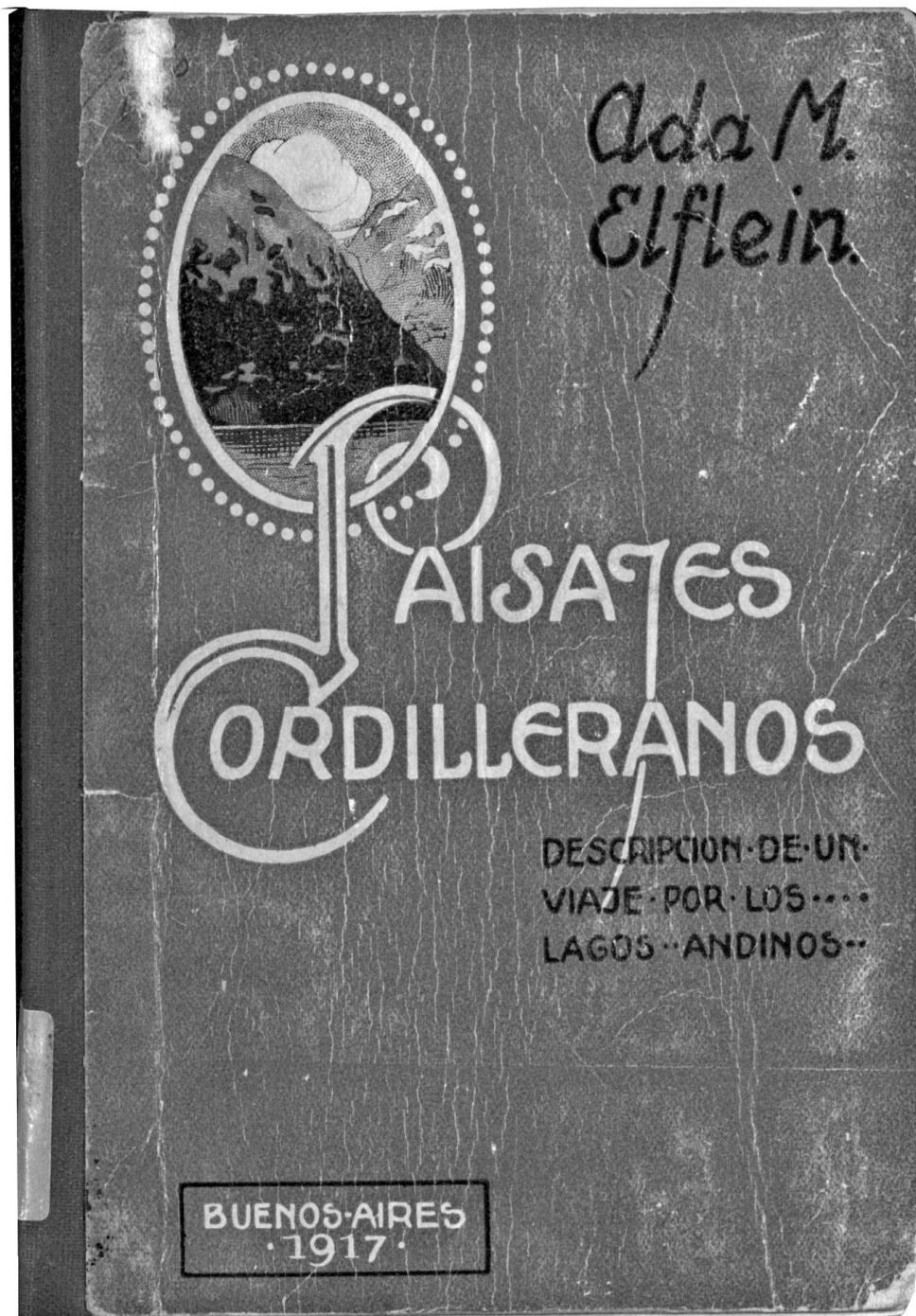
222

Ada Elflein (1880-1919) y la felicidad expedicionaria

(EN LA PÁGINA OPUESTA)
*Retrato de
Ada Elflein.*
Gentileza de la
Escuela “Ada María
Elflein”. (Esc. N° 10
D. E. N° 18 del
Gobierno de la
Ciudad de
Buenos Aires

Ada María Elflein era argentina de familia alemana, y vivía en Buenos Aires. Era maestra pero nunca ejerció la profesión y en 1905 ingresó al diario *La Prensa* que le encargaba todas las semanas un cuento para el suplemento dominical. En la redacción del diario, le habían asignado una pequeña sala solitaria para escribir.





Portada del libro de
Ada M. Elflein,
*Paisajes cordillera-
nos: descripción de
un viaje por los
lagos andinos.*
Buenos Aires, 1917.
Biblioteca Nacional
de Maestros

Esa salita puede considerarse en un doble sentido. Por un lado, resuena la idea del “cuarto propio” de las mujeres de Virginia Wolf, aunque mejorado, porque el cuarto propio de la escritora inglesa se juega en el interior de la propia casa y aquí lo hace ya, en el mundo laboral, casi como una oficina propia, de la que seguramente muchos de los empleados del diario carecían. Por el otro lado, parece ser también la forma en que una mujer puede incorporarse al mundo de la prensa gráfica activa, aunque, siendo aislada de los demás, como si su propia rutina de trabajo no debiera formar parte de la rutina masculina, de las formas de trabajo y del estilo de los varones, esto es como si esa salita no fuera un privilegio sino una forma refinada del confinamiento.

Ada Elflein viajó por el interior del país, a partir de 1913 y por la zonas cordilleranas de lagos en Chile y en la Argentina, porque como en el caso de los viajes por la Patagonia de Roberto J. Payró estimulados por el diario *La Nación*, la prensa estaba interesada en el periodismo de *reporters* viajeros en el contexto de la disputa de la soberanía con Chile.

El resultado de ese viaje es un libro⁵ en cuyas primeras páginas agradece el auspicio del diario, y refiere la experiencia de la travesía.

El viaje de esta autora puede pensarse desde su proximidad temporal con la Expedición de Julio A. Roca al Río Negro –llamada pomposamente “Conquista del Desierto”– que había tenido lugar apenas un poco más de treinta años antes. En 1879, militares expedicionarios miraban los horizontes de aquel desierto en el que no sabían si iban a encontrar raíces siquiera para comer, como señala uno de ellos en sus crónicas. Frente a esa forma de percibir y narrar el paisaje, Elflein aparece entonces, como una viajera civil y sofisticada que no necesita del rumbo de los ejércitos para transportarse por el territorio. Gozosa y apasionada, ella describe un paisaje que hasta entonces sólo había connotado peligro, lejanía y guerra. Su relato no tiene un tono frívolo pero tampoco tiene un tono militante en relación con su condición excepcional de género (mujeres que viajan y saben capitalizar las ventajas de sostener la transgresión). Lo que ella parece proponerse, es la descripción de un territorio que debe aún ser anexado, aunque sin guerras sino a través de la promoción de viajes placenteros, hacia esas geografías. *Paisajes Cordilleranos* exhibe, en este sentido, un itinerario minucioso: horarios de trenes, automóviles y lanchas así como paraderos, hoteles, excursiones posibles, incluidos los tiempos de duración de cada paseo para poder disfrutar de un espíritu de aventura que es lo que predomina en estas páginas cuando ella cuenta

⁵ Ada María Elflein (1917). *Paisajes cordilleranos. Descripción de un viaje por los lagos andinos*. Buenos Aires: s./e.

que escaló montañas, navegó en barcos a remo y en balsas a polea y durmió sola en hoteles y en carpas. En las historias de Elflein, el peligro no connota miedo ni resistencia sino alegría expedicionaria: “Hemos salido de Buenos Aires con el propósito de hallarlo todo bueno y no vamos a rendir las armas a las primeras de cambio”, señala la viajera. Su relato por momentos etnográfico, por momentos auto-biográfico y siempre en fuerte comparación con la cultura occidental y europea, se resiste sin embargo a la remanida consideración de la Patagonia como una suerte de Suiza argentina. Sus consideraciones son exigentes: “Todas las bellezas y encantos en el Nahuel Huapi se refunden en su majestuosa naturaleza. El hombre, no ha dejado en el pasado remoto, la huella esplendente de una acción inolvidable, tampoco ha logrado en el presente construir su hogar de una manera definitiva y característica”.

Al narrar la experiencia del viaje, la autora sugiere, velada y tímidamente, cierto lesbianismo. En la mayoría de sus viajes va acompañada de Mary Kenny, su amiga y compañera de viaje, o tal vez su pareja. No hay menciones explícitas a la situación ya que ésta aparece revestida de la efectiva figura de la amistad femenina, que es la configuración que la moral sexual de la época encuentra para explicar no sólo a las mujeres que se resisten a la lógica matrimonial, sino a aquellas cuyas elecciones sexuales no responden a los cánones de la época.

226

Las crónicas de Elflein, después de ser publicadas en libro, aparecieron en *La Prensa* en 1918 y cumplían la función de reemplazar las columnas sobre los viajes a Europa que se cancelaban como práctica y como género, debido a la irrupción de la Primera Guerra Mundial.

Con la libreta de apuntes y su Kodak y muchas veces a caballo, o en un automóvil Mercedes Benz –que aparece retratado magníficamente en las páginas– esta autora insiste con una pregunta que se repite con frecuencia en sus escritos: ¿Dónde están los habitantes? Es decir, ella registra, no un escenario donde los habitantes están allí para ser vistos, sino un espacio en el que sus habitantes deben ser rastreados y reconocidos en su propio territorio. Es decir, ese encuentro entre ellos y la viajera, no está naturalizado y en su lugar aparece un paisaje en su tensión naturaleza-tecnología, de geometría técnica, de andamiaje metálico, que pone en juego los saberes que ella posee vinculados a su formación y a su vida urbana: “La luz obra sobre el paisaje como un ácido sobre una placa sensible”. La naturaleza es comparada con la tecnología, en este caso fotográfica, y no al

revés, adelantándose, en este sentido, a la fórmula acuñada en la década de 1930 por Roberto Arlt para describir para el diario *El Mundo*, sus travesías patagónicas.

Elflein produce un relato que desmonta todos los topos aterrizantes sobre el territorio: la llanura desolada de Darwin, la guerra contra el indio salvaje de Roca –que se mencionó–, el peligro de los precipicios y las geografías de riesgo, las viejas mitologías sobre gigantes y monstruos mitológicos. Frente a ese conjunto, ella propone un viaje que puede asociarse a la cultura del turismo burgués, que luego tendrá un gran desarrollo en la Argentina de 1950.

En el puerto se aprende a soñar

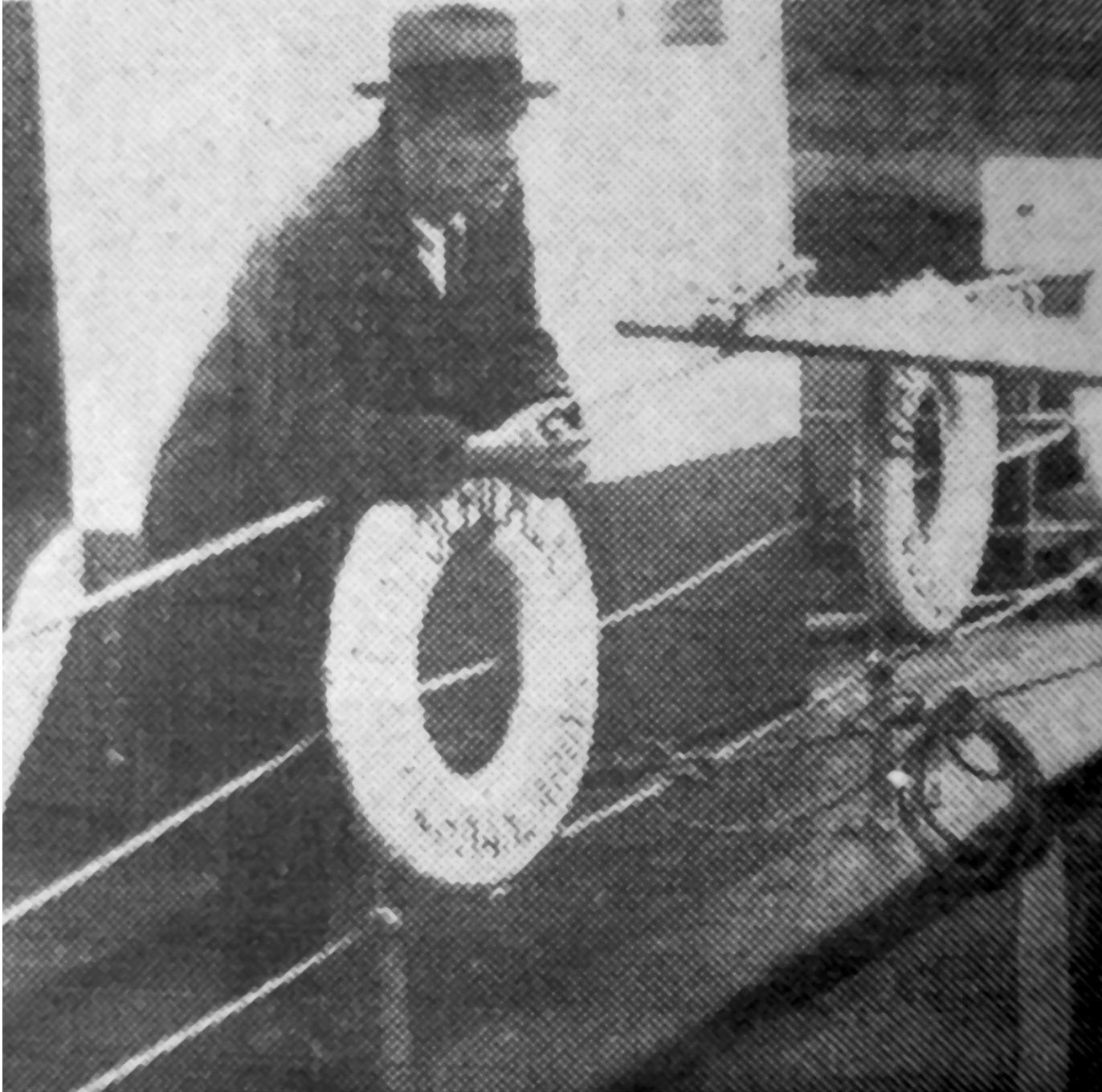
Viajando con Roberto Arlt por el litoral argentino en 1933

Sylvia Saïtta



*In Cuius regione ad litora S. Juliani Magelliana litoris ce-
quendo Persea hoc perlatum, homines copiosissime piscera
reprehendere se posse sicut. Qui demulso abique noxio frigore
vultus sequas per gustus ad stomachi usque fundum*

*Philippus ante 1580 ad incedum Persea hoc Magelliana
cum ad Hispania confusus ad Angliam vero P. tam-
in quod ibi eos Hispani cum peremptas inveniunt*



El río, a pesar de su desmesura geográfica, con su profusión de recodos y de acontecimientos, es más vasto e inabordable no ya que Holanda, sino que el universo entero.

Juan José Saer, *El río sin orillas*

Todo comenzó una mañana de julio de 1933, cuando el escritor Roberto Arlt, cronista porteño del diario *El Mundo*, se asomó al puerto de la ciudad de Buenos Aires “para darse un baño de luz de viajes”,¹ y soñar con otros mares y otras tierras. Encandilado con los nombres exóticos de los barcos, con los colores de proas, cascos y popas, y con los “trabajos marítimos” que imagina al mirar a los marineros, que le “dan ganas de subir a bordo y trabajar de lavaplatos y morirse un poco en todos los puertos del mundo”,² se dedica por unos días a caminar el puerto, la boca del Riachuelo, el canal de San Fernando, y a escribir notas en las que describe el trabajo portuario, los astilleros y diques, el “cementerio de las naves”, la desolación de los buques debajo de la llovizna del invierno, un ojo de buey iluminado en medio de la noche.³ Pero también, la algarabía del “proletariado marítimo” cuando prepara el almuerzo en un lanchón medio destartado, la calma con la que un viejo reposa bajo su gorra de visera de hule mientras ceba mate en su barca, la felicidad fantaseada “de dormir en sus cuchetas tan reducidas como perreras y confortables como casas de muñecas”.⁴

Días después, y entusiasmado por un estilo de vida que promete aventuras y nuevas experiencias, Roberto Arlt envía al diario su primera nota escrita desde la popa del *Rodolfo Aebi*, un buque de carga que realiza su recorrido por el río Paraná, desde Buenos Aires hasta Resistencia, Chaco, y en el cual explorará el litoral argentino. Y precisamente porque es un buque de carga, el viaje y el relato del viaje que se inician los primeros días del mes de agosto se caracterizan, desde ese mismo comienzo, por la invención de un lugar de enunciación que difiere tanto de la voz del turista moderno que viaja apurado, describiendo el colorido de lo que ve y abandonando el relato de la propia experiencia,⁵ como de la del cronista periodístico que atestigua, con su presencia y su escritura, las peculiaridades tanto de las ciudades y los pueblos recorridos como de las historias de quienes viven en ellos. Si como periodista escribe mientras viaja y como viajero

¹ Roberto Arlt. “Matices portuarios”. *El Mundo*, 28 de julio de 1933.

² *Idem*.

³ Roberto Arlt. “Anochecer lluvioso en el puerto”. *El Mundo*, 31 de julio de 1933.

⁴ Roberto Arlt. “El canal de San Fernando”. *El Mundo*, 3 de agosto 1933.

⁵ Tzvetan Todorov (1991). *Nosotros y los otros*. México: Siglo XXI. [Traducción de Marti Mur Ubasart].

describe todo aquello que ve, Arlt es, además, el tripulante en un buque de carga, un integrante más de esa microsociedad, ese “mundo aparte, separado del planeta, y tolerable, a pesar de distanciarlo al hombre de lo que más ama, su mujer y sus hijos”,⁶ formado por quienes trabajan de noche y de día en las labores náuticas. Por lo tanto, como él mismo afirma, su modo de viajar es otro:

Hay dos formas de viajar. Una, en naves de recreo, realizando la molesta vida social que imponen los cruceros de placer. Otra, la que he escogido yo, deliberadamente, conviviendo con gente que trabaja a bordo, imponiéndome de sus costumbres, convirtiéndome en casi uno de ellos.⁷

Y en efecto, Arlt se convierte “en casi uno de ellos”: si antes de partir se preguntaba “¿cómo vive la gente que trabaja a bordo?, ¿cómo pasan sus días y sus noches?”,⁸ con el paso de los días Arlt practica algunos de los secretos de la navegación de cabotaje, aprende a distinguir los colores del río, participa de las actividades que la tripulación organiza en la cubierta del barco, comparte las charlas de sobremesa con los maquinistas, el capitán del barco, los técnicos. Y en Hernandarias, conversa con Rodolfo Aebi, el propietario del barco en el que navega y dueño de la principal fábrica de yeso de la ciudad, con quien explora un pueblo en el que “la crisis ha paralizado casi toda la industria del yeso”, en torno a la cual se movía su economía.⁹

Con su máquina de escribir portátil y una maleta liviana, Arlt navega por el río Paraná y recorre, a pie o en micro, las ciudades en las cuales el *Rodolfo Aebi* detiene su marcha: Rosario, entrevista en una rápida caminata por las zonas alejadas al puerto; Paraná, una “ciudad de porcelana” en la que permanece cuatro días; Santa Fe, de la que no escribe ni una línea; Hernandarias, La Paz, Reconquista; Barranqueras, la que tiene “café con luces encendidas y una sola calle asfaltada”;¹⁰ Resistencia, la “ciudad de cine” que lo deslumbra; Corrientes, ese “desierto de cemento y ladrillo” que agobia y, como final de viaje, Bella Vista, en Chaco. El relato del viaje se diversifica, entonces, en varias líneas narrativas: a veces, Arlt se entretiene en contar cómo funciona el trabajo de la tripulación del buque y los incidentes de la navegación; en otros momentos, describe la costa y los diferentes escenarios fluviales que observa a lo largo del recorrido; en las detenciones del barco, se mezcla con la gente, escucha historias ajenas e intenta

232

(EN LA PÁGINA OPUESTA)
Artículo de
Roberto Arlt
“En el *Rodolfo
Aebi*”.
Diario *El Mundo*,
10 de agosto de
1933

⁶ Roberto Arlt. “Hombres de mar y hombres de tierra”. *El Mundo*, 13 de agosto de 1933.

⁷ Roberto Arlt. “En el *Rodolfo Aebi*”. *El Mundo*, 10 de agosto de 1933.

⁸ *Idem*.

⁹ Roberto Arlt. “La ciudad del morir barato”. *El Mundo*, 21 de agosto de 1933.

¹⁰ Roberto Arlt. “Llegada a puerto importante”. *El Mundo*, 3 de septiembre de 1933.



234

captar, en períodos muy cortos de tiempo, los rasgos más característicos de cada lugar. Porque en este viaje, a diferencia de los viajes que Arlt ya ha realizado o de los que realizará años después,¹¹ los tiempos están pautados por las escalas del *Rodolfo Aebi*; por lo tanto, el escenario que predomina es el del río, interrumpido por fugaces instantáneas de las ciudades entrevistadas en rápidos recorridos.

El río y sus costas se imponen como referente central de estas notas; la observación de este espacio y la reflexión sobre sus rasgos diferenciales desencadenan la escritura y ubican a la descripción como eje del relato. Y para Arlt, un escritor que encontró en el escenario de la ciudad un estilo, un ritmo y un sistema narrativo, la descripción del río y de la naturaleza es todo un desafío.

Ricardo Piglia considera que habitualmente son los narradores más líricos y más atentos al paisaje los que narran el río; es Juan José Saer o Antonio di Benedetto, es Haroldo Conti o Enrique Wernicke, quienes buscan la lentitud, los

(EN LA PÁGINA OPUESTA)
Imagen del artículo
de Roberto Arlt
"La ciudad del morir
barato". Diario *El
Mundo*, 1933

¹¹ Además de este viaje por el litoral argentino, los viajes de Arlt son: a Uruguay y Brasil en marzo y abril de 1930; a Santiago del Estero en agosto de 1932; a la Patagonia en enero y febrero de 1934; a España y el norte de África entre febrero de 1935 y mayo de 1936; a Chile en los primeros meses de 1941.

tiempos muertos, la calma como metáfora del arte de narrar.¹² En Arlt, en cambio, la descripción del río se crispa por el exceso de imágenes en las que se yuxtaponen colores, formas y sonidos. En este sentido, si reconocer la referencia es, en términos de Philippe Hamon, la actividad del lector de una descripción,¹³ esa misma proliferación de términos aleja al lector de ese reconocimiento y cuestiona los lugares comunes de la tarjeta postal.

Ya en la primera nota escrita a bordo del *Rodolfo Aebi*, Arlt discute con la imagen poética del río que leyó en la literatura: “mientras escribo estas líneas, me acuerdo de un poeta amigo mío que está escribiendo un poema y que me confió lo siguiente: ‘Cuando hable del río Paraná, lo llamaré río de plata’. Pues yo (y aquí no hay mala intención en el recuerdo) estoy navegando desde las siete de la mañana, y son las cuatro de la tarde y todavía no he podido descubrir que es lo que tiene de plata el Paraná. Color tabaco, quizá, o ámbar gris, ligeramente verdulenco o tierra”.¹⁴

¿Cómo narrar el río, entonces, sin caer en la imagen poética del “río de plata”? Si en *Los siete locos*, Arlt metalizó la rosa, en estas crónicas Arlt metaliza el río, pero no con la poética plata sino con imágenes más duras, provenientes de la tecnología y la metalurgia: de este modo, y bajo los rayos del sol, el Paraná es “una oblicua vereda de movedizas chapas de oro”; cuando oscurece “el agua toma consistencia de pintura al aceite; la vereda de oro se ha convertido en un callejón encharcado de centellantes cuajarones de cristal”; el agua se sacude “con pesadez de plomo fundido que se derrama”.¹⁵ A veces el río “tiene férrea apariencia de hierro colado”;¹⁶ otras, “parece un camino de espejo que serpentea al pie de una montaña, al pie de cuyos contrafuertes verticalmente ondulados el agua se muere quietamente, mientras los cuervos describen largos giros soslayando el aire con sus negras alas oblicuas”,¹⁷ cuando llueve, “el agua parece espesa, lacia, ‘mojada’. El buque deja tras sí una curva enorme de líquido emulsionado, tabacoso, amplio como la pista de un autódromo. Por momentos las costas desaparecen, se tiene la impresión de navegar en un mar ceniciento; luego las orillas se presentan otra vez imprecisas”.¹⁸ Y si de plata se trata, es de una plata “muerta”:

Ha anochecido por completo. En el agua perla gris la luna zigzaguea lívidas fosforescencias de plata muerta. Un recodo. Estamos en la noche negra. Murrallas de tinieblas bajo la bóveda donde flotan dispersas estrella, el río parece

¹² Ricardo Piglia. “La marea baja”. *Revista Ñ*. 442: 24.

¹³ Philippe Hamon (1991). *Introducción al análisis de lo descriptivo*. Buenos Aires: Edicial.

¹⁴ Roberto Arlt. “En el *Rodolfo Aebi*”. *El Mundo*, 10 de agosto de 1933.

¹⁵ Roberto Arlt. “Horizontes ribereños”. *El Mundo*, 14 de agosto de 1933.

¹⁶ Roberto Arlt. “Paraná, tacita de porcelana”. *El Mundo*, 16 de agosto de 1933.

¹⁷ Roberto Arlt. “Panorama de la costa entrerriana”. *El Mundo*, 22 de agosto de 1933.

¹⁸ Roberto Arlt. “Bella Vista”. *El Mundo*, 15 de septiembre de 1933.

escamado de nácar. La luz de las boyas estalla como un cohete y se apaga. La proa corta el agua y ésta repite incesantemente su hervor de catarata.¹⁹

Arlt *extraña* el paisaje descrito a través de un exceso textual que lo asemeja al coleccionista de objetos, y ostenta, como todo descriptor,²⁰ de un saber de palabras y de cosas, un conocimiento enciclopédico y léxico que combina imágenes provenientes de la literatura y el arte con la mención de objetos ordinarios, cotidianos, por momentos vulgares:

Aquí parece que estamos al pie de una montaña cuyas vetas azul ceniza han sido desesperadamente arañadas por las uñas de un gigante [...] Parece que uno recorriera el pie de muralla de un castillo medioeval con sus cortinas de piedra caliza, y las poternas de sus entradas, y a continuación, como si la piedra hubiera sangrado, facetas bermejas, filones carmesíes y tras esta desolación, matas de verde emperador, verde botella, cúpulas de color lechuga, árboles de matiz de repollo negro y verde papagayo, y verde ceniza. [...] Y luego un derrumbadero gigante, aluviones cobrizos, conos de arena de cobre y cascadas de roca color ceniza y salitre, monolitos de óxido de hierro, lavas y napas horizontales de arena y chocolate, sauces que crecen en la desolación del arrenal, auténticas capillas minerales con torres quiméricas compuestas de pilones calcáreos, fiordos donde se espera ver aparecer un palacio encantado.²¹

Lejanas colinas de cobre azulado, amarillas lenguas de arena al pie de montes reverdecidos, que hunden sus barrancos en una tersa llanura de agua rosada. Al poniente, el río es una sábana verdosa. Hierve en burbujas de oro. Luego franjas de sombra; la piel de agua se entenebrece como la de un zorro plateado; los árboles trémulos reflejan sus fantasmas bajo el agua [...] Cubos blancos, penachos de árboles, cresterías verde-loro; bancos de arena bronceos; aberturas de montes, pórticos rústicos que dejan ver en el confín quebradas lilas, violáceas; montes de cobre cuyos pedestales se sumergen en la llanura líquida.²²

Esta mirada extrañada sobre el río reaparece en su descripción de pueblos y ciudades, y lo hace a través de imágenes tecnológicas y metalúrgicas que imagina distintivas del paisaje africano –y Arlt, como el Sarmiento que escribe las imágenes orientales en su *Facundo*, no conoce África...-. Dice, por ejemplo, que la

236

(EN LA PÁGINA OPUESTA)
Imagen del artículo
de Roberto Arlt
“La ciudad del morir
barato” en relación
a una visita
al Hospital de
Hernandarias,
Provincia de Entre
Ríos. Diario El
Mundo, 21 de
Agosto de 1933

¹⁹ Roberto Arlt. “Hacia Buenos Aires”. *El Mundo*, 19 de septiembre de 1933

²⁰ Philippe Hamon (1991). *Introducción al análisis de lo descriptivo*. Buenos Aires: Edicial.

²¹ *Idem* nota 17.

²² *Idem* nota 18.

FINAL DEL ANCHORENA

Logró Ayer a por 9 Goals con un Golpe Amistoso

Los equipos se presentaron con los de la manera siguiente:

- LOS INDIOS, 9**
- HURLINGHAM, 3**

Egan, N. Land, Mac Call, Videla Borna, Los Indios: 31, 32, 33, 34, 37.

Señalaron los tantos del ganador: 1, 3; Mac Call, 2; Videla Borna, 2; Egan, 2. Los del Perdedor los marcaron: Alejandro Santamarina, 3; Pez, 2; Luis Lacey y Ricardo Santamarina.

Buena actuación que correspondió a los dos equipos, origen un juego de acciones lucidas, de juego ancho y abierto y equilibrado en la mayor parte de sus fases. Los Indios ganaron un triunfo significativo con su empeño a base de pases largos seguros, que ocultaron en parte la organización que evidenciaron en ambos como conjunto. Egan, quien uno que nunca había actuado el equipo colaboró con eficacia en la tarea defensiva, y se dio al binomio de defensa, junto al binomio de ataque.

sin repetir otras actuaciones, mejor hombre de Los Indios fue, indudablemente, Land, que se esforzó para mantener en constante actividad a la ciudadela adversaria.

A el team de Hurlingham, Land volvió a brindar una excelente actuación de sus amplios conocimientos del deporte y halló en Ricardo Santamarina un competente defensor y efectivo.

En resumen, el partido fue muy interesante y la actuación de los jugadores provocó elogiosos comentarios de parte del público asistente.

Los mejores artículos sobre el Bridge los encontrará en el MUNDO, los martes y viernes.

LA CIUDAD DEL MORIR BARATO

Por ROBERTO ARLT

Barrancos de ciento cincuenta metros de altura, entre los que desciende un camino que zigzaguea para disminuir la pendiente. Muelle flotante. Dos guardias de la prefectura, un marinero y un señor acompañado de dos chicos, y otro señor grueso, de edad, con sobretodo color café, gorra a cuadrillos y cejas como aleros blancos. Nos saluda cuando atracamos.

Es el propietario del barco, que lleva su nombre, don Rodolfo Aebi. El buque permanecerá una hora dentro aquí para descargar gasoil, hierro y artículos de almacén.

Subimos a un auto en compañía de don Rodolfo, el maquinista, un oficial de la minúscula prefectura, y yo. Ascendimos el camino en pendiente. Encontramos vagonetas, paradas a las que me llamaron la atención en Paraná; una balsa sobre cuatro maderas, pero tiradas por

al hospital con doscientos pesos, también mensuales; pero doscientos pesos son una bicoca y no alcanzan absolutamente para nada, pues solamente las cuentas del farmacéutico son fabulosas. No contamos dos enfermeras con cincuenta pesos de sueldo y casa y comida. Otra señora, que de casualidad ha llegado diez minutos antes de entrar yo a la casa de don Rodolfo, y que casualmente es la presidenta de la comisión benefactora del hospital, me informa que los gastos serían mucho mayores si el médico del lugar, doctor Verruño, no atendiera gratuitamente a los enfermos menesterosos. A continuación la señora trae un libro y me invita a revisarlo. Son unas cuentas espantosas, en las cuales me tomo la nariz sin comprender nada. Por fin encuentro algo interpretativo. Leo:

ranchos no tienen agua y en otras casas faltan alfileres, así que se gana la vida vendiendo agua a veinte centavos el barril. Llevan al pueblo cada uno hasta treinta barriles por día.

La sirena del buque nos llama. Prometemos vernos a la vuelta. Nos damos un apretón de manos. Un muchacho suelta los cables de acero... Y en marcha otra vez.



Fuertes de buques. Algunos cientos de metros bajo el ramaje de acacias, una manolira brusca, y hémos aquí en Hernández...

Tres vigilantes, que parecen bombas con sus pantalones rojos y en algaratas, sentados en el umbral de la vereda de la comisaría, nos miran pasar. A un costado, la iglesia, como una casera abandonada; enfrente, un potrero cercado con alambrado destinado a campo de deportes.

A un costado la escuela, miliares de veces revocada; después filas de casas, de frente de ladrillos, dos caballos pasan arrastrando un barril sobre dos ruedas; un ciego pavoroso

A Narciso Galtán, por un cajón fúnebre, \$ 6
— Son baratos los cajones fúnebres en este pueblo — resono, y continúo leyendo:
A Cervando Guevara, por conducir un cadáver, \$ 250.

CLINICA DENTAL DE ESPECIALIDAD DENTADURAS
REFORZADA ORO 18 KTES.

DE CAUCHO \$ 20 GARANTIDO

20 **\$ 40**

CONSULTAS GRATIS 2 PUENT
EXTRACCIONES SIN DOLOR \$ 2 ORO 2

CALLAO 406 ESQ. CORR

HOY inicia nubes **GRAN VENTA**

DE **SALDOS, RETAZOS, REMANOS Y EXCESO DE STOCK**

BUSQUE LA ETIQUETA AZUL

ETIQUETA AZUL

y habrá economías de **50 por ciento de su precio**

Ofrecemos a nuestra clientela un comprar. Terminada nuestra liquidación hemos colocado sobre todos los artículos de la misma, una etiqueta azul que indica la señal de una oportunidad de compra de un costo. Escala al vender.

Aguafuertes fluviales

CAMINO A RESISTENCIA

Por ROBERTO ARLT

De Barranqueras a Resistencia (capital del Chaco) hay diez kilómetros, pero antes es necesario que le dedique unas líneas a Barranqueras.

Barranqueras tiene una calle asfaltada, un bar cuadrado donde entran los perros, huelen el piso y luego los calcañares de los parroquianos y se van. Un mozo cajetilla, es-

colmo de la elegancia echarse la servilleta al hombro y mantener una punta entre los dientes, al tiempo que inclinado deferentemente escucha su pedido.

En Barranqueras existe un correo donde los empleados parece que atienden al público por favor: ceñudos e inaccesibles, seguramente

los del trencito del Jardín Zoológico de la capital. Son las vías del antiguo tren que conducía a Resistencia.

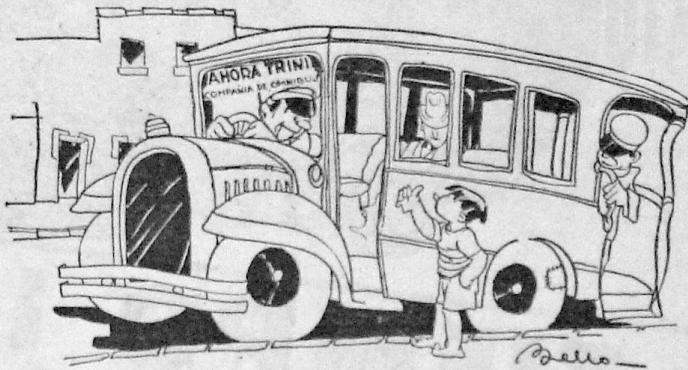
La larga calle parece un río de luz. A sus costados vastos naranjales. Entre las ramas desnudas de hojas cuelga la fruta dorada. No quedan casi rastros de hojas, porque la langosta ha pelado las plantas. Bajo los naranjos, en los senderos, sembradíos de cebollas, lechugas, repollos. En ciertas partes, filas de cajones: colmenas que se prolongan por cientos de metros. Después cultivos de algodón, campos enormes, y mirando este paisaje de prosperidad, una fuerza de alegría acelera los latidos del corazón.

Se diría que hemos entrado a otra tierra. ¿Este es el Chaco del que tanto uno ha oído hablar? Los cultivos de algodones alternan con los de naranjos. Las tierras alambradas dejan abrir caminos laterales por los que afluye un tráfico de carricoches y hombres a caballo y también automóviles. Por la gran vía, pasan a cada momento camiones cargados de fardos de algodón envueltos en fajas de arpillería; los copos blancos escapan y revientan por las juntas y se recuerda "Aleluya", la película de las zonas algodonerías norteamericanas.

A mitad de camino, dos torres de hierro galvanizado soportan la antena de una estación radiotelefónica local. Recuerdo fotografías del Chaco. Indias semidesnudas, aborígenes, con arcos de flecha segando la espalda y un manojo de saetas en la mano. Pero, por más que busco con la mirada, no encuentro indios por ninguna parte, sino gente de color cobrizo, frecuentes de encontrar, no en esta zona, sino en otras que nada tienen que ver con el Chaco.

A lo largo del camino andan numerosos proletarios en alpargatas, saco azul y boina. Aparece y desaparece una fábrica de aceite de tártago. De tanto en tanto el tejadillo de un almacén, un caballo que mete la cabeza dentro de un dormitorio, ranchos, pero no desmantelados como sus hermanos los de la costa del Paraná. Estos dejan ver muebles en su interior, son cabañas de plantaciones cercadas de acaparradas copas de los árboles. Petros gordos se espulcan el lomo al sol, tirándose al suelo y sacudiendo frenéticamente las cuatro patas en el aire.

Chicas precocemente desarrolladas, con sus mugrientos hermanos en brazos, miran pasar el ómnibus. El camino de cemento, siempre recto, está repleto de luz. Nos recuerda una de aquellas avenidas del lejano oeste americano, donde se ve al-



pecie de garzón motudo, de zapatos de charol, pantalón negro y casaca blanca. Si usted es digno de atención, este mozo conceptúa el

convencidos en muy alto grado de su papel de funcionarios públicos. No contestan al saludo, y como el correo se abre a las ocho, si usted llega a las ocho menos un minuto (me ocurrió a mí), lo mandan a paseo con viento fresco. He oído otras quejas del vecindario de la costa, y no me extrañan, pues, aquella gente gasta una grosería ejemplar.

Ahora pasemos a algo más interesante.

Líneas de ómnibus hacen el servicio entre Barranqueras y Resistencia.

El servicio de ómnibus tiene un nombre que ignoro en qué precedente científico o histórico se basa. En cada coche, pegado al vidrio del parabrisa, hay un letrero rojo donde puede leerse:

"Ahora Trini, Compañía de ómnibus".

Subo a un coche de la "Ahora... Trini". A los diez minutos emprendo la marcha. No hemos andado tres cuadras, cuando un chico de piernas extraordinariamente sucias se allega corriendo y le dice al conductor:

—Dice mi mamá, si puede esperarla. — El chauffeur dice que sí, y el chico parte como un podenco. Esperamos a la señora. Pasan tres minutos y, por fin, atareada, resoplando, llega la excelente dama ataviada en un batón color cereza.

"Ahora Trini" se pone nuevamente en marcha. El camino traza curvas entre ranchos y chalets modernos, y de pronto aparece un camino recto asfaltado, interminable. A un costado del camino, rieles como

costa de la ciudad de Paraná tiene una “aridez de tierra africana” por las “barbacanas naturales”, sus “torres de tierra amaranto”, y “montes como de azufre, terribles, ásperos, bajo un cielo inmutable de azul ferropusiano”;²³ observa a unos yacarés de grandes dimensiones tomando sol en la costa y cree encontrarse “en África en vez de la República Argentina, altura kilómetro 946”;²⁴ denuncia la pobreza de Reconquista por su “orilla de barro”, el “arenal africano” y “la cáfila de ranchos más inmundos que espero ver en mi vida terrestre y en la otra, si es que existe”; tal es su escasez y su abandono, que hay que acudir al “mástil con la bandera argentina, para que no dudemos que estamos en la Argentina, en vez del África”.²⁵

Este predominio de la descripción del paisaje por sobre la narración de las contingencias del viaje es el producto de un tipo de mirada cinematográfica que, como el mismo Arlt confirma una vez que el viaje ha terminado, debe sus rasgos a los tiempos pautados por las escalas del *Rodolfo Aebi*:

Mi visión ha sido puramente cinematográfica. Mi retina sólo se ha impresionado por lo que han contemplado mis ojos. No he escudriñado en las rendijas de la cultura de los lugares que he visitado.²⁶

Y en efecto, si un rasgo caracteriza la mirada de Arlt en estas notas es la de pensarse como una cámara en movimiento, una mirada que, como la del cinematógrafo, se propone reflejar la realidad tal cual es. Edgar Morin señala que, en sus comienzos, el cinematógrafo fue, ante todo, un instrumento de investigación científica “para estudiar los fenómenos de la naturaleza” que ofrecía “el mismo servicio que el microscopio para el anatomista”.²⁷ Por eso, Morin diferencia el cinematógrafo del cine: el cinematógrafo, al proponerse captar la realidad tal cual es –la salida de los obreros de una fábrica o un tren entrando en una estación–, hacía coincidir el tiempo cinematográfico al tiempo cronológico; el cine, en cambio, dilata o contrae el tiempo, expurga y divide la cronología; a través del montaje, une y ordena con continuidad la sucesión discontinua y heterogénea de los planos. Es por eso, quizá, que las menciones al cine son una constante en las notas de viaje de Arlt. Como él mismo afirma tiempo después, cuando pide disculpas a sus lectores por las referencias constantes al cine que aparecen en sus notas de viaje,²⁸

(EN LA PÁGINA OPUESTA)
Imagen del artículo
de Roberto Arlt
“Camino a Resistencia”
en alusión al
viaje en ómnibus
desde Barranqueras
a Resistencia.
Diario *El Mundo*,
4 de septiembre
de 1933

²³ Roberto Arlt. “Paraná, tacita de porcelana”. *El Mundo*, 16 de agosto de 1933.

²⁴ Roberto Arlt. “Yacarés tomando sol”. *El Mundo*, 31 de agosto de 1933.

²⁵ Roberto Arlt. “Rancharío de Reconquista”. *El Mundo*, 1 de septiembre de 1933.

²⁶ Roberto Arlt. “Término del viaje”. *El Mundo*, 20 de septiembre de 1933.

²⁷ Edgar Morin (2001). *El cine o el hombre imaginario*. Buenos Aires: Paidós.

²⁸ “Les ruego a mis lectores que me disculpen esas abundantes referencias que siempre hago del cine en mis notas, pero ir al cine es, en cierto modo, viajar de una manera ideal, mucho más de lo que algunos pueden suponerse”. (Roberto Arlt. “La gloria del sol”. *El Mundo*, 10 de abril de 1935).

ir al cine es como viajar, porque al viajar se asiste a una película cinematográfica. “Es necesario hablar por comparaciones, porque así se va de lo conocido a lo desconocido” afirma Arlt antes de preguntarles a sus lectores si “¿recuerdan ustedes esas ciudades de película norteamericana: aquí un rancho y tres pasos más allá un bar, y enfrente un gran comercio, y allá remontando la altura, un gran edificio?” para concluir: “Tal es Resistencia”.²⁹ Porque Resistencia es, precisamente, una “ciudad de cine”; una ciudad en la cual el asombro sustituye al pensamiento porque “los ojos se van tras las formas de las cosas y es un empezar a mirar y no terminar de ver y derramar la atención en interjecciones de admiración”.³⁰

Las películas le proveen así un archivo de imágenes que le permiten transmitir a sus lectores todo aquello que ve porque en el cine, afirma Patricio Fontana, Arlt descubre “una lengua franca” a la que puede traducir varias de sus vivencias más allá de Buenos Aires.³¹

Y en efecto, la visión de una calle sumamente estrecha de Corrientes atravesada por una vía de ferrocarril “cuyos durmientes casi a flor de tierra corrían a lo largo de las veredas de ladrillos y de tierra”, es, en la mirada de Arlt, la reproducción de una escena ya entrevista en la película *El expreso de Shanghai*, de Josef von Sternberg: cuando una locomotora pequeña “con bielas minúsculas y ruedas del diámetro de un plato de cocina”, aparece arrastrando “con infernal rechinar” un vagón cargado de tablones de quebracho, Arlt ve una escena de la película ante sus ojos.³² Y si cuando vio la película, Arlt cuenta que lamentó no ser rico para poder viajar por Oriente, cuando ve la escena correntina exclama que “no es necesario ir a Shanghai” porque ese escenario, procesado por las imágenes ya vistas en la película rodada en Shanghai –aun cuando ese escenario, como cuenta Fontana no fue filmado en Shanghai sino en estudios–, reproducen el escenario deseado. Así, una calle sin nombre en la ciudad de Corrientes deviene escenario de película y, como tal, se convierte en espectáculo.

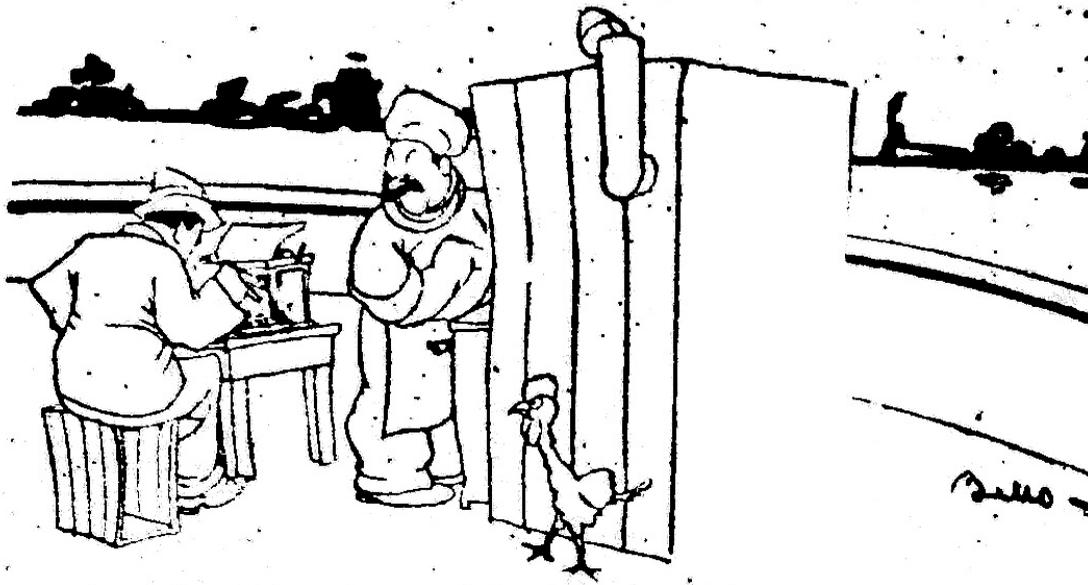
Corrientes-Shanghai: en la descripción de nuevos referentes Arlt recurre a los repertorios, mapas y recorridos de su atlas privado y pone en relación ciudades; por eso, en sus crónicas de viaje, y sea cual sea el lugar donde se encuentra –la Patagonia, alguna ciudad española, Río de Janeiro o el norte de África–, Arlt *comunica* ciudades en una confrontación de parecidos y diferencias que implican a un lector capaz de reponer las ciudades mencionadas y completar el juego de las analogías: “Paraná participa de las características de dos ciudades distintas: Cór-

²⁹ Roberto Arlt. “Resistencia, ciudad de cine”. *El Mundo*, 5 de septiembre de 1933.

³⁰ *Idem*.

³¹ Patricio Fontana (1993). *Arlt va al cine*. Buenos Aires: Librería. 42.

³² Roberto Arlt. “El expreso de Shanghai correntino”. *El Mundo*, 12 de septiembre de 1933.



DIARIO MANUABLE E ILUSTRADO COMO UNA REVISTA

Aguafuertes Fluviales

“EL EXPRESO DE SHANGHAI” CORRENTINO

Por ROBERTO ARTL

EL MUNDO — Mar

Nunca olvidaré los comentarios que sobre “El Expreso de Shanghai”, la película que dirigió Joseph von Sternberg, me hizo el poeta Nicolás Olivari. Me decía:

—Tenes que irla a ver. Fijate que hay un tren que cruza entre las fachadas de las casas, en medio de las calles, y como en la vía hay varias gallinas y una vaca que no quiere salir, la locomotora pita desesperadamente, mientras varios chicos empujan la vaca.

Y entonces fui a ver “El Expreso de Shanghai” y lamenté no ser rico para poder viajar por Oriente. Hasta que hoy, aquí, en la ciudad de Corrientes, he visto nuevamente “El Expreso de Shanghai”, pero no plasmado en sombras, sino en una realidad de contornos duros y colores vibrantes como óxidos metálicos.

Ferrocarril Económico Correntino.

Me lancé a caminar al azar, a las diez de la mañana. Y si no supiera que eran las diez, pensara que era la una de la tarde, tan fieramente calentaba el sol, y rebullían los empedrados de mosaicos.

Y cuando así, como cuento, llegué a una callejuela estrecha, de veredas destruales y largas filas de ranchos, y al llegar a una esquina tropecé con el más novedoso espectáculo que pudiera esperarme encontrar, y consistía en, en una vía de ferrocarril, sumamente estrecha, (sesenta centímetros de luz entre riel y riel), cuyos durmientes casi a flor de tierra corrian a lo largo de las veredas de ladrillos y de tierra, columnas de baches, y bajísimo muros paralizados, por encima de los cuales, hierbas, yacían las anchas hojas de bananeros o entre ramas peladas, naranjas rotas.

A los dos costados de esta callejuela larga y sin pavimentar, corrian filas de casuchas miserables, enjambadas algunas y otras con sus techos de paja, en declive, sombreando la vereduela. De tanto en tanto, a través de los techos, se veían las

calleja, tan miserable como la que dejo pintada. Varios chicos de cuatro y tres años, semidesnudos y pingüinos, jugaban entre los rieles; y yo ya me afirmaba en la suposición que sería una línea de vagones destinada a la pavimentación la que miraba, cuando en el confín sonó el pito de una locomotora, y me detuve para mirar. Los chicos escaparon de la vía; nuevamente resopló alarmante el pito de la máquina; un perro, que tomaba el sol, se apartó de la vía, y con expresión de tanto disgusto en su cara canina hubiera sabido hablar, lanzara en ese momento un tendal de malas palabras porque la máquina que allí venía le interrumpía su baño de sol.

Ullió más cercana la máquina, y con grande ruido de fierros fue acercándose, y entonces me asombré, porque vi una locomotora pequeña y ventrada, con bielas minúsculas y ruedas del diametro de un plato de cocina. Con infernal rechinar arrastraba un vagón cargado de tablones de quebracho, y arriba un montón de obreros anales.

Pasó esta máquina, que debía de ser del tiempo de Stepanis o Jacobo Wals, y el perro volvió a echarse en la vía, y los mugrientísimos niños miré en torno y descubriendo a dos caballeros con botas de montar y sombrero alado conversando, me acerqué y les pedí me explicaran si aquel era efectivamente un ferrocarril o los restos destinados a enriquecer la colección de algún museo; pero ellos me dijeron que no, que el que yo miraba era un ferrocarril en actividad, un ferrocarril días por esa trocha super angosta y súbitamente el sudor corrió mi frente como en una agonia. Se me informó y hui del tren, la estación y de la otra plaza frente a ella, limpia de árboles

real, auténtico, con una velocidad horaria de diez kilómetros.

Terminaba en el departamento de La Paz, y me dijeron que el doctor Benjamín González había iniciado trámites en la cámara para nacionalizar esta joya que ahora se llamaba ferrocarril Económico Correntino... Pensé en un viaje de algunos

¡Sus ahorros!

MEDIANTE EL P DE SORTEOS, T

5 %

DE INTERES CAPITAL TRIMESTRALMEN

BANCO D CAN

INO Y PEDIRA OTRO

(ARRIBA)
Imagen del artículo
de Roberto Arlt “En
el Rodolfo Aebi”.
Diario *El Mundo*,
10 de agosto
de 1933

(ABAJO)
Imagen del artículo
de Roberto Arlt
“El expreso
de Shanghai’
correntino”,
en alusión al tren
El Económico.
Diario *El Mundo*,
12 de septiembre
de 1933

Aguafuertes fluviales

HACIA BUENOS AIRES

Por ROBERTO ARLT

Kilómetro novecientos. Kilómetro setecientos. Kilómetro quinientos cincuenta y tres. Paso de Santa Rosa. Tres embarcaciones varadas en bancos de arena. Canto monótono a babor y estribor, de los dos marineros que vocean largamente, midiendo la profundidad del agua:

—Nueve pies y medio. Nueve. Ocho y un chiquito. Diez largos. Diez largos. Nueve y medio. Nueve...

Corre el buque, hora tras hora. Corre que lo descamos todos. Las boyas panzudas y negras, con sus pequeñas torres cargadas de un mástil donde pestañea cada seis segundos un ojo luminoso, quedan atrás. Atrás los barrancos color cobre, y los cerros recubiertos de felpudos verdes, y las playas de arena, y los médanos amarillos de la costa baja. Hora tras hora. Baja el sol por el cielo del oeste y corren hacia el este grandes bandadas de aves. Cruzan el río triángulos de patos silvestres, hunden la cabeza y luego reaparecen. Cada vez falta menos para lle-

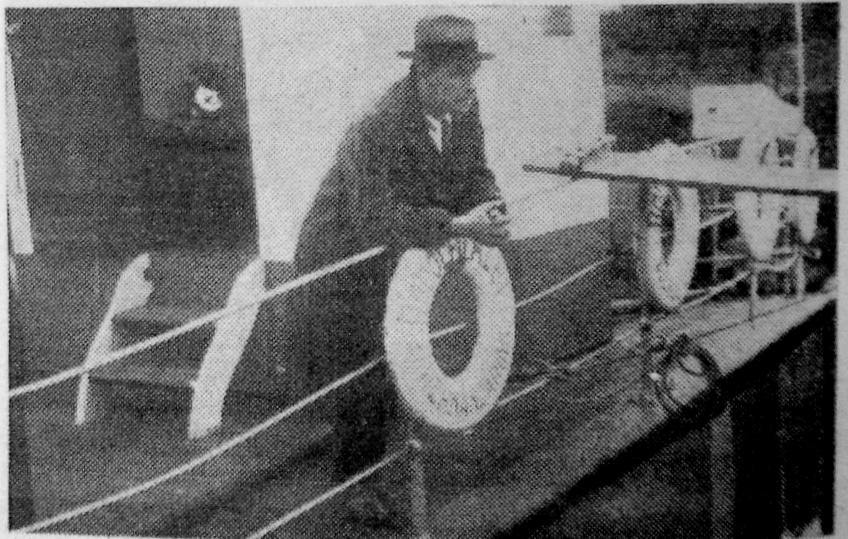
gar... Ahora, nada más que treinta y seis horas de navegación.

Don Gregorio lava sobre la mesa de cocina su corbata. ¡Oh! Este fantástico y quimérico y rezongón y buenísimo viejo. Lava su corbata con jabón y cepillo, un feroz cepillo para fregar piso, de cerdas duras y tiesas. Empapada de jabón la corbata, la

do no funciona el dínamo, y tomo la brocha para enjabonarme.

Estoy barbudo y colorado como un cangrejo por efecto del sol y el aire.

Son las siete de la noche. Hace dos horas que he cenado; pero aquí en el río no parecen las siete sino las dos de la madrugada. Me digo nuevamente:



Roberto Arlt a bordo del "Aebi"

fríega concienzudamente, implacablemente, como si la corbata estuviera manchada de herejías o pecados pestilentes. La fríega una, dos, tres veces; la remoja en agua lavandina y luego comienza otra vez. Y la prodigiosa corbata no se hace pedazos. Así se prepara el castísimo don Gregorio, a los setenta años de edad, para desembarcar en Buenos Aires. Me encierro en mi camarote.

—Mañana es sábado. El domingo estarás en Buenos Aires.

No sé si irme a dormir o ir a jugar un partido a la escoba de quince con el contramaestre. Y mirando en derredor mío me digo con esa satisfacción egoísta de los que están solos entre cuatro paredes y saborean gozosamente su soledad:

—¡Qué diablo! Después de todo la vida en el río es bastante agradable. Y me

doba y Montevideo. De Córdoba, la soledad de sus calles y su silencio monástico; de Montevideo, porque en cualquier dirección que se vaya, por sus calles que suben y bajan se distingue la plancha azulada y oblicua del río Paraná.³³

Además de enciclopedia de imágenes, el cine es para Arlt una especie de Aleph a partir del cual reflexionar sobre el funcionamiento social de los pueblos entrevistados. Por eso, en los anuncios de estrenos cinematográficos que adornan esos cines de pueblo de provincia Arlt ve mucho más que un cartel publicitario: en esas imágenes hollywoodenses de mujeres bellas, amores apasionados y enamorados liberados de todo tipo de presión social, Arlt entrevé el choque profundo entre el individuo –principalmente, la mujer– y una sociedad tradicional, monótona y enteramente *moral*. Por eso, el cartel que hay en el cine de La Paz anunciando la proyección de *Hay que casar al Príncipe* lo estremece “por su síntesis apasionada: dos bocas de distinto sexo, acopladas en un beso arduo y trabajoso. En la capital federal, semejante cartel no hace volver la cabeza ni a los perros, mas aquí, es otro cantar. ¡Vaya si lo es! Esta película guarda semejanza a un cartucho de dinamita, colocado en una catedral”.³⁴ La conclusión es notable: la de adjudicar al cine una tarea revolucionaria porque crea una nueva psicología en la vida de provincias al exhibir las audacias de las ciudades y las costumbres sentimentales en otras partes del mundo.

Porque lo cierto es que Arlt observa a los pueblos del litoral con una mirada tan crítica que, por momentos, bordea el desdén y el desprecio por la pobreza, la mugre, la vagancia y la indolencia de los habitantes pueblerinos. En Reconquista, por ejemplo, recorre los ranchos “más inmundos que espero ver en mi vida” y se cruza con mujeres que sonríen “estúpidamente”, que están despeinadas y “sucias como perras que han corrido tres días y tres noches a lo largo de un barrial” porque llevan “una roña a cuestras que asombra”. Hay cerdos revolcándose en el barro y perros que abren la boca al verlo pasar –porque, dice Arlt, “hasta los perros aquí son haraganes para ladrar”–; hay pajonales en los que “lo pueden apuñalar a uno sin pedirle permiso” y arroyos “inmundos”.³⁵ En Paraná –“y decir Paraná es pronunciar el sinónimo de un riqueza incalculable”³⁶–, se espanta porque los que viven en las orillas del río –gente indolente y primitiva– viven en condiciones “simplemente horribles” porque no cultivan las tierras, no cuidan a los animales, construyen sus ranchos con barro y paja, mientras que los únicos que trabajan son los extranjeros: “¿Legumbres? ¿Legumbres se dedican a culti-

³³ Roberto Arlt. “Calles de Paraná”. *El Mundo*, 17 de agosto de 1933.

³⁴ Roberto Arlt. “El cine y estos pueblitos”. *El Mundo*, 30 de agosto de 1933.

³⁵ Roberto Arlt. “Rancharío de Reconquista”. *El Mundo*, 1 de septiembre de 1933.

³⁶ Roberto Arlt. “Reconocimiento trágico”. *El Mundo*, 2 de septiembre de 1933.

varlas los extranjeros! Polacos, italianos, españoles, etc. El nativo no cultiva nada. [...] Si en algún puerto se pueden comprar repollos, lechugas, ello se debe al trabajo del labriego de la tierra extranjero”.³⁷

La visión esperpéntica de los ranchos, las *chinas*, los animales y los lugareños confirma su opinión sobre los escritores criollistas –“Quisiera traerlos, obligarlos a vivir aquí toda la vida a los cantores de la ‘dulce china del rancho y la linda vida del paisano’... Pero ¡qué saben ellos de estas cosas...!”³⁸–, así como lo inscribe dentro de un arco ideológico cercano a las visiones antipopulistas y no nacionalistas de la cultura y del arte.³⁹

Y así como discute con la gauchesca y la literatura criollista cuando contempla el rancherío orillero, la modernidad de Resistencia lo enfrenta a las representaciones convencionales del color local y la tarjeta postal. Porque Resistencia, una ciudad “que brotó entre hoy y ayer en la llanura chaqueña”, tiene un café tan lujoso como el Richmond de Buenos Aires, edificios suntuosos, gran cantidad de profesionales y comercios, vidrieras, hoteles modernos, chimeneas de fábricas, moles cúbicas de edificios, talleres, indígenas “con zapatos de cabritilla marrón”, chalets rosas, librerías, automóviles, damiselas que conducen su *voiturette*. Azoraro Arlt entra a la librería principal de Resistencia y pide fotos de la ciudad: “me traen las clásicas postales de las indias con el arco de flechas soslayando la espalda y un as de flechas en la mano. Lo miro al dependiente y le digo: Pero dígame... ¿usted no ve la ciudad donde vive?”.⁴⁰

El balance del viaje es desalentador, aunque ese desaliento sólo puede ser expresado una vez que el viaje ha concluido y Arlt está barbudo, colorado “como un cangrejo por efecto del sol y el aire” y con sus manos “llagadas por las picaduras de los jejenes”.⁴¹ Porque a su regreso, Arlt se enfrenta a numerosas cartas

³⁷ *Idem*.

³⁸ *Idem* nota 35.

³⁹ “Poblaciones que viven en la miseria rodeadas de una espléndida riqueza natural; hombres de brazos cruzados, porque no hay trabajo y el trabajo está esperándolos allí al margen de su casa ¡y un trabajo que les pagaría con mucha más rica moneda que aquél que esperan del exterior! [...] No quiero referirme a la explotación agrícola-ganadera organizada. No. Quiero circunscribirme al hombre aislado, a las poblaciones compuestas de familias viviendo en estado primitivo casi, porque, a ser sincero, no veo en qué se diferencia el rancho de hoy de aquel que describiera Sarmiento en su *Civilización y barbarie*. Esto es desolador. Incluso las ciudades pequeñas carecen de árboles en sus plazas y veredas, como si el árbol fuera un artículo de lujo. No se cultiva la tierra, y cada habitante de estas orillas ocupa una extensión de suelo como para producir alimentos no sólo para él sino para muchos animales también. Y no se me hable de propiedad, porque esto es ridículo. En Reconquista me presentaron un poblador que había llegado allí hace cuarenta años. En la actualidad, este hombre tiene setenta y ocho años. Es dueño de terrenos y almacenes, y está viviendo allí, en un rancho espantoso, entre cueros no terminados de curtir y *chinas* sucias como perras. Este hombre no ha sembrado jamás una cebolla”. (Roberto Arlt. “Reconocimiento trágico”. *El Mundo*, 2 de septiembre de 1933).

⁴⁰ Roberto Arlt. “Resistencia, ciudad de cine”. *El Mundo*, 5 de septiembre de 1933.

⁴¹ Roberto Arlt. “Hacia Buenos Aires”. *El Mundo*, 19 de septiembre de 1933.

de lectores que escriben al diario criticando la visión que sus notas dieron de las ciudades y los pueblos visitados. Ante la crítica, Arlt reafirma su posición: no sólo sostiene que se ha referido honestamente a todo lo que vio sino que ha callado lo que es necesario decir:

Lo que no he dicho y menester es ahora que lo escriba es el deplorable estado económico de los puntos por mí visitados. Hay una depresión impresionante que se refleja en el corazón de las ciudades; ese corazón que lo constituyen los puertos. ¡Los del río Paraná están muertos! [...] Cuando un buque llega a uno de esos puertos, los muelles ennegrecen de desocupados que piden trabajo. [...] El deber del cronista honrado es decir simplemente lo siguiente: me dijeron que en una época, estos puertos estaban repletos de buques de todo calado, y que la línea de flotación de estos buques se encontraba bajo el agua, de tanta carga que llevaban o traían. Ahora, los mismos hombres que trabajaron en esos buques, están de brazos cruzados, o ganan la mitad de lo que ganaban antes, si tienen suerte. Ahora estos puertos están casi vacíos y la falta de trabajo aplasta a las poblaciones en ese sueño de siesta desesperada, donde el pan se sustituye con el sueño.⁴²

⁴² Roberto Arlt. "Término del viaje". *El Mundo*, 20 de septiembre de 1933.

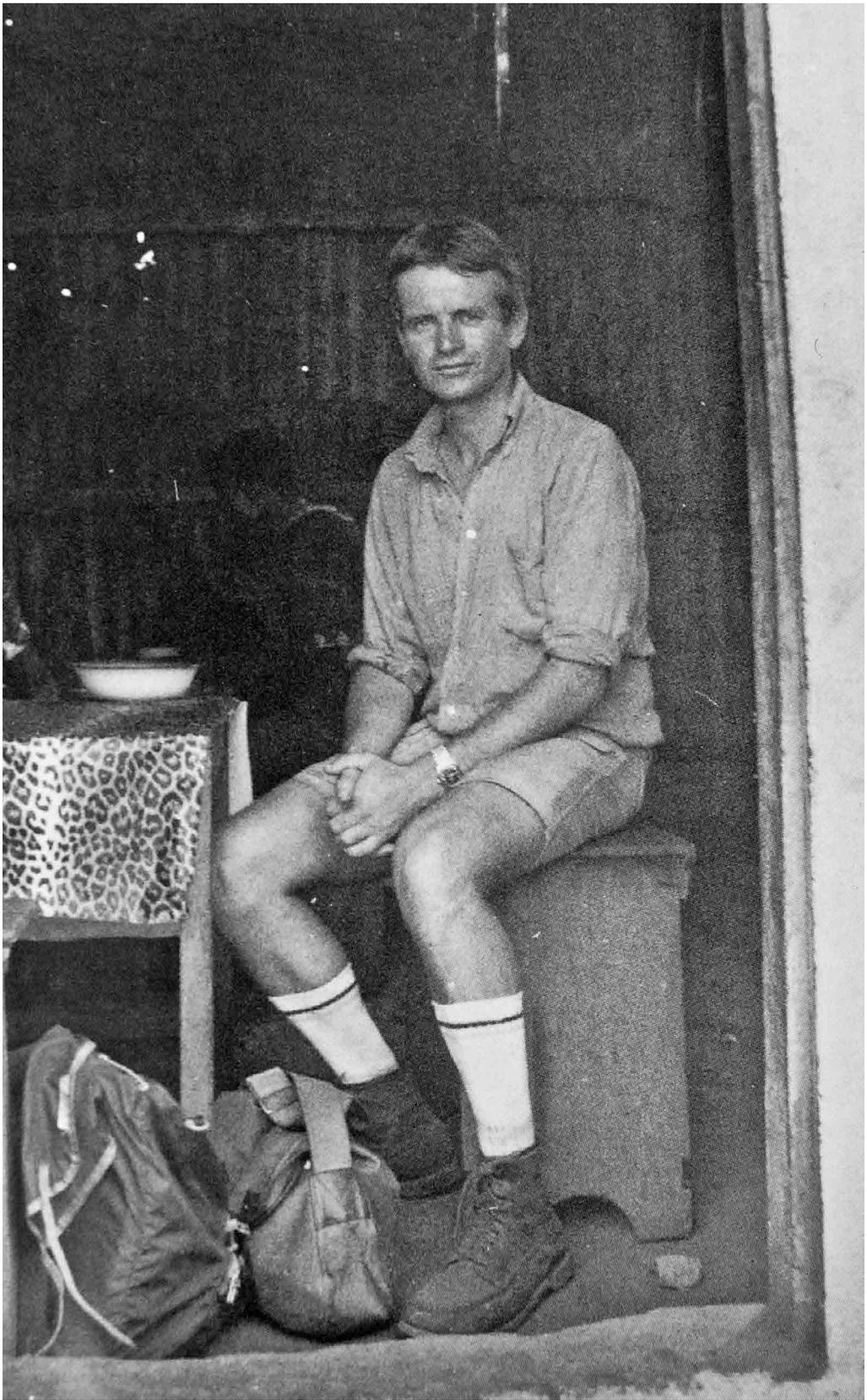
El malentendido En la Patagonia, de Bruce Chatwin, leído en la Argentina

María Sonia Cristoff



In Nova regione ad litora S. Juliani Magelliana contra
quendam fretum hoc perlustrans, homines copiosissime proceros
magnumque in parte tant. Qui demulso abique nullo frigore
vultus sequas per gustus ad stomachi usque fundum

Philippus ante 1580 ad incedum Fretum hoc Magelliana
cum ad Hispania confreuit ad Angliam vero P. P. tam dicit
in quod ibi eos Hispania cum peremptas invenerunt



Una intriga

¿Fue esa foto en la que Chatwin aparece como un boy-scout enrarecido, mirando a cámara y vestido con unos bermudas de color caqui? ¿Fueron específicamente esos bermudas que, según Susannah Clapp, sus amigos llamaban “los pantaloncitos de Bruce” menos por el tamaño que por la traza infantil que aportaban?

¿Fueron esos mochileros que de pronto se paran en un punto cualquiera de la Patagonia y abren el libro de Chatwin como si así supieran hacia dónde seguir? ¿O fueron los pasajeros que lo dejan a un costado del asiento cuando la azafata les pregunta qué van a tomar? ¿Fue el hecho de que tantas de las escenas de lectura asociadas a *En la Patagonia* hayan involucrado la experiencia turística? ¿Fue el prejuicio mojigato hacia el turismo? ¿El retorno de la disociación, a esta altura más anacrónica que snob, entre viajeros y turistas?

¿Fue el hecho de que *En la Patagonia* no haya sido introducido entre lectores locales por Susan Sontag?

¿Fueron las imprecaciones de tantos de los patagónicos devenidos personajes que se sintieron traicionados, tergiversados? ¿Las de los otros patagónicos, los que no aparecen en el libro pero piensan que nada de lo que se dice ahí es cierto?

¿O fueron las imprecaciones de Osvaldo Bayer, que también se sintió traicionado y, peor, mal citado? ¿Fue el modo en el que su libro en cuatro tomos *La Patagonia Rebelde* reaparece en el de Chatwin? ¿La mirada zumbona aplicada a los líderes del movimiento obrero? ¿Las direcciones caprichosas en las que la relectura dispara? ¿Se trata de una nueva instancia de la discusión entre apropiación y plagio?

¿Es el hecho de que, ya a fines de la década del setenta, se le haya ocurrido a un escritor inglés extender más de lo debido la larga tradición de británicos escribiendo sobre la Patagonia?

¿Habrà sido el horror que, como Gombrowicz, Chatwin tenía hacia cualquier impostación de seriedad? ¿O los otros rasgos que también compartía con Gombrowicz: la desposesión nomádica en vez de la ostentación de biblioteca, los circunloquios frente a la propia homosexualidad?

¿Es la construcción de autor a la que Chatwin se dedicó en artículos sueltos, en las (pocas) apariciones públicas oficiales y en las (innumerables) conversaciones extraoficiales con amigos, colegas, conocidos y desconocidos? ¿Es una construcción que resultó desmesurada?

¿Es el español? ¿Es que, independientemente de los aciertos de una traducción, se pierde la cualidad telegráfica que su prosa tiene en inglés? ¿Esa capacidad

chatwinesca de construir una literatura al borde del cuaderno de notas? ¿Ese trastocamiento de la cronología clásica, que supone las notas como el punto de partida de la literatura seria y no como el punto de llegada al despojo tan ansiado?

¿Qué es, me pregunto, lo que hace que, salvo excepciones esporádicas (y detalladas en la bibliografía), Bruce Chatwin no sea considerado un escritor importante en la Argentina? ¿Y tampoco lo contrario? ¿Qué es ese sistema de suspicacias y adversativas y prejuicio velado que se pone en marcha cada vez que se lo nombra, que lo nombro?

¿Será, precisamente, *En la Patagonia*, su primer libro?

Ejercicios de renuncia

Las versiones acerca del momento y el modo en el que la Patagonia se instala como obsesión en Chatwin son varias. Hay dos versiones en distintos capítulos de *En la Patagonia*. Me remito, sin embargo, a la que me gusta más: está en *Anatomía de la inquietud*, una recopilación póstuma de los artículos periodísticos que escribió entre 1969 y el año de su muerte, 1989. Y le agrego –cómo evitarlo– datos leídos en la (acotada) biografía de Chatwin escrita por Susannah Clapp (*Con Chatwin*) y en la (monumental) biografía escrita por Nicholas Shakespeare (*Bruce Chatwin*). Esta versión del encuentro decisivo con la idea de la Patagonia empieza con el *racconto* de tres renuncias, gesto que con el tiempo sería uno de los dos tópicos centrales chatwinianos. En un principio, Chatwin es un adolescente criado en Birmingham que llega a Londres a los dieciocho años con una necesidad imperiosa de desprenderse hasta del último resabio de provincianismo. Rápidamente encuentra un trabajo en Sotheby's, donde meteóricamente pasa de cadete a experto. Tanto en la entrevista en la que lo toman como en su ascenso más concreto, la capacidad de mirar de Chatwin deslumbra: en la primera, es capaz de recordar con lujo de detalles los recovecos, influencias y diseño de jardines de Avebury Manor; en la segunda asegura, con la falta de énfasis de los verdaderos convencidos, que ese Picasso que está mirando no es auténtico frente a un experto tan indiscutible como célebre. Más que mirar, Chatwin parecía escanear y archivar. De hecho, cuando se trataba de mencionar a los propios precursores, resaltaba su deseo de ser “una especie de Cartier-Bresson literario”, alguien capaz de en-

contrar el “momento decisivo”, el instante preciso, sin un segundo de apuro ni otro de morosidad. Esa capacidad y, sin dudas, su natural propensión a hacer de las hipótesis fichas de casino, lo convirtieron pronto en un referente. En los dos departamentos de Sotheby’s en los que trabajaba, el de Antigüedades y el de Pintura Moderna, y más allá también, Chatwin pasó a ser conocido como una de esas esporádicas personas que tienen *the eye*, el ojo, la capacidad de discernir lo verdadero de lo falso. ¿No es curioso –en el sentido de interesante– que en su primer libro, *En la Patagonia*, se haya dedicado justo a lo contrario, a volver borrosas las fronteras entre documento e imaginación, irrelevante la distinción entre verdadero y falso? Pero no nos adelantemos, vuelvo a su primera renuncia. Que llega cuando, en un momento de puro éxito y reuniones y viajes por el mundo en busca de piezas a negociar, Chatwin empieza a sufrir episodios esporádicos de ceguera. Se hace todo tipo de estudios pero nada fisiológico aparece. El ojo le está indicando, concluye, hasta qué punto está harto de todo eso. Entonces renuncia. Se va a Escocia, a estudiar Arqueología en la Universidad de Edinburgh. El aburrimiento que lo embarga solo lo interrumpen las clases de sánscrito, pero no alcanza. Y además, un día en el que está excavando un enterratorio de la Edad de Bronce, la fobia a los objetos preciosos –es decir a las colecciones, es decir a Sotheby’s y el mundo que había dejado atrás– reaparece con la fuerza de una amenaza. Entonces renuncia. Decide sentarse a trabajar en una obsesión de larga data: un libro en el que pretende demostrar el nomadismo latente del género humano, el movimiento como contrapunto de las sociedades enfermas. En vez de avanzar, queda enmarañado en una sucesión de citas, hipótesis inconclusas, pasajes desproporcionados y episodios boomerang: el libro no se privaba de una diatriba contra el hecho de escribir. Entonces renuncia. Se queda con una sensación de fracaso rotunda y sus treinta y tres años auestas: nada más. Un llamado totalmente inesperado de Francis Wyndham –escritor, editor y crítico fundamental del mundillo londinense, mentor no solo de Chatwin sino también de V. S. Naipaul y de Jean Rhys– lo lleva finalmente a escribir notas de fondo –perfiles, reportajes, crónicas– para la revista del *Sunday Times*. Hacen un muy buen par: Wyndham es un editor que no solo lo ayuda a encontrar en el terreno de la escritura aquel ojo que supo tener en las artes visuales sino que permanentemente lo incita a escribir un libro. Por uno de aquellos artículos, Chatwin viaja a París. Allí Eileen Gray –arquitecta y gran renovadora en el campo del diseño, muy admirada por Le Corbusier– lo recibe en su departamento. Mientras transcurre la entrevista, Chatwin advierte que en una de las paredes hay





un mapa de Patagonia que ella misma había pintado en una técnica al agua. “Siempre quise conocer ese lugar”, le comenta. Gray tiene noventa y tres años y no le teme a trabajar catorce horas por día, aunque sí a hacer un viaje tan largo. “También yo. Vaya usted por mí”, contesta. Entonces, una vez más, Chatwin renuncia. Manda un telegrama al *Sunday Times* cuyo texto revela su famosa renuencia a las explicaciones y preanuncia el estilo elíptico de su literatura: “Gone to Patagonia for four months”.

Un libro bisagra

Algunos libros hacen lo que pueden: nos entretienen en una tarde tórrida o en un vuelo interminable, nos ayudan a conciliar el sueño. Otros, muy pocos, mueven dos o tres piezas en algún tablero, en alguna discusión. Otros cambian las reglas del juego. Esto último es lo que hizo *En la Patagonia*: ya acercándose el fin del siglo veinte decretó –sin grandilocuencia: los buenos libros son sutilmente performativos– que el relato de viaje había muerto. O, mejor dicho, que había muerto en los términos en los que se lo había pensado desde Pausanias *et al.* “[...] por ende focalizamos en aquellas instancias en las que la Patagonia se conecta con la imaginación literaria”, dice Chatwin en una conferencia que da junto a Paul Theroux en Londres, dos años después de publicado su libro –luego editada con el título *Retorno a la Patagonia*–, en la que descarta en él todas las búsquedas tradicionalmente adscriptas al género y trata de dejar claro que el viaje propiamente dicho es un disparador de literatura, no una garantía de verdades demostrables en sede judicial. Con esa sola frase quedan atrás siglos (literales) de tradición en los que el relato de viaje fue subsidiario de algún saber que debía ser útil para alguna ciencia, algún gobierno, alguna avanzada imperial, algún lector aspirante a conocer el mundo sin moverse de su casa. Chatwin renuncia. Lo que no quiere decir que antes de él no se escribieran relatos de viaje en los que la imaginación jugara un papel central, en absoluto. Lo novedoso es que un autor lo asuma teóricamente, lo explicita como parte de su protocolo personal, una línea de su manifiesto. Una posición que su primer libro avala de diversos modos.

Por un lado, *En la Patagonia* es una sucesión de microrrelatos construidos alrededor de personas que un narrador casi imperceptible va encontrando a su paso



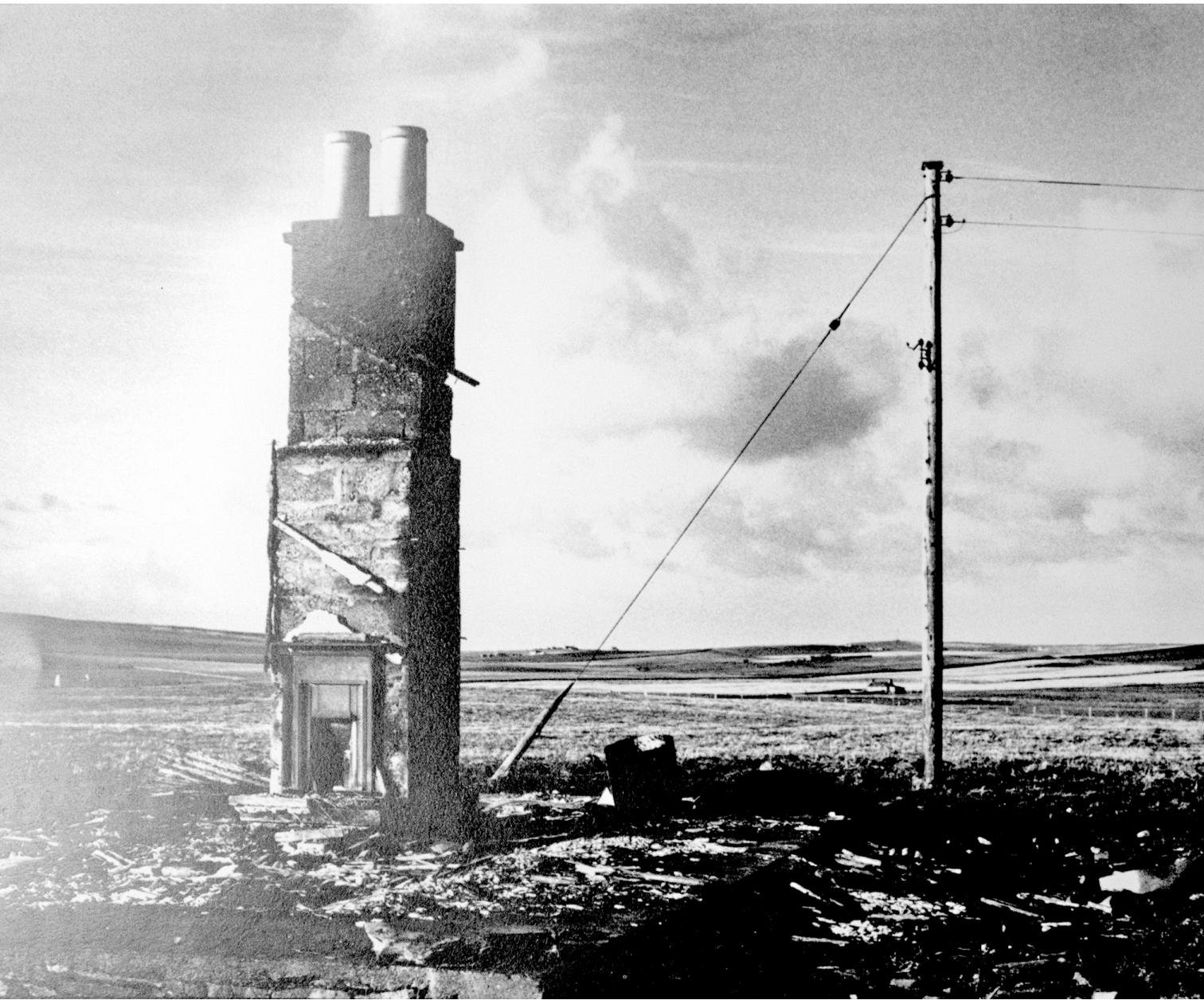
y convirtiendo en personajes: la médica rusa que lee a Osip Mandelstam, la soprano suiza que supo cantar en operettas y cafés concert, el iraní que predica el Islam acompañado por su novio boliviano, el aviador lituano que sigue sin temerle a nada, los boers que le retacean simpatía, el recuerdo del tejano que embarcó a Clemente Onelli en la búsqueda de un plesiosaurio improbable, el alemán que nunca estuvo en la guerra pero no puede dejar de hablar de ella, el argentino que estuvo entre los líderes de las huelgas de los años veinte en Santa Cruz y se acaba de suicidar frente a un espejo en el pueblito chileno de su destierro, el descendiente de galeses que le debe su vida al salto inverosímil de un caballo sobre un precipicio, el pianista de sus desvelos en el que algunos autores conjeturan un doble ocultamiento por parte de Chatwin –el del sida como verdadera causa de su muerte y el del pasaje en el que se refería al romance entre ellos– y, por supuesto, la reconstrucción de la historia de su primo lejano Charles Milward,

Chatwin, a la edad de 34 años, con la comunidad galesa de Gaiman. Extraída del libro de Nicholas Shakespeare, *Bruce Chatwin*. London: The Harvill Press; Jonathan Cape, 1999

que además de ser emprendedor inescrupuloso y cónsul inglés en la Punta Arenas de fines del diecinueve, fue quien envió a Inglaterra el fragmento de supuesto brontosaurio que obsesionó al Chatwin niño con la Patagonia y que como, a nadie sorprenderá, al fin de este relato resulta ser piel de otro animal, uno mucho menos fantástico –resulta ser, en definitiva, falso–.

Por otro lado, el libro de Chatwin hace un interesante trabajo de arqueología literaria, digamos, en un territorio usualmente asociado a “la nada” o a la naturaleza entendida como tarjeta postal. Es así que *En la Patagonia* conversa permanentemente con algunos de los autores que sentaron las bases literarias del territorio –Charles Darwin, W. H. Hudson–, encuentra rastros patagónicos en los autores menos pensados –Dante, John Donne–, rastrea el material documental a partir del cual surgieron grandes piezas literarias –*Un Viaje hacia el Polo Sur* de James Weddell como base para la *Narración de Arthur Gordon Pym*, *En el corazón de la Patagonia* de Hesketh Prichard detrás de *El mundo perdido* de Arthur Conan Doyle– y despliega hipótesis extraordinarias que se abstienen de las típicas tácticas ansiosas por convencer para tomar más bien la forma de la asociación narrativa, o la de otra variante del microrrelato –en la *Rima del Anciano Marinero* de Coleridge ve rastros de la malograda expedición de un viajero brillante, John Davis, por las costas del Sur; en el Caliban de *La Tempestad* de Shakespeare, resabios de los momentos tensos que la expedición de Magallanes, contada por Pigafetta, atravesó en el puerto de San Julián.

¿Es entonces esta serie de asociaciones, hipótesis y derivas el núcleo en el que radica el carácter literario de *En la Patagonia*? ¿Se reduce todo a un ingenioso sistema de erudiciones que ya no tienen nada de asombroso en la era de los buscadores por Internet? ¿La literatura se condensa en esos pasajes? En lo más mínimo: estas citas, estas hipótesis son solo los momentos en los que el libro explicita más claramente que nunca la clave en la que debe ser leído desde principio a fin. Una clave literaria que comparte rasgos con las líneas narrativas más experimentales del siglo veintiuno: la pulverización de la dicotomía verdadero/falso, la ambigüedad de género, la superposición de citas, la apropiación entendida como recurso y no como estigma, el retorno a lo canónico para volverlo transfigurado, el tedio frente a las bellas letras, la primera persona tan presente como elusiva, la mascarada de lo autobiográfico, las interconexiones entre literatura y vida, la atracción por los restos, lo fragmentario.





La mutación chatwinesca

Sin embargo, muchos se resistieron –se resisten aún– a leer en esa clave un relato que supone un viaje. En esos casos, no quieren literatura, quieren reporte. El primero, o al menos uno de los más célebres en resistirse, fue Paul Theroux, quien consideró que el libro de Chatwin había dejado ciertos puntos oscuros: cómo es que el narrador fue de un lugar a otro, cómo se trasladó, cómo llegó, qué es lo que le pasó entre un microrrelato y otro. Tomó entonces un subte en Boston al año siguiente de que se publicara *En la Patagonia* para iniciar un trayecto que lo llevaría, en una sucesión de distintos trenes, hasta un pueblito próximo a la Cordillera de los Andes, y que luego contaría con minucia en *El viejo expreso de la Patagonia* (*The Old Patagonian Express*, 1979). No se dio cuenta Theroux, como tampoco se dan cuenta tantos otros, de que lo más interesante de la literatura es lo dicho por omisión, lo elidido. Y en ese terreno, justamente, la prosa de Chatwin es magistral. No solamente en este libro.

Pero los logros de una prosa no es precisamente algo a lo que estén muy atentos los lectores de libros que involucran un viaje –ni tampoco muchos de sus escritores–, por lo general obsesionados por un trío fatídico: la peripecia, la novedad y la verdad. La peripecia entendida en términos de detalle personal está presente en los libros de Theroux y también en los de la enorme cantidad de escritores que al día de hoy siguen escribiendo en su línea. La idea pareciera ser que ese narrador-autor cuente detalles que logren “relatos más vívidos”, que generen más identificación en el lector. Algunos, como Bill Bryson, le agregan a eso una cuota de algo que se supone humor y así venden millones. En cuanto a la novedad, ocurre que ya es tarde, muy tarde para la novedad. Marc Augé lo deja muy claro en *El viaje imposible*, donde sostiene que el modelo clásico del viajero que abandona el hogar para volver con un relato a partir del cual sus contemporáneos van a conocer algún secreto, algo nuevo acerca de algún lugar, alguna cultura, está completamente perimido. Ese es, justamente, el viaje imposible de su título. En verdad, dice, al día de hoy viajemos más para encontrarnos con cosas que en un punto ya conocemos: hoteles que nos recuerdan a algún otro en el que ya hemos estado en la otra punta del globo, noticieros en televisión con distintos idiomas pero formatos idénticos al de CNN, tandas publicitarias con marcas que ya vimos o que incluso llevamos en la valija, colas de ballenas tal como las habíamos visto en miles de fotos, castillos y museos que ya habíamos visto en Internet. A

menos que alguien venga con la noticia de que se ha descubierto una nueva civilización, el viaje –y el viajero– clásico, al día de hoy, solo pueden ser una ilusión. Y si finalmente hablamos de la verdad, último elemento del trío y concepto riesgoso si los hay, creo que nos aproximamos a uno de los puntos más álgidos en la recepción que el libro de Chatwin tuvo en la Argentina. “No es así/ no fue así/ no es verdad”, compactados como el estribillo de una canción, fueron –y siguen siendo– comentarios recurrentes frente a su libro, algo que se explica en parte por una forma de chauvinismo –los locales, explícita o implícitamente, siempre creen tener la versión adecuada– y en parte por incapacidad de captar la apuesta, la impronta literaria del libro de Chatwin. Muchas veces pienso que también puede haber contribuido una decisión editorial: en la versión de Editorial Norma que no lleva fecha pero que sin dudas fue la que más circuló en la Argentina durante los años inmediatamente posteriores a la muerte de Chatwin, el título fue despojado de la preposición del original (*In Patagonia*) que la traducción de Sudamericana y al menos tres de las otras que existen al día de hoy en español sí mantuvieron y pasó a llamarse, a secas, *Patagonia*. La decisión se parece a una intromisión, ya que la traducción corresponde a Lucrecia Moreno de Sáenz, es decir que es la misma que había publicado en 1979 en Sudamericana el siempre adelantado Paco Porrúa. Y es, además, un error: se trata de un título que connota una ambición de abarcarlo todo, un tufillo de objetividad, un sesgo asertivo donde había fragmento, trazo autobiográfico, un leve titubeo. Si uno lee *Patagonia* lo que antecede, mentalmente, son frases del tipo: esto es / de esto se trata / aquí les presento, resumo o explico. Si uno lee *En la Patagonia* las frases posibles que anteceden son: esto es lo que me pasó a mí *en* / esto es lo que se me ocurrió *en* / esto es lo que pensé, lo que imaginé *en*. La preposición condensa la mutación de subjetividad del viajero clásico, que supuestamente volvía con una verdad abarcativa a la que solo él había podido acceder, a la del escritor contemporáneo en tránsito, que asume el viaje como un componente más de su literatura.

Creo que el problema, mejor dicho el malentendido con Chatwin, es que pocos advirtieron esa mutación y que, además, se puso a experimentar en un terreno, el relato de viaje, en el que los obstáculos abundan: x) es un género de tradición muy antigua y, como tal, más resistente a las transformaciones, xx) es un género frecuentado por lectores que muchas veces no tienen ningún interés en la literatura, xxx) es un género absolutamente devaluado entre escritores y buenos lectores, salvo por algún título que siempre tendrá la categoría de excepción.

La quietud refutada

Al Chatwin de *En la Patagonia* se le ha criticado, recapitulo, el uso caprichoso del material documental, el desdén implícito en las citas imprecisas de nombres y de palabras en español, los resabios de imperialismo británico, el descuido en el trabajo con los testimoniantes. Reconozco en este último el punto más interesante, reconozco que el vínculo de un escritor con sus entrevistados es un tema intrincado, incluso un tema que reclama un buen libro que todavía no se escribió, pero creo que el mayor problema que se puede adscribir a *En la Patagonia* no está tampoco ahí. Está más bien en el hecho, nada menor, de que la construcción de esa Patagonia de fines de la década del setenta que aparece allí es totalmente anacrónica, por momentos romantizada. Todos esos personajes –ese rompecabezas de exiliados– que el narrador encuentra para construir sus microrrelatos son interesantísimos pero atrasan casi un siglo, son típicos de la Patagonia decimonónica. No hay ni la más mínima mención a los argentinos nacidos allí o venidos desde el norte, ni a los trabajadores del petróleo ni de las otras industrias que para entonces ya eran paradigmáticas en la región, ni a los hippies asentados en la Cordillera ni a los militantes o asustados o perseguidos que optaron, frente a la violencia política de los setenta, por el exilio interno en el Sur. Pero ocurre que, aun aceptándolo, tampoco me parece un problema que minimice la importancia de este libro. En principio, por la apuesta performática de la que he venido hablando, por su carácter de manifiesto subterráneo. Sobre todo por eso. Y, por otro lado, porque creo que, aun en su anacronía de cuño romantizante, *En la Patagonia* capta con sutileza el hecho de que en la cultura patagónica es central el estar siempre de paso, en tránsito, incluso en fuga. Focalizando esos personajes que acaban de llegar, o que llegaron hace mucho pero no perdieron sus acentos solo para declarar su estado transitorio, o que están siempre pensando en volver o simplemente en irse de ese lugar alejado de todo, el libro de Chatwin capta un modo de estar en el mundo que la cultura patagónica tuvo a fines del diecinueve pero también a fines del veinte en el que él escribe y también a principios de este veintiuno en el que lo releemos. Capta, entonces, lo que los lectores más puritanos reclaman como “una verdad” y los más sutiles como una hipótesis válida. No hace la arqueología de aniquilaciones ni de masacres ni de actos pioneros ni de migraciones precarias que están detrás de ese modo de estar, es cierto. Chatwin se contenta –¿qué escritor no lo haría?– con que allí encontró un escenario, una locación perfecta para indagar en una de sus obsesiones: la inquietud, la *restlessness* inherente a toda cultura que había sido

tema central del libro al que renunció en sus tempranos treinta. En ese punto, la postura de Chatwin recuerda la lectura que James Clifford hace de las culturas locales, a las que entiende no en términos de asentamientos de traza “pura” sino más bien como un conglomerado en el que subyacen traslados, viajes y migraciones. Lo local no como una identidad inmaculada a la que aferrarse sino como una superficie conformada por movimiento, lo local como inquietud. Esta idea de una cultura construida a partir de interconexiones y coexistencias, de movimientos constantes, de una quietud refutada está en sintonía exacta con lo que Chatwin quiso articular en aquel primer libro y no pudo, y lo que subyace en los nueve libros suyos –“extraordinarios según cualquier criterio que se les aplique”, al decir de W.G. Sebald– que se publicaron antes y después de su muerte temprana.

Otra intriga

262

En los dos últimos libros que escribió, Chatwin siguió profundizando en las líneas ya vislumbradas en su iniciático *En la Patagonia* y afilando la ambigüedad, tal vez su mejor recurso para evitar las formas más anquilosadas de la literatura. El anteúltimo, *Las líneas de la canción*, está centrado en la búsqueda que un narrador emprende en Australia de algo que traduce como “songlines”, tradición aborigen que lo obsesiona porque en ella confluyen la narración oral y las prácticas nómades. El libro fue presentado como novela, aunque algunos lo leyeron como una crónica y otros como un diario, y aunque está compuesto, casi en un cincuenta por ciento, por transcripciones de notas de los cuadernos de Chatwin y de citas en las que rinde homenaje a sus escritores fetiche: Pascal, Rimbaud, Osip Mandelstam, Baudelaire. Y el último, *Utz* (1989), es una novela articulada como el relato de una entrevista. El narrador es un periodista que, interesado en escribir un artículo sobre el coleccionismo como compulsión, viaja a Praga, ciudad en la que conoce a Utz, personaje principal y atormentado coleccionista de porcelanas Meissen. La inquietud, como se ve, no solo llevaba a Chatwin a viajar, también se traducía en experimentación narrativa. Lejos de los saltimbanquis oportunistas y de los asentados en fórmulas que ya han demostrado funcionar, Chatwin fue uno de esos escritores que, sin apartarse de una determinada línea, siguieron experimentando con cada nuevo libro. Uno de esos pocos cuyo próximo libro esperamos –hubiésemos esperado– con intriga.

BIBLIOGRAFÍA

- Chatwin, Bruce (1977). *In Patagonia*. London: Jonathan Cape.
- (1979). *En la Patagonia*. Buenos Aires: Sudamericana.
- (1980). *The Viceroy of Ouidah*. London: Jonathan Cape.
- (1983). *El virrey de Ouidah*. Barcelona: Muchnik.
- (1982). *On the Black Hill*. London: Jonathan Cape.
- (1984). *Colina negra*, Barcelona: Muchnik.
- y Paul Theroux (1986). *Patagonia Revisited*. Boston: Houghton Mifflin Company
- y Paul Theroux (1993). *Retorno a la Patagonia*. Madrid: Anaya.
- (1987). *The Songlines*. London: Jonathan Cape
- (1988). *Los trazos de la canción*. Barcelona: Muchnik.
- (1988). *Utz*. London: Picador.
- (1988). *Utz*. Barcelona: Muchnik.
- (1989). *What I am Doing Here*. New York: Viking Penguin.
- (1993). *¿Qué hago yo aquí?*. Barcelona: Muchnik.
- (1993). *Photographs and Notebooks*. London: Jonathan Cape.
- (1993). *Fotografías y cuadernos de viajes*. Madrid: Anaya y Mario Muchnik.
- (1996). *Anatomy of Restlessness*. New York: Viking Penguin.
- (1997). *Anatomía de la inquietud*. Madrid: Anaya y Mario Muchnik.
- Chitarroni, Luis (1997). "Retrato del artista iridiscente". *Los escritores de los escritores*. Buenos Aires: El Ateneo.
- Clapp, Susannah (1997). *With Chatwin*. London: Jonathan Cape.
- (1997). *Con Chatwin*. Barcelona: Muchnik.
- Cohen, Marcelo (1998). "Formas de mirar". *Diario Clarín, Suplemento Cultura y Nación*, Buenos Aires, 10 de mayo.
- Gimenez Hutton, Adrian (1999). *La Patagonia de Chatwin*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Levi, Peter (2000). *The Light Garden of the Angel King*. London: Pallas Athene.
- Rodríguez, Fermín (2010). "Desvíos V. Bruce Chatwin, coleccionista". *Un desierto para la nación. La escritura del vacío*. Buenos Aires: Eterna Cadencia.
- Sebald, W.G. (2010). "El misterio de la piel caoba. Aproximación a Bruce Chatwin". *Campo Santo*. Barcelona: Anagrama.
- Shakespeare, Nicholas (1999). *Bruce Chatwin*. London: The Harvill Press with Jonathan Cape.
- (2000). *Bruce Chatwin*. Barcelona: Muchnik.
- Theroux, Paul (1993). "Chatwin Revisited". *Granta* 44.

Acerca de los viajeros



In Nova regione ad litora S. Juliani Magelliana contra
quendam fretum hoc perlustrans, homines apparuisse proceros
magnumque in partu 1041. Qui demulso abique nuptis frigore
vultus sequas per gustus ad stomachi usque fundum

Philippinis an. 1588 ad incedum Fretum hoc Magelliana
cum ad Hispania confretra ad Angliam vero P. P. tam cito
in quod ibi eos Hispania cum perreptos invenerunt

Acurette du Biscay

Uno de los datos más sólidos y conocidos de este personaje es su condición de comerciante y aventurero. La información existente es escasa debido al carácter secreto y clandestino de sus actividades, a tal punto que tampoco se conoce su verdadero nombre. De la lectura del relato de sus viajes pareciera surgir el indicio de que Acurette era vasco-francés; además, el último puerto en el que atracó fue Socoa, sobre la costa vasco-francesa. Se ha podido saber que era oriundo de Ciboure, por lo cual se podría explicar el apodo de "*du Biscay*" que se lee en el título de la primera edición inglesa de su relato. Como las hostilidades entre Francia y España cesaron recién en 1659, con la firma de la paz de los Pirineos, durante los dos viajes que Acurette realizó a América, a partir de 1657, ocultó su identidad, a tal punto que cambió su nacionalidad (desde 1657 hasta 1661 se hizo llamar Maleo). Esta coyuntura lo obligó a estar atento y ser prudente, sin descuidar ningún aspecto que le obstaculizara llevar a cabo su proyecto aventurero. Sin embargo, se encontró con dos escollos administrativos importantes, exigidos por la corona de España para proteger la inviolabilidad de sus posesiones y dominios en América. En aquel entonces, para llegar a la América española, el primer requisito que Acurette no cumplía era el de ser súbdito del rey de España o hacerse pasar como tal, lo que no era completamente imposible dentro de un mundo en el que los hombres circulaban bastante. Contribuía a ello la falta de medios de identificación, lo que permitía de manera muy sencilla fabricarse una identidad prestada. Entre las numerosas noticias que Acurette nos proporciona, apunta que un gran número de europeos se encuentran radicados en la ciudad de Buenos Aires.

267

Azara, Félix de

Nació el 18 de mayo de 1742 en Barbuñales, Provincia de Huesca y falleció en la misma localidad en 1821. Fue militar, ingeniero, explorador, cartógrafo, antropólogo, humanista y naturalista. Su nombre completo era Félix Francisco José Pedro de Azara y Perera, hijo de Alejandro de Azara y Loscertales, señor de Lizana, y de María de Perera. Cursó sus estudios en la universidad de Huesca y en la Academia militar de Barcelona, de la cual egresó con el título de cadete en 1764. Prestó servicios en el regimiento de infantería de Galicia y obtuvo el grado de lugarteniente en 1775. Cuando en 1777 tuvo lugar el Tratado de San Ildefonso, entre España y Portugal que determinaban las fronteras de las posesiones en América del Sur, Azara fue elegido para formar parte de los comisarios encargados de delimitar con precisión las fronteras españolas. Partió hacia Sudamérica en 1781 para una misión de varios meses, pero permaneció por espacio de veinte años. Primero fue a Asunción del Paraguay, para realizar los preparativos antes de la llegada del comisario portugués, ante cuya tardanza

emprendió un viaje por su cuenta con el propósito de realizar un mapa de la región. En sus viajes se interesó en los animales de las zonas que visitaba. A pesar de reconocer su ignorancia sobre el tema y creer que antes que él ya lo habrían hecho los viajeros y naturalistas de América decidió apuntar sus observaciones y esperar a acabar sus otras obligaciones para publicar los materiales. A pesar de no poseer conocimientos científicos se dedicó al estudio de los mamíferos y de las aves que encontró a su paso. La única bibliografía de la cual disponía era una traducción al español de las obras de Buffon (1707-1788). Estaba convencido de que los animales descritos por Buffon eran los mismos que él había encontrado en América. Su falta de conocimientos y su incomprensión de la gran diversidad de las especies lo lleva a realizar errores de juicio, pero, aun así, describió centenares de especies, la mitad de las cuales no eran conocidas anteriormente. En 1801 fue llamado de vuelta a España. Combatió y fue herido en la guerra contra Argel. En 1815 rechazó la Orden de Isabel la Católica en protesta por los ideales absolutistas que imperaban en España. Su aporte a las ciencias naturales fueron sus manuscritos con la descripción de mamíferos y reptiles del Paraguay y del Río de la Plata (*Essais sur l'histoire naturelle des Quadrupèdes*, París, 1801, y la versión española: *Apuntamientos sobre la historia natural de los cuadrúpedos del Paraguay y Río de la Plata*, Madrid, 1802. Los *Apuntamientos para la historia natural de las Paxaros del Paraguay y Río de la Plata* en tres volúmenes, Madrid, publicados entre 1802 y 1805. Sonnini tradujo la obra al francés en 1809 con el título *Voyages dans l'Amérique méridionale, par don Félix de Azara*. Gustav Hartlaub editó en 1837 un índice de las especies de aves descritas por Azara. Varias especies le fueron dedicadas: el pájaro *Synallaxis azarae* por Alcide Dessalines d'Orbigny en 1835 y los roedores *Dasyprocta azarae* por Martín Lichtenstein en 1823, *Akodon azarae* por Johann Fischer von Waldheim en 1829 y *Ctenomys azarae* por Michael Rogers Oldfield Thomas en 1903. También se le ha dedicado una dorsal en la Luna, la *Dorsum Azara*. La ciudad de Azara, en la provincia de Misiones, fue bautizada en su memoria por su trabajo en la región. Azara se planteó la posibilidad de la evolución de las especies, y se preguntó por las similitudes existentes ante la falta de rigor científico, antes que el propio Charles Darwin, que conoció sus estudios. Colaboró con el héroe uruguayo José Gervasio de Artigas en el establecimiento de pueblos en las fronteras entre la Banda Oriental (actual República Oriental del Uruguay) y el Imperio de Brasil, cuya fundación más importante fue la del pueblo de Batoví.

Artt, Roberto

Si bien en su partida de nacimiento y bautismo Roberto Godofredo Christophersen aparece como nacido el 26 de abril de 1900 se dice que el propio autor se encargó de crear confusión al respecto ya que consignó en diferentes biografías las fechas del 2 y del 7 de abril de 1900.

Era hijo de un matrimonio de inmigrantes: Karl Arlt, prusiano y Ekatherine Iostraibitzer, austro-húngara. Su infancia transcurrió en el porteño barrio de Flores. Tuvo contacto con la lengua alemana que era la que se hablaba en el entorno familiar. Tuvo dos hermanas que fallecieron por causa de la tuberculosis. El escritor siempre recordó el temor que su padre, un hombre severo, le produjo en su infancia y a los castigos corporales, anunciados con anterioridad, que le infringía. Cuando el pequeño cometía una falta el padre le avisaba que a la mañana siguiente lo azotaría, lo cual le hacía pasar la noche lleno de terror esperando la llegada del nuevo día. La relación con su padre aparece en su literatura. A la edad de ocho años fue expulsado de la escuela y continuó su aprendizaje en forma autodidacta. Arlt desempeñó diversos oficios, trabajó en un periódico, en una biblioteca, fue pintor, mecánico, soldador, trabajador portuario y manejó una fábrica de ladrillos. Cuando en 1926 escribe su primera novela, *El juguete rabioso*, pensó titularla *La vida puerca*, pero Ricardo Güiraldes de quien el escritor era secretario –y más tarde amigo– le sugirió que sería demasiado grosero para los lectores de la época. Como periodista se desempeñó en el diario *El Mundo* donde publicaría sus *Aguafuertes*. Falleció en Buenos Aires de un ataque al corazón el 26 de julio de 1942. En su obra describió, con naturalismo y humor, a los personajes inmigrantes, pintando el paisaje de la Argentina de su época, inmersa en conflictos sociales, económicos y políticos. Sus cuentos “El jorobadito”, “Luna roja” y “Noche terrible” son un reflejo de su estilo, alejado del modernismo imperante en la literatura. El reconocimiento aumentó después de su muerte y en la actualidad es considerado como el primer autor moderno de la Argentina. A partir de la década del treinta del siglo pasado comenzó a escribir obras de teatro, dedicándose por completo a este género en la última etapa de su vida. Sus obras se estrenaron en el Teatro del Pueblo, dirigido por Leónidas Barletta, inserto en la corriente llamada independiente, alejada del circuito comercial. Se lo considera precursor del teatro social en la Argentina y de corrientes enfocadas en el absurdo y el existencialismo. En su actividad periodística describió la vida cotidiana de la capital. Una selección de esos artículos puede encontrarse en *Aguafuertes porteñas (1928-1933)*, *Aguafuertes españolas* (escritas durante su viaje a España y Marruecos (1935-1936) y también en *Nuevas aguafuertes*. Se desempeñó también en la sección de noticias policiales, lo cual le permitió tomar contacto con el mundo marginal reflejado en *300 Millones*, una obra basada en hechos reales. Su obra en prosa está compuesta por *El diario de un morfinómano* (1921), *El juguete rabioso* (1926), *Los siete locos* (1929), *Los lanzallamas* (1931), *El amor brujo* (1932), *Aguafuertes porteñas* (1933), *El jorobadito* (1933), *Entrada a Bariloche* (1934), *Aguafuertes españolas* (1936), *El criador de gorilas* (1941), *Nuevas aguafuertes españolas* (recopilado en un libro aparecido en 1960). En teatro fue autor de *300 millones* (1932), *Prueba de amor* (1932), *Escenas de un grotresco* (1934), *Saverio el cruel* (1936), *El fabricante de fantasmas* (1939), *La isla desierta* (1937), *Separación feroz* (1938), *África* (1938) y *La fiesta del hierro* (1940).

Beck Bernard, Lina

Nació en 1824 en Bitschwiller, Alsacia, cerca de Than en el alto Rin, y murió en Lausana, Suiza, a los 64 años, el 27 de septiembre de 1888. Llegó a Santa Fe en 1857, junto a su marido y sus cuatro hijas, en el primer contingente de familias traídas por Aaron Castellanos para fundar la ciudad de Esperanza. El matrimonio fijó domicilio en Santa Fe, en la calle San Gerónimo frente a la Plaza de Mayo. Mientras su esposo, Carlos Beck, daba nacimiento en 1858 a otra ciudad, San Carlos, y presidía el Club del Orden, Lina participó de actividades filantrópicas con otras damas del Club del Orden. También se dedicó a observar a la sociedad santafesina, el ambiente local, su medio social, el paisaje y las costumbres, tomando notas que luego volcó en trabajos como “Santa Fe desde la azotea” en uno de sus libros. En 1861, tras la muerte de sus dos hijas más pequeñas, dejó Santa Fe y regresó a Lausana con sus otras dos hijas.

En Suiza, terminó su libro de viaje y de impresiones de la ciudad de Santa Fe. Fue publicado en París en 1864 con el título *Le río Paraná. Cinq annés de séjour dans la République Argentine, 1857-1862*. Esta obra fue traducida y publicada en nuestro país por el Dr. José Luis Busaniche en 1935. También escribió una novela titulada *La Estancia Santa Rosa* que tiene como escenario a la estancia del Coronel José Rodríguez, cerca de Santa Clara de Buena Vista. Otras fueron *Telma y Fray Antonio* donde se revivían escenas y episodios del río Paraná y recuerdos de la sociedad santafesina. Como no se conoce otra mujer que hasta entonces hubiera escrito en Santa Fe y sobre Santa Fe, a pesar de su condición de extranjera se la considera la primera escritora santafesina.

Brackebusch, Ludwig

Geólogo y minerólogo, nació en Northeim, Alemania, en 1849. Se doctoró en Geología en la Universidad de Göttingen. Se desempeñó como auxiliar en el Instituto Geológico de Prusia, hasta recibir en 1872 la oferta del gobierno argentino para suceder a Alfred Stelzner, quien retornaba a su puesto en la Universidad de Freiberg. Desarrolló gran parte de su carrera en la Argentina. En 1873 fue contratado por la Academia Nacional de Ciencias de Córdoba para continuar las investigaciones realizadas por el doctor Alfredo Stelzner. Entre otros cargos ejerció como Decano de la Facultad de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales de la Universidad de Córdoba. En 1875 Brackebusch se hizo cargo de la Cátedra de Mineralogía de la Universidad Nacional de Córdoba y de la dirección del Museo de Mineralogía. Llegó acompañado por los hermanos Oscar y Adolfo Döring. Continuó los trabajos iniciados por Stelzner y levantó el primer mapa científico descriptivo de los minerales argentinos. Sus conocimientos sobre el territorio argentino se basaron en exploraciones realizadas en las provincias de Córdoba, San

Luis, Catamarca, Salta y Jujuy. Recolectó abundante material y logró aumentar en más de 8.000 ejemplares las colecciones existentes en el Museo de Mineralogía. Envío a Europa los duplicados de rocas y minerales locales para su exhibición y estudio. A partir de 1880 fue miembro de la Academia Nacional de Ciencias de Córdoba y llegó a ocupar el cargo de decano. En 1888 regresó a Alemania, donde continuó su estudio de la geología argentina y publicó el *Mapa Geológico de la Argentina*. Fue uno de los primeros investigadores de la geología argentina. En 1881, por pedido del Ministerio del Interior e Instrucción Pública y a instancias del ex-gobernador de la Provincia, Teófilo Sánchez de Bustamante, llegó a Jujuy, para realizar un estudio sobre los recursos petrolíferos existentes. Acompañado de Sánchez de Bustamante recorrió la quebrada y la puna. Publicó luego un informe sobre los yacimientos mineros de la Provincia, que fue difundido en *el Boletín de la Academia Nacional de Ciencias de Córdoba*, en 1883, en el número 5 bajo el título, "Viaje a la Provincia de Jujuy". Entre sus obras más destacadas cabe mencionar el *Mapa Geológico del Interior de la República Argentina*, editado en Córdoba en 1891. En 1887 retornó a Alemania, donde continuó con su profesión hasta su muerte en 1906.

Carrió de la Vandera, Alonso

(Gijón, Asturias 1715-Lima, 1783). Viajero, cronista de indias, alto funcionario y escritor, formó parte del movimiento migratorio peninsular de los habitantes del norte de España llegados a América durante la segunda mitad del siglo XVIII. Carrió llegó a Nueva España (México) en el año 1736 y se dedicó al comercio. Visitó Guatemala, Puerto Rico y Santo Domingo y, en 1746 se trasladó a la ciudad de Lima. En 1762, con motivo de la guerra anglo-española, se alistó en el regimiento de nobles formado por el Virrey para la defensa de la costa peruana, y en 1767 acompañó a los jesuitas cuando estos fueron desterrados del Perú. Aprovechó la ocasión para solicitar nuevas mercedes y, en 1771 fue nombrado segundo comisionado para el arreglo de correos y ajuste de postas entre las ciudades de Lima, Montevideo y Buenos Aires. Su principal obra fue *El Lazarillo de Ciegos Caminantes desde Buenos Ayres, hasta Lima con sus Itinerarios segun la más puntual observación, con algunas noticias utiles á los Nuevos Comerciantes que tratan en Mulas; y otras Históricas. Sacado de las Memorias que hizo Don Alonso Carrió de la Vandera en este dilatado Viage, y Comision que tubo por la Corte para el arreglo de Correos, y Estafetas, Situacion, y ajuste de Postas, desde Montevideo. Por Don Calixto Bustamante Carlos Inca, alias Concolorcorvo, Natural del Cuzco, que acompañó al referido Comisionado en dicho Viage, y escribió sus Extractos. Con licencia. En Gijon, en la Imprenta de la Rovada. Año de 1773*, un libro de viajes, género muy frecuente en la época. Allí, el viajero narra un largo y lento viaje en carreta, y su paso por Montevideo y Buenos Aires hasta el

Alto Perú a través de Córdoba, Santiago del Estero, San Miguel de Tucumán, Salta, Jujuy y Tarija. El texto resulta valioso por el aporte a la información cultural, geográfica, histórica y económica con observaciones sobre aspectos relevantes del extenso territorio recorrido. Lo central de esta obra es la descripción realista que hace Carrió de la sociedad. Si bien el libro de Concolorcorvo fue editado en Gijón durante el año 1773, también se conoce una primera edición impresa en Lima durante 1776 que no fue obra de Alonso Carrió de la Vandra sino de su secretario, un aborígen peruano denominado Calixto Bustamante. La crítica considera que Bustamante era el *lazarillo* o guía de La Vandra. Otra obra firmada por Concolorcorvo es *Reforma del Perú (1783)*, texto con consideraciones políticas que señalan la escisión del Virreinato del Perú ante la inminente creación del Virreinato del Río de la Plata.

Claraz, Georges

Nació en Friburgo, Suiza, el 18 de mayo de 1832 y falleció en la ciudad de Lugano el 6 de septiembre de 1930. Este naturalista y explorador viajó a Brasil atendiendo la solicitud de su profesor y amigo, de apellido Heusser. Llegó a la Argentina en 1859 y se estableció en la provincia de Entre Ríos. Desde 1861 en adelante se dedicó a explorar las provincias de Buenos Aires, La Pampa y el norte de la Patagonia. Adquirió terrenos próximos a Bahía Blanca y también cerca de Carmen de Patagones, en Rincón del Paso Falso y en China Muerta. De allí partió para iniciar la exploración del río Negro y el río Chubut, siguiendo datos que le brindaron misioneros suizos. Fue uno de los primeros en explorar, entre 1865-1866, de forma científica la zona comprendida entre el río Negro y el río Chubut, entonces un territorio indígena. Gracias a que trabó amistad con varios caciques logró ser acompañado por guías nativos de distintos pueblos. Inspeccionó también Yammago, considerado un lugar sagrado. Los apuntes que tomó durante su viaje fueron publicados recién ciento veinte años después y constituyen un documento de enorme importancia para comprender las costumbres de las tribus de esa zona, y conocer la flora y fauna, a través de las precisas descripciones de sus lugares. Realizó dos diccionarios, uno pampa-castellano, con cerca de un millar de significados, y otro: araucano-castellano, con más de una centena de términos. Ambos textos fueron publicados como apéndice de su diario de viaje. En los períodos en los cuales no viajaba, se dedicaba a pasar en limpio sus anotaciones y al cuidado de sus ovejas, vacas y caballos. A pesar de que poseía bastante ganado, vivió en forma modesta, casi a la manera de los gauchos en una humilde vivienda de adobe. En Bahía Blanca, en 1870, asistió al hecho conocido como Malón de Calfucurá, organizado en represalia por un ataque del ejército a tolderías indígenas. Volvió a Suiza en 1882, país donde residió hasta su muerte ocurrida a los 98 años. El perito Moreno lo visitó en su casa de Lugano. En 1932 el gobierno suizo donó a la Argentina varias

piezas arqueológicas y dos cuadernos de notas de Claraz, que fueron publicados en forma póstuma. A partir de sus notas, a fines del 2006, un grupo de investigadores dirigidos por el antropólogo Rodolfo Casamiquela descubrieron en la Patagonia el sitio exacto donde se encuentra la Piedra Sagrada de los tehuelches, bautizada por los indios como «La Vieja», que había sido descubierta en 1865 por el naturalista.

Cox Méndez, Guillermo E.

Nació en Concepción, Chile, a comienzos de la década de 1830 y murió en Santiago de Chile, en 1908. Sus padres eran los galeses Nathaniel Miers Cox y Francisca Javiera Bustillos y Maseyra. Estudió medicina como su padre y se casó con Loreta Méndez con la que tuvo una decena de hijos, de los cuales al comienzo del siglo XX sobrevivían ocho. Estudió en el Colegio San Ignacio y en la Universidad de Chile, donde cursó Leyes, y juró como abogado el 29 de julio de 1885. Dos años más tarde hizo un viaje a Europa. Desde su juventud se dedicó a las letras; escribió una *Historia de Concepción*, que fue premiada en 1886, en un certamen municipal. Su predilección por la crítica literaria quedó plasmada en los periódicos en los cuales colaboró: *El Independiente*, *La Unión* y también en la *Revista de Artes y Letras*. Fue un verdadero cronista de la época de esplendor de los pueblos originarios de la zona de Nahuel Huapi que luego serían exterminados por la Campaña del Desierto. Hasta la realización de su viaje de Chile hasta el lago Nahuel Huapi, en 1862 y 1863, ningún hombre blanco había visitado ese lago, con excepción del franciscano Menéndez, que lo hizo a fines del siglo XVIII. Después del viaje se radicó en Concepción, ciudad en la que se dedicó al ejercicio de la medicina y a la atención del viceconsulado de Suecia y Dinamarca existente en Talcahuano. Su viaje realizado por orden del gobierno de Chile para buscar un paso interoceánico aprovechando las vías fluviales y lacustres de la zona de Nahuel Huapi, a bordo de una embarcación con catorce hombres, se vio frustrado cuando naufraga en las aguas del Río Limay después de haber navegado con éxito el Lago Nahuel Huapi. Allí, dos de sus hombres son tomados como rehenes por los caciques tehuelches y araucanos de la zona. Regresó a Chile y volvió a cruzar y logró entablar una relación amistosa con el cacique Inacayal pero no pudo obtener autorización de los indígenas para seguir viaje hasta el Atlántico. Si bien fracasó en su cometido no deja de ser el cronista de una época de esplendor de los pueblos originarios de la zona que luego serían exterminados por la Campaña del Desierto. Cox fue miembro del Partido Conservador chileno y resultó electo diputado por Itata para el período 1891-1894 y también integró la Comisión Permanente de Educación y Beneficencia.

Chatwin, Bruce

Nació el 13 de mayo de 1940 en Sheffield, Yorkshire y falleció en Niza el 18 de enero de 1989. Hijo de un abogado, su infancia transcurrió en West Heath, Birmingham. Cursó estudios en el Marlborough College, en Wiltshire y más tarde en la Universidad de Edimburgo. En 1959 comenzó a trabajar en la compañía de subastas Sotheby's. Fue experto en pinturas del impresionismo y llegó a ocupar la dirección de la compañía. Cuando empezó a sufrir problemas de visión, un oftalmólogo le aconsejó que si bien no tenía nada anormal en su vista, dejara de examinar pinturas y enfocara la atención hacia el horizonte. Chatwin abandonó la compañía y viajó a Sudán. Abandonó el mundo del arte y se decidió a estudiar arqueología en la Universidad de Edimburgo en 1966. Dos años más tarde abandonó sus estudios ya que no se adaptaba al rigor académico. En 1972 comenzó a trabajar para el *Sunday Times Magazine* como asesor de arte y arquitectura. Su asociación con la revista le dio la oportunidad de tratar muchos asuntos internacionales, escribir sobre temas tan variados como los trabajadores emigrantes de Argelia, la Gran Muralla China. Entrevistó a personalidades de las letras y la política. El origen del libro *In Patagonia* parece remontarse a la entrevista que le realizara a una anciana arquitecta, Eileen Gray, en su casa de París. Allí, Chatwin pudo ver un mapa de la Patagonia pintado por ella. En 1974 realizó un periplo de seis meses y en 1977 publicó *In Patagonia* que estableció su reputación como escritor de viajes. En *Patagonia* Chatwin presenta una obra mezcla de libro de viajes y aventuras, investigación histórica y narración fabulosa. Por este libro obtuvo los premios Hawthornden en 1978 y el E. M. Forster en 1979, otorgados por la Academia de Artes y Letras. Algunos residentes de la región contradijeron los eventos descritos en el libro. Fue la primera vez, pero no la última en su carrera, en la que se le acusaba de que conversaciones y personajes que Chatwin citaba como verdaderos eran simplemente ficción. Otras de sus obras destacadas son *On the black hill*, de 1982, Premio Whitbread, *The viceroy of Ouidan* (1980) y *Utz*, 1988, por el cual resultó finalista del Premio Booker.

Darwin, Charles Robert

Nació en Sherewsbury el 12 de febrero de 1809 y falleció el 19 de abril de 1882. Este naturalista inglés postuló que todas las especies de seres vivos evolucionaron con el tiempo a partir de un antepasado común a través de un proceso de selección natural. La teoría de la evolución fue aceptada por la comunidad científica y por gran parte del público en forma contemporánea a Darwin. Sin embargo, su teoría de la evolución no fue considerada como explicación primaria del proceso evolutivo sino a partir de la década del '30 del siglo veinte. En la actualidad su teoría constituye la base de la síntesis evolutiva moderna. Con sus modificaciones, los

descubrimientos científicos de Darwin aún siguen siendo el acta fundacional de la biología como ciencia y constituyen una explicación lógica que unifica las observaciones sobre la diversidad de la vida. Darwin ingresó en la Universidad de Edimburgo y al tiempo dejó de lado sus estudios de medicina para abocarse a la investigación de invertebrados marinos. Siguió estudios de ciencias naturales en la Universidad de Cambridge. Durante el segundo viaje del *HMS Beagle* consolidó su fama como eminente geólogo, cuyas observaciones y teorías apoyaban las ideas uniformistas de Charles Lyell, al tiempo que la publicación de su diario de viaje lo convirtió en un escritor popular. Intrigado por la distribución geográfica de la vida salvaje y por los fósiles recolectados en su viaje, investigó sobre el hecho de la transmutación de las especies y concibió su teoría de la selección natural en 1838. Su obra fundamental, *El origen de las especies por medio de la selección natural o la preservación de las razas preferidas en la lucha por la vida* (1859), estableció que la explicación de la diversidad que se observa en la naturaleza se debe a las modificaciones acumuladas por la evolución a lo largo de las sucesivas generaciones. En sus obras *El origen del hombre y de la selección en relación al sexo* y *La expresión de las emociones en los animales y en el hombre* trató la evolución humana y la selección natural. También se dedicó a investigaciones en botánica.

Elflein, Ada María

Escritora, periodista y docente (Buenos Aires. 22 de febrero de 1880-24 de julio de 1919). Sus padres fueron inmigrantes alemanes que la educaron en colegios de esa nacionalidad. Se recibió de maestra y bachiller y estudió idiomas. Ejerció la docencia durante algunos años. Realizó traducciones para el General Bartolomé Mitre y fue maestra de los hijos de Vicente Fidel López. Integró el staff de redacción del diario *La Prensa*; entre 1905 y 1920 publicó en el suplemento dominical relatos históricos y de corte tradicionalista. Es autora de 2000 artículos periodísticos y 300 cuentos. Incursionó en la literatura infantil continuando la tarea de otra mujer considerada su precursora, la escritora Eduarda Mansilla. También fue pionera en la divulgación del folclore; redactó ensayos, comedias, cuentos argentinos y leyendas. En reconocimiento a su labor periodística fue nombrada miembro de La Academia Nacional de Periodismo. A partir de 1913 realiza viajes por la Argentina, excursiones organizadas por el Centro de la Escuela Normal Nacional N° 1 Mary O. Graham, bajo la dirección de Francisco P. Moreno y en las que la acompañaron dos pioneras feministas: Sara Abraham de Balerdi, educadora y escritora, y Mary A. Kenny. En sus crónicas alentaba a las mujeres a que viajaran sin compañía masculina y es considerada la primera argentina en realizar turismo de aventura. Su obra literaria comprende los siguientes títulos: *Leyendas argentinas*, 1906; *Del Pasado*, 1910; *Cuentos de la Argentina*, 1911; *Geshichten aus Argentinien*; *Tierra Santa*, 1912; *Paisajes*

cordilleranos, 1917; *La Partida*, 1918 y las publicaciones póstumas: *Por Campos históricos*, 1926 y *De Tierra adentro*, 1961.

La riqueza de la obra de la escritora proviene de su propia vida, corta pero intensa. Los continuos y extenuantes viajes menguaron su delicada salud y falleció en Buenos Aires a los 39 años de edad. Como homenaje a su memoria se creó la *Asociación Nacional Ada María Elflein*, que comenzó la publicación de sus obras completas. En las localidades de Vicente López, Beccar, Bariloche y en el Municipio de Morón, varias escuelas, bibliotecas y calles la recuerdan con su nombre.

Gillespie, Alexander

Fue un Capitán del Ejército británico que llegó con la primera invasión inglesa al Río de la Plata en 1806. Durante la ocupación de la ciudad fue "Comisario de Prisioneros" y tomó contacto con intelectuales de la ciudad. Escribió un relato sobre la primera invasión en donde muestra las costumbres del Río de la Plata y recoge expresiones de la opinión pública en los momentos previos a la Revolución de Mayo. Sus observaciones se transformaron en fuentes de enorme valor acerca de los hechos de los que fue testigo y protagonista. Al producirse la Reconquista fue confinado a San Antonio de Areco y Calamuchita, donde pudo recoger impresiones sobre las provincias que fueron volcados en su obra *Buenos Aires y el interior*. "A partir del 12 de agosto, podemos dar esa fecha como origen de su carácter militar, empezaron los criollos a conocer su propia importancia y su poder como pueblo, y aunque tengan pocos motivos para regocijarse por el triunfo sobre nada más que un regimiento efectivo, no obstante, el resultado les infundió una confianza general en sí mismos, un nuevo espíritu caballeresco entre todos y una consciencia de que eran no solamente iguales en valentía, sino superiores en número a esas legiones más regulares con que habían cooperado, y por las cuales hasta aquí habían sido mantenidos en sujeción tan largo tiempo".

276

Havestadt, Bernard

Nació en Köln, Alemania, el 25 de febrero de 1714 y falleció en Münster, Alemania, el 21 de enero de 1781. Este sacerdote jesuita fue el autor de una de las primeras gramáticas *mapudungun*. Ingresó como terciario a la Compañía de Jesús en 1731 y en 1744 recibió el orden sagrado. Estudioso de la Filosofía fue conocido por su habilidad para las lenguas, ya que hablaba, además de su lengua natal, español, inglés, italiano, neerlandés y portugués. En 1746 fue destinado como misionero a América del Sur. Su destino final era Chile, pero antes estuvo un tiempo en Río de Janeiro y en Buenos Aires. Entre 1751 y 1767 recorrió el sur de Chile. Luego de su retiro

en Santiago de Chile, se dedicó a la escritura de sus memorias y una obra en tres volúmenes sobre el *mapudungun*, titulada *Chilidúgú* y publicada en Europa después de producida la expulsión de los jesuitas. *Chilidúgú* fue la tercera obra que se publicó acerca del idioma de los mapuches. Las anteriores fueron las *Artes* de Luis de Valdivia y la de Andrés Febrés. El filólogo Rodolfo Lenz sostuvo que Febrés escribió su libro basándose en los apuntes preliminares de Havestadt.

Howard, Jennie

Nació en Colbrook, Massachusetts, cerca de Boston el 25 de julio de 1844 en una familia de clase media protestante. Sus profesores le recomendaron ingresar a la universidad y dedicarse a la Literatura pero la situación económica familiar no le permitió seguir el consejo y tuvo que ocuparse de sus hermanas menores y de la educación universitaria de su único hermano varón. Muy joven ocupó el cargo de directora de una escuela y más tarde decidió viajar al exterior. Llegó a la Argentina en 1883 con una delegación de maestros norteamericanos -sesenta y cuatro mujeres y cuatro hombres- contratados por Sarmiento para organizar la educación normal en el país. Organizó la Escuela Normal de Mujeres de Corrientes y fue regente y vicedirectora de la Escuela Normal de Mujeres de Córdoba. También se desempeñó como regente y profesora de Crítica Pedagógica y de Aritmética en la Escuela Normal Mixta de San Nicolás. En 1908 el ministro de Justicia e Instrucción Pública Juan Ramón Fernández le concedió una pensión que luego le retiraron. En 1931 publicó *In distant climes and other years* en donde da cuenta de la experiencia de las maestras en sus primeros años en Buenos Aires, y reflexiona sobre los cambios que se vivieron en el país entre 1880 y fines de 1920. Allí incluyó referencias geográficas e históricas y alabanzas a Sarmiento. Veinte años después, el libro fue traducido al castellano con el título *En otros años y climas distantes*. En 1893 viajó a Estados Unidos para asistir a la Feria Mundial de Chicago y después de jubilarse realizó otros viajes. Sin embargo, se instaló definitivamente en Buenos Aires, donde falleció el 29 de julio de 1933. En la última etapa de su vida se dedicó a fundar clubes destinados a servir a los norteamericanos que residían en Buenos Aires y participó en la creación de la Young Women's Christian Association. Tras dieciséis años de tarea, la pérdida de la voz la obligó a pedir su retiro, que se le concedió, con una pensión extraordinaria, en 1908, en recompensa por su 'inteligente y abnegada colaboración para el progreso de la enseñanza en nuestro país'. Del grupo de maestras con las que llegó al país fue la única que dejó un libro escrito.

277

Isabelle, Arsène

Conocido también como Arsenio Isabelle, nació en Le Havre, Francia en 1795 y falleció en la misma ciudad el 13 de enero de 1879. Hombre polifacético, puede ser rotulado como viajero

explorador, naturalista, diplomático, comerciante y periodista. En 1830 llegó al Uruguay para emprender casi de inmediato inició un viaje que lo llevaría también por paisajes de Argentina y Brasil. Estas experiencias fueron volcadas cinco años después en su obra *Voyage à Buénos Ayres et à Porto Alegre, par la Banda Oriental*. En Uruguay se vinculó rápidamente al medio científico, participando en la primera excursión científica organizada por el Museo Nacional de Historia Natural de Uruguay, en 1837, junto con Bernardo Prudencio Berro Larrañaga y Teodoro Miguel Vilardebó. En el Herbario del Museo se conservan plantas colectadas por él entre 1838 y 1839. Este naturalista recorre la Argentina, Uruguay y sur de Brasil, entre 1830 y 1834, su libro es editado al año siguiente. Isabelle registra en su libro que al visitar Río Grande do Sul, en Brasil había muchos extranjeros, da sus impresiones de la colonia alemana de San Leopoldo, y refiere la sensación experimentada de estar en Alemania. Las obras del autor son *Viaje a la Argentina, Uruguay y Brasil 1830-1834*. Memoria Argentina. Edición ilustrada de Emecé, 2001; *Salvación de las repúblicas sud-americanas: solución del problema social*. Editor El Siglo, 1872; *Sebastián Gaboto descubridor de los Ríos Uruguay, Paraná y Paraguay: monumento que deberían erigirle los pueblos del rico seno del Plata, humilde homenaje tributado a la memoria de este ilustre marino*. Editor Impr. del Comercio del Plata, 1862; *Voyage à Buénos Ayres et à Porto Alegre, par la Banda Oriental*, 1835.

278

Lizárraga y Obando, Reginaldo de

Nació en Medellín (Badajoz), ca.1540 y falleció en Asunción (Paraguay) ca.1615. Religioso dominico e historiador español se estableció con su familia en Quito alrededor de 1555 y entró en la orden de predicadores en 1560. En 1572 se trasladó a Chuquisaca, y luego fue nombrado vicario nacional del reino de Chile (1581), donde fundó los conventos de la Concepción, Villanica, Valdivia y Osorno. A partir de 1587 fue prior del convento de Rosario de Lima, y en 1589 alcanzó la dignidad de provincial de San Lorenzo Mártir (Chile). A partir de 1594 su biografía se torna aventurera. Se enroló como capellán del buque almirante, uno de los tres barcos fletados por el virrey de Portugal, marqués de Cañete para acosar al corsario inglés Richard Hawkins. El navío, al mando de Beltrán de la Cueva y Castro, apresó al navegante y concluido este episodio fue regidor de una de las doctrinas del valle de Jauja, destino cuya tranquilidad le permitió dedicarse a sus escritos teológicos. En 1597 fue nombrado obispo de La Imperial, ciudad a la que debería haber llegado en 1599. Por temor a las revueltas de los araucanos desobedeció las órdenes que le compelián a incorporarse de inmediato, y no lo hizo hasta 1602. En 1603 cambió la sede episcopal de La Imperial a Concepción. Debido a su aspiración de una vida más sencilla, solicitó ser apartado de las cargas episcopales y recibió un humilde beneficio en el convento del Rosario de Lima, de

donde lo sacó el rey Felipe III con el nombramiento de obispo de Paraguay. A su muerte dejó una obra historiográfica de indiscutida importancia para el conocimiento de los primeros años de la conquista, titulada *Descripción breve de toda la tierra del Perú, Río de la Plata y Chile* (1605). Además, fue autor de otras obras teológicas y literarias, como *De Pentateuco super libros quinque commentaria*; *Locurum utriusque Testamenti Concordia*; *De Locis communibus Sacrae Scripturae*, *Sermones*, *de Tempore et de Sanctis*, y *Comento de los Emblemas del maestro Alciato*.

Núñez Cabeza de Vaca, Álvar

Es difícil establecer con rigor la biografía de este conquistador español, pero se conoce que Alvar Núñez Cabeza de Vaca nació en Jerez de la Frontera, Cádiz, entre los años 1490 y 1495, en el seno de una familia de hidalgos sin medios económicos, pero ennoblecida por sus servicios en la Reconquista de España. Su nombre al nacer fue Alvar Núñez del Rosario Montenegro. Fue explorador y gobernador de las Indias españolas. En 1526 partió en la expedición de Pánfilo de Narváez a Florida, pero resultó ser uno de los pocos supervivientes del trágico naufragio de las embarcaciones. Durante los ocho años siguientes se dedicó a recorrer la parte meridional de Estados Unidos y México. En 1537 regresó a España, donde obtuvo el cargo de gobernador del Río de la Plata, en la actual Argentina, hacia donde se dirigió en 1541. Desembarcó en Brasil y un año más tarde llegó a Asunción, desde donde intentó repoblar Buenos Aires y envió dos infructuosas expediciones al Chaco. Sin embargo, su sistema de gobierno, excesivamente personalista y favorable a los indios, provocó en 1543 un alzamiento, a raíz del cual fue hecho prisionero y enviado a España, donde fue juzgado y desterrado a Orán durante ocho años hasta que Felipe II le indultó en 1553. Fue nombrado miembro del Tribunal Supremo en Sevilla. Escribió *Naufragios* y unos *Comentarios*.

279

Ocaña, Fray Diego de

(Ocaña, España, ¿1570? – México, 1608). Este dramaturgo, pintor y religioso jerónimo ingresó en el Monasterio de Guadalupe hacia 1578 y estuvo destinado por su Orden a trabajar en Puerto Rico, Lima, Chile, Cuzco, Tucumán, La Plata, Charcas y La Paz. Llegó a Potosí en el año 1600. Entre sus pinturas más célebres está la *Virgen de Guadalupe*, de la que hizo una para Potosí (1600), otra para Chuquisaca (1601), y a la que se le construyó un santuario; una tercera se halla en Lima, Perú. Como escritor ha dejado una relación de su viaje por Perú, Chile y la Audiencia de Charcas. Este relato se halla depositado actualmente en la Biblioteca de la Universidad de Oviedo. Se trata de una relación ilustrada con dibujos del propio

autor y se destaca como valioso aporte para los estudiosos de la vida y la acción de la sociedad virreinal a comienzos del siglo XVII. Ocaña también se destacó como dramaturgo. En 1601 escribió en Potosí la *Comedia de Nuestra Señora de Guadalupe y sus Milagros*, representada en Chuquisaca. Esta obra es la pieza de teatro más antigua que se conoce en el territorio de la Audiencia.

Payró, Roberto J.

Nació en la ciudad de Mercedes, Provincia de Buenos Aires, el 19 de abril de 1867 y falleció en Lomas de Zamora el 5 de abril de 1928. Fue un escritor de cuentos y novelas que desempeñó también la labor de periodista. Su producción literaria se enmarca en los movimientos Naturalista y Modernista. En sus novelas se advierte el lenguaje de la época, traducido en diálogos costumbristas e irónicos. Mostró personajes típicos y situaciones de la vida cotidiana en un abanico que desplegaba desde los inmigrantes italianos hasta la picardía criolla. Se lo considera el primer corresponsal de guerra argentino. Poseedor de un amplio registro de intereses en el campo humanístico, por su obra también se lo recuerda como un verdadero pionero, junto a los hermanos Podestá, entre los fundadores del Teatro Nacional. Es el primer periodista moderno argentino en introducir la modalidad de trabajo del viaje relámpago y la gira de estudio. En tal sentido es un verdadero reportero moderno y viajero del territorio argentino. Sus primeros artículos periodísticos los publicó en el periódico *La Tribuna* que él mismo fundara en la ciudad de Bahía Blanca. Posteriormente se muda a Buenos Aires y comienza a trabajar como redactor para el diario *La Nación*, realiza viajes al interior y al exterior, como Uruguay, en donde, como corresponsal, cubrió en 1903 el primer levantamiento armado del caudillo Aparicio Saravia, en el proceso histórico conocido como La Revolución Oriental. Durante la Primera Guerra Mundial viajó a Europa, desde donde envió sus crónicas. Entre su amplia producción podemos citar: *La Australia Argentina: excursión periodística a las costas patagónicas, Tierra del Fuego e Islas de los Estados*. (1898); *En las tierras del Inti; Sobre las ruinas* (1904); *El casamiento de Laucha* (1906); *El falso Inca, Pago Chico* (1908); *Violines y toneles* (1908); *Divertidas aventuras del nieto de Juan Moreira* (1910); *El capitán Vergara* (1925); *Fuego en el rastrojo* (1925); *Mientraiga* (1926); *El mar dulce* (1927); Entre sus ediciones póstumas podemos citar: *Nuevos cuentos de Pago Chico* (1929); *Canción Trágica* (1929); *Chamijo* (1930); *Los tesoros del Rey Blanco* y *Por qué no fue descubierta la Ciudad de los Césares* (1935) y *Evocaciones de un porteño viejo* (1952).

Robertson, William

Nació en Borthwick, Midlothian, el 19 de septiembre de 1721 y falleció en Edimburgo el 11 de junio de 1793. Fue uno de los más destacados historiadores escoceses. Se educó en Dalkeith y en la Universidad de Edimburgo, donde estudió teología. Se hizo sacerdote en Gladsmuir (East Lothian) en 1743 y más tarde en Lady Yester's Kirk y Greyfriars Kirk en Edimburgo. A partir de su personalidad de acérrimo presbiteriano y su pertenencia al Partido Whig se ofreció como voluntario para integrar las fuerzas de defensa de la ciudad contra los jacobitas al mando del rey Carlos III de Inglaterra y Escocia en 1745. Tuvo diferentes cargos: Capellán Real de Jorge III (1761), Rector de la Universidad de Edimburgo (1762), Moderador de la Asamblea General de la Iglesia de Escocia en 1763, Historiador Real en 1764 y Miembro del Poker Club. Se considera que su obra más relevante es *Historia de Escocia, 1542 - 1603* publicada por primera vez en 1759. Figura destacada de la Ilustración escocesa y también uno de los moderados de la Iglesia de Escocia. Entre sus obras pueden citarse: *The Situation of the World at the Time of Christ's Appearance, and its Connection with the Success of his Religion* (1755); *The History of Scotland during the Reigns of Queen Mary and of King James VI*; *The History of the Reign of the Emperor Charles the Fifth* (1769); *The History of America* (1777); *An Historical Disquisition Concerning the Knowledge which the Ancients had of India* (1791) y *The History of America, Books IX and X* (1796), esta última se trata de una publicación póstuma, a cargo de su hijo.

281

Skogman, Carl Johan Alfred

Nació el 3 de agosto de 1820 en Estocolmo y falleció en la misma ciudad el 7 de octubre de 1907. Fue un barón sueco, capitán de la Marina y miembro del Parlamento. En 1836 ingresó a la Universidad de Uppsala. En 1839 formó parte, como oficial, de la expedición Oxehufvudska que llegó a Buenos Aires en 1841. Fue nombrado ese mismo año como Teniente Segundo de la Armada. Skogman trabajó en distintas misiones destinadas al relevamiento geográfico, y participó, por ejemplo, en la medición de grado del Golfo de Botnia y del océano Ártico. Entre los años 1851-1853 llegó con la Fragata *Eugenie* en su circunnavegación. Publicó un libro de divulgación científica ilustrado con litografías hechas por él. En 1861 fue nombrado Capitán y jefe del Comando de la expedición Sjöförsvarsdepartementets. Más tarde entre 1863-1868 fue inspector para el Reino de las escuelas de navegación. Skogman participó en la jornada nacional de cuatro posiciones (1856-1866) como miembro de la caballería y la nobleza, y fue miembro del Comité Estatal. Skogman fue delegado del Riksbank y del Consejo de la ciudad de Estocolmo. Fue miembro honorario naval y resultó elegido en 1854 en ciencias militares y en 1869 para integrar la Real Academia de Ciencias. Durante un largo

período también fue miembro de las obras del canal de la Junta de Trollhättan y de la Junta de directores del Kreditaktiebolaget escandinavo.

Vidal, Emeric Essex

Nació en Brentford, el 29 de mayo de 1791 y falleció el 7 de mayo de 1791 en Brighton, Inglaterra. De profesión marino, fue un pintor aficionado. Realizó las primeras pinturas realizadas sobre la vida pública en Buenos Aires. Había ingresado siendo un niño a la marina británica, en la que se desempeñó como oficial y escribiente hasta 1853. En el curso de sus viajes, Vidal realizaba acuarelas con el fin de representar con el mayor realismo posible lo que veía, especialmente los paisajes, tipos humanos, vestimenta y actividades características de los lugares y pueblos que visitaba. Vidal estuvo en Buenos Aires y Montevideo en dos oportunidades, en los últimos meses de 1816, año de la culminación del proceso independentista y luego entre 1828-1829. Su primera visita se desarrolló a lo largo de un período de dos años (del 7 de mayo de 1816 al 28 de septiembre de 1818) en los que el marino fue destinado a la flota inglesa en el Atlántico Sur, desempeñándose como contador del buque de S.M.B. *Hyacinth*, fondeado en Brasil, y como secretario del almirante de la escuadra. Es entonces cuando pinta la mayor parte de las acuarelas por las que fue reconocido y despertaron, en ese entonces, enorme interés en Gran Bretaña, en donde Ackermann publicó, en 1820, el libro *Picturesque illustrations of Buenos Ayres and Monte Video : consisting of twentyfour views : accompanied with descriptions of the scenery and of the costumes, manners, of the inhabitants of those cities and their environs*, que incluyó una serie de 22 acuarelas realizadas a su regreso a Inglaterra pero sobre la base de las realizadas durante su viaje. Esas láminas fueron utilizadas varias veces en las décadas siguientes para ilustrar publicaciones relacionadas con el Río de la Plata aunque no sería hasta 1946 que Vidal fuera considerado como uno de los precursores de la pintura argentina, al ser mencionado en forma breve por José León Pagano en su obra, *Historia del Arte Argentino*. (Buenos Aires, Editorial L'Amateur, 1946). No fue el primero en realizar pinturas del territorio argentino y uruguayo, pero sí fue el primer artista del que se tenga registro que ilustró el interior de sus ciudades, a sus habitantes, a los gauchos, y los diferentes oficios y tareas típicas rioplatenses. Un detalle interesante es que Vidal no pintó el interior de las viviendas sino la vida pública urbana.

FUENTES UTILIZADAS PARA LAS RESEÑAS BIOGRÁFICAS:

- Acarette du Biscay *Viajes al Río de la Plata y a Potosí (1657-1660)* Traducción, introducción y notas de Jean-Paul Duviolsm. Stockero, 2008.
- Blanco Mamani, Elías. *Diccionario cultural boliviano*.
<http://elias-blanco.blogspot.com.ar/2012/02/fray-diego-de-ocana.html>. [Consulta del 20 de octubre de 2012]
- Cútolo, Vicente O. *Nuevo diccionario biográfico argentino: (1750-1930)*. Buenos Aires, Elche, 1968-1978
- Chatwin, B. *Patagonia*. Bogotá, Norma, 1997.
- Gillespie, Alexander, *Buenos Aires y el interior*, Buenos Aires. El elefante blanco, 2000.
- Las Escritoras; 1840-1940*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1980.
- Ottosson, Ingemar. "Kanonbatpolitik with obstacles –Sweden, Denmark and Japan's opening". *Oriental Studies*: 100-101, 1999.
- Servelli, Martín. *Viajeros al Plata (1806-1862)*. Buenos Aires, Corregidor, 2006.
- Sosa de Newton, Lily. *Diccionario Biográfico de Mujeres Argentinas*. Buenos Aires, Plus Ultra, 1986.
- Szurmuk, Mónica. *Mujeres en viaje*. Buenos Aires, Alfaguara, 2000.
- Udaondo, Enrique. *Diccionario biográfico colonial argentino*. Buenos Aires, Huarpes, 1945.

Acerca de los autores



In Cuius regione ad litora S. Juliani Magelliani contra
quendam Fretum hoc perhibentur homines copiosissime piscina
-regum sine se perire possunt. Qui demersit abique natus frigida
-vultu sequas per gustus ad stomachi usque fundum

Philippus ante 1520 ad inveniendum Fretum hoc Magellianum
-um ad Hispania confusus ad Anglos vero P. Fernandus
-in quodam loco Hispania sine peremptis invenit

María Azucena Colatarci

Magister en Cultura y Sociedad, con mención en sistema de creencias, Licenciada en Folklore, Profesora de Danzas Nativas y Folklore, Maestra Normal Nacional, y docente investigadora, categoría II. Integra el Banco de Evaluadores del Programa Nacional de Docentes Investigadores en Arte. Es ex becaria del CONICET y del Fondo Nacional de las Artes, y Directora de proyectos de investigación con evaluación externa. Es, además, docente universitaria de grado y de posgrado, y ejerció la docencia en todos los niveles de la enseñanza del sistema oficial.

Se desempeñó como funcionaria en el orden provincial, nacional y universitario, y ocupó los cargos de Rectora del que fuera el Instituto Nacional Superior del Profesorado de Folklore, Directora del Área Transdepartamental de Folklore del IUNA, y Vicerrectora del Instituto Universitario Nacional del Arte.

Cuenta con numerosas publicaciones de la especialidad tanto nacionales como internacionales. Es autora del libro *Tiempo y espacio en las celebraciones y rituales del noroeste argentino* (2008).

Susana Isabel Curto

Doctora en Geografía por la Universidad de Buenos Aires, Investigadora Independiente del CONICET y Miembro de Número de la Academia Nacional de Geografía (sitial Alexander von Humboldt). También es Miembro de la International Eurasian Academy of Sciences, Moscú; Corresponding Member of the Academie Royale des Sciences D'Outre-mer, Belgique, Section of Natural and Medical Sciences; Miembro de Honor, como Geógrafa Extranjera, de la Société de Géographie de París; Miembro correspondiente de la Unión Geográfica Internacional; Steering Member of the IGU Commission on Health and Environmental. Obtuvo el Premio Carlos María Biedma en 1986 y 2005, otorgado por GAEA, Sociedad Argentina de Estudios Geográficos; como así también el Premio Asociación Argentina de Zoonosis en 1988 al mejor trabajo en Epidemiología y ecología de la Zoonosis. Fue profesora en las Universidades Nacionales de La Plata, Mar del Plata, Río Cuarto, Buenos Aires, y de la Universidad del Salvador de la cual egresó con el título de Profesora de Nivel Medio, Normal y Especial en Geografía.

María Sonia Cristoff (Trelew, 1965)

Escritora. Se graduó en Letras en la Universidad de Buenos Aires. Publicó *Acento extranjero*, compilación de relatos de viajeros a la Argentina (2000), *Falsa calma*, un recorrido por pueblos fantasma de la Patagonia (2005), *Geografías Literarias*, una selección de escritores patagónicos contemporáneos (2005), *Desubicados*, nouvelle (2006), *Idea crónica*, literatura de no ficción de autores iberoamericanos (2006), *Pasaje a Oriente*, narrativa de viaje de escritores argentinos (2009) y *Bajo influencia*, novela (2010). Tradujo parte de los Diarios manuscritos de Thomas Bridges, viajero canónico en Tierra del Fuego. Relatos suyos han aparecido en volúmenes colectivos como *Crítica del Testimonio* (Cecilia Vallina ed, 2009), Buenos Aires. *La ciudad como un plano* (2010) y *Über Lebenskunst* (Katharina Narbutovic y Susanne Stemmler, eds, 2011). Escribe en distintos medios y dicta una Clínica de Manuscrito en la Escuela de Escritores del Centro Cultural Ricardo Rojas.

Carlos Alfredo de Jorge

Profesor de Enseñanza Media, Normal y Especial en Geografía, y Licenciado en Geografía por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Es, además, Doctor en Ciencias Políticas por la Pontificia Universidad Católica Argentina "Santa María de los Buenos Aires", Instituto de Ciencias Políticas y Relaciones Internacionales.

Se ha desempeñado como docente en los niveles secundario, universitario y superior en Universidades privadas y estatales, como así mismo en institutos especializados de diversa naturaleza. Ha publicado dieciocho de sus innumerables investigaciones en anales, boletines, revistas, universidades y sociedades especializadas y de renombre. Ha escrito once libros, de los cuales cuatro son en coautoría.

Es Miembro de la Junta Directiva de la Sociedad Científica Argentina, Secretario de la Junta Directiva de GAEA, Sociedad Argentina de Estudios Geográficos, Miembro asesor del CARI (Consejo Argentino para las Relaciones Internacionales) en el área Antártica, y Miembro de número de la AAAI, Academia Argentina de Asuntos Internacionales.

Miguel Ángel De Marco

Doctor en Historia. Es, asimismo, Académico de número y presidente de la Academia Nacional de la Historia; miembro correspondiente de la Real Academia de la Historia de España, de la Academia Portuguesa da Historia, y de casi todos los institutos y academias nacionales de Iberoamérica. Es, también, Profesor emérito de la Universidad del Salvador y catedrático en el Doctorado en Historia de dicha casa de estudios. Ejerce como Profesor invitado en diversas universidades del país y del exterior. Es especialista en historia política y militar argentina del siglo XIX, ha escrito unos cuarenta libros, y posee premios y diversas condecoraciones argentinas y extranjeras. Entre sus obras cabe mencionar *Bartolomé Mitre. Biografía, La Guerra del Paraguay, Corsarios Argentinos, La Guerra de la frontera (1536-1917)* y *Belgrano. Artífice de la Nación. Soldado de la libertad*.

Loreley El Jaber

Doctora en Letras por la Universidad de Buenos Aires e investigadora del CONICET. Ha sido becaria doctoral de CONICET (2001-2006) y del Fondo Nacional de las Artes (2006- 2007). Es docente de Literatura Argentina en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires y se ha desempeñado como profesora visitante en Wesleyan University. En ambas instituciones ha dictado cursos de grado y posgrado.

Es autora de artículos sobre literatura argentina y colonial, publicados en revistas especializadas, tanto nacionales como internacionales, y del libro *Un país malsano. La conquista del espacio en el Río de la Plata* (2012). Junto a Alejandra Laera y Graciela Batticuore, compiló *Fronteras escritas. Cruces, desvíos y pasajes en la literatura argentina* (2008). Actualmente, coordina y prepara con Cristina Iglesia el volumen I de la *Historia crítica de la literatura argentina*, dirigida por Noé Jitrik.

Patricio Fontana

(Buenos Aires, 1975). Estudió cine en la Escuela Nacional de Experimentación y Realización Cinematográfica (ENERC-INCAA) y es licenciado en Letras por la Universidad de Buenos Aires. Es docente de Literatura Argentina del siglo XIX en la Universidad de Buenos Aires y enseña Historia del cine argentino y latinoamericano en la FUC (Fundación Universidad del cine). Ha publicado artículos sobre literatura y cine argentinos en revistas académicas y volúmenes colectivos. Es autor de *Arlt va al cine* (2009). Con Marcelo Cerdá y Pablo Medina escribió *El cine no fue siempre así* (2006). Con Claudia Roman no sólo realizó la traducción, el estudio preliminar y las notas de *Apuntes tomados durante algunos viajes rápidos por las Pampas y entre los Andes*, de Francis Bond Head (2007) sino que publicó varios artículos en torno a la cuestión de los viajeros ingleses a la Argentina.

Susana R. Frías

Licenciada en Historia por la Universidad Católica Argentina. Es Encargada del Archivo Histórico de la parroquia de Nuestra Señora de la Merced, Miembro del *Grupo de Trabajo para la Historia de la Población* de la Academia Nacional de la Historia, desde 1993, y Secretaria de Redacción del *Índice Histórico Argentino*. También es Miembro del Consejo de Redacción y del Comité Editorial de la revista *Geodemos*, PRIGEO – CONICET, Miembro del Instituto Argentino de Ciencias Genealógicas, con designación en octubre de 2005, y Miembro activo de la Junta de Historia Eclesiástica Argentina, con designación en octubre de 2009. Es Profesora titular de *Historia de la Diplomacia y las Relaciones Internacionales*, en la Escuela de Relaciones Internacionales de la Universidad John F. Kennedy, y Profesora titular de *Historia Argentina 1* y de *Historia Argentina 2*, en la Escuela de Relaciones Internacionales de la misma Universidad. Entre sus numerosas publicaciones figuran *La Invasión Británica, 1806-1807. Homenaje a la gesta rioplatense* (2008), *Los portugueses en Buenos Aires. Siglo XVII* (2011), y *El Sínodo de Buenos Aires. 1655* (2012).

289

Noemí M. Girbal-Blacha

Profesora y Doctora en Historia por la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata. Es, además, Investigadora Superior del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), Profesora titular ordinaria y Directora del CEAR-UNQ. Fue Presidenta de la Asociación Argentina de Historia Económica (1996-2001), Miembro de Comisiones Evaluadoras y Asesoras en Ciencia y Tecnología y de Universidades nacionales y extranjeras, y Vicepresidenta de Asuntos Científicos del CONICET (2008-2010). Es Académica de la Academia Nacional de la Historia y Miembro de Número del Instituto Histórico de la Manzana de las Luces de la Ciudad de Buenos Aires. Recibió el título de Docteur Honoris Causa por la Université de Pau et Pays de l'Adour (Francia, 2007). Es experta de la OEI (Organización de Estados Iberoamericanos) desde 2008, Proyecto Metas en Educación y Ciencia 2010-2021. Es, también, especialista en Historia Agraria Argentina del siglo XX. Recibió el Premio "Bernardo Houssay" Trayectoria-Humanidades, MICYT, 2012. Es autora de die-

cinco libros, y de más de un centenar y medio de artículos publicados en revistas nacionales y extranjeras especializadas de reconocido nivel científico.

Graciela B. Jauregui

Licenciada en Geografía por la Universidad Católica de Santiago del Estero, Profesora de Enseñanza Media, Normal y Especial en Geografía por la Universidad del Salvador, y Técnica en Prevención de la Drogodependencia por la Universidad del Salvador. Es Investigadora en GRUTUS, departamento del IMHICIHU-CONICET. Sus investigaciones están dentro del marco de la Geografía Histórica. Es vocal de GEA-Sociedad Argentina de Estudios Geográficos, en donde desempeña la tarea de Secretaria de Actas. Es autora de artículos en revistas especializadas. Se desempeñó como profesora universitaria y de nivel medio, y es Miembro del Consejo de Asesores del Instituto de Estudios Urbanos "Juan de Garay", Fundación Páez Carrillo.

Ana María Rocchietti

Doctora en Antropología, Licenciada en Ciencias Antropológicas, y Licenciada en Ciencias de la Educación por la Universidad de Buenos Aires. Cuenta con el Posgrado Programa de Especialización en Antropología Social, por la Universidad de Buenos Aires. Es Directora del Departamento de Arqueología de la Escuela de Antropología, y Directora del Centro de Estudios en Arqueología Histórica de la Facultad de Humanidades y Artes de la Universidad Nacional de Rosario; Directora Académica del Centro de Investigaciones Precolombinas; Instituto Superior del Profesorado Dr. Joaquín V. González; Dirección de Formación Docente, CABA. Es Profesora Titular Ordinaria de Prehistoria General, y Profesora Titular Ordinaria de Metodología de la Investigación (Orientación Arqueología) en la Escuela de Antropología de la Facultad de Humanidades y Artes de la Universidad Nacional de Rosario. Profesora Titular Ordinaria de Prehistoria y Arqueología, del Departamento de Historia de la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional de Río Cuarto. Es autora de numerosos trabajos de investigación. Dirige Programas de Investigación en Arqueología Histórica y Urbana.

Claudia Roman

Doctora en Letras por la Universidad de Buenos Aires. Trabaja enseñando Literatura Argentina I y II en la Universidad de Buenos Aires. Ha publicado artículos sobre literatura, prensa y sobre las relaciones entre palabra e imagen en revistas académicas y volúmenes colectivos. Tradujo, junto con Patricio Fontana, *Apuntes tomados durante algunos viajes rápidos por las Pampas y entre los Andes*, de Francis Bond Head (2007). También junto con Patricio Fontana escribió y publicó varios artículos en torno a la cuestión de los viajeros ingleses a la Argentina.

Sylvia Saïtta

Investigadora independiente del CONICET y profesora de literatura argentina del siglo veinte en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, donde dirige un proyecto de

investigación sobre polémicas estéticas e ideológicas en revistas culturales de izquierda. Escribió los libros *Regueros de tinta. El diario Crítica en la década de 1920*, y *El escritor en el bosque de ladrillos. Una biografía de Roberto Arlt*. Dirigió *El oficio se afirma*, tomo 9 de la *Historia crítica de la literatura argentina*, y *Hacia la revolución. Viajeros argentinos de izquierda*. Ha realizado numerosas ediciones de la obra inédita de Roberto Arlt y de revistas culturales como *Crítica*, *Revista Multicolor de los Sábados*, y *Contra. La revista de los franco-tiradores*. Es directora, junto a José Luis de Diego, de la colección Serie de los dos siglos de EUDEBA.

Martín Servelli

Licenciado en Letras por la Universidad de Buenos Aires, docente de literatura argentina del siglo xx, investigador en la Universidad de Buenos Aires, y becario de doctorado UBACYT con un proyecto de tesis en curso sobre periodistas viajeros en el período de entre siglos. Participó en proyectos de investigación grupales sobre oralidad y escritura en la literatura argentina, en intervenciones periodísticas de intelectuales y escritores argentinos, y en polémicas estéticas e ideológicas en revistas de izquierda. Es autor de la antología *Viajeros al Plata (1806-1862)* (2006). Publicó diversos artículos en libros y revistas especializadas. Obtuvo el "Premio Ensayo Iberoamericana 2010" por su trabajo "¿Literatura de frontera? Notas para una crítica".

Ana María Telesca

Licenciada en Historia de las Artes por la Universidad de Buenos Aires. Se desempeña como Profesora Titular de las Cátedras Historia del Arte Argentino I y de Teoría e Historia de la Historiografía de las Artes Plásticas en la Carrera de Artes de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA. Ha dirigido y co-dirigido Proyectos de Investigación UBACYT. Participó en congresos internacionales de su especialidad, y es autora de dos libros y de diversos artículos y capítulos en publicaciones argentinas, españolas y mexicanas.

Claudia Torre

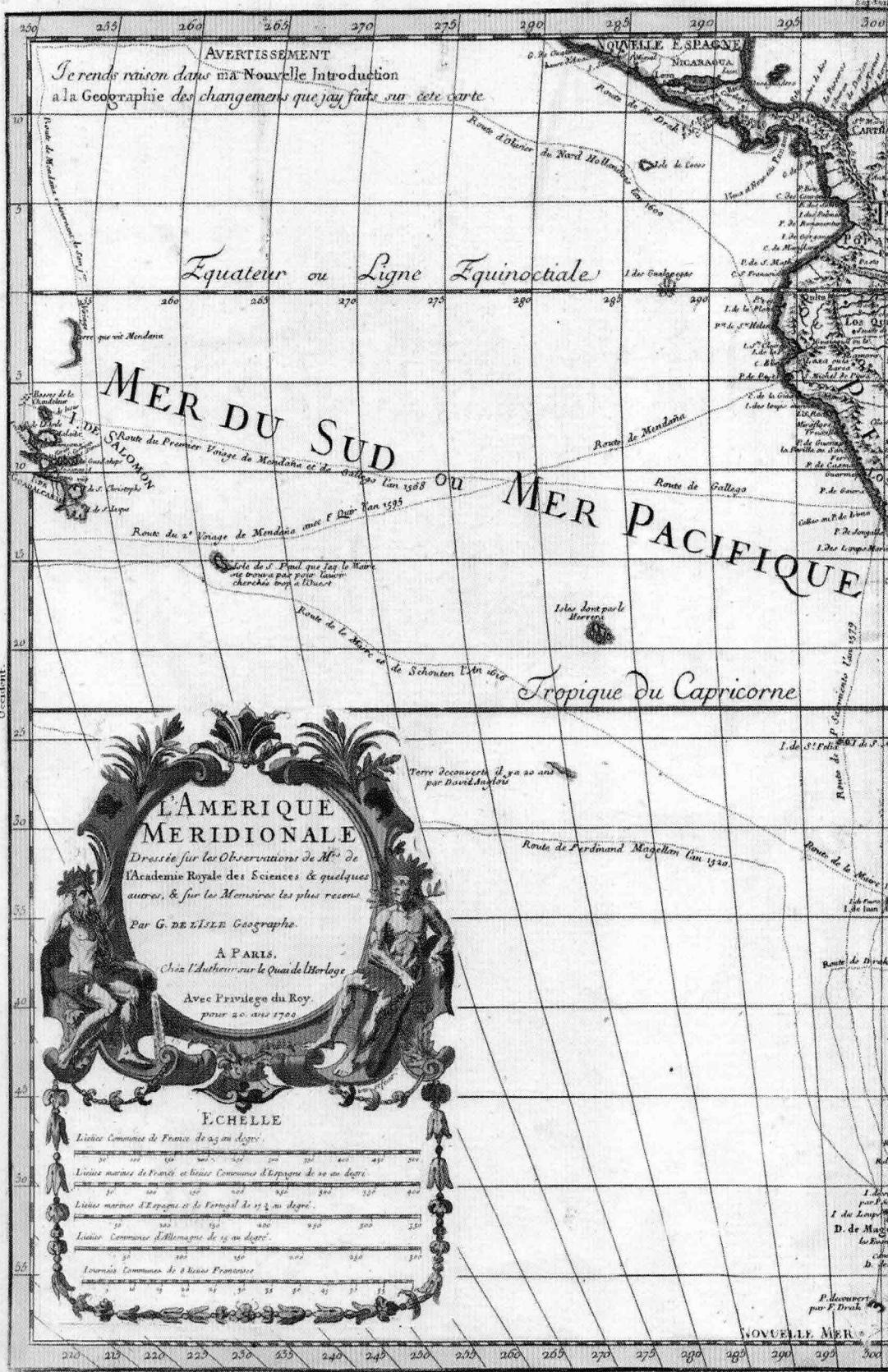
Doctora en Letras por la Universidad de Buenos Aires. Ha sido becaria de la UBA, del Fondo Nacional de las Artes y del Iberoamerikanischer Institut de Berlín (Alemania). Enseñó literatura argentina del siglo XIX en la UBA y, actualmente, es profesora de la Universidad de San Andrés. Ha publicado artículos sobre literatura argentina en libros y revistas académicas nacionales e internacionales. Es co-autora de *Ciudades Alteradas. Nación e inmigración en la cultura moderna* (2003), autora de *Literatura en tránsito. La narrativa expedicionaria de la Conquista del Desierto* (2010), y compiladora de *El otro desierto de la nación argentina. Antología de narrativa expedicionaria* (2011).

Recorrido iconográfico



In Cuius regione ad litora S. Juliani Magelliana contra
quendam fretum hoc perlustravit, homines copiosissime piscium
replebantur in parte ista. Qui demulso abique nullo frigore
virescentes sequas per gustum ad stomachi usque fundum

Philippus anno 1580 ad inveniendum Fretum hoc Magellanicum
in ad Hispania confusus ad Anglos vero P. Fernandus
in quodam die hoc Hispania anno peremptas invenit



AVERTISSEMENT
*Je rends raison dans ma Nouvelle Introduction
 a la Geographie des changements que j'ay faits sur cete carte*

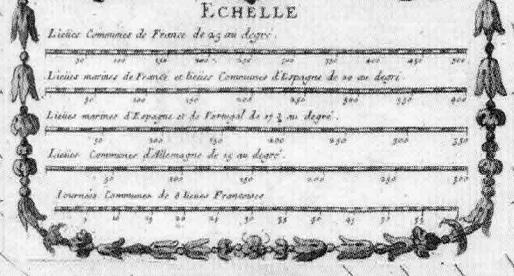
Equateur ou Ligne Equinoctiale

MER DU SUD

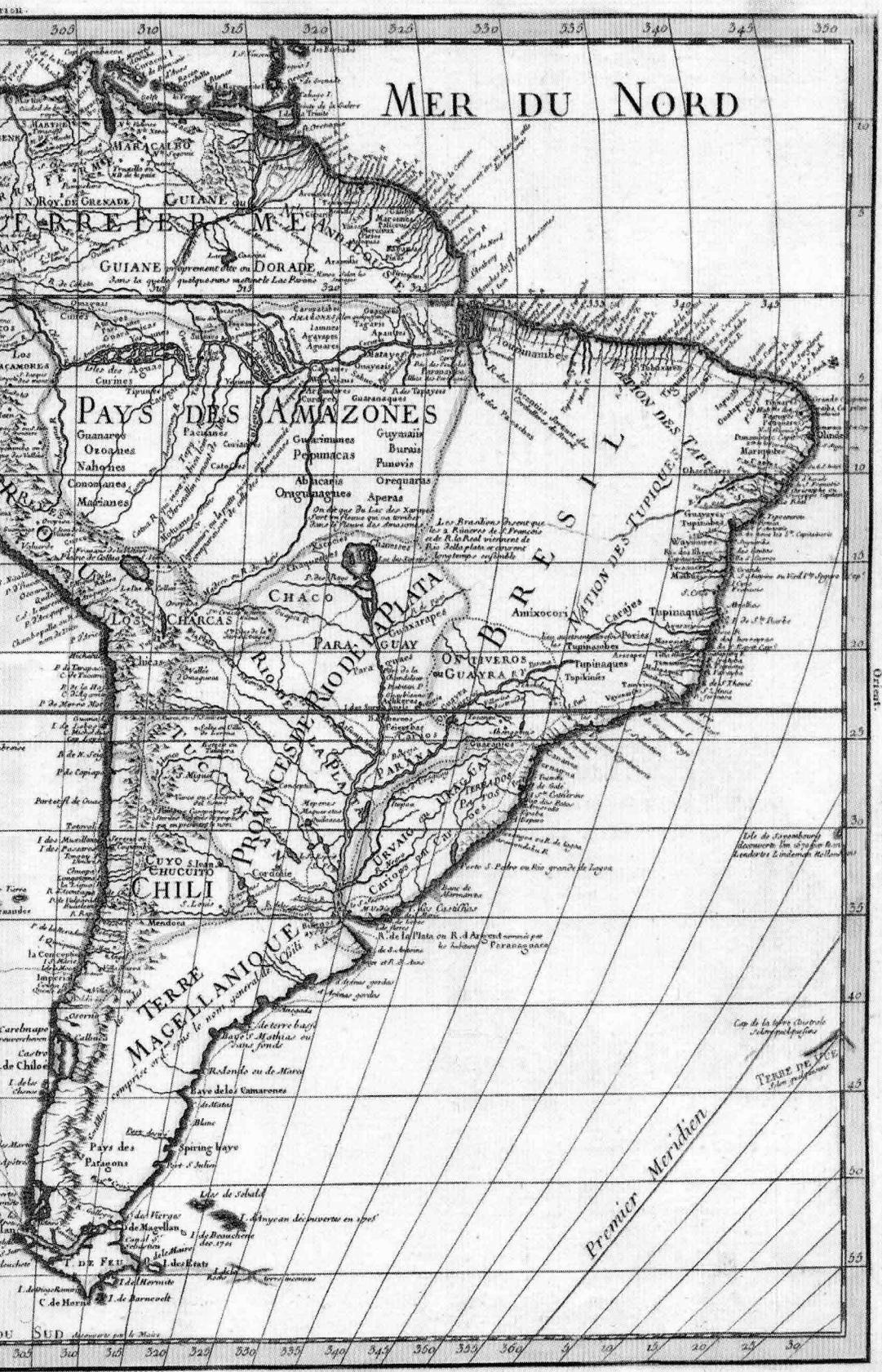
MER PACIFIQUE

Tropique du Capricorne

L'AMERIQUE MERIDIONALE
*Dressée sur les Observations de M^r de
 l'Academie Royale des Sciences & quelques
 autres, & sur les Memoires les plus recens*
 Par G. DE L'ISLE Geographe.
 A PARIS.
 Chez l'Auteur sur le Quai de l'Horloge
 Avec Privilège du Roy.
 pour le 20. Mars 1700.



NOUVELLE MER



Mapa de América Meridional, diseñado por las observaciones de los Sres. de la Academia Real de Ciencias y otros autores para el atlas de geografía de Guillaume de L'Isle. París : 1700

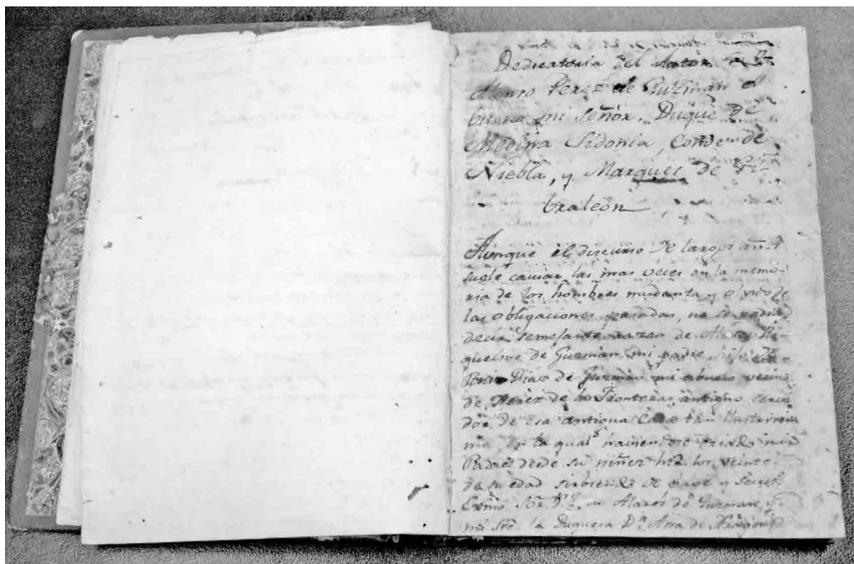
La Argentina
por
Puri-Dias

Manuscrito - en el Paraguay

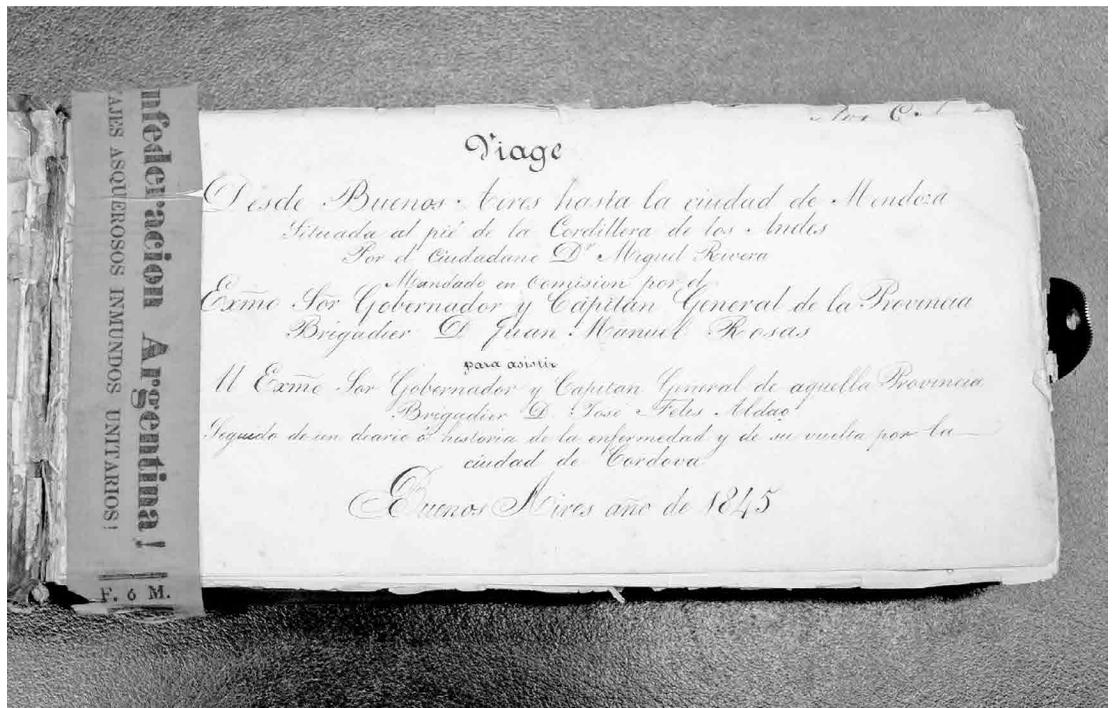
Regalada a D. Flor. Varela

por el Sr.

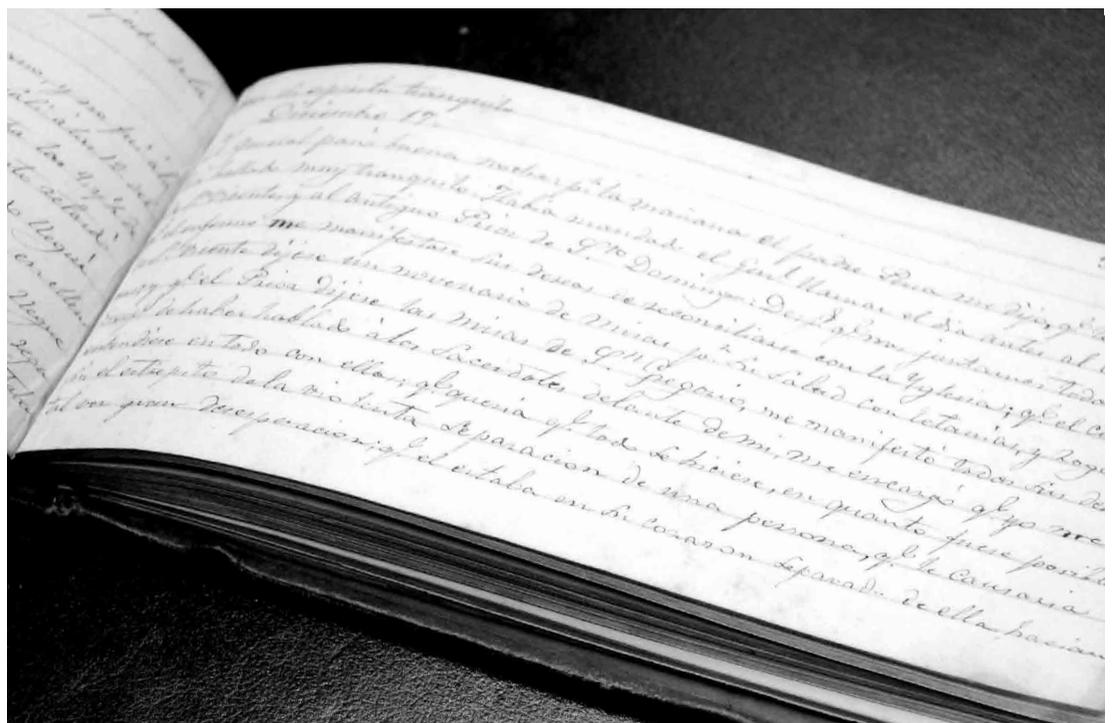
D. Lucas Stewart.



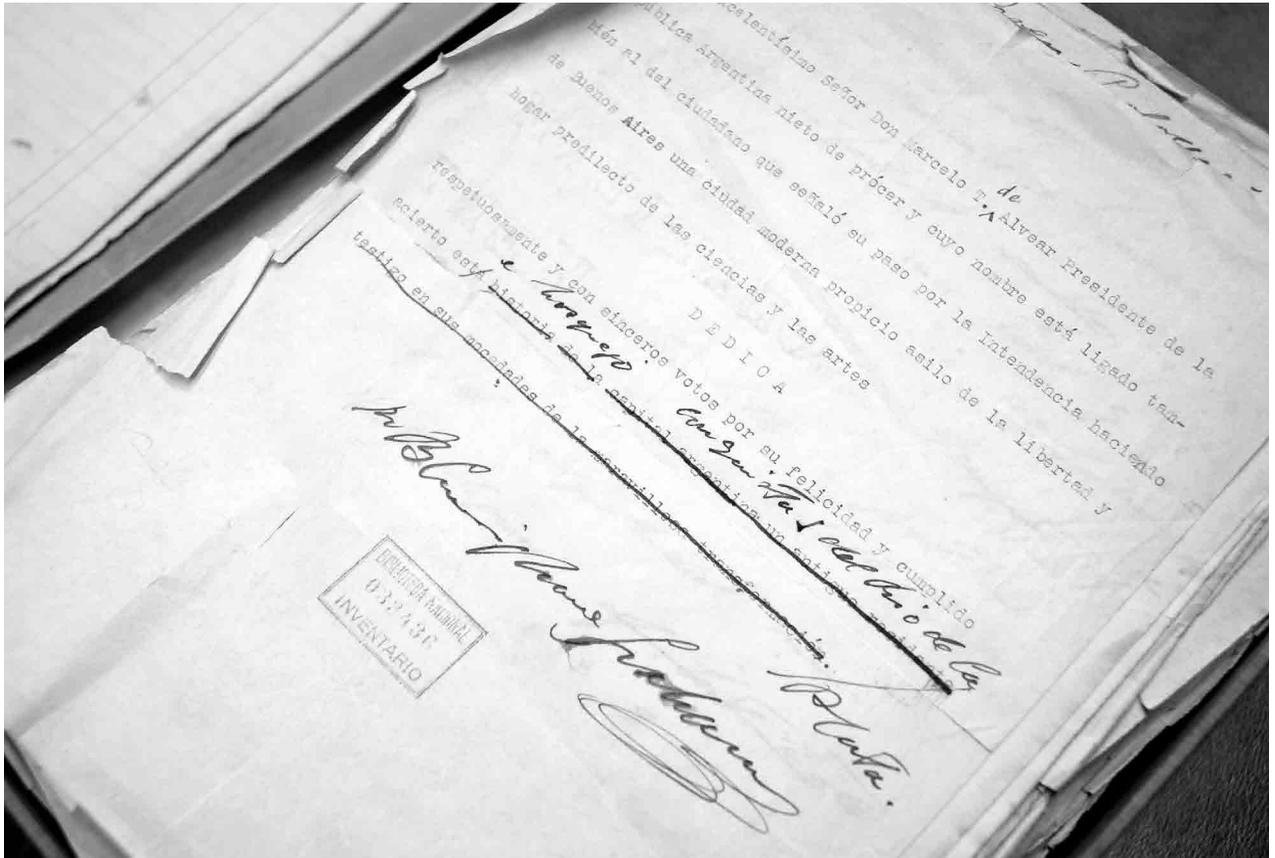
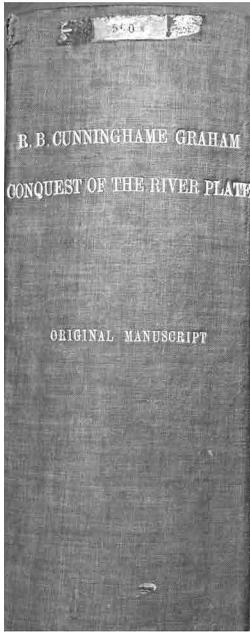
Portada (en la página opuesta) y Ex libris de José Luis Molinari e interiores del manuscrito de Ruy Díaz de Guzmán. La Argentina Manuscrita: anales del descubrimiento, población y conquista de las Provincias del Río de la Plata, 1612. Biblioteca Nacional

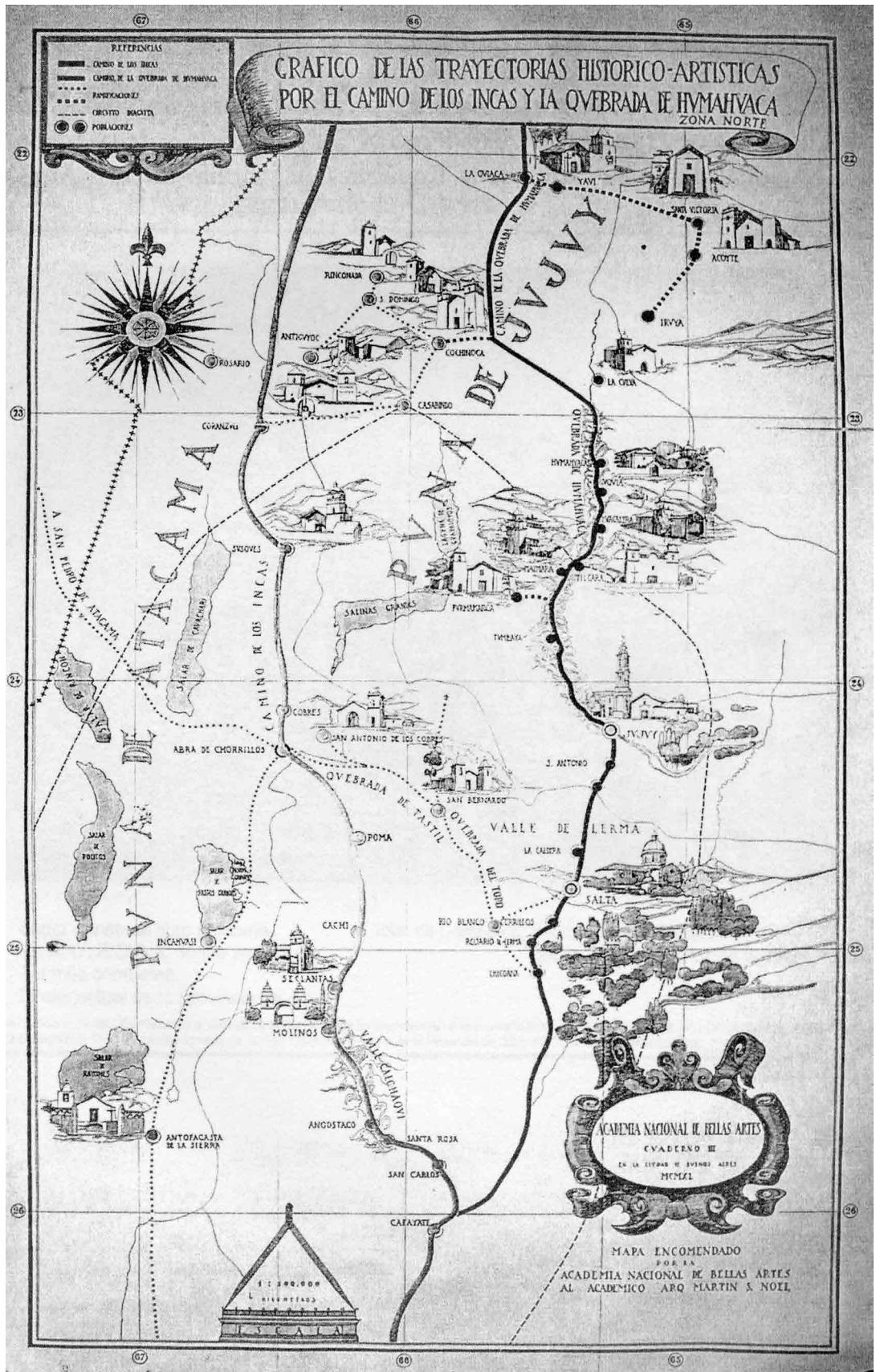


(EN ESTA PÁGINA)
Portada e interior
del manuscrito de
Miguel Rivera. *Viage
desde Buenos Aires
hasta la Ciudad de
Mendoza...* Buenos
Aires, 1845.
Dedicado a Juan
Manuel de Rosas.
Biblioteca Nacional

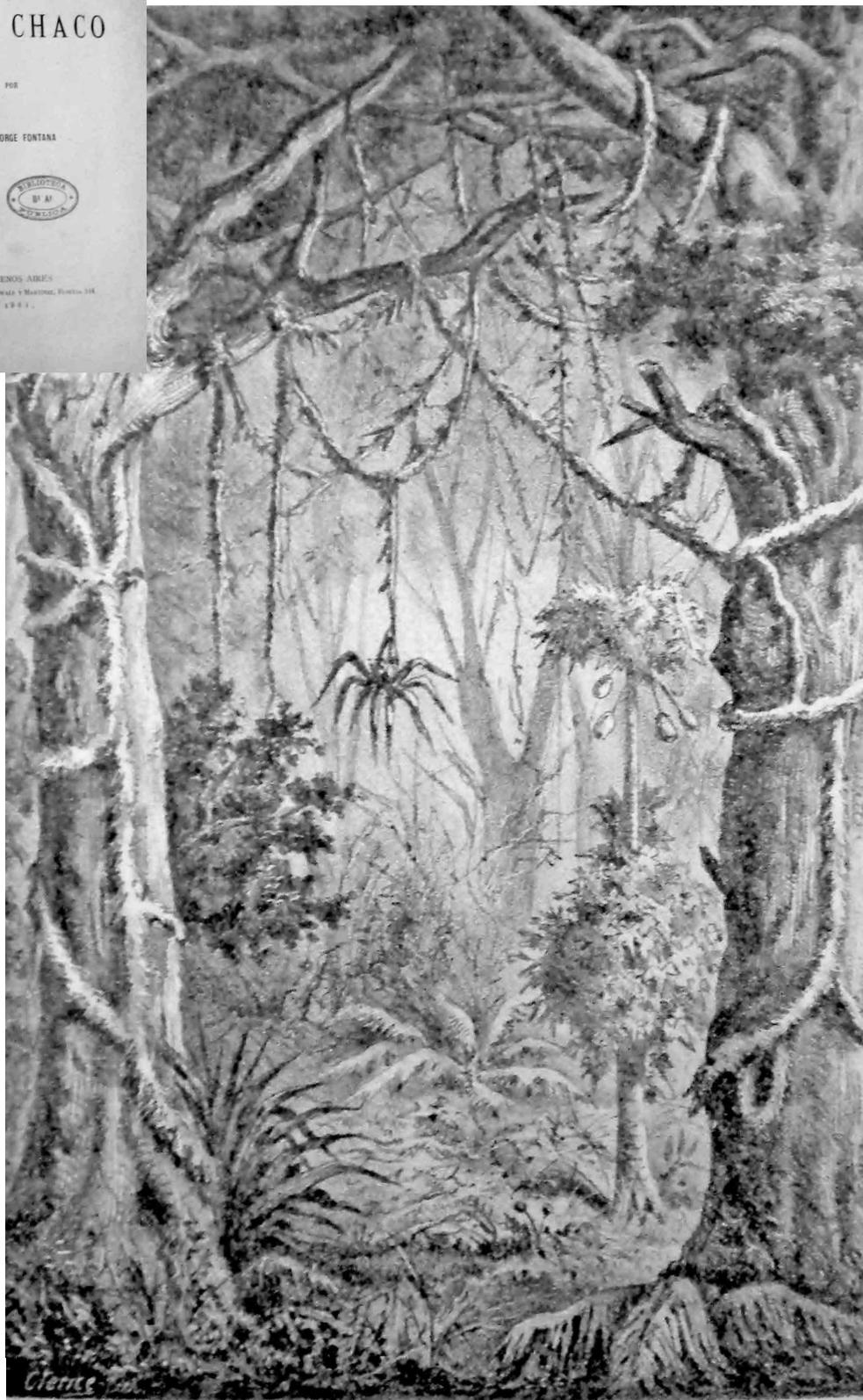
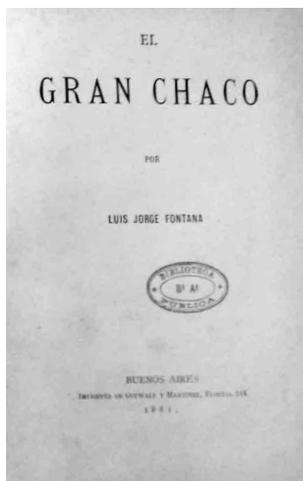


(EN LA PÁGINA OPUESTA)
Manuscrito de
Robert Bontine
Cunninghame
Graham.
*The Conquest of
the River Plate,*
año 1923. Firmado
por el autor y
dedicado a Marcelo
T. de Alvear.
Biblioteca Nacional





Mapa Gráfico de las trayectorias histórico-artísticas por el camino del Inca y la Quebrada de Humahuaca. Perteneciente al Cuaderno N° 3. Publicaciones de la Academia Nacional de Bellas Artes de la República Argentina. Buenos Aires, 1940 Biblioteca Cancillería Argentina



(ARRIBA)
Portada del libro de
Luis Jorge Fontana.
El gran Chaco.
Buenos Aires:
Ostwald y Martínez,
1881.
Biblioteca Nacional

(ABAJO)
Selva del Chaco.
Litografía de
Carlos Clerice
perteneciente al
libro de Luis Jorge
Fontana.
Idem supra

*A. Doctor Don Angel J. Carranza
Recuerdo Amistoso de*

VIAJE DE ESPLORACION

AL

RIO PILCOMAYO

POR EL

TENIENTE CORONEL

LUIS JORGE FONTANA

SECRETARIO DE LA GOBERNACION DEL CHACO

(PUBLICACION OFICIAL)

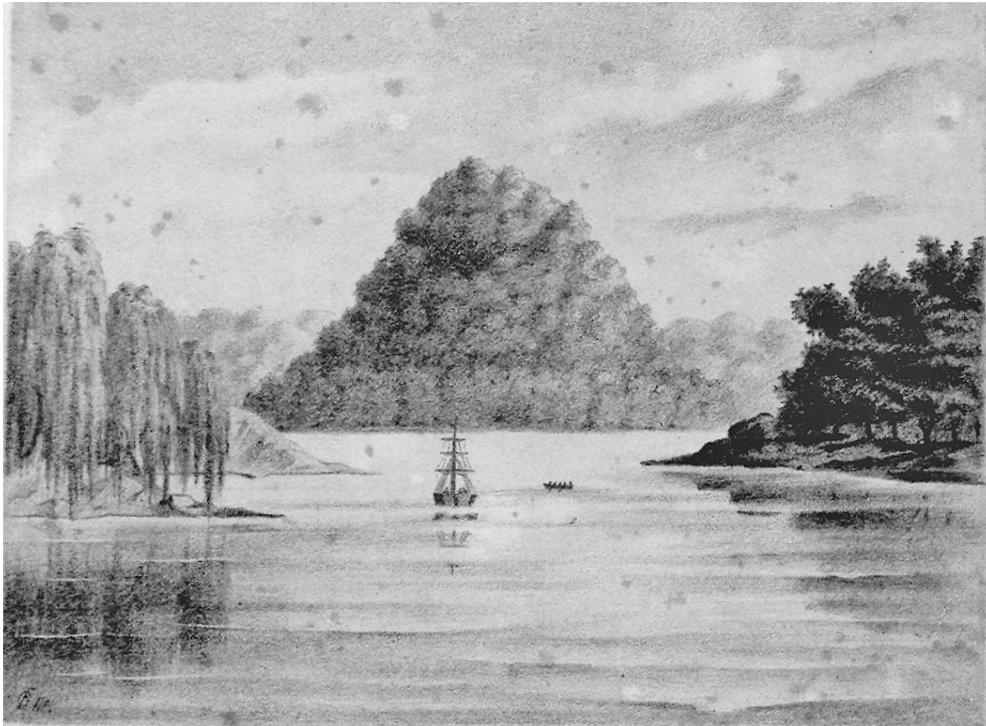


BUENOS AIRES

IMPRESA DEL DEPARTAMENTO NACIONAL DE AGRICULTURA

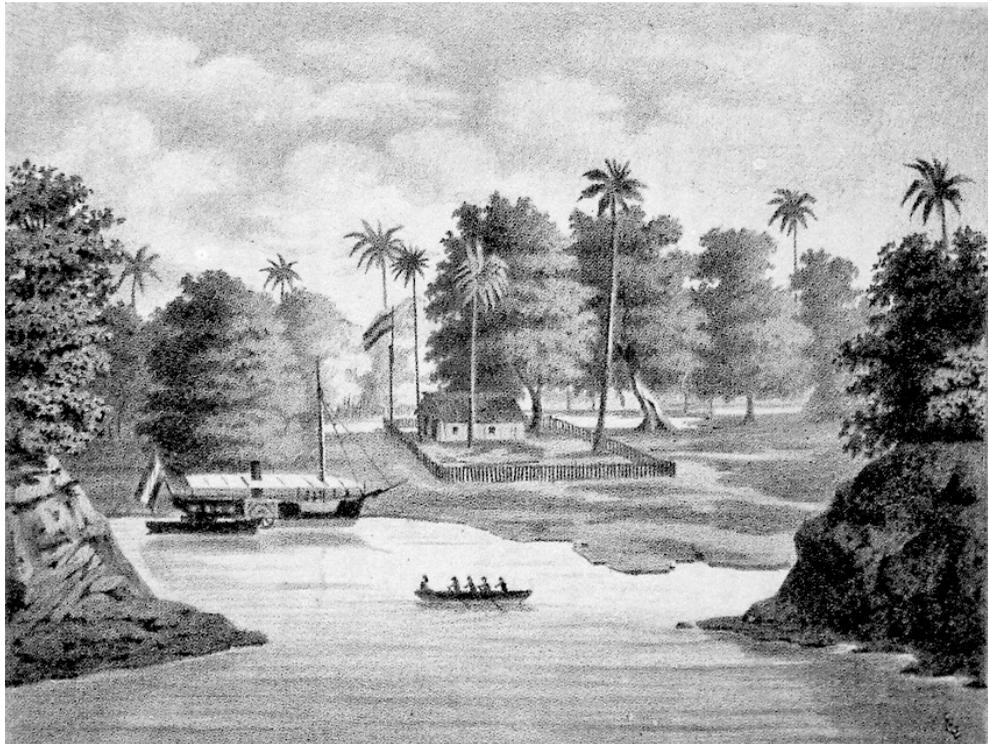
1883

Portada del libro de
Luis Jorge Fontana.
*Viaje de exploración
al Río Pilcomayo.*
Buenos Aires:
Departamento
Nacional de
Agricultura, 1883.
Biblioteca Nacional



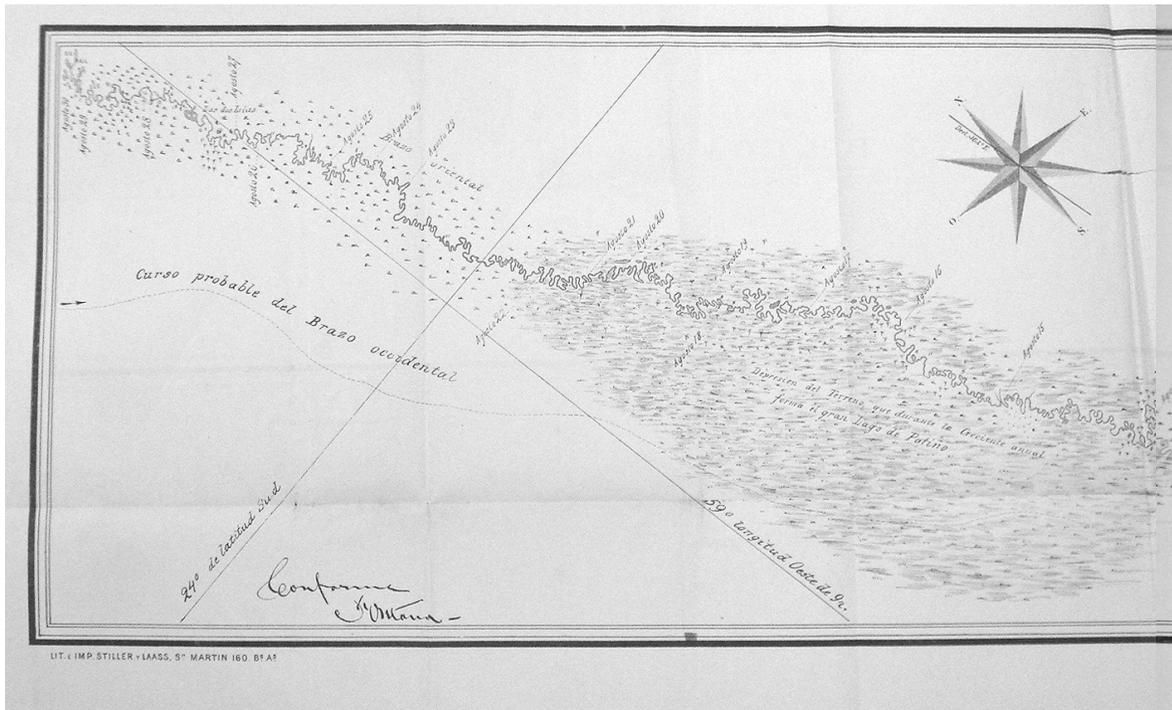
(ARRIBA)
Cerro Lambaré.
Litografía de
J. Lubyary
pertenciente al
libro de Luis Jorge
Fontana.
Idem supra

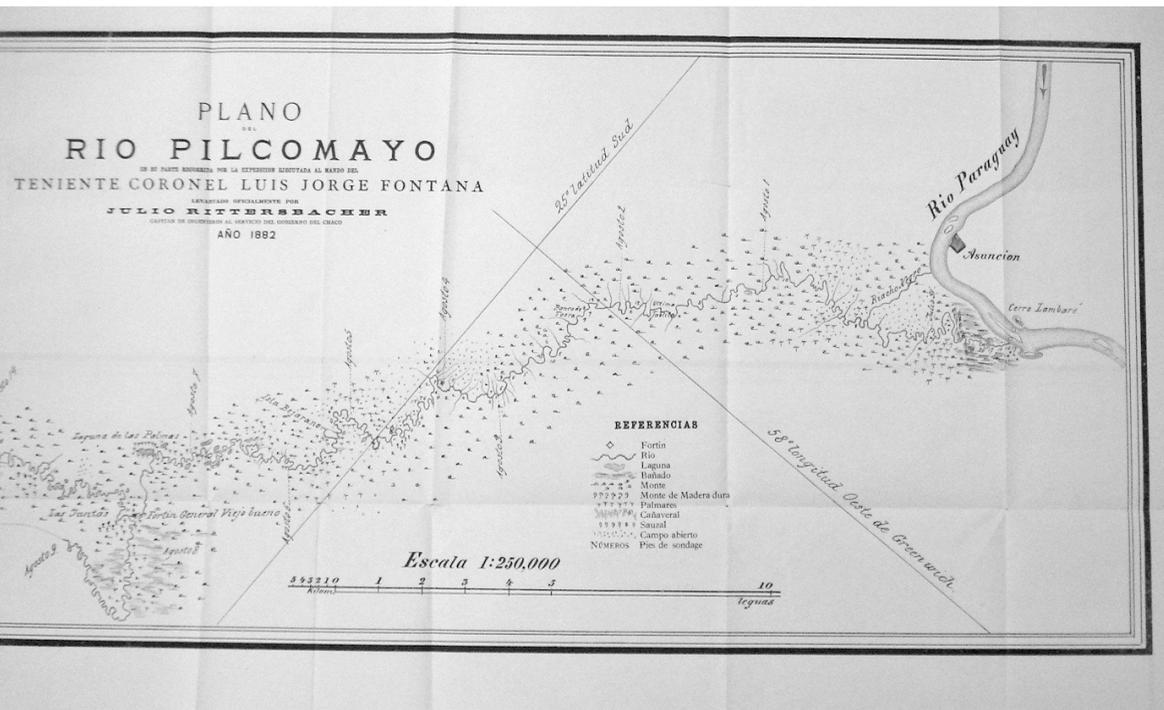
(ABAJO)
Laguna de las
Palmas. Litografía
de J. Lubyary.
Idem supra



(ARRIBA)
Fuerte General Viejobueno. Litografía de J. Lubary. Idem supra

(ABAJO)
Plano del Río Pilcomayo según la zona recorrida por la expedición al mando del Tte Coronel J. L. Fontana. Levantado por Julio Ritterbacher. Capitán de Ingenieros al servicio del Chaco. Año 1882. Idem supra





Lago de Patiño.
Litografía de
J. Lubyary.
Idem supra

(EN ESTA PÁGINA)
Portada del libro
de Pedro Lozano
*Descripcion
chorographica del
terreno, rios,
arboles, y animales
de las
dilatadissimas
Provincias del gran
Chaco, Gualamba:
y de los ritos,
y costumbres de
las innumerables
Naciones barbaras,
é infieles, que la
habitan...*
Córdoba : Joseph
Santos Balbás,
1733.
Biblioteca Nacional



(EN LA PÁGINA OPUESTA)
Mapa con la
descripción de
las provincias
del Chaco y
confinantes según
las noticias tenidas
por los misioneros
de la Compañía
de Jesús en sus
diversas entradas
a partir del 1700.
Pertenece al libro de
Pedro Lozano.
Idem Supra

DESCRIPCION CHOROGRAPHICA

DEL TERRENO, RIOS, ARBOLES,
y Animales de las dilatadissimas Provincias del
gran CHACO, GUALAMBA:
Y DE LOS RITOS, Y COSTUMBRES
de las innumerables Naciones barbaras, é infieles,
que le habitan:

CON UNA CABAL RELACION HISTORICA
de lo que en ellas han obrado para conquistarlas algu-
nos Gobernadores, y Ministros Reales: y los Mis-
sioneros Jesuitas para reducirlos à la Fe del
verdadero Dios.

4
ESCRITA
POR EL PADRE PEDRO LOZANO,
de la Compañia de Jesus, Chronista de su Provincia del
Tucumán.

LA QUAL OFRECE, Y DEDICA
A las Religiosissimas Provincias de la misma Compa-
ñia de Jesus de Europa

EL PADRE ANTONIO MACHONI,
natural de Cerdeña, Rector del Colegio Maximo de
Cordoba del Tucumán, y Procurador General à
Roma por su Provincia del Paraguay.

Año de



1733.

EN CORDOBA: En el Colegio de la Admencion:
por Joseph Santos Balbás.



FIN

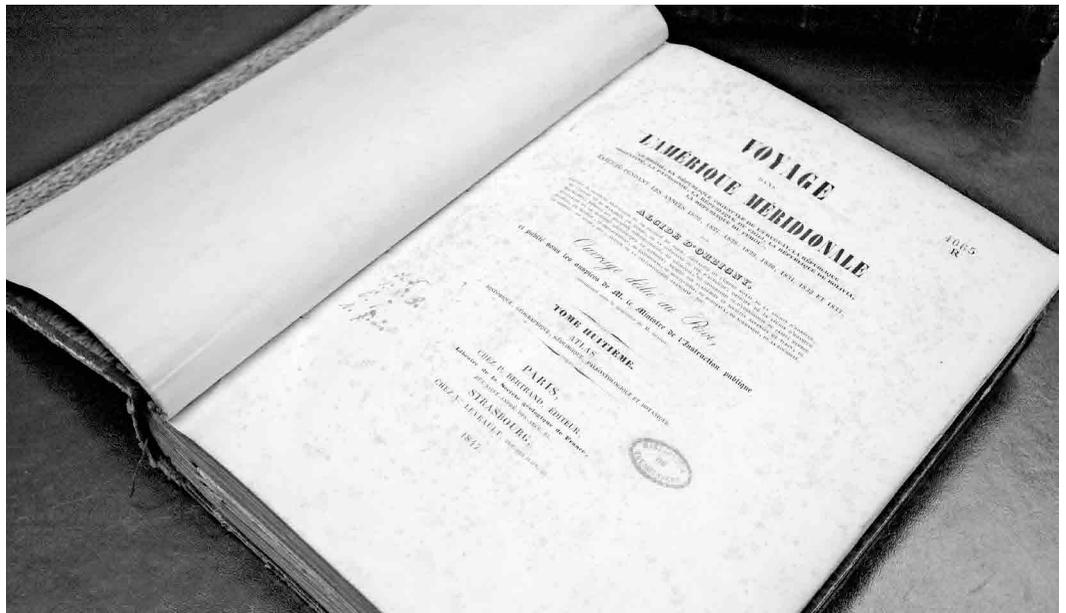
LXXXI. Nueva Villa de Concepción de Uruguay. Fue fundada el año de 1710 por el Sr. D. Juan de Torres y Amat, Comandante de las Armas de Buenos Ayres, y se le dio el nombre de Concepción de Uruguay en honor de la Señora Doña Concepción de Urquiza, esposa de D. Juan de Torres y Amat, Comandante de las Armas de Buenos Ayres, y se le dio el nombre de Concepción de Uruguay en honor de la Señora Doña Concepción de Urquiza, esposa de D. Juan de Torres y Amat, Comandante de las Armas de Buenos Ayres.

Descripción de las Provincias del Chaco, y
 coordenadas segun las relaciones modernas, y
 noticias adquiridas por diversas entradas
 de los Señores de la Compania de Jesus
 que se han hecho en este siglo de 1700
 a Pueblos de Christianos

A Ciudad
 B. Pedro de Sola

302	303	304	305	306	307	308	309	310	311	312	313	314	315
-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----

(EN ESTA PÁGINA)
(ARRIBA)
Portada del libro
de Alcide d'Orbigny.
*Voyage dans
l'Amérique
Mériionale : t. 8
Atlas. Historique,
géographique,
géologique,
paléontologique et
botanique.* París:
Bertrand, 1847.
Biblioteca Nacional

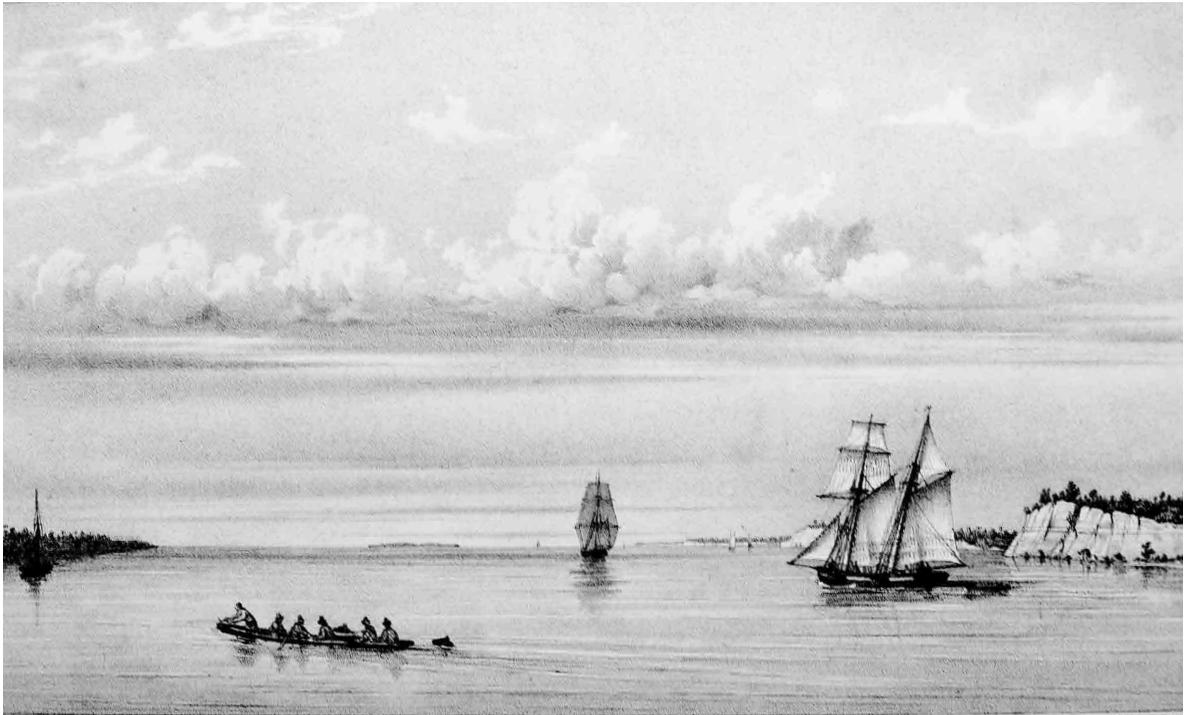


(ABAJO)
Vista de Carmen de
Patagones a orillas
del Río Negro. Di-
bujo de Alcide d'Or-
bigny. Idem supra



(EN LA PÁGINA OPUESTA)
(ARRIBA)
*Vista de palmeras.
Yatay. Provincia
de Corrientes.*
Dibujo de Narciso
Parchappe,
perteneciente
al libro de Alcide
d'Orbigny.
Idem supra

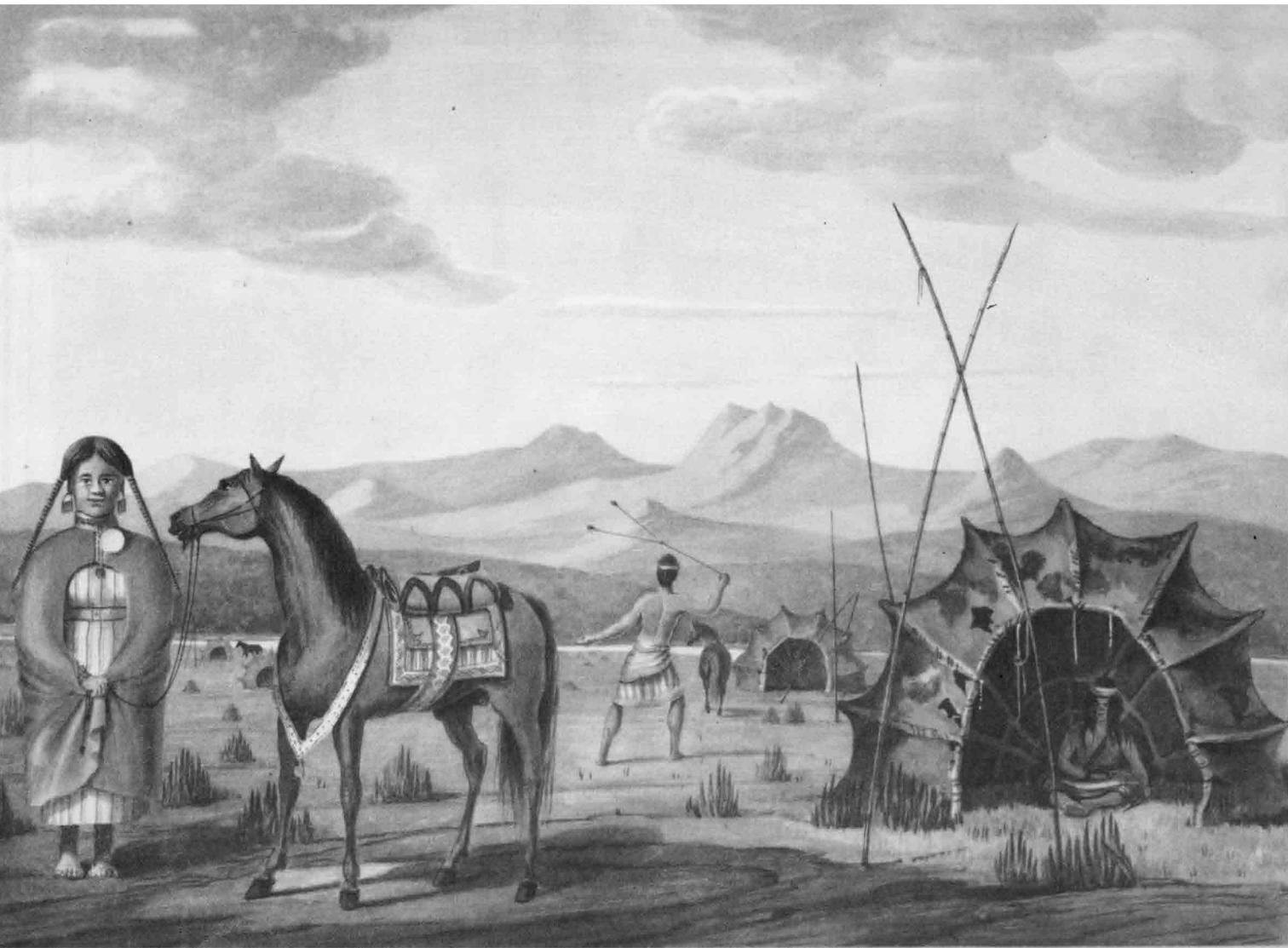
(ABAJO)
*Vista del río Paraná.
Provincia de Entre
Ríos.* Dibujo de
Alcide d'Orbigny.
Idem supra

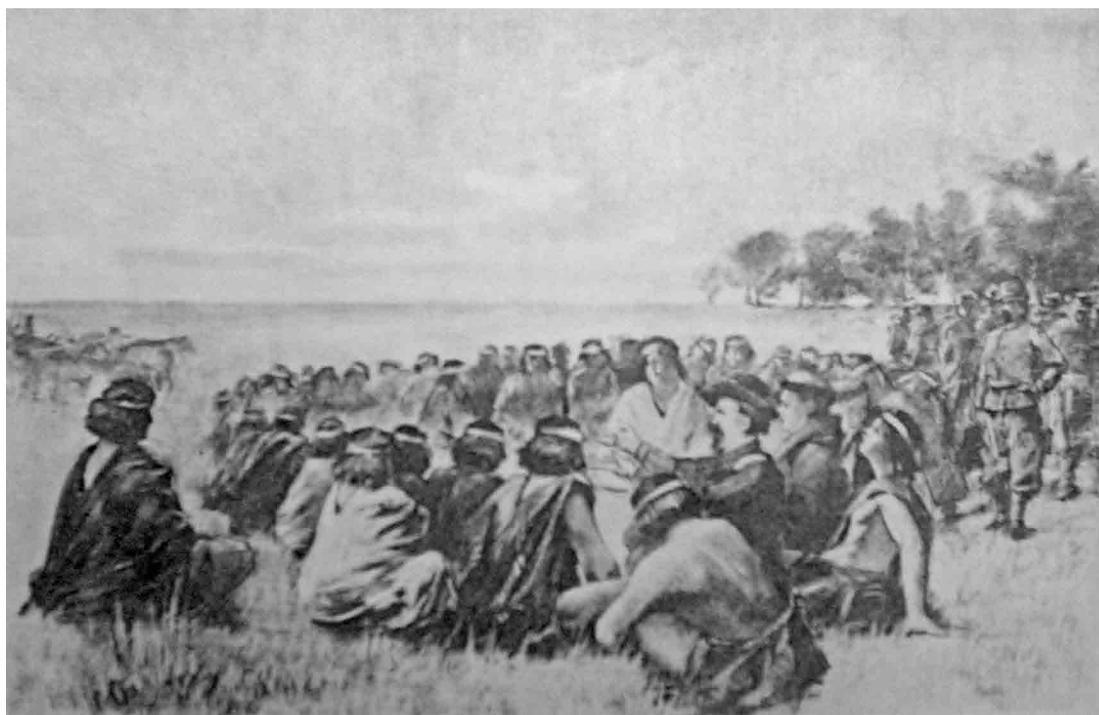
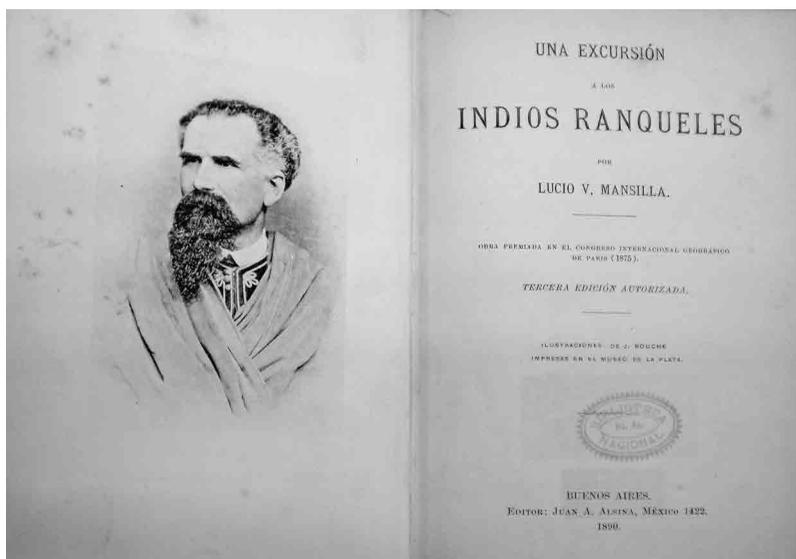






*Transporte en
carruaje, ca. 1820.*
Lámina de Emeric
Essex Vidal
pertenciente al
libro *Picturesque
illustrations of
Buenos Ayres and
Monte Video.*
London:
R. Ackermann,
1820.
Biblioteca Nacional
de Maestros





(EN LA PÁGINA OPUESTA)

Toldería de indios en Sierra de la Ventana,

Carlos Pellegrini,
1830,

perteneciente al libro de Bonifacio del Carril.

Monumenta iconographica.

Buenos Aires:

Emecé, 1964.

Biblioteca Nacional de Maestros

(EN ESTA PÁGINA)

(ARRIBA)

Portada del libro de Lucio V. Mansilla.

Una excursión a los indios ranqueles.

Buenos Aires:

Alsina, 3ra ed.,

1890.

Biblioteca Nacional

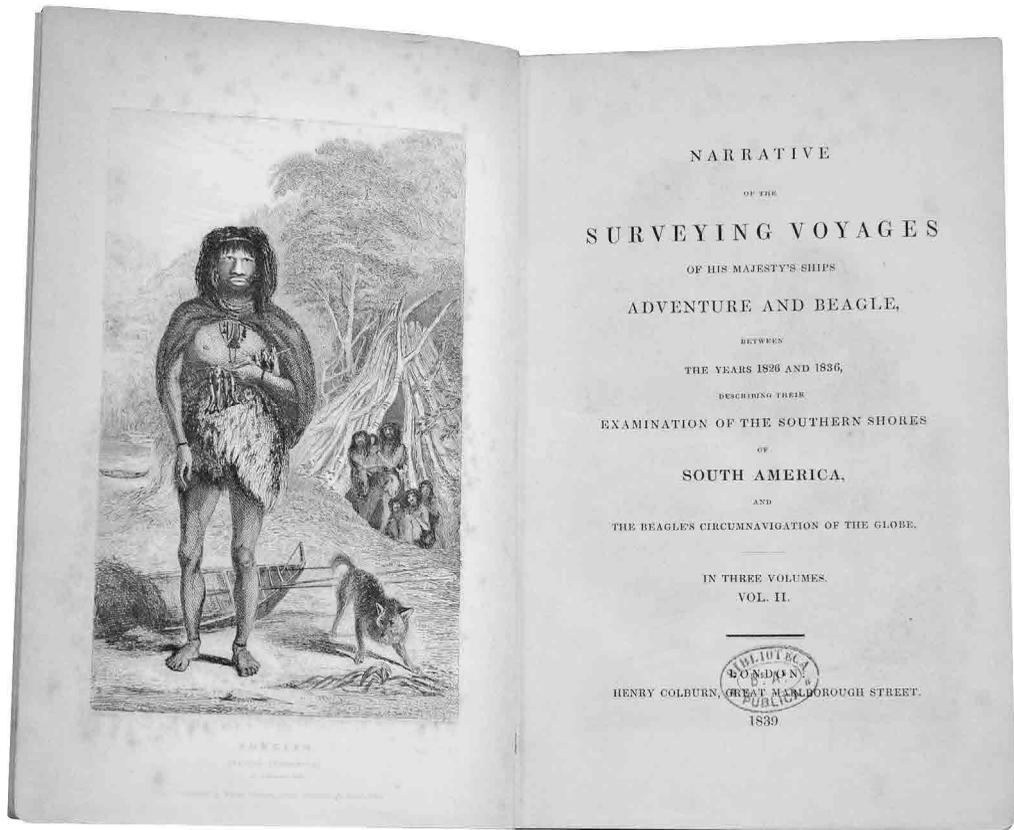
(ABAJO)

Encuentro de Mansilla con los indios. Ilustración de J. Bouche

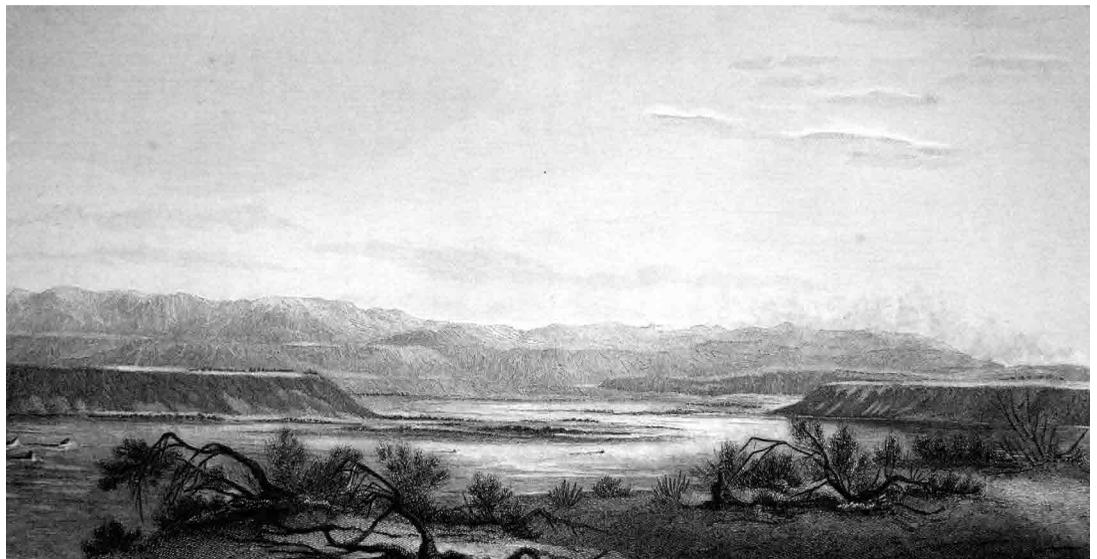
perteneciente al libro de

Lucio V. Mansilla.

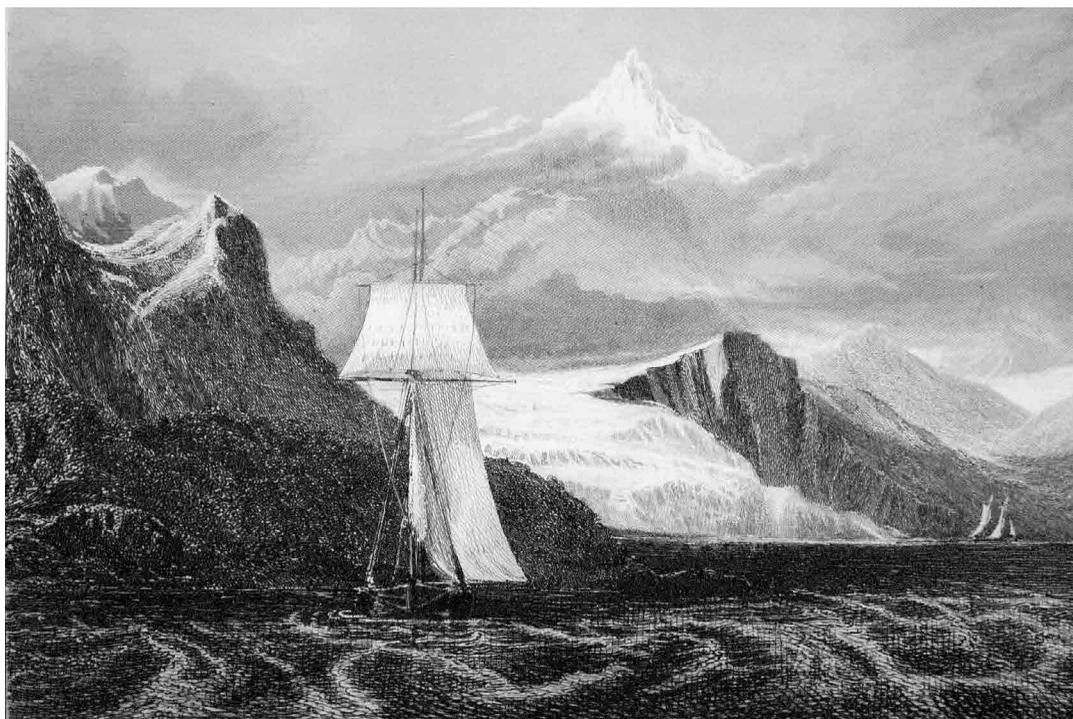
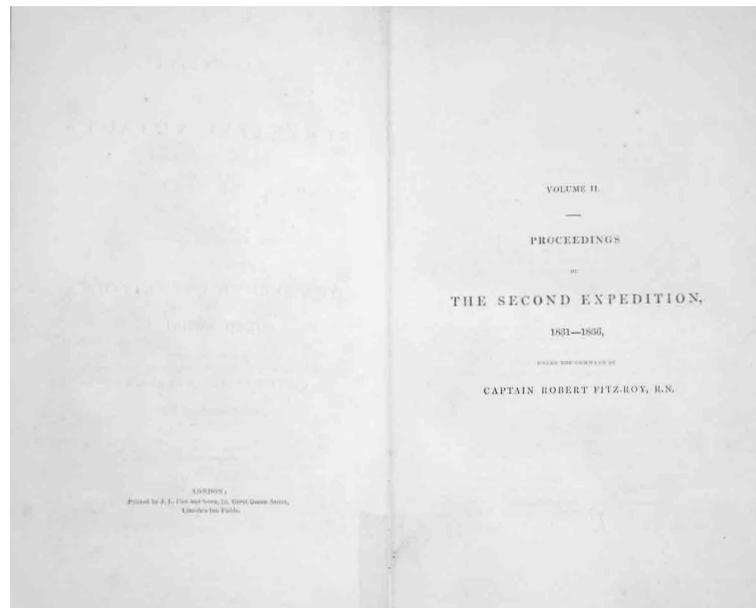
Idem supra



(ARRIBA)
 Portada del libro
*Narrative of the
 Surveying
 Voyages of his
 Majesty's Ship
 Adventure and
 Beagle between
 the Years 1826 a
 1836... Tomo II:
 Proceedings of
 Second Expedition
 1831-1836 under
 Comand of Captain
 Robert Fitz-Roy.
 London: Henry
 Colburn, 1839.
 Biblioteca Nacional*



(ABAJO)
*Perspectiva de la
 Cordillera de los
 Andes desde el Río
 Santa Cruz. Dibujo
 de Conrad Martens
 perteneciente al
 libro Narrative of
 surveying
 voyages...
 Idem supra*



(ARRIBA)
Portadilla del libro
*Narrative
of surveying
voyages...*
Idem supra

(ABAJO)
Cerro Sarmiento.
Dibujo de Conrad
Martens.
Idem supra

FRONTISPIECE.



*A Sailor giving a Patagonian Woman some Biscuit
for her Child.*

81838

A
V O Y A G E
R O U N D T H E

W O R L D,

In His MAJESTY'S S H I P

The D O L P H I N,

Commanded by the Honourable

Commodore B Y R O N.

In which is Contained,

A faithful Account of the several PLACES,
PEOPLE, PLANTS, ANIMALS, &c. seen on
the VOYAGE :

And, among other PARTICULARS,

A minute and exact Description of the STREIGHTS
of MAGELLAN, and of the Gigantic PEOPLE
called PATAGONIANS.

Together with

An accurate Account of Seven ISLANDS lately discovered

I N T H E

S O U T H S E A S.

By an OFFICER on Board the said SHIP.

T H E S E C O N D E D I T I O N.

L O N D O N :

Printed for J. NEWBERY, in St. Paul's Church-
Yard; and F. NEWBERY, in Pater-noster Row.

M D C C L X V I I .
1 7 6 7

Portada del libro
de John Byron.
*A Voyage Round
the World, in his
Majesty's Ship the
Dolphin...* London:
J. y F. Newbery,
2da ed., 1767.
Biblioteca Nacional

JEAN RANDIER



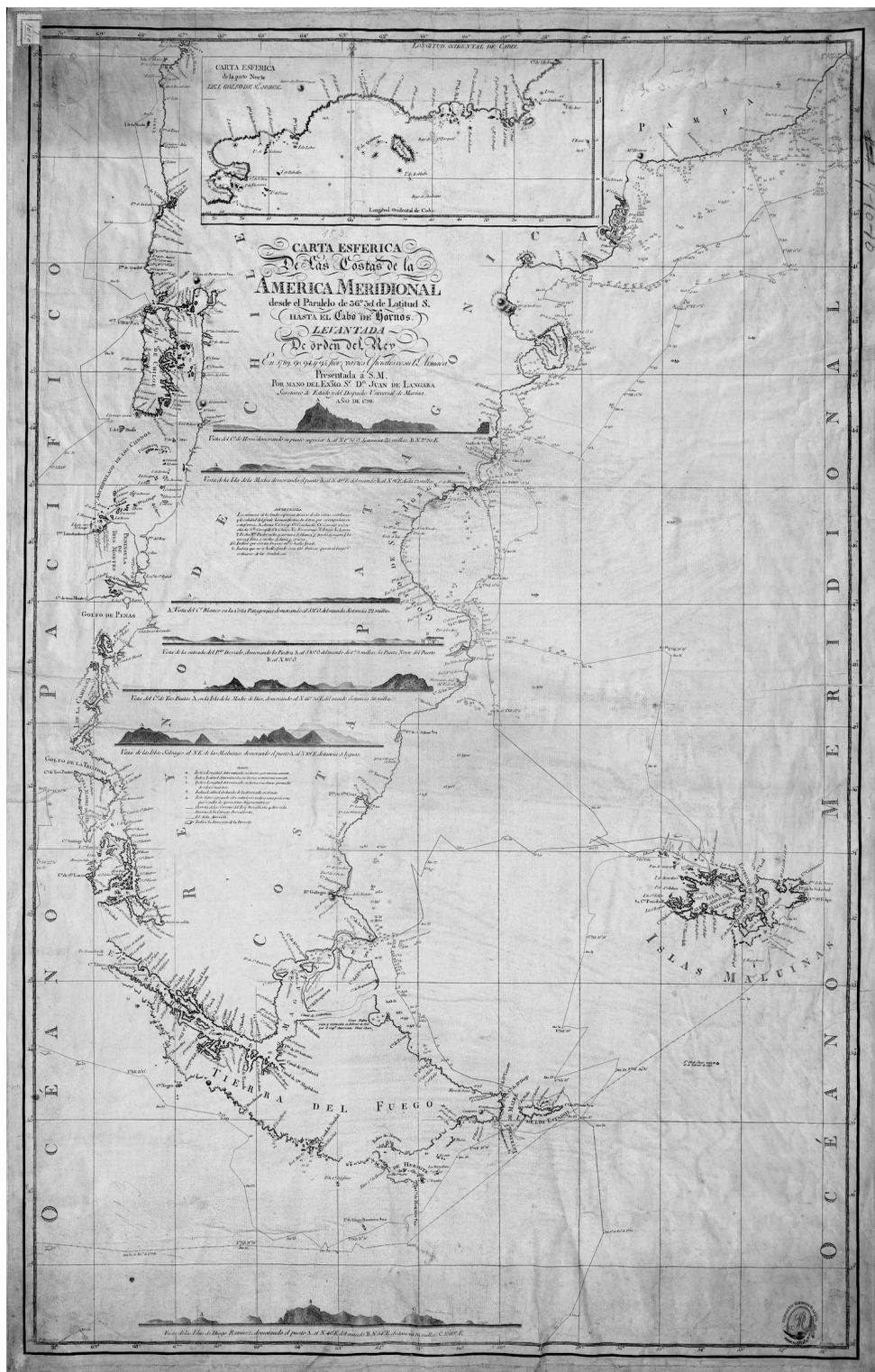
HOMMES ET NAVIRES AU CAP HORN

1616-1959



HACHETTE

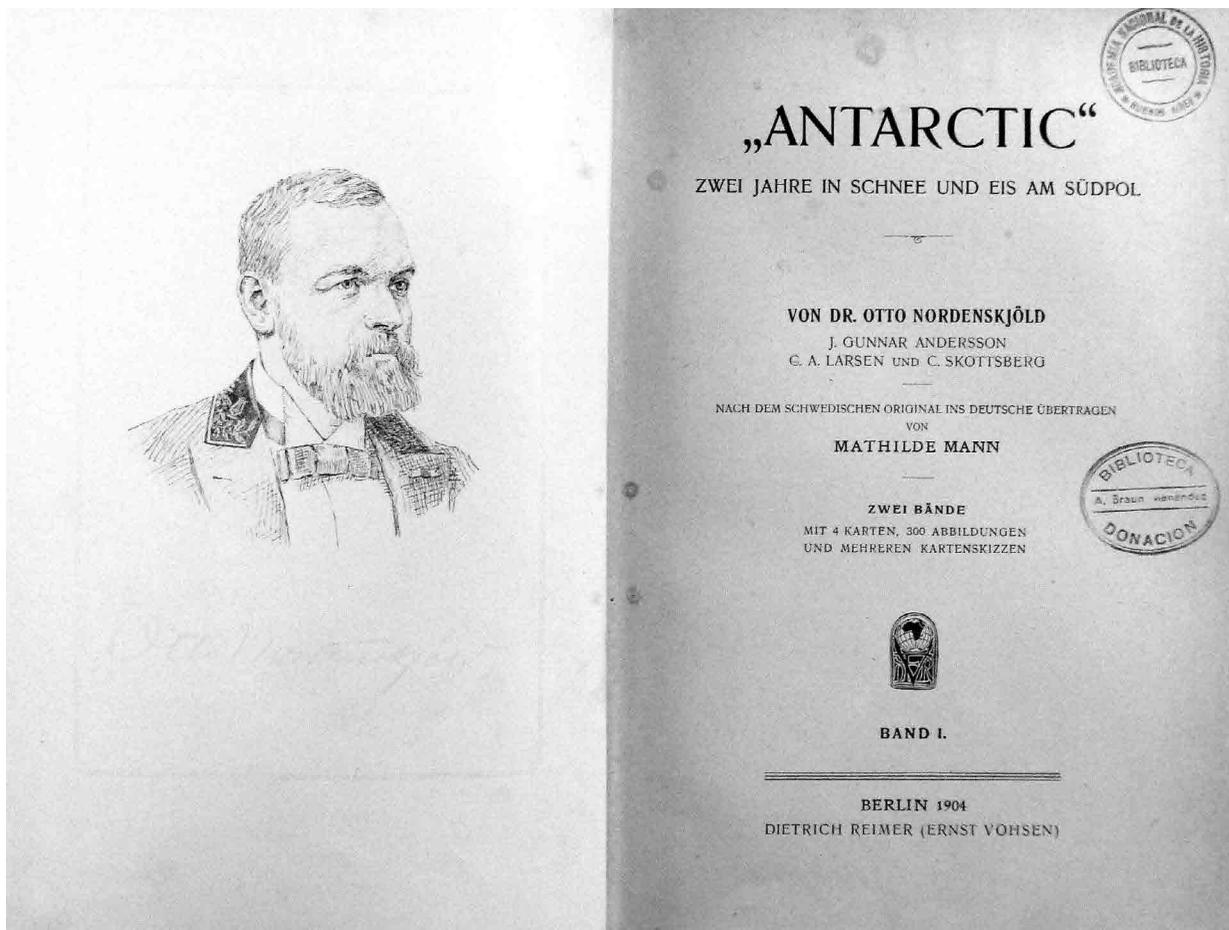




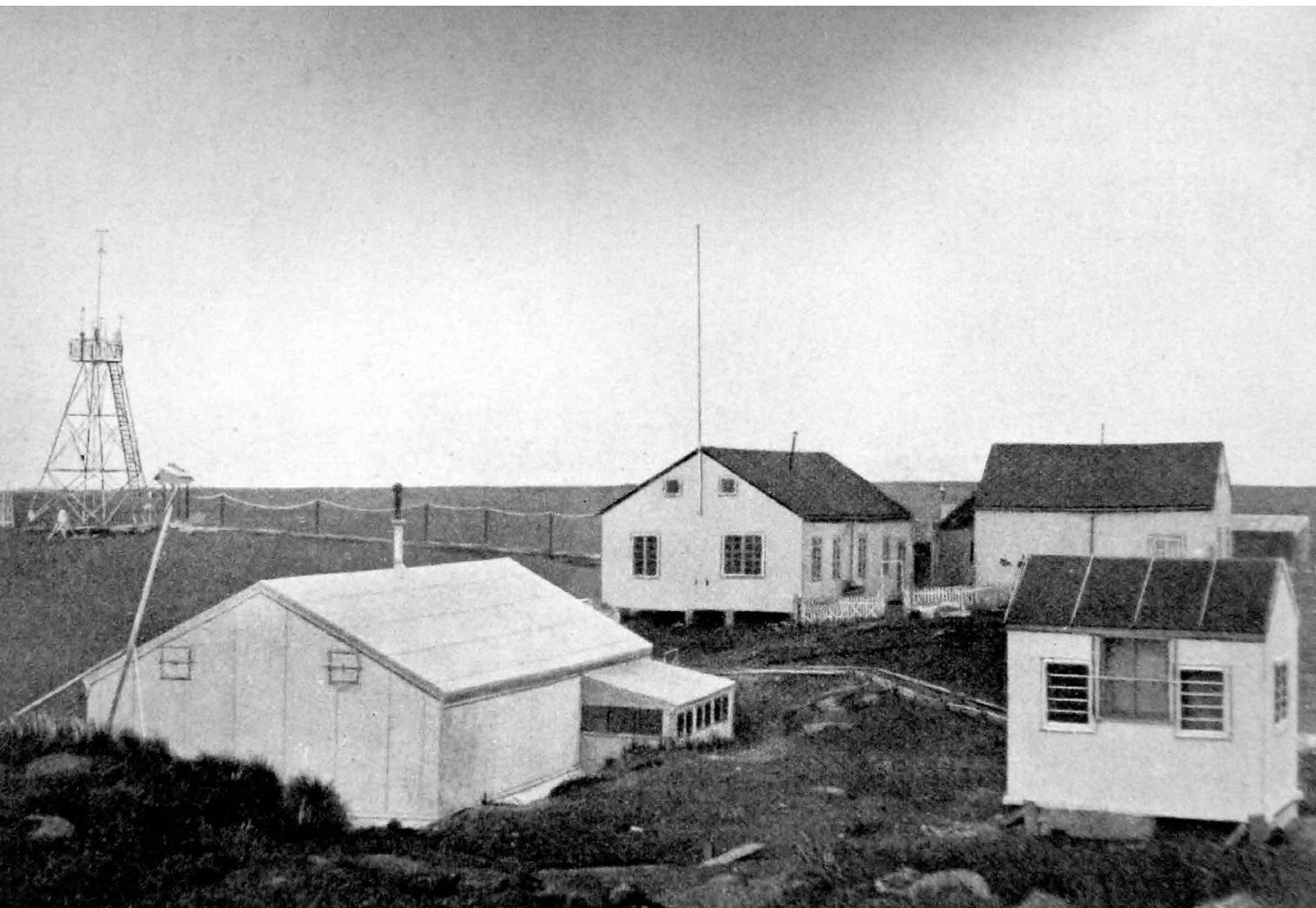
(EN LA PÁGINA OPUESTA)
 (ARRIBA)
 Tapa del libro de
 Jean Randier
*Hombres et Navires
 au Cap Horn,
 1616-1939.*
 Paris : Hachette,
 1966.
 Biblioteca
 de la Academia
 Nacional
 de la Historia

(ABAJO)
*Las naves Astrolabe
 y Zelée en los
 hielos, febrero
 1838.* Litografía
 de Louis Lebreton
 perteneciente
 al libro de Jean
 Randier.
Idem supra

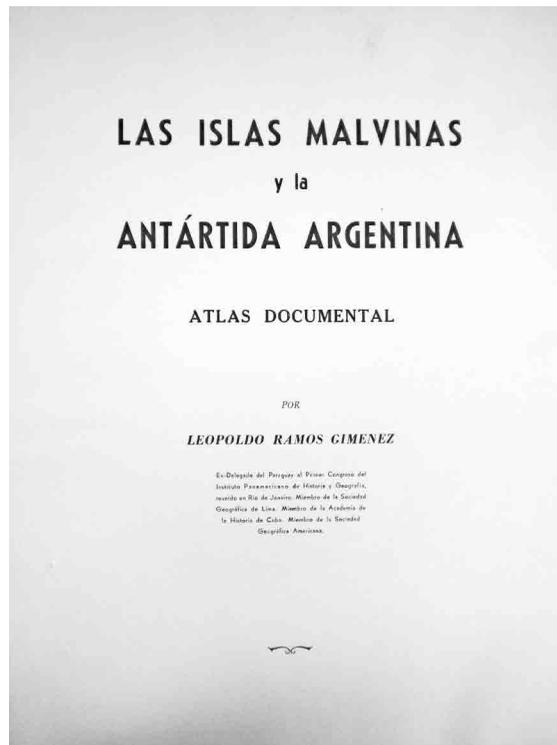
(EN ESTA PÁGINA)
 Carta esférica de
 las costas de la
 América Meridional
 desde el
 Paralelo 36 grados
 latitud sur hasta
 el Cabo de Hornos
 levantada por
 Orden del rey en
 1789, por Dn. Juan
 De Langara (1798).
 Colección
 Pedro de Angelis.
 Biblioteca Nacional



Portada del libro de
Otto Nordenskjöld;
J. Gunnar
Andersson;
C.A. Larsen;
C. Skottsberg,
*Antartic : Zwei
Jahre in Schnee
und Eis am Süd Pol.*
Berlín: D. Reimer,
1904. v.1.
Biblioteca de la
Academia Nacional
de la Historia



Observatorio
argentino en el
Archipiélago de
Año Nuevo, al
norte de la Isla de
los Estados.
Atlántico Sur.
Perteneiente al
libro de Otto
Nordenskjöld y
otros.
Idem supra



(ARRIBA)
Portada del libro de Leopoldo Ramos Giménez. *Las islas Malvinas y la Antártida: atlas documental*. Buenos Aires: Abaco, 1948. Biblioteca Nacional

(ABAJO)
El *Patagonia*, nave insignia de la expedición científica de 1947. *Idem supra*

(EN LA PÁGINA OPUESTA)
Avión de transporte de la nave Patagonia en la Antártida perteneciente al libro de Leopoldo Ramos Giménez. *Idem supra*





PRESIDENTA DE LA NACIÓN

Dra. Cristina Fernández de Kirchner

SECRETARIO DE CULTURA DE LA NACIÓN

Sr. Jorge Coscia

DIRECTOR DE LA BIBLIOTECA NACIONAL

Dr. Horacio González

SUBDIRECTORA DE LA BIBLIOTECA NACIONAL

Mgter. Elsa Barber

DIRECTORA DEL MUSEO DEL LIBRO Y DE LA LENGUA

Lic. María Pia López

DIRECTORA TÉCNICA BIBLIOTECOLÓGICA

Mgter. Elsa Rapetti

DIRECTOR DE ADMINISTRACIÓN

Lic. Roberto Arno

DIRECTOR DE CULTURA

Lic. Ezequiel Grimson

MINISTRO DE CIENCIA, TECNOLOGÍA E INNOVACIÓN PRODUCTIVA

Dr. Lino Barañao

PRESIDENTE DEL CONSEJO NACIONAL DE CIENCIA Y TECNOLOGÍA

Dr. Roberto Carlos Salvarezza

DIRECTOR DEL INSTITUTO MULTIDISCIPLINARIO DE HISTORIA Y CIENCIAS HUMANAS

Dr. Ariel Guiance

MINISTRO DE ECONOMÍA Y FINANZAS PÚBLICAS

Lic. Hernán G. Lorenzino

SECRETARIO LEGAL Y ADMINISTRATIVO

Dr. Juan Manuel Prada

SUBSECRETARÍA DE ADMINISTRACIÓN Y NORMALIZACIÓN PATRIMONIAL

Cont. Leonardo A. Arbía

DIRECTORA DEL CENTRO DE INFORMACION Y DOCUMENTACIÓN

Lic. Araceli García Acosta

MINISTRO DE EDUCACIÓN DE LA NACIÓN

Prof. Alberto Estanislao Sileoni

SECRETARIO DE EDUCACIÓN

Lic. Jaime Perczyk

SUBSECRETARIO DE EQUIDAD Y CALIDAD EDUCATIVA

Lic. Gabriel Brener

DIRECTORA DE LA BIBLIOTECA NACIONAL DE MAESTROS

Lic. Graciela Perrone

MINISTRO DE RELACIONES EXTERIORES Y CULTO

Canciller Héctor Marcos Timerman

DIRECTOR DEL INSTITUTO DE SERVICIO EXTERIOR DE LA NACIÓN

Embajador Juan Carlos Valle Raleigh

PRESIDENTA DE LA COMISIÓN ADMINISTRADORA DE LA BIBLIOTECA
DEL CONGRESO DE LA NACIÓN

Senadora Prof. Roxana Latorre

DIRECTOR COORDINADOR GENERAL

Sr. Alejandro Lorenzo César Santa

DIRECTORA REFERENCIA GENERAL

Lic. Beatriz Moreira

PRESIDENTE DE LA ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA

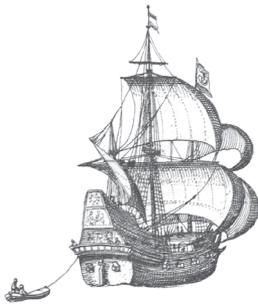
Dr. Miguel Ángel De Marco

INSTITUCIONES



El equipo coordinador agradece:

al Archivo General de la Nación; a Magdalena Aguilar del Centro de Documentación e Investigación de la Arquitectura Pública; al Museo de la Ciudad (Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires); al Museo Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras (UBA), al personal del Programa de Cooperación Cultural, Salas del Tesoro, Referencias, Mapoteca y Hemeroteca de la Biblioteca Nacional.



El libro *Viajes y Viajeros: un itinerario bibliográfico* se terminó de imprimir en
en el mes de agosto de 2013
en Al Sur Producciones Gráficas S.R.L.,
Wenceslao Villafañe 468,
Buenos Aires, Argentina.

Viajes y viajeros: un itinerario bibliográfico

Siempre estamos leyendo libros de viajeros y quizá ningún libro deje de tener ese impulso hacia lo extraño, lo desconocido, aun si lo que guía al viajero narrador es un impulso científico. En la lectura no se ausenta nunca el delicado vértigo que exige proclamar lo ignoto, tan vasta es la idea de viaje y tan plástica a prestarse a todo juego metafórico.

Los artículos aquí incluidos han sido redactados por distinguidos investigadores que, con generosidad, se sumaron al proyecto. Este libro es fruto del esfuerzo mancomunado de muchas instituciones bibliotecarias estatales y públicas del país, que han coordinado una labor exhaustiva y relevante, que los viajeros de los nuevos tiempos que sobrevengan –aunque pasen siglos quizás– podrán considerar con igual melancolía e interés.

